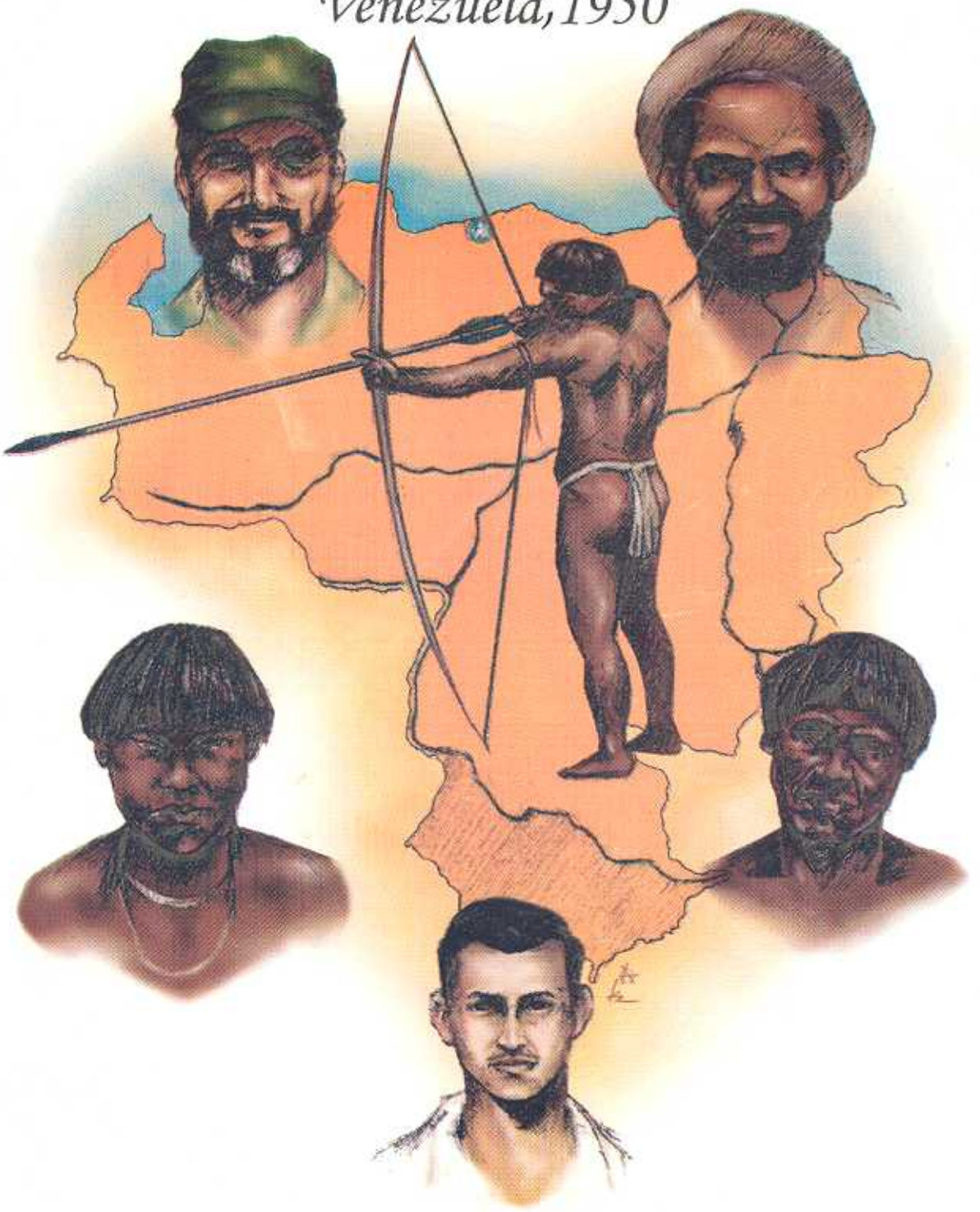
Expedición de la Universidad de Puerto Rico a las Selvas del Alto Orinoco, Venezuela, 1950



Juan A. Rivero

Expedición de la Universidad de Puerto Rico a las Selvas del Alto Orinoco, Venezuela, 1950

Juan A. Rivero
Profesor Distinguido
Universidad de Puerto Rico
Mayagüez, Puerto Rico

Maldonado Rivero Barnés Reuter Gandía

Ventura Barnés, Jr.
disponiéndose a salir en una curiara

Genaro Maldonado Capriles
en su mesa de trabajo (Foto Nesbitts)

Dedicado a la memoria de
Ventura Barnés y Genaro Maldonado

Expedición de la Universidad de Puerto Rico a las Selvas del Alto Orinoco, Venezuela 1950.

Propiedad y Derechos Reservados, 1999. Este libro no puede reproducirse ni total ni parcialmente sin el consentimiento del autor. Copyright © 1999, Juan A. Rivero.

Agradecimientos

Como siempre, el autor pudo contar con su esposa para que leyera repetidamente el manuscrito e hiciera las correcciones pertinentes. A ella también debo la tolerancia de permitir mi ausencia de varios meses en un lugar arriesgado y difícil.

Richard Méndez y Yamira Rivera se ocuparon de los trabajos de mecanografía y redacción y lo hicieron con la mejor disposición y con gran efectividad. Alex R. Rivera y Kenneth Rocafort son los responsables de la magnífica portada.

A todos ellos, mi agradecimiento.

Introducción

Ventura Barnés era un explorador de renombre y un narrador ameno e interesante que mantenía a los oyentes absortos y atentos en sus relatos. Había sido conservador de aves del Museo Ornitológico Phelps en Caracas, y como requisito de su cargo, había dirigido docenas de expediciones a las selvas y los Llanos de Venezuela. A nadie le extrañó, pues, que convenciera a Dn. Jaime Benitez, entonces rector de la Universidad de Puerto Rico (el dirigente del Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas, el único recinto en adición al de Río Piedras, era un vicerrector), de las bondades y beneficios que podían resultar de una expedición científica a la región del Alto Orinoco. No solamente se podía colectar ejemplares para iniciar un museo de historia natural, sino que también se podía traer animales vivos para un posible jardín zoológico, y plantas que pudieran ser de interés agrícola o médico. A Barnés se le nombró director de ese museo inexistente y se le concedió, además, la suma de $10,000.00 para efectuar la expedición.

Pero Barnés revolucionó a otras agencias de gobierno y de vez en cuando se celebraban en San Juan reuniones para hablar sobre el tema y para organizar la expedición. Al principio, el número de expedicionarios potenciales era substancial -creo que de catorce-, pero poco a poco se fueron retirando y al final sólo quedamos dos además de Barnés. El Dr. Rafael Picó, el Dr. Sol Luis Descartes y el Dr. Virgilio Biaggi fueron de los últimos en retirarse y su retiro ocasionó una mella difícilmente reparable. (Véase recortes de periódico al final)

Tengo la impresión de que una de las causas del retiro fue un folleto mimeografiado que circulé sobre las culebras venenosas de Venezuela, su identificación, las posibilidades de encontrarlas y ser mordidos por ellas y el tratamiento inmediato de las mordidas. Casi todos los retiros ocurrieron después de esta circular...

Quedamos Ventura Barnés, que se ocuparía de la ornitología (aves), Genaro Maldonado, a cargo de la entomología (insectos) y este servidor, a cargo de la herpetología (reptiles y anfibios). Yo tenía entonces 27 años y creo que la única razón para que me invitaran a participar fue una carta que escribió Karl Patterson Schmidt, Conservador de Herpetología del Museo de Chicago y autor de la segunda Herpetología de Puerto Rico, a Dn. Carlos Chardon. Yo me había carteado con Schmidt y parece que le había impresionado bien, lo que se deduce por la forma

sumamente elogiosa con que se refiere a mi persona en la carta que dirige a Chardon. Chardon era una persona muy influyente y era además amigo de Barnés, lo que puede haber dado motivo para que se me invitara a participar en calidad de herpetólogo (lo que sólo era en ciernes). La otra razón puede haber sido la aceptación inmediata e incondicional que dí a Barnés tan pronto me habló sobre la posibilidad de que yo participara. El material que colecté en esta expedición me sirvió para preparar mi tesis sobre los anfibios de Venezuela y para terminar el doctorado en el año 1953.

A la expedición se unieron luego, por cortos períodos, los venezolanos Alirio Bellizia (geólogo), Marc De Civrieux (geólogo) y René Lichy (especialista en mariposas y poseedor, según se nos dijo, de la colección privada de mariposas más grande del mundo), los norteamericanos, Paul Nesbitts (antropólogo) y Curran (botánico) y los puertorriqueños Héctor Gandía (agrónomo) y Bob Reuter (en calidad personal).

Excepto De Civrieux, que está muy enfermo, y yo, todos los expedicionarios han muerto ya, por lo que me siento obligado a hacer un relato de este acontecimiento histórico basado en el diario que consecuentemente llevaba desde el día que partió la expedición. Desafortunadamente, el diario de los últimos días se ha extraviado y para hacer el relato de esos días sólo dependería del recuerdo.

La mayoría de los retratos son conversiones de diapositivas en colores. Sólo los retratos de Nesbitts fueron tomados directamente en blanco y negro.

Al final se añade un Epílogo sobre las consecuencias de la expedición, incluso, sobre una segunda expedición que realizé, más o menos a la misma área, dieciocho años después.

6 de marzo de 1950 (lunes)

Salimos de San Juan a las 5:15 de la madrugada en un avión de la Pan American. El viaje fue perfecto pero no tuvimos la oportunidad de observar nada al principio debido a la obscuridad, y después a los numerosos nubarrones blancos que obstruían la visión. Como a las 7:30 a.m. llegamos a Curaçao y nos dieron la oportunidad de desmontarnos por 60 minutos, que luego resultaron ser sólo 25. Curaçao es puerto libre y vimos en el terminal una tienda de perfumes

franceses relativamente baratos, pero no compramos nada en la esperanza de hacerlo al regreso. En el trayecto entre Curaçao y Maiquetía (donde está el aeropuerto de entrada a Venezuela) le pregunté a la azafata "Do you have the time, please?", y ella muy cortésmente me trajo la revista Time, lo que fue motivo de burla y acoso por parte de los compañeros. A Maiquetía llegamos alrededor de las 8:30 a.m. Desde el avión se ve que las montañas terminan muy abruptamente en el mar y se recibe la impresión de que no hay un lugar por donde un barco pueda atracar, pero luego se ve una entrada en la roca y allí está el aeropuerto. El lugar es muy agreste. Las montañas que rodean el campo de aterrizaje por el sur son de considerable altura pero en el norte sólo hay una pequeña montaña roja y seca seguida de otras lomas más pequeñas. La Silla de Caracas, con cerca de 1,200 m, se levanta airosa sobre todas las demás montañas del sur.

Después de llenar los requisitos de Aduana y del Departamento Médico, salimos para Caracas. Como en muchos otros sitios, los chóferes tratan de explotar a los extranjeros y para evitarlo, las autoridades dan a la entrada del aeropuerto una tarjeta en la que se estipulan los precios que deben pagarse hasta los diferentes lugares. Al principio nos pidieron 50 bolívares pero luego de regatear bastante conseguimos uno que lo hiciera por 40.

La carretera a Caracas es una verdadera obra de ingeniería. Toda hecha de hormigón, serpentea por las laderas de los más terribles precipicios y trepando como si tuviera garras con que asirse. Aunque es en una sola dirección y suficientemente ancha, los lados están protegidos por raíles de hierro. A pesar de eso, en una de las curvas hay un monumento muy sugestivo: una columna que sostiene los restos del primer automóvil que se precipitó por ese lugar. En la base se lee la inscripción "Despacio se va lejos".

Caracas no me impresionó bien al principio. Se entra a la ciudad por una sección industrial que está parcialmente destruída debido a que una nueva carretera va a pasar por esa zona, y los frentes de las casas ya han sido destruidos. Luego me dí cuenta de que en el interior de la ciudad hay edificios de una arquitectura bellísima, y que algunos tienen hasta ocho o diez pisos. En la sección residencial de El Paraíso abundan las casas de gente pudiente, con jardines exquisitos y una gran abundancia de flores. Sin embargo, los establecimientos comerciales muestran poco gusto en el arreglo de los escaparates y noté uno con enormes sartas de zapatos colgando del frente de la tienda.

Como a las 10:00 a.m. llegamos al Hotel Guimerá, en el centro de Caracas, y luego de dejar el equipaje fuimos al mercado a ver la venta de aves. Este mercado (Fig. 1), es realmente impresionante. Hay pájaros de todas las clases y colores: guacamayos, loros, loritos y periquitos de varias especies, azulejos, querrequerres, arrendajos, cardenalitos, jilgueros etc, todos tratando de vociferar a la vez. Los precios eran relativamente caros pero quedamos con los vendedores en volver en una ocasión futura.

Fig. 1 Mercado de Caracas, 1950

Del mercado fuimos al Edificio Phelps. William Phelps es un millonario norteamericano -venezolano por ciudadanía, aficionado a la Historia Natural, especialmente a las aves. Esto le había llevado a establecer un museo ornitológico que en una época empleó a Barnés como conservador, colector y taxidermista. Barnés quería consultar con el Sr. Phelps sobre ciertos detalles del viaje, además, por supuesto, de saludarlo. El Sr. Phelps no estaba pero pudimos hablar con su hijo Billy, un hombrón de más de seis pies que se alegró mucho de ver a Barnés y nos dió utilísimos consejos sobre el viaje. Billy también había dirigido un sinnúmero de expediciones al interior de Venezuela. Después de hablar con Phelps nos fuimos al hotel a almorzar.

A las 2:00 p.m. fuimos a la Línea Aeropostal Venezolana para que nos cotizaran por el flete de un avión al interior. El precio de $4,000 nos pareció exorbitante y decidimos esperar a ver si podíamos conseguir un precio mas módico en alguna otra línea. De aquí fuimos a la Embajada Americana a ver al Sr. James H. Kempton, el "agricultural attache", y la persona con quien Barnés se había carteado y a cuyo nombre se había enviado todo el equipo desde Puerto Rico. El equipo no había llegado, así es que fuimos a ver al Sr. Anabel L. Romero, el jefe del Servicio Forestal de Venezuela, quien nos ofreció todos los medios a su alcance en beneficio de la expedición. Como la oficina de Romero queda cerca de El Paraíso, fuimos caminando hasta la residencia de los Phelps y lo encontramos en el museo-biblioteca privado que tiene al lado de la casa. Varias pieles de tigre, guepardo y oso, aglomeraban el piso. Parece que el Sr. Phelps es aficionado a la cacería y que no limita su actividad a las aves.

Phelps saludó muy afablemente a Barnés y luego de las presentaciones de rigor nos mostró su excelente colección de aves. Quedé impresionado con aquella "algarabía" de colores y particularmente con las de un pajarillo, más o menos del tamaño de una reinita, al que le llaman "siete colores".

La organización del museo y la biblioteca es una que bien podrían envidiar muchas instituciones públicas. Después de hablar extensamente con Phelps y de habernos ofrecido él toda su cooperación nos despedimos como a las 6:30 p.m. y nos llegamos hasta el hotel, en donde Barnés se acostó casi en seguida después de comida. Maldonado y yo fuimos a dar una vuelta por la ciudad pero como a las 9:00 p.m. Maldonado se acostó y yo me quedé escribiendo el diario.

7 de marzo (martes)

Nos levantamos temprano para ir al mercado de aves. Según Barnés, por la mañana tienen un número mucho mayor, pero no fue así. El número y la variedad no compara en absoluto con el de ayer. Pedían $25.00 por un guacamayo y seis bolívares ($1.50) por una pareja de mariquitas (periquitos verdes). Le dijimos a uno de los hombres que los vendían que le avisaríamos para que nos cogiera varios cientos de aves que queríamos llevar para Puerto Rico.

Del mercado de aves fuimos al correo a echar unas cartas y luego a otras dos líneas aéreas, la Taca y la Avenza, para conseguir su cotización. Todavía no hemos recibido el equipo de la expedición pero queremos tener una idea de cuánto será el costo del viaje al interior.

Como a las 10:00 a.m. salimos a ver al Dr. Henri Pittier en el Herbario Nacional y recibimos una penosa sorpresa cuando se nos informó que había muerto en enero, a los 94 años de edad. Pittier era un botánico de reconocimiento internacional y es sorprendente que su desaparición no haya aparecido en las revistas científicas del mundo. El lugar de Pittier está ahora ocupado por el Dr. Tobías Lasser, un venezolano de reconocidos méritos y atractiva personalidad. También conocimos en el herbario a la Dra. Febus de Luces, cuya especialidad es la agrostología (yerbas).

Nos despedimos de estos señores porque teníamos que hacer varias gestiones antes del almuerzo, y fuimos a la Embajada a ver a Mr. Kempton. Tuvimos una agradable charla con él,

pero nos informó que no tenía noticias de nuestro equipo y que tan pronto las tuviera nos lo dejaría saber. Ya nos empezamos a preocupar. El equipo se envió en un barco de la Ponce Cement bastante antes de nosotros salir y debería haber llegado el lunes. Hoy es martes y no sabemos nada de él. Esto es lo que nos tiene detenidos en Caracas.

La tarde la dedicamos a pasear por Caracas. El chófer del automóvil libre (público) era un brasileño que no dominaba bien el español. Cuando nos estábamos montando al carro otro automóvil pasó cerca y por poco le lleva la puerta abierta a su auto nuevo. Esto ocasionó que le dirigiera al otro una serie de insultos, mitad español, mitad portugués, y los dos chóferes hubieran terminado por irse a las manos a no ser porque Barnés intervino para establecer la paz. Al alejarnos el brasileño decía: "Perdóneme qui li falté il respeyo, pero is qui si me calienta la sangre. El paró y yo paré porqui si él es hombre, yo también, carayo". Visitamos varios sitios en Caracas como el Museo de Historia Natural, donde pudimos observar un enorme oso, donado al Museo, como muchos otros animales, por el Sr. Phelps, el pequeño parque zoológico y estación forestal de Pinares, y la Plaza de la Concordia, en la que se levanta una especie de glorieta que borra el lugar antes ocupado por la famosa cárcel de La Rotunda, en la que se aprisionaba a los presos políticos durante el régimen del dictador Juan Vicente Gómez. También visitamos las hermosas urbanizaciones del exterior de la ciudad: Altamira, Las Mercedes, Bella Vista, Sabana Grande, Los Rosales, El Rosal. El volumen de construcción es tal que no dudaría que la ciudad duplicara su población antes de 10 ó 15 años.

Hoy tuve la oportunidad de ver por primera vez a los indios goajiros: Estos indios habitan, naturalmente, la Península Goajira, entre Venezuela y Colombia, pero se ven a veces en Caracas vendiendo collares y otros objetos de su fabricación. (Hoy día hay médicos, abogados y otros profesionales de origen goajiro). Aunque les vi a la ligera, porque andaba en auto, me pareció que tenían rasgos menos orientales que otros indios del interior. Las facciones son bastante finas y las trenzas y la falda negra con que se visten los hombres les da cierto aspecto femenino.

Por la noche Barnés salió con su amigo el Dr. Romero Espejo, y Maldonado y yo fuimos a San Bernardino a ver al Sr. Marcial Rodríguez, un radioaficionado que nos había recomendado otro radioaficionado de San Juan. Queríamos poder mantener comunicación con nuestras familias en Puerto Rico mientras estuviéramos en el Alto Orinoco y Rodríguez podría ser el intermediario.

Desafortunadamente, el Sr. Rodríguez estaba por Ciudad Bolívar y no regresaría hasta el jueves, pero su señora nos atendió con una gran hospitalidad y nos aseguró que él nos llamaría tan pronto regresara.

8 de marzo (miércoles)

Las gestiones hechas hoy con respecto a la expedición han sido muy pocas. Temprano en la mañana llamaron al agente consular en La Guaira para ver si sabía algo de nuestro equipo y nos dijo que no tenía noticias de él. Sumamente descorazonados nos fuimos a caminar por la ciudad, comentando y haciendo conjeturas sobre la tardanza del equipo, cuando Maldonado notó, al levantar la vista, que había un letrero en un segundo piso que decía Ponce Cement. La Ponce Cement se había comprometido a traer el equipo, según entiendo libre de costo, y su agencia en Caracas seguramente podría darnos información sobre el Lake Traverse, el barco que lo traía, o sobre el paradero del equipo. Subimos inmediatamente y fuimos atendidos muy afablemente por el gerente, Sr. Santos Valdés. Nos dió una gran noticia: el Lake Traverse había llegado hacía dos días pero no había podido atracar debido a que estaba esperando a que se terminara un muelle nuevo. La descarga de cemento empezaría mañana pero él iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance para que nuestros "corotos" se descargaran hoy. No habiendo otra cosa que hacer, nos fuimos al museo de Historia Natural, donde examiné por primera vez la pequeña colección de reptiles. Considerando la rica fauna reptiliana del país, la colección me pareció bastante pobre. La mayoría de los reptiles están sin clasificar. En la biblioteca se me informó que el Sr. Marcussi está haciendo ciertos trabajos con los reptiles de la República, pero he tratado de localizarlo sin éxito. Me hubiera sido de gran ayuda tener una conversación con él ya que seguramente está enterado de la investigación más reciente sobre la herpetología venezolana.

Barnés se fue al centro de la ciudad a hacer ciertas gestiones con el Cónsul, y Maldonado y yo nos fuimos al Museo de Arte que queda frente al de Historia Natural y que exhibía en ese momento pinturas del italiano Vitaliani. Las obras tienen una gran claridad de fondo y son casi todas de una fidelidad natural absoluta. Los melocotones tienen una felpa cuya textura parece como si se pudiera palpar y en los tomates hay unas grietas negruzcas que dan la impresión de que

las frutas están en estado avanzado de madurez. Parece como si todas las muchachas bonitas se congregaran en el Museo de Arte. En ningún otro sitio de Caracas vi tantas juntas.

Barnés almorzó fuera y Maldonado y yo fuimos a la biblioteca a buscar referencias sobre nuestros distintos campos de interés.

9 de marzo (jueves)

Barnés y Maldonado fueron temprano a la Ponce Cement a ver si se sabía algo del equipo. Encontraron al Sr. Valdés por el camino y éste les dijo que no tenían que preocuparse porque el equipo estaría aquí por la tarde. Yo no pude ir con ellos porque desde ayer como a las dos de la tarde me cayó una partícula en un ojo y hoy me amaneció el ojo muy congestionado. Cuando llegaron Barnés y Maldonado me decidí a salir con ellos a ver si encontraba un oculista que me viera el ojo. Fuimos primero a ver al Dr. Romero a la Dirección Forestal y éste nos dió una credencial que nos sirviera como carta de presentación a todos los jefes forestales, y una carta de presentación para el Teniente Coronel Miguel Nucete Paoli, gobernador del Territorio Amazonas. (Venezuela se divide políticamente en estados y territorios. Los territorios, que son los menos desarrollados, son el Delta Amacuro y el Amazonas). Allí se unió al grupo de expedicionarios el Sr. Curran un botánico norteamericano, algo mayor, que trabaja para la División Forestal.

En el camino hacia el hotel vimos un letrero que decía "Instituto de Fisioterapia, Urgencias Médicas". Decidimos entrar a ver si había alguien que me sacara la partícula del ojo. La enfermera nos llevó inmediatamente al médico: "Buenos días, doctor". "Buenos días, ¿que le pasa?" "Pues, doctor, una pajita que me cayó en el ojo desde ayer y todavía no he podido sacármela". "Vamos a ver, siéntese aquí". Se desinfectó las manos con alcohol, me viró el párpado alrevés, y con una pinza y un algodón me sacó la pajita. "¿Cuánto le debo doctor?" "Veinte bolívares". Desde entonces a mi ojo izquierdo le llaman el ojo de los 20 bolívares (En aquella época el cambio era a base de 4 bolívares por dólar y 20 bolívares eran $5.00, una suma insignificante hoy, pero substancial en aquella época).

Cuando salimos del Instituto eran las 12:00 m y nos fuimos a almorzar. Por la tarde fuimos otra vez a la Embajada a ver a Kempton, quien nos informó que no tenía noticias nuevas

que damos. Siendo esto así fuimos de nuevo al Museo de Historia Natural, esta vez para ver al Sr. Cruxent, el antropólogo de la Institución, pero casi no tuvimos oportunidad de hablar con él porque tenía una cita previa y tenía que irse. Cuando regresamos al hotel pasamos por la Compañía del Teléfono y a Barnés se le ocurrió llamar al vice-cónsul en La Guaira, Sr. Palmerton, para informarse sobre el equipo. El equipo había llegado pero no podía desembarcarse porque no se habían recibido los documentos oficiales que se requieren en estos casos. Esto fue un golpe severo para nosotros. Ya llevamos cuatro días en Venezuela y no hemos podido movernos. Deprimidos y desilusionados nos fuimos al hotel a planear los nuevos movimientos. Decidimos que yo iría a La Guaira a ver a Palmerton y averiguar cuáles eran los documentos que se requerían, Barnés iría a ver al Ministro de Relaciones Exteriores y al Sr. Denois, Director de la Sección de Salvamentos y Búsqueda del Ministerio de Comunicaciones, y Maldonado permanecería en el hotel, pendiente de cualquier llamada.

Como a las 6:00 p.m. Barnés recibió una llamada de Romero Espejo indicando que necesitaba verlo con urgencia a las 6:30 p.m., y nosotros salimos después de comida a ver al Sr. Marcial Rodríguez, quien ya había regresado de Ciudad Bolívar y estaba en la mejor disposición de recibirnos. A través de su radio tratamos de hacer contacto con Puerto Rico pero no fue posible.

10 marzo (viernes)

Me tuve que levantar bien temprano para ir a La Guaira. Cuando estaba a mitad de desayuno llegó el carro que me iba a llevar, así es que tuve que interrumpir el desayuno a mitad de camino. Más me tomó salir de Caracas y entrar a la Guaira que todo el resto del trayecto, tan congestionado estaba el tránsito en esos extremos. Me entrevisté con el agente consular y me aseguró que no podía sacar el equipo del barco mientras no hubiera un "consular invoice". Me aconsejó que hiciéramos gestiones con el Ministerio de Hacienda a ver si nos lo permitían sacar sin ese requisito. Al llegar a Caracas estaban Barnés y Maldonado esperándome ansiosos en el "lobby" del hotel. Les informé sobre lo discutido con Palmerton y después de hablar extensamente sobre los diferentes aspectos del asunto, nos fuimos a almorzar. Los gastos en

Caracas no estaban planeados y poco a poco estábamos consumiendo los fondos destinados a otros menesteres.

Por la tarde Barnés y yo fuimos al Ministerio de Hacienda y vimos al Director de Aduanas. Éste nos informó que debíamos ver al Ministro de Relaciones Exteriores o al Director de Política Internacional y solicitar un oficio autorizando a la Aduana a permitir que el equipo se sacara sin tener los documentos requeridos. Fuimos a ver al Sr. Monteverde, pero tuvimos que esperar un buen rato porque él estaba afuera. Como la espera continuaba, Barnés me pidió que fuera al hotel y le cancelara la cita que tenía con Cruxent a las 5:00 p.m. Estando en el hotel recibí una llamada del Sr. Santos Valdés, de la Ponce Cement. Me informó que él había estado ayer en La Guaira en un homenaje que se le daba al Sr. Presidente de la Junta de Gobierno y a varios ministros en el Lake Traverse. El Ministro de Hacienda le dijo que el procedimiento correcto para sacar el equipo de La Guaira era que la Embajada lo solicitara, a través del Ministerio de Relaciones Exteriores, y que éste pasara un oficio al de Hacienda autorizando el desembarco.

Tenemos mucho que agradecer a Santos Valdés por todo el apoyo que nos ha brindado en momentos de tantos y tan poco anticipados problemas. Inmediatamente fuí donde Barnés, quien ya estaba hablando con Monteverde. Lo encontré llamando a Kempton para preguntarle si había enviado algún oficio al Ministerio. Al parecer, Kempton ya lo había hecho pero estuvo un buen rato hablando con Monteverde y éste acordó darle el oficio a Barnés el lunes a las 10:00 a.m. Salimos del Ministerio para ir a comer.

11 de marzo (sábado)

Maldonado fue temprano a la Línea Aeropostal Venezolana para separar pasaje a Puerto Ayacucho (capital del Territorio Amazonas) para nosotros dos. Habíamos decidido que nosotros nos iríamos adelante, para ir colectando en el área, mientras Barnés arreglaba los asuntos del equipo. Entre tanto, Barnés y yo fuimos a ver al Sr. Santos Valdés y luego a Billy Phelps. Ninguno de los dos estaba pero cuando íbamos hacia el hotel nos encontramos con Valdés, quien le explicó otra vez a Barnés los últimos acontecimientos. Aparentemente, el vicecónsul norteamericano rehusaba darnos ayuda para que sacáramos el equipo sin los expedientes

requeridos. Valdés nos invitó a subir a su oficina y allí discutimos el asunto con más detalle. Al rato de estar en la oficina de Valdés llamó Maldonado, y Valdés decidió llamar a La Guaira a ver si se había logrado algo con el equipo. Según parece, no se había logrado nada y el equipo estaba todavía abordo. La Aduana no permitía el desembarque.

Barnés decidió llamar al Vicecónsul y las palabras textuales de éste fueron "I refuse to get into a case of contraband. I am not going to touch that equipment" Barnés en seguida se alteró: "Do you think that a shipment from the government of Puerto Rico and the U. S. Army may be contraband? Allright Sir, allright", y le enganchó el teléfono. A Barnés se le notaba la rabia en la cara. Eso es una falta de respeto al Gobierno de Puerto Rico y al de los Estados Unidos, dijo. Valdés y su representante en La Guaira, quien también estaba allí, hicieron todo lo posible por calmarnos y nos aconsejaron ir inmediatamente al Ministro de Relaciones Exteriores para que solicitáramos del Director de Aduanas un permiso que nos autorizara a bajar el equipo del barco. El "issue" ahora no era que nos dejaran entrar el equipo a Venezuela sino que no los dejaran bajar del barco. Este se volvería a Puerto Rico de lunes a martes y no tendría otra alternativa que llevarse el equipo si para esa fecha no se había desembarcado. Los trámites para entrarlo se podían hacer luego, y ya estaban en proceso...

Como a las 11:00 a.m. salimos para los ministerios; Barnés y Maldonado para el de Hacienda y yo para el de Relaciones Exteriores, pero ninguna de las personas que queríamos ver se encontraba y salimos, por supuesto, muy desilusionados. Algunos de nosotros queríamos que se llamara al Rector Benítez para informarle sobre lo sucedido, otros opinaban que se debía hacer una llamada a un señor que venía para Caracas el lunes a ver si él podía traer los documentos requeridos. Después que hubiera esos papeles, no se necesitaba nada más. Fuimos a la Compañía Telefónica e hicimos tres llamadas, una al Dr. Rafael Picó en Washington, otra al Gobernador de Puerto Rico y otra al Rector Benítez (véase recortes de periódico al final). La primera en conseguirse fue la de Washington. Barnés le informó a Picó sobre los problemas que teníamos, y especialmente sobre las dificultades con el Vicecónsul. Picó iría inmediatamente a la Secretaría de Estado para solicitar que se pidiera a la Embajada que nos diera mayor ayuda para resolver los problemas del equipo. Al Rector Benítez no pudimos conseguirlo, pero sí al Gobernador Interino, Lic. Vicente Geigel Polanco, a quien pedimos que se enviara un cable oficial a los distintos

ministerios venezolanos informándoles sobre nuestra misión. A las 12:30 p.m. salimos del teléfono y fuimos a almorzar.

Después de almuerzo nos acostamos a dormir pero tuvimos que levantarnos cuando tocó a la puerta otro miembro de la expedición que venía de Puerto Rico: Héctor Gandía. Después de contarnos sobre el viaje salí a enseñar a Héctor la ciudad; lo que aprovechamos para poner un cable a la Ponce Cement y pedirle el envío rápido de los papeles que cubrían el equipo. Queríamos atacar el asunto desde todos los ángulos y aunque ya se había puesto un cable a la Ponce Cement desde la oficina del gerente en Caracas, queríamos tener la seguridad de que el asunto se atendía.

Cuando llegamos al hotel Barnés y Maldonado nos enseñaron una carta que habían escrito al Gobernador de Puerto Rico censurando acremente la actuación del Vicecónsul americano. Copia de esta carta fue enviada a la Embajada.

Por la noche nos visitó Joaquín Ferrer, un amigo de Puerto Rico residente en Caracas, quien quedó en venir el domingo para enseñarnos otras secciones de la ciudad.

12 de marzo (domingo)

Me levanté, como de costumbre, a las seis de la mañana. En seguida me bañé, lavé la ropa interior y las medias y limpié los zapatos. Barnés y Maldonado no se han levantado así que me puse a escribir una carta que había empezado la noche anterior, al Dr. Chamberlin. Hace como un año yo le envié una cantidad de miriápodos (gongolíes o gungulenes) que había colectado en Puerto Rico y ayer recibí una carta, junto a una de mi esposa, en la que me anunciaba que de los 23 especímenes que le envié, cinco resultaron ser nuevos géneros y 10 nuevas especies. Muy gentilmente él le dió el nombre mío a dos de las especies nuevas; *Glomiredesmus riveroi y Ballophilus riveroi*.

Como a las 9:30 a.m. se levantaron Barnés y Maldonado y Barnés me hizo la carta en maquinilla. Él escribe con un sólo dedo, pero dudo que haya una persona que escriba más rápidamente con los diez. Como a las 10:00 a.m. fuimos a desayunar y luego volvimos al cuarto. En eso llegó Joaquín Ferrer y fuimos con él a la plaza del mercado a ver los pájaros. Esta vez

había más que otras veces, pero no compramos nada, en parte, porque no teníamos el permiso del gobierno. Fuimos luego a La Chacra, en donde nos dijeron que vendían aves, pero sólo había aves de corral. De aquí salimos para El Calvario, una iglesia que queda en un monte en la misma ciudad. Para llegar hay que subir una larga escalera que termina en un parquecito muy bien diseñado y en el medio está la Iglesia. Cuenta la gente que una vez dos policías bajaban un banco por la empinada escalera y uno de ellos tropezó, cayendo escalera abajo todo magullado. Su compañero, al verlo caer empezó a reírse de tal modo que aunque el otro fue llevado al hospital, no podía detener su risa y murió eventualmente, víctima de su propia burla.

Por la tarde Barnés y yo íbamos a ir a casa de Doña Mercedes Ferrer, una señora venezolana casada con un puertorriqueño y ex-vecina nuestra en Mayagüez, pero recibimos una llamada de su hija Cristina diciendo que vendría a buscarnos con su esposo. Se presentaron como a las 3:00 p.m. pero Barnés dijo que iría más tarde porque tenía ciertas cosas que escribir. Estuve con los Negrón (el esposo de Cristina es Negrón) visitando todas las nuevas urbanizaciones de Caracas, la Ciudad Universitaria y Los Chorros, en donde hay varias cascadas que caen en sucesión en terrenos cercanos a la urbanización El Rosal. También estuvimos en los pueblecitos de Petare y Dos Caminos. Como a las 7:00 p.m. regresamos al hotel.

Por la noche salimos Gandía, Maldonado y yo hasta la esquina pero yo recordé que tenía mucho trabajo que hacer y me fuí a la Biblioteca. La encontré cerrada así es que me volví al hotel y me puse a escribir el diario. Barnés regresó más tarde y dijo que no había podido encontrar la casa de Da. Mercedes Ferrer.

13 de marzo (lunes)

Temprano, Barnés y yo fuimos a la Embajada. La actitud de todos allí había variado mucho. Parece como si hubieran recibido comunicación del Departamento de Estado. Mr. Kempton sugirió que para sacar el equipo lo más correcto sería que Barnés escribiera una carta donándolo al Embajador y que éste entonces lo devolvería cuando llegara a Caracas. Estando en eso llegó el Sr. Dennis (?), ayudante del Embajador, y al enterarse por nosotros que el equipo venía consignado al Cónsul, dijo que ese equipo no necesitaba ninguna clase de papeles y que ellos

se ocuparían de sacarlo. Le pidió a Kempton que escribiera un memorial denunciando la conducta poco cooperadora del Vicecónsul en La Guaira. Salimos, por supuesto, muy contentos, y fuimos a ver al Capitán Denois, del Ministerio de Comunicaciones. Nos prometió abastecernos de alimentos cada quince días, dejándolos caer en paracaídas en dondequiera que estuviéramos. También nos prometió toda su cooperación. Es una persona sumamente agradable y llana, pero no ha podido deshacerse del acento francés, lo que permite que se le catalogue como "musiú". En Venezuela, todos los extranjeros, no importa de donde provengan, son "musius"(de Monsieur).

Salimos del Ministerio como a las 12:15 p.m. y cuando llegamos al hotel encontramos que Bob Reuter había llegado y estaba esperándonos con Maldonado y Gandía. Bob es un empresario mayagüezano que quiso unirse a la expedición pagándose sus propios gastos.

Por la tarde Barnés y yo salimos a comprar las latas en donde echaríamos los especímenes preservados, y además formalina, alcohol, jeringuillas, bandejas y suero antiofídico, entre otras cosas. Maldonado había ido a pagar los pasajes que había separado para mañana. Saldríamos para Puerto Ayacucho Maldonado, Reuter y yo, y Barnés y Gandía se quedarían arreglando otros requisitos oficiales.

14 de marzo (martes)

A las 5:30 a.m. salimos para Maiquetía con la idea de tomar el avión que nos llevaría a Pto. Ayacucho. La trayectoria no fue nada de placentera. En seguida se empezaron a ver montañas iguales y peladas que parecían papel de estraza corrugado, pero por las cárcavas se veían "chorros" de arboleda. Luego se ven Los Llanos, grandes extensiones planas que en la distancia se funden con el cielo, sin que deje ver la bruma el costurón de la soldadura. No se ven vestigios de vida animal, aunque de vez en cuando delataba la presencia humana alguna vereda o alguna humareda. Abundantes morichales (lugares generalmente pantanosos en donde crece la palma del moriche) salpican y a la vez encrespan la armonía topográfica y cromática del llano. Luego, el dominio de la soledad, con el terreno negro, gris y marrón, como si estuviera infestada con carate (enfermedad que mancha el cuerpo). Llegamos a Calabozo como media hora después de partir

(a las 8:30 a.m.) y nos dieron la oportunidad de desmontarnos por un rato. Las casas son construídas con una mezcla de barro y paja (bahareque), como las de otros pueblos que visité más tarde.

Salimos de Calabozo a los 40 minutos de haber aterrizado pero tuvimos que devolvernos porque el tren de aterrizaje no subía y tenían que radiotelegrafiarlo al aeropuerto general. Como teníamos que esperar la respuesta, el vuelo se retrasó bastante. Hicimos una segunda parada en San Fernando de Apure en donde colecté mis tres primeros ejemplares de un caracol acuático, y en Puerto Páez, en donde le mandamos a Juan Maculiche (un ex-guía de Barnés) recado a ver si quería venir con nosotros. Al llegar a Ayacucho estaba completamente mareado. El viaje había sido horrible pues el avión no se había quedado quieto ni un segundo. En algunas regiones, el Río Orinoco se ve imponente, especialmente al comenzar los raudales de Atures y Maipures, en Puerto Ayacucho. Estos raudales impiden que se pueda navegar de ahí en adelante.

Fig. 2 Puerto Ayacucho, 1950

En Pto. Ayacucho, (Figs. 2, 3), nos sorprendió encontrar un hotel cómodo y muy tropical, con alberca y cuarto con baño privado (Fig. 4). Se nos sirvió una comida preparada a la ligera, pues eran las dos de la tarde. El gerente del hotel y su señora (quien tiene tipo norteamericano) nos atendieron muy bien y él nos narró varias historias sobre sus experiencias como buscador de oro. De hecho, tiene varios grupos de trabajadores en distintos sitios de la región buscando el preciado metal.

Fig. 3 Puerto Ayacucho, 1950

Como a las 3:30 p.m. fuimos a ver al Sr. Gobernador del Territorio, Col. Dr. Miguel Nucete Paoli, pero no estaba en su oficina y no quisimos molestarlo en la casa. Fuimos entonces a registrarnos en la Oficina de Seguridad Nacional y también estaba cerrada, así es que decidimos dar algunas vueltas por el pueblo. Desde el aire yo había visto al Orinoco pegado al pueblo y como quería acercarme a sus

orillas me separé de los muchachos, que estaban muy cansados, y me dirigí en la dirección que yo suponía me llevaría al río. Pero me perdí y tuve que acercarme a una casita de adobe para preguntar la ruta. En la casa había dos hombres, una mujer y varios niños. Me dijeron que eran misioneros evangélicos que estaban aquí desde enero en gestiones relacionadas con su religión. El mayor de ellos, el Sr. Cramer, había estado en San Fernando de Atabapo y en Esmeralda (los pueblitos que siguen río arriba, a Pto. Ayacucho) y me dijo que había compañeros de él en Tama-Tama y otros viviendo con los indios guahariboS. Luego de hablar un rato sobre su misión y la nuestra, quiso enseñarme personalmente cómo llegar al río (que en esa región parece más bien un lago). Al regreso me mostró las diferentes oficinas del gobierno y me acompañó al hotel, en donde le presenté a Maldonado y a Reuter. A las 5:15 p.m. fuimos a ver al gobernador a su casa. Muy amablemente se separó del grupo de hombres de gobierno con los que compartía y nos atendió en una salita aparte. Después de las presentaciones de rigor le entregamos una carta de presentación del Ministro de Agricultura y le informamos sobre nuestra misión. El Col. Nucete, quien por su trato parece ser una persona de educación refinada, nos trató con la misma sencillez y cordialidad que encontramos en todos los venezolanos del interior. Luego de ofrecernos su más decidida cooperación, quedamos en reunirnos con él al otro día, por la mañana. También se ocuparía de que estuviera con nosotros el Dr. Hans Baumgardner, el único médico del pueblo, y una persona muy interesada en todos los aspectos de la historia natural.

Fig. 4 Hotel de Puerto Ayacucho

Cuando veníamos para el hotel nos llamaron desde una casa. Era el encargado de la Oficina de Seguridad Nacional que quería registrarnos ahora. Al regreso al hotel pasamos por la oficina de radiogramas y le enviamos el siguiente a Barnés: "Todo se consigue. No sabemos sueros (contra venenos de culebras). Se necesita permiso Ministerio Interior, pasaportes, visas y pastillas de sal. Busqué al italiano Galmeri (el nombre no está claro en las notas; puede haber sido Galveri), que subió al Marahuaca (un monte que nosotros pensabamos escalar). Informará Borghini, Hotel Lemos".

En el hotel entregamos una carta de presentación al Sr. Gómez, de la Dirección Forestal. Gómez nos ofreció toda su ayuda y se desvivió en atenciones. Prometió llevarnos al otro día por la tarde a Colombia, al otro lado del río.

Por la noche salí un rato a un foco de luz eléctrica a ver si colectaba algo. Era notable la ausencia de toda vida. Maldonado colectó dos o tres insectos. Yo nada. Nos acostamos temprano.

15 de marzo (miércoles)

El día de hoy ha sido muy provechoso. Nos levantamos relativamente tarde y después de desayunarnos nos sentamos a esperar al Gobernador, quien había dicho que nos vendría a visitar. Como a las 10:00 a.m. no había venido, decidí salir un rato a colectar en unas lajas que hay detrás del hotel. Como en ausencia de Barnés yo soy el jefe de la expedición, le pedí a los muchachos que me llamaran tan pronto llegara el Col. Nucete Paoli. Aunque vi varios tequeteques (tuqueques, lagartos, Fig. 5) y siguanas, no pude coger ninguno pero pude observar de cerca un animal que me tenía intrigado desde que llegué. Su canto es un chirrido continuo y molestoso y hay, al parecer, miles de ellos, pero son muy difíciles de localizar. Al principio creíamos que se trataba de una rana, pero la sequía pronunciada, el sol candente y el hecho de que el chirrido provenía, por lo general, de las copas de los árboles, me hizo cambiar de opinión. Pensamos luego que sería un pájaro, "ventrílocuo" porque a pesar de oírlo y saber, más o menos, de donde provenía el sonido, nunca pudimos localizarlo. Pero esta vez me acerqué sigilosamente al árbol de donde provenía el canto, que esta vez no era muy alto, y dí en una de las ramas con el mango de la red de capturar insectos. En seguida ví volar algo pequeño, parecido a un pájaro, pero que se me perdió de vista antes de que pudiera identificarlo. Al oír el próximo me le acerqué cautelosamente pero escudriñando con gran cuidado todas las ramas. Por fin dí con

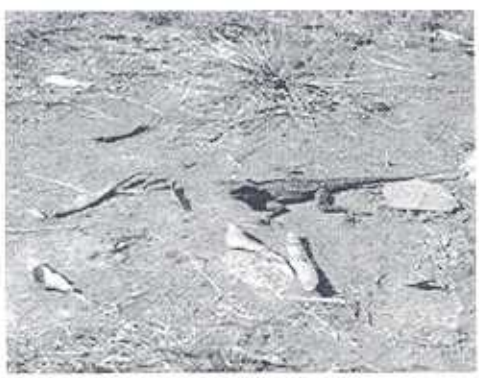


Fig. 5 Tuqueque (o tequeteque)

el cantor: una enorme chicharra (cigarra) como de una pulgada y media de largo. No pude, sin embargo, capturarla.

También vi varios grupos de gallináceas mientras buscaba reptiles entre las lajas.

Al poco rato llegó un indiecito que trabajaba en el hotel para anunciarme la llegada del gobernador. Creí que tendría que volver con las manos vacías pero pude capturar el primer tequeteque (tuqueque) antes de llegar al hotel. El muchacho me dijo "mire no coja eso que es veneno" pero se tranquilizó cuando dejé que el lagarto me mordiera sin ocasionarme daño. Insistió, sin embargo, en que tenía que coger otro: "Vamos a buscar otro porque tiene que coger ahora dos. Si sólo coge uno, el otro lo estará buscando hasta que le coma la mano". Le prometí que lo haría más tarde.

El gobernador estaba esperando con Reuter y Maldonado. Había traído a una persona a quien él recomendaba como baquiano (guía). Prometimos que lo consideraríamos cuando llegara Barnés entre el jueves y el domingo. Al poco rato llegó el Dr. Baumgardner, el médico alemán a cargo de Salud Pública y también de un pequeño museo indígena. Baumgardner es una persona bajita y gruesa, con ojos azules y pelo lacio peinado hacia atrás. Da la impresión de ser nervioso y "acelerado". Quisieron enseñarnos el museo indígena, obra del Dr. Baumgardner, y allá fuimos a tener. En el frente del pequeño museo de adobe hay un dibujo al carbón de un cacique indio con su esposa, una mujer de facciones finas y atractivas. Baumgardner nos enseñó el interior del edificio y la bonita colección de utensilios y artefactos usados por las diferentes tribus indias de la región. Pasamos luego a la Casa Indígena, en la que se da albergue y tratamiento médico a los indios que se lleguen hasta Puerto Ayacucho. Tiene servicios sanitarios y un patio grande, que es donde prefieren colgar sus chinchorros (hamacas) la mayoría de los indios. Hay que admirar al Gobernador Nucete Paoli y al Dr. Baumgardner por haberse ocupado de proveer facilidades físicas y servicios médicos a los indios y por tratarlos como seres humanos y no como "irracionales". Cualquier trato favorable que reciban los "blancos" en territorio indio podría muy bien deberse a actos de reciprocidad. Baumgardner nos mostró varios indios piaroas y guahibos que en la actualidad habitan la casa. Aunque nos mostró ciertas diferencias físicas entre unos y otros, lo cierto es que no pudimos percatarnos bien de ellas.

La noche anterior había ocurrido en la casa indígena un incidente que indignó a

Baumgardner y lo puso más rojo de lo usual. Algunos venezolanos habían entrado a la casa y se habían acostado con las indias. En todos sitios se dan casos así pero aquí tienden a tergiversar las funciones y las buenas intenciones del proyecto. La indignación de Baumgardner estaba más que justificada.

Baumgardner habla, además de alemán, fránces, español, un poco de inglés y también las lenguas del piaroa y del guahibo. Cada vez que encontraba un indio le preguntaba si tenía lombrices o si tenía algún malestar o alguna dolama. Después de salir del museo para ir a almorzar, el doctor nos invitó a una cerveza.

En la mesa discutimos varios asuntos relacionados con el viaje. Después de almuerzo Baumgardner nos había invitado a ir a una isla en los raudales (de Atures). En el trayecto ví las primeras orquídeas, la *Cattleya violacea*, creciendo alto en los árboles. Para cruzar a la isla hay que quitarse la ropa y cruzar a nado una de las ramificaciones que tiene el río en ese lugar. Baumgardner se tomó la iniciativa, pero sólo lo siguió Reuter. Los demás teníamos demasiado presentes la posible existencia de piranhas, rayas y caimanes en esas aguas y nos negamos a acompañarlos. La Sra. Baumgardner esperó con nosotros a que nuestro compañero desnudo y su esposo inspeccionaran pacientemente todos los dibujos y grabaciones que había en las rocas de la Isla. Después de ellos volver, fuimos a ver otras grabaciones que hay al lado de acá del río: una especie de sol doble con alas, un animal parecido a un roedor, otro parecido a un calamar pero que posiblemente nada tenía que ver con un calamar (no hay calamares de agua dulce), y varios hombres y mujeres. ¿Cómo es posible que hicieran esos grabados en la roca granítica en una época cuando no existían cinceles, ni cortafríos ni martillos? Baumgardner sugiere la posibilidad de que existiera el jugo cáustico de algún árbol que disolviera y se comiera la roca.

Como a las 5:00 p.m. llegamos al hotel y nos quedamos hablando hasta la hora de la comida. Por la noche se presentó Baumgardner con el cacique maquiritare Paulo Padamo, quien viste ropa convencional y habla razonablemente bien el español. Padamo fue el indio que le sirvió de guía al Dr. Basset Maguire, un botánico del Brooklyn Botanical Garden que había visitado esa región buscando, entre otras cosas, el bambú sin nudos del que se fabrican las cerbatanas. Hablamos con Padamo sobre el viaje de Maguire y sobre el nuestro. Según él, necesitaríamos 20 indios como porteadores y él nos los podría conseguir de una tribu que habitaba el Río

Cunucunuma. Les tendríamos que pagar 20 camisas, 20 cuchillos, 20 machetes, 20 cobijas (frisas), 20 gorras, 20 alpargatas, 20 collares de piedras rojas, negras, azules y blancas, jabón, camisas de mujer, agujas, hilo, espejos, peines para piojos, cucharas, platos, vasos de metal, etc. Aproveché la oportunidad para preguntar a Paulo la traducción de palabras que me podrían servir para comunicarme con los indios en el desempeño de mi trabajo (el vocabulario aparece al final).

16 de marzo (jueves)

Me levanté temprano para llamar a Barnés pero no pude comunicarme. Sólo hay media hora de contacto con Caracas a las 8:00 a.m., media hora a la 1:30 p.m. y media hora a las 7:00 p.m. En algunas ocasiones el teléfono al que yo llamaba estaba ocupado y en otras le daban preferencia a personas que habían llegado después que yo. Decidí enviarle un radiograma.

Pasamos casi toda la mañana en el hotel; por la tarde Maldonado y Reuter fueron con Baumgardner a ver una tribu de piaroas infectada con viruela. Yo me quedé durmiendo porque tenía que radiografiar a Barnés a las 6:30. Como a las 5:00 p.m. me vinieron a avisar que había caído un "camaleón" en la piscina. Estuve deambulando hasta que fueron las 6:30 y cuando me devolví de Radiotelegrafía ya los muchachos habían llegado. Me dijeron que no me había perdido gran cosa, excepto por un indio que tiene la más espantosa enfermedad de viruela, y que sus compañeros lo habían puesto en una pocilga.

Después de comida fuimos a casa de Baumgardner a ver unas diapositivas de piaroas y de algunos animales. Después nos acompañó al hotel en donde estuvimos conversando por largo rato. Dice él que existe una culebra cascabel que es completamente distinta a la conocida. Es más gruesa y fornida y la pinta es diferente. Me prometió llevarme mañana a un lugar en donde abundan las culebras y también me dijo que me enseñaría un árbol que los indios usan como medicamento en contra de las mordeduras.

17 de marzo (viernes)

Durante la mañana de hoy no hemos hecho gran cosa. Cuando estábamos desayunando

llegó una señora con un papel de Baumgardner y otra señora con un mono que estuvo chillando desde que llegó. Decía el papel que el mono era más o menos raro y que la portadora sólo pedía 10 bolívares por él. No era tan raro, así que dejé que Reuter lo comprara. El mono era sumamente arisco y no se dejaba tocar de nadie así es que para cambiarlo de sitio tuve que agarrarlo con unos guantes gruesos pero me mordió tan gustosamente como le dió la gana.

A las dos de la tarde salimos para el sitio que el doctor nos había dicho la noche anterior. Él nos dejó en una pequeña charca que era uno de los remanentes con agua de un riachuelo que se había secado y del que sólo quedaban charcas desconectadas. Baumgardner se fué para el monte con tres indios piaroa con la intención de traer barbasco para atontar los peces que hubiera en la charca. En los alrededores había infinidad de mariposas y de otros insectos, lo que inmediatamente activó a Maldonado; yo también me puse a coger unos sapitos que había por miles en las cercanías del agua, cuando oímos unos cuantos tiros, cada vez más lejos. Como a las 6:00 p.m. se presentó Baumgardner con los indios. El traía un pájaro precioso, verde con la cabeza azul, y cada uno de los indios traía un morrocoy (tortuga terrestre). Uno de ellos también traía varios troncos y varas de barbasco. En seguida se pusieron a machacar un palo con otro hasta desmenuzarlo, y luego agitaban la pulpa en el agua. El proceso se repitió en los dos extremos de la charca hasta que el agua tomó un aspecto castaño-lechoso. Como a los 10 ó 15 minutos los peces empezaron a dar vueltas en el agua y se podían coger sin dificultad. Estos peces no eran para comer sino para añadir a nuestras colecciones.

Cogimos un pez cíchlido verdoso con una mancha negruzca en los costados, un pez gato armado y con largos bigotes y cola de color amarillo castaño, otro pez, amarillo arriba y con pequeños dientecillos agudos, otro parecido a una picúa y varios gimnotos (peces eléctricos de pequeño tamaño). Tuvimos que volver al pueblo porque se estaba haciendo de noche, pero quedamos en volver al otro día a buscar los peces que hubieran muerto luego. Después de comida me puse a escribir el diario.

Me olvidaba decir que a las 11:00 a.m. estuve en casa de Baumgardner y que me regaló un pedazo de palo al que él llama "palo de culebra". El árbol correspondiente lo usan los indios para tratar las mordeduras de culebra. La cáscara la muelen en agua e ingieren el material molido luego de lo cual bailan toda la noche, hasta el amanecer. Me llevé el palo para mandarlo a

analizar cuando regrese.

También tuvimos por la mañana la visita de Cramer y de otro ministro evangélico. Vinieron a invitarme a salir con ellos para colectar.

18 de marzo (sábado)

El día de hoy ha sido parecido al de ayer en cuanto a su inactividad por la mañana y ciertos invitados por la tarde. En la mañana solamente fui al correo para enviar dos cartas, una a mi mujer y otra al Rector Benítez. Una cosa que me estuvo rara es que no es en el correo en donde venden los sellos sino en una tienda que queda bastante retirada de él. También tomé por la mañana retratos de los residentes del hotel, de las casitas que quedan al frente, del hotel y de unos zamuros (buitres carroñeros) que había en un árbol. A las 12:00 m. fuimos a casa de Baumgardner ya que había quedado en llevarnos al mismo sitio que nos llevó ayer para que recogiéramos los peces que habían quedado muertos después que nos vinimos. Él se quedaría allí con sus tres indios porque el día anterior había visto las huellas frescas de un tigre (jaguar) y quería ver si lo mataba. Me estuvo raro que Baumgardner llevaba unos cartuchos con una munición muy grande, como de ¼ de pulgada, y al preguntarle me dijo que era para usarlos en el tigre. Con un rifle no podía apuntar de noche, así es que era mejor usar escopeta. En seguida que llegamos al puente que habíamos visitado ayer, el doctor se apresuró adelante y mató de dos tiros a un garzón que estaba dándose un festín con los peces que barbasqueamos ayer. Recogimos dos o tres bagres más y fuimos a otra charca de la misma quebrada que queda como a 25 m del primero. Tratamos de capturar los peces que había allí vivos pero ante la imposibilidad de hacerlo molimos tres varas de barbasco que quedaban de ayer y esperamos cinco o seis minutos. Los primeros en aparecer fueron los *Meonkausia oligolepis* y luego un tetra de color rojizo parecido a *Pristella ridlei*. También saltó un pez alargado de color azuloso y enorme boca y con manchas rojas en la cola. Es interesante que los peces en las charcas resultaron ser totalmente diferentes. Ni uno sólo de los que había en una los había en la otra. En otra quebradita cercana cuya agua tenía un pH de 6.2 Reuter pescó dos cíchlidos grandes parecidos a *Aequides portalegrensis*.

Como el doctor Baumgardner se iba a quedar en el monte, nosotros nos devolvimos a eso

de las 6:00 p.m. Por el trayecto vimos, primero, un venado que deslumbrado con nuestros focos, esperó a que nos acercáramos hasta 50 pies antes de salir corriendo; luego dos zorros, que después de pasar la "carretera", se pararon a mirarnos con curiosidad. El garzón lo llevamos a casa de Baumgardner porque, según él dice, su chófer se lo come. Nos trajimos el jeep de él para el hotel porque quedamos en irlo a buscar mañana a las 8:00 a.m.

19 de marzo (domingo)

A las 8:00 a.m. salimos a buscar a Baumgardner pero tuvimos que esperar un largo rato antes de que apareciera. Aprovechamos recogiendo los peces que habíamos matado ayer con barbasco, pero esta vez no encontramos muchos. Maldonado aprovechó el tiempo recogiendo insectos y en más de una ocasión le oí decir que ése era el paraíso del entomólogo. Fácilmente se podía ver que lo era, por lo menos en lo que respecta a los lepidópteros (mariposas). Yo estuve buscando anfibios y reptiles debajo de troncos y piedras pero con éstos no pasa como con los insectos: la fauna herpetológica es bastante escasa. Con tan poco éxito, me senté a la sombra con Reuter mientras revoloteaban alrededor de nosotros infinidad de mariposas de todos lo colores, y entre ellas, una Morphos negra con dos manchas transversales azules en las alas posteriores.

Como a las 10:00 a.m. llegó Baumgardner pero no era un tigre (jaguar) lo que traía sino la piel de un puma. Los indios cargaban varios paujies, una ardilla, varias aves gallináceas y, un sinnúmero de peces. Los indios se comen todas estas cosas pero no veo por qué se tenía que matar el puma. Reuter quiso tomar una película de la llegada de los cazadores y le pidió a los indios que volvieran atrás para retratarlos. El doctor también insistió en piaroa pero seguían caminando sin hacerle caso. Ellos creen que los retratos son cosas de brujería y se muestran reacios a ser retratados. Baumgardner tuvo que insistir fuertemente para que posaran, pero lo hicieron a regañadientes.

Cuando fuimos a buscar a Baumgardner por la mañana, cogimos la primera culebra. Al pasar por el río Cataniapo decidimos bajar del auto para ver los peces. Primero iba Maldonado y luego yo, seguido de Reuter. De pronto Maldonado retrocedió chillando; había visto una cascabel debajo de un banco de madera.

El patrón entrecruzado del dorso del animal era de particular belleza. Yo no encontraba como matar a un animal tan bello pero Reuter, que ya había buscado una horqueta y apretando la cabeza del animal contra el suelo, le dio un garrotazo por el medio, lo que aparentemente le rompió la espina dorsal. Luego la agarró por el cuello y la metió en el estuche de su cámara, no sin antes amarrarle la cabeza con un pañuelo. Todavía estaba viva.

A la venida de Guayabal (donde recogimos a Baumgardner), dejamos a los indios en la reserva de Nuestra Señora del Coromoto. Nosotros seguimos para el aeropuerto a esperar a Barnés, que creímos llegaría hoy, pero como el doctor tenía mucha hambre debido a que había pasado la noche en ayunas, Reuter y Maldonado lo fueron a llevar mientras yo permanecía en el aeropuerto. Allí estaban también esperando a Barnés el Gobernador del Territorio con su esposa e hija, y varios oficiales del ejército. El avión llegó pero Barnés no. Al rato llegaron los muchachos y les comuniqué la nueva. Todos estábamos extrañados y apenados. Ya llevábamos 14 días en Venezuela y no habíamos podido comenzar nuestra misión. Mientras tanto, estábamos consumiendo los fondos que hemos podido emplear en otros menesteres. ¿Qué le pasaría a Barnés? ¿Tendría otras dificultades con el equipo? Decidí llamarlo por radio tan pronto como llegara. Por fin conseguí una comunicación con él. El equipo estaba ya en casa de Phelps pero había problemas con el Servicio de Salvamento y Búsqueda. Vendrían, posiblemente, el martes o el jueves. Me autorizó a que hiciera todos los arreglos de manera que pudiéramos salir tan pronto él llegara.

Al llegar al hotel quise retratar la cascabel. Yo insistí en preservarla en formalina para las colecciones de la Universidad, pero Reuter quería cortarle la cabeza y conservar la piel. Aquí empezaron mis desavenencias con Reuter. El iba en su carácter personal y no tenía derecho a nada de lo que se colectara, ni aún a lo que capturara él. Decidí plantearle el asunto a Barnés tan pronto como llegara. Había que definir claramente cuál era su papel en el grupo.

Salí un momento del hotel para comprar papel y por el camino me encontré a Saavedra, el baquiano de Maguire y quien es, posiblemente, la persona a quien contrataríamos para que nos acompañara. Después de comprar el papel fuí a casa de Baumgardner para consultarle sobre los próximos pasos. Saavedra me había hablado sobre una falca (embarcación) que hay en Sanariapo, que necesitaba cierto arreglo pero que podía estar lista en dos días. La arrendaban por ocho

bolívares diarios. Es posible que nos dejaran verla. Estuve hablando con el doctor sobre los pormenores del viaje pero luego me fuí al hotel. Al rato llegó Saavedra con Padamo y otro muchacho indio. Padamo es un hombre pequeñito, de unos 45 ó 50 años, simpático, y al parecer ingenuo. Hablamos sobre el Cerro Marahuaca, que es uno de los montes que queríamos escalar, y del acceso más fácil para subirlo. "¿Está el Marahuaca lejos del Río Cunucunuma?" Al mismo tiempo que le hablaba le hacía señas con las manos para que entendiera lo que le quería decir. "Diez días", dijo después de repasar con los dedos lo que quería decir, "Y es escarpado el monte?" Paulo no entendió lo que le dije así es que repetí si era inclinado. Su aspecto fue otra vez interrogativo y entonces el muchacho que tenía al lado intervino y le preguntó "¿Que si es parao el monte?" "Ah sí, muy parao". "¿Y por el lado del Duida?" (otro de los cerros o tepuyes). "Peor". "¿Dime una cosa Paulo?", dijo Baumgardner, "¿estás seguro de que no es más fácil por el Podamo? El Podamo llega hasta la pata del Marahuaca." "No, no, Podamo no, allí están los guajaribos" (los indios guajaribos, muy hostiles entonces, y luego conocidos como guaicas y más recientemente como yanomanös o yanomami). "Bueno Paulo, ya sabemos que le temes a los guajaribos, pero olvidando a esos indios, ¿no es mejor por el Podamo?" "No, no, Cunucunuma". Eso era todo. Con su laconismo maquiritare, ya Paulo había dicho todo lo que había que decir. A pesar de que el doctor insiste en que los guajaribos no tendrían oportunidad de flecharnos desde el otro lado del río (y ellos ni nadan ni tienen canoas), y que es fácil quitarle todas las armas a cambio de prácticamente cualquier cosa, no creí prudente que nos fuéramos por el Podamo. Los indios porteadores podrían desertarnos en cualquier momento y eso sería desastroso. Paulo dice que el Marahuaca es una laja pelada arriba y que sólo hay un poco de monte en el lado del Cunucunuma. En este momento llegó Saavedra con el colombiano Manuel Hernández, quien tiene una falca de 4000 kilos para vender por Bs. 2000. Dijo que había estado en Sanariapo y que la falca de que nos había hablado estaba en muy malas condiciones, pero que la del colombiano era perfecta. No se que haría el colombiano para que Saavedra cambiara de parecer tan rápidamente. El doctor se despidió temprano pero yo lo acompañé con Maldonado para que nos enseñara la casa de Pepe, un español que tiene un carro, que sabe mucho de falcas y que nos llevaría mañana hasta Sanariapo (el puerto de río, arriba de los raudales de Atures y Maipures, que son impasables), a ver la falca. Después fuimos a casa del doctor porque

Maldonado quiere que le recete algo contra la bronquitis que le tiene los bronquios congestionados. El doctor le regaló dos frascos de medicinas.

Por la noche Maldonado y Reuter se fueron a jugar canasta y yo me quedé escribiendo el diario.

20 de marzo (lunes)

A las nueve de la mañana salimos nosotros tres, Saavedra y el colombiano dueño de la falca, hacia Sanariapo, a 68 km. de Ayacucho. El camino es de piedra y tierra pero está bastante transitable. Sanariapo no es otra cosa que cuatro casas de adobe en muy malas condiciones, una estiba de troncos de árboles de madera, otro montón de una fibra que se usa en la construcción de escobas y de un sinúmero de falcas, bongos y curiaras (canoas). Todo está a orillas del Río Sanariapo, un afluyente del Orinoco y primer puerto de embarque arriba de los raudales de Atures y Maipures. En seguida nos montamos en una falca que nos llevaría hasta la falca en que estábamos interesados. En las orillas del río pude observar una gran abundancia del pez *Cichlasoma severum,* los más grandes que he visto hasta hoy. La falca resultó ser muy buena. Está hecha de una madera sólida y pesada, tiene 11 metros de eslora y 2.90 de manga y tiene un techo de paja, alto y fresco. Pepe, el español, cree que el precio es razonable pero sugirió que le ofreciéramos 1,600 bolívares. Le dije al dueño, sin embargo, que yo le había puesto un radiograma a Barnés dándole una descripción de la embarcación y el precio, y que no podría contestarle hasta las 5:00 o las 6:00 p.m. Llegamos a Ayacucho a las 11:30 a.m. y a la 1:25 p.m. traté de comunicarme con Barnés por radioteléfono, pero no fue posible conseguir la comunicación. Por la tarde los muchachos se fueron a jugar canasta y yo me acosté un rato, pero tuve que levantarme cuando llegó el colombiano a preguntar si me había comunicado con Barnés. Aunque no había podido hacerlo, le dije que el jefe había dicho que no podíamos dar más de Bs. 1,800, pero que no tendríamos el dinero hasta mañana, cuando él viniera. Al colombiano le era imposible esperar porque tenía que salir mañana en un barco hacia el interior, así es que tratamos de ver si podíamos cambiar algún dinero americano que teníamos. Ya ibamos a salir donde Baumgardner cuando se presentó el Secretario General del Territorio y dijo que él compraría los

dólares a 3.30 (el cambio era 4.00). Reuter tenía $500.00 en "travellers checks" y yo $120.00 en efectivo, así es que fuimos a la jefatura de la policía a firmar el documento que sigue:

"Yo Manuel Hernández, Colombiano, mayor de edad, soltero, comerciante y domiciliado en San José Ocuné, del Vichada, Rep. de Colombia, por medio de la siguiente escritura declaro que doy en venta simple pero real, una Falca construcción de madera, y mide 11 metros de eslora por 2.90 metros de manga, capacidad para 1,000 kgms, al Sr. Ventura Barnés Jr. casado, Biólogo y de tránsito por esta ciudad; dicha venta la he efectuado por la suma de UN MIL OCHOCIENTOS BOLIVARES (Bs 1,800) los cuales he recibido de manos del comprador en mi entera y cabal satisfacción en dinero efectivo y de libre circulación en el país. La falca en referencia la obtuve por construcción que de ella hice a mis expensas propias y fabricada en el lugar mencionado del Vichada, por encontrarse la falca que aquí doy en venta libre de todo gravamen me comprometo al cancelamiento en caso de la ?? con éste documento traspaso todos los derechos que sobre el barco vendido tenía al Sr. Ventura Barnés el cual firma junto conmigo la presente escritura en prueba de aceptar en todas sus partes la compra que hace; también firman este documento los señores Félix Devia y Jose Benchimel Jr. como testigos de la venta que aquí se efectúa en presencia de ellos. En Puerto Ayacucho a los veinte días del mes de marzo de mil novecientos cincuenta."

Manuel Hernández	Ventura Barnés Jr. (Por Juan A. Rivero)
Vendedor	Comprador
Félix Devia	José Benchimel
Testigo	Testigo

Ya éramos dueños de una falca así es que mandamos a Saavedra a Sanariapo para que le hiciera los arreglos necesarios de manera que se le pudiera adaptar el motor.

Como a las 6:00 p.m. llegó Saldeño, la persona que Baumgardner había recomendado como cocinero. Quería decirme que el Dr. Baumgardner no tenía ningún derecho a recomendar a nadie, que él era un inmigrante charlatán y que si él se proponía lo sacaba de aquí, porque él era compadre del gobernador. ¡Y que recomendarle a él como cocinero! Él, que tenía un año de bachillerato (equivalente aquí a un año de Escuela Superior) y que sabía mecanografía e inglés. Tratamos de desmentir lo que le habían dicho y se retiró a su casa bastante conforme.

Por la noche llegó Paulo Padamo con un nieto y estuve otra vez consultándole sobre las creencias de su tribu y sobre su lengua (Las traducciones aparecen al final).

21 de marzo (martes)

Como a las 11:30 a.m. fuí con Reuter al aeropuerto a buscar el equipaje que ya había llegado. Con él vino Mr. Curran, varias cartas de casa y dos de Barnés. Barnés dice que no debemos de abrir el equipo porque los trámites con la Aduana no se han terminado y puede que lo quieran revisar. También nos pidió que dejemos de estar gastando bolívares en el hotel y que nos mudemos inmediatamente a la casa del Servicio Forestal con Mr. Curran o a una casa de campaña que levantemos en terrenos cercanos. Hemos tenido grandes conversaciones sobre este particular y hemos concluido que después de haber estado viviendo en el hotel a crédito, no podemos dejarlo sin pagar la deuda. Tampoco podemos irnos a la falca en Sanariapo porque tendríamos que pagar por la transportación del equipo y luego Barnés tendría que pagar lo mismo por la transportación de lo que faltaba. El costo de manutención allá no sería mucho menor que los gastos de hotel durante los dos días que faltaban.

Saavedra había quedado en ir a Sanariapo hoy a hacerle ciertos arreglos a la falca, pero no consiguió carro y ha venido a decirme que va mañana. Es posible que Curran y yo vayamos con él.

Por la noche salimos Reuter, Maldonado y yo en el "jeep" del Capt. García (destacado aquí) a coleccionar insectos y anfibios en las cercanías. El aire estaba muy frío y tuvimos muy poca suerte. Maldonado sólo cogió ocho a diez insectos y yo un sapo y un miriápodo (gongolí). También vimos en una poza cercana al aeropuerto unos pecesitos Tetras plateados, con una manchita negra en el rabo y un tinte rojizo en las aletas pelvianas y en la caudal (rabo).

22 de marzo (miércoles)

Por la mañana fuí con el Sr. Curran y con Saavedra a Sanariapo para hacerle los arreglos pertinentes a la falca (Figs. 6, 7). Como un auto fletado cuesta Bs. 60 cogimos puesto (pon) en

Fig. 6 Falca

un camión, así es que el viaje de 65 km. fue bastante penoso, especialmente si se considera que en el mismo camión viajaban varias canastas de mañoco (harina gruesa de yuca), plátanos, gallinas, monos y varios indios.

En seguida que llegamos Saavedra empezó a hacerle un hueco para el motor a la falca y también tuvo que cortar una parte de la popa que sobresalía por debajo de la plataforma posterior. Mientras tanto Curran y yo fuimos a ver al guardabosques, quien nos atendió muy amablemente, nos obsequió con dos tazas de café y nos prometió cuidar de la falca y estar preparado para recibirnos de viernes a sábado.

Saavedra es de opinión que se debe quitar el techo de paja que tiene la falca debido a que es muy pesado y dificulta la visión del motorista. Cree también que siendo tan bajo y encerrado, los mosquitos se acumularían allí y no nos dejarán tranquilos. Levantándolo un poco y haciéndolo de lona sería más fresco y cómodo porque uno podría permanecer de pie, lo que no era posible ahora. También se podrían colgar los chinchorros (hamacas) del techo. Curran cree, por el contrario, que el techo como está es más fresco y da más protección contra el viento y la lluvia. Decidimos dejarlo así hasta que consultemos a Barnés. Volvimos a Ayacucho a la 1:30 p.m.. Ya Maldonado y Reuter habían almorzado e iban a ir en la lancha del gobierno a dar una vuelta por los raudales. Curran se fue a las oficinas de la Forestal a prensar las plantas que había colectado y yo decidí salir a colectar un rato. Fui al Orinoco y seguí por sus orillas hasta los raudales. Solamente vi periquitos, turpiales, un ibis de color castaño obscuro y una garza que hace como un cerdo (o cochino, como lo llaman aquí). No pude ver ningún reptil, salvo algunos tuqueques, y varias huellas de culebras en las orillas del río. También crucé un riachuelo semi-seco en donde noté un sinnúmero de renacuajos. De los raudales crucé a una montaña desde donde se domina gran parte del paisaje y

Fig. 7 Interior de la falca con Boris, Nesbitts (al frente), Barnés, Saavedra y Sieblesz (atrás)

me acosté un rato en el piso, cojiendo fresco y pensando... Luego atravesé la "carretera" y salí por el otro lado del hotel. Por la noche Reuter fue al cine, el único entretenimiento comunal de Puerto Ayacucho, y Maldonado y yo nos quedamos hablando y haciendo cosas diversas.

23 de marzo (jueves)

A las 11:30 a.m. me llevó Perucho, el gerente del hotel, al aereopuerto a esperar a Barnés. Llegó como a la 1:00 p.m. en compañía de Gandía y el Capt. Denois, además de traer también las raciones y todo el equipo que faltaba. Estuvimos un rato en el aereopuerto hablando con el Gobernador, quien también estaba, y con el Secretario General del Territorio, el Dr. Linares.

Reuter y Maldonado se fueron con el Capt. Expedito García, Gandía, Curran y con Perucho y yo me quedé con Barnés para venirme con Baumgardner, quien también estaba en el aereopouerto despidiendo a su hijo político. Almorzamos todos en el hotel y después nos quedamos hablando con Saavedra, encargándole la gasolina y las otras cosas que tenía que comprar para mañana. El Dr. Linares muy gentilmente dió la llave de su carro a Barnés para que lo usara en cualquier momento que lo necesitara. Luego estuvimos armando los motores en la Oficina de Servicio Forestal y después fuimos con Baumgardner para enseñarle a Barnés el museo y la Casa del Indígena. Estando allí llegaron cuatro buscadores de oro jactándose de que habían matado cuatro lapas la noche anterior. Baumgardner los recriminó fuertemente por haber matado más de lo necesario. Al llegar al hotel encontramos a Padamo, y Barnés le hizo multitud de preguntas sobre el Marahuaca y sobre la mejor ruta para llegar a él. Después de comida nos pusimos a colgar una antena para poder hablar por radio con Caracas. Ojalá que el radio que trajeron esté en buenas condiciones.

24 de marzo (viernes)

Nos levantamos temprano para hablar con Caracas a las seis pero no pudimos hacer contacto. El resto de la mañana lo dediqué, con Saavedra y Reuter, a comprar un sinnúmero de cosas que faltaban. Menos mal que pudimos contar con el carro que nos prestó la Gobernación

porque de lo contrario los viajecitos bajo el sol candente y el tremendo calor de Ayacucho los hubieran hecho insoportables. Cuando llegamos al hotel Barnés estaba haciendo contacto radial con el Sr. Sieblesz, de Caracas. Se comunicó fácilmente con él a los 40 metros y le pidió que nos enviara uno de los motores de 22 caballos y pata corta en el avión del domingo. Hicimos cita para hablar con él el domingo a las 6:30. Antes de almuerzo fuimos invitados por el Dr. Linares a darnos un baño en el Río Cataniapo, a 5 km. de Ayacucho. Estuvimos como 20 minutos gozando de las delicias del baño mientras estuvimos en el agua, pero tan pronto saliamos los jejenes querían comernos. La cena después del baño nos pareció más sabrosa que nunca. Por la tarde casi todos hemos estado durmiendo hasta tarde y por la noche Gandía y yo fuimos a la Oficina Forestal a buscar balas para el rifle y para mi pistola. También me traje unas pastillas de Anahist, porque me parece que me está empezando un catarro.

25 de marzo (sábado)

Por la mañana fuimos a Sanariapo Barnés, Gandía, Denois y yo. Allí tuve la oportunidad de probar por primera vez la pistola usando mostacilla para cazar siguanas, una de ellas parecida a la siguana de cola azul de Puerto Rico. Reuter y Maldonado permanecieron en Ayacucho haciendo compras.

Por la tarde fuí a cazar reptiles al montículo detrás del hotel, pero sólo cogí un tuqueque y dos pajaritos que le dí a Barnés. Como a las 3:00 p.m. fuí a comprar varias cosas que faltaban. Luego Barnés nos dió una demostración de disección de aves y nos enseñó varias técnicas que desconocíamos.

Por la noche fuimos a casa de Baumgardner porque le habíamos prometido ir a disecarle varios pájaros. El acababa de venir de caza y me obsequió con una *Bothrops* (culebra venenosa) y un lagartijo. Luego nos acompañó al hotel, en donde conversamos por largo rato.

26 de marzo (domingo)

Desde que nos levantamos empezamos a trabajar. A las 6:00 a.m. nos comunicamos con

Sieblesz y estuvimos un buen rato hablando con él. Nos dijo que nos había enviado el motor fuera de borda de pata corta y que también venía una carta para Reuter. El resto de la mañana lo pasamos cargando el camión que nos llevaría a Sanariapo, y empacando nuestro equipo personal. A las 11:00 a.m. fuimos a llevar a Denois al aeropuerto y a buscar el motor. También habíamos pedido unos mapas y Denois quería mostrar ciertos lugares y rutas antes de irse. Tuvimos que salir del aeropuerto para ir a casa del Director de Correos ya que, por ser domingo, no repartían cartas hoy. Así es como se opera en Puerto Ayacucho. Como es un pueblo tan pequeño, las relaciones inter-personales son estrechas y todo se hace "a la hora que sea". Pero después de molestar al señor y de hacerlo rebuscar todos los bultos de correspondencia, la carta de Reuter no apareció. Eso quería decir que tendría que irse para la selva sin tener noticias de su casa. La esposa estaba esperando un bebé en esos días y él hubiera querido saber algo de lo que estaba pasando, pero después de todo, así nos ibamos todos, sin saber nada de casa. Cuando nos metimos en ésto, sabíamos que eso iba a ser así.

A las 2:30 p.m. nos fuimos para Sanariapo y allí trabajamos largo descargando el camión y acomodando los corotos (término muy venezolano para los bártulos). Como no esperábamos tener cocinera hasta llegar a San Fernando, tuvimos que cocinar nosotros mismos unas sopas deshidratadas. Los indios comieron pescado. Gandía fué el que manejó la estufa y al principio hubo una explosión que nos alarmó a todos pero luego todo siguió trabajando bien. La sopa quedó buena aunque la cantidad no satisfizo a la mayoría, especialmente a Maldonado. Por la noche yo me fuí a colectar ranas a la orilla del río y cuando llegué todos estaban acostados así es que me puse a repasar el vocabulario con los indios y luego a escribir el diario. Vi el primer *Bufo marinus* (sapo) a orillas del río.

27 de marzo (lunes)

El día de hoy fue bastante activo. Dormimos en Sanariapo. Yo casi no pude dormir, primero por la incomodidad del chinchorro (hamaca), que era muy pequeño, y segundo, por el frío intenso que comenzó como a la una de la madrugada. No quería levantarme para buscar la cobija (frisa) porque estaba en el fondo de mi saco y hubiera tenido que sacarlo todo antes de

llegar a ella, pero no tuve otra alternativa y después de eso dormí relativamente bien aunque de vez en cuando me despertaba con un brazo o una pierna adormidos.

A las 6:00 a.m. nos comunicamos con Sieblesz e hicimos cita para hablar cuando llegaramos a San Fernando de Atabapo. Informó que Kempton no envió la carta de Reuter.

El desayuno fue también almuerzo porque no estuvo listo hasta las 12:00 m. Saavedra trajo a dos señores de Sanariapo para que lo prepararan y consistió de arroz con pescado, leche con toddy y dulce de ciruelas de lata. Como a las 2:00 p.m. ya la falca estaba carenada y tenía listos los palos del techo, así es que empezamos a cargarla, una operación que nos llevó bastante tiempo, especialmente por lo pesado de los barriles de gasolina (siete) y de aceite (uno). Montando el equipo observé por primera vez un pecesito fino que mantenía una posición casi vertical en el agua. Le metí la mano por debajo y para sorpresa mía se dejó coger sin dificultad. Luego cogí otro de igual manera. Tiene puntos negros a lo largo del cuerpo y el lóbulo ventral de la aleta del rabo es rojo. Parece que se trata de un pez lápiz de los géneros *Poecylobrycon* o *Nannostomus*. También vimos varios peces ángeles (*Pterophylum*).

Salimos de Sanariapo a las 2:00 p.m. y en la misma desembocadura del Sanariapo nos encontramos con dificultades al toparnos con un raudal que no nos permitía progresar ni una pulgada. Uno de los dos motores fuera de borda no había querido prender y el que quedaba no tenía suficiente fuerza para empujar el bote. La fuerza del agua nos viraba el bote hacia un lado y si eso ocurría en su totalidad estábamos en riesgo de perderlo todo. Por fortuna, el segundo motor prendió a tiempo y pudimos pasar el raudal sin problema, aunque un poco después tuvimos que pasar el raudal del Venado y otro más pequeño casi en seguida después.

El Orinoco se ve sumamente ancho en algunos lugares pero en otros las orillas parecen acercarse. Hay numerosas islas y peñones y la navegación no fue fácil desde Sanariapo hasta el lugar en donde decidimos acampar, en un patio en donde hay cuatro casitas y una bonita playa de arena (San Vicente). El dueño de una de las casas nos preparó un sopón de ñame con carne (la carne, por supuesto, de algún animal de monte o de caimán, ya que no hay otra cosa), pero también había plátanos, huevos, casabe y café. El postre fue un pedazo de caña blanca, que, por supuesto, estaba infestada con *Diatraea*.

Mientras escribo el diario estoy oyendo un canto parecido al de la rana toro (*Rana*

catesbeiana) y otro parecido al de un *Leptodactylus*. Iré a ver si puedo localizar a los responsables para luego acostarme. También estoy oyendo ahora al *Bufo marinus* (sapo).

28 de marzo (martes)

Salimos de San Vicente temprano y llegamos a San José, otro punto de parada en el río (pero sin que haya prácticamente nada) en donde llenamos los tanques de gasolina de los motores y cogimos algunos limones. Pude observar en el río un pecesito de ojos muy grandes y amarillos, aletas, incluso la del rabo, de color frambuesa, parte dorsal del cuerpo gris verdoso y parte ventral gris plateado. Tiene una mancha iridiscente verdosa en el opérculo y una mancha roja en la parte fija de las primeras siete escamas de los lados(?). También pude ver muchos *Cichlasoma severum* parecidos a los ángeles o escalares, pero no tan anchos y con una raya oblicua a cada lado, y otro pecesito con una línea negra en la base del rabo, parecido a *Arquidens curviceps*.

Fig. 8 San Fernando de Atabapo, 1950

De desayuno tuvimos avena y café y de almuerzo valentón (pez) con arroz y mañoco. A decir verdad, no comí el almuezo con mucho gusto, aunque una leche (no natural, por supuesto) con toddy que vino después me sentó muy bien. Dormí sobre los bultos una gran parte del viaje, al igual que algunos otros de los compañeros. De caza sólo vimos un venado y varios patos a los que Barnés disparó sin éxito.

Al arribar a San Fernando de Atabapo (la capital anterior de Territorio Amazonas, Figs. 8, 9) nos esperaba una comisión del jefe civil y varios guardias y personas del pueblo. En San Fernando no hay calles pavimentadas y la única manera de llegar al pueblo es por agua. El Orinoco es navegable hasta Puerto Ayacucho, pero los raudales de Atures y Maipures hacen que haya que hacer

Fig. 9 San Fernando de Atabapo, 1950

parte de la travesía por tierra hasta llegar a Sanariapo.

En Atabapo nos facilitaron la única casita de madera que hay en el pueblo (las demás son de adobe) y un camión para llevar el equipaje hasta ella. Yo decidí bajar hasta la falca para cuidarla y dormí allí con Mr. Curran, que en ningún momento había querido bajar de ella. Después de colgar mi chinchorro y el mosquitero fui hasta la casa y volví al río Atabapo con Barnés, Reuter y Maldonado para darnos un baño. Según nos informaron, este río, que sólo se extiende por tres a cuatro días de viaje y que tiene aguas de un color vináceo, no ofrece ningún peligro para el bañista, pero el Guaviare, que termina a su lado, y el Orinoco, en donde ambos desembocan, sí tienen su partida de caribes (piranhas), rayas y caimanes.

Después del baño fuimos a una casa a comernos la comida que nos habían preparado: un cocido de gallina con viandas, guarapo de café y limonada fría. La casa en donde comimos fue la misma que habitó el famoso Fúnez (Fig. 10), un personaje que se declaró a sí mismo gobernador del Territorio y soberano absoluto del mismo, allá para la época de Juan Vicente Gómez. Las puertas de la casa tienen un número de perforaciones de balas causadas por los rifles de Arévalo, también un insurrecto que se propuso sacar a Fúnez de su bastión en el río. Las fuerzas de Fúnez estaban concentradas en los tres ríos que bordean el pueblo y no le fue difícil a Arévalo entrar por tierra y arrinconar a Fúnez en su casa, con algunos hombres que le acompañaban. Rendido Fúnez, bajo la promesa de que se le perdonaría la vida si se entregaba, fue ultimado por soldados de Arévalo, a quienes él mismo ordenó el tiro fatal frente a un árbol de sarrapia que hay en la plazoleta frente a la casa y que hoy se yergue, seco y siniestro, como un símbolo de la tiranía que por un tiempo dominó ese pueblo.

Fig. 10 La Casa de Fúnez en San Fernando de Atabapo

Después de comida fuimos a ver a unos ministros evangélicos con quienes tuvimos una agradable charla. Al regreso cogí mis dos primeros sapos y oí una interesante historia con relación a uno. Una señora, cuyo nombre me darán mañana, había sido mordida en Ayacucho por un sapo negro y picudo y estuvo a punto de perder la vida. El hombre que había visto lo

ocurrido vendría mañana a relatármelo con más detalle.

Cerca del bote he oído unos chirridos parecidos a los de la chicharra de Ayacucho pero no he podido localizar el cantor. Aparentemente provienen de una playita en donde hay mucha humedad y varios charcos.

29 de marzo (miércoles)

Me levanté temprano porque quería ir a la casa a participar de la comunicación radial con Sieblesz. Desmonté la hamaca ya que Barnés había hablado de organizar el equipo y me fuí a la casa en donde encontré a Gandía, Maldonado y Barnés en comunicación con Caracas. Luego nos fuimos a tomar el desayuno en la "Casa de Fúnez"y después a la casa en donde reorganizamos el equipo personal y determinamos las cosas que deberíamos dejar para evitar un exceso de carga durante los largos porteos que nos esperan. Desde ayer en casa de los misioneros habíamos decidido acercarnos hasta Tama Tama para obtener nueva información y dejar el equipo sobrante...

Después de un gran almuerzo consistente de un sopón de gallina con ñame y guanimes de plátano, fuimos a casa de una muchacha llamada Rosa para ver si la conquistábamos y la convencíamos de que se fuera con nosotros de cocinera, pero no lo conseguimos a pesar de las buenas ofertas. Cuando llegamos a la lancha nos dimos cuenta de que el equipo no necesitaba arreglarse más de lo que estaba y, que si se hiciera, el continuo buscar que nuestro trabajo exigía lo desarreglaría nuevamente en minutos. Barnés y los demás, excepto Mr. Curran, quien no ha salido del bote sino para coleccionar, absteniéndose hasta de comer de nuestra comida, se fueron para la casa y yo me quedé para ir en un bongo (canoa) recién comprado hasta Colombia, al otro lado del río. En la costa colombiana se veía una arboleda muy atractiva y no quería irme de Atabapo sin explorarla, así es que me fuí con el indio Francisco para visitarla. Nos internamos por un rato en la selva, que es en este sitio muy difícil de penetrar, y no vimos nada hasta salir otra vez a la playa, en donde hice que el indio me desenterrara unas lombrices de unos montículos que se ven por toda la orilla. Luego le pedí que me escarbara un hoyo más grande que había más arriba en el banco de arena y encontramos 23 huevos y ejemplares de la iguana (*Iguana iguana*).

Fig. 11 Hormigas bachacos o parasol

Muchas de las iguanitas salieron corriendo, todavía con el saco del huevo pegado, pero cayeron exhaustas pocos minutos después, lo que me permitió colectar tres. Le dije al indio que me gustaría ver la madre y no bien rebuscó los alrededores vió una iguana de mayor tamaño, pero no adulta, que dormía en uno de los gruesos tallos de la yerba circundante. Luego de capturarla decidimos cruzar a Venezuela a un bosquecito que se veía desde el otro lado. Allí colecté el primer murciélago y varias hormigas y otros insectos para Maldonado. También pude observar un camino de bachacos u hormigas parasol (Fig. 11), cada una de las cuales lleva un pedacito de hoja verticalmente sobre el "lomo". Los bachacos no se comen las hojas sino que las usan para preparar una especie de abono en el que cultivan un hongo que sí les sirve de alimento. A la orilla del río colecté dos pecesitos del grupo de los *Plecostomus* (armados) que produjeron un sonido gutural cuando se sacaron del agua.

La comida consistió de gallina, pescado, arroz y toddy, además del consabido café prieto. En seguida volví al barco para darme un baño, preservar los ejemplares y escribir el diario.

30 de marzo (jueves)

Alrededor de las 10:30 a.m. salimos de Atabapo. A pesar de pretender salir bien temprano en la mañana, se nos fue mucho tiempo hablando por radio, haciendo las últimas compras y luego pagando. Por fin conseguimos varias latas vacías que yo usaré luego para almacenar los ejemplares preservados. En algunas de ellas Barnés piensa traer plantas vivas del bambú de la cerbatana. Tuvimos que pagar Bs 4 por cada lata y Bs 102 por la comida de dos días para seis personas. Barnés le dijo al dueño que no le dijera a nadie que nos habíamos comido 102 bolos de comida.

Como en los días anteriores, yo dormí esa noche en el bote y me levanté temprano a preservar ejemplares colectados y a ponerlos en las latas. Después del desayuno le tomé un retrato a la sarrapia de Fúnez (Fig. 10) y regresé al bote para arreglar mi equipaje. La falca se había

encallado y tuvimos que luchar bastante para poder desencallarla. Casi en seguida yo me quedé dormido sobre los lomos e irregularidades del equipaje pero al rato tuve que levantarme cuando la falca chocó contra un banco de arena. El río está muy bajo y esto ocurrió en dos ocasiones más. A veces hay un banco de arena que casi atraviesa el río, dejando sólo un estrecho canal para el pase del agua y las embarcaciones.

Como a las 6:00 p.m. llegamos al chorro Chupadero, en donde corre un bonito caño de aguas frías y claras. Casi en seguida de llegar Saavedra tiró un taco (explosivo) al agua y al rato salieron flotando un sinnúmero de peces, incluso Cabezas de Manteco, Viejas, una especie de guabina, un pez con el hocico agudo, varios tetras y dos o tres caribes (piranhas) piedreros de casi un pie de largo. A uno de los peces le faltaba el hocico completo, víctima, al parecer, de algún caribe. La comida consistió, naturalmente, de pescado, toddy y galletas. Yo solamente probé la piranha y el Cabeza de Manteco. La piranha, o caribe como la llaman en Venezuela, tiene muy buen sabor, aunque tiene un amarguillo que la hace diferente a otros peces. El Cabeza de Manteco es delicioso. Además de estos peces de río pude observar en el riachuelo un sinnúmero de *Meonkausia* y un ejemplar de otra especie que no conozco. En la orilla ví, pero no colecté, el tercer ejemplar de *Bufo marinus* (sapo común), una especie que parece estar muy difundida por Venezuela; aunque en ningún sitio la he visto tan abundante como en Puerto Rico.

Mi primera noche en la selva no ha sido ni tan emocionante ni tan prolífera como esperaba. A pesar de que salí con el indio Francisco y me interné bastante en la selva, sólo pude obtener tres ranas, una de ellas, que según Francisco es muy sabrosa, es de buen tamaño y tiene enormes discos en la punta de los dedos (*Hyla boans*).

Pasé un gran susto cuando un ave salió volando con gran estruendo desde el lado mío y yo pensé que un jaguar me había caído encima. A mi regreso ya todos estaban durmiendo y yo me puse a escribir el diario a la luz, por supuesto, de un quinqué. Hasta ahora no he oído los famosos y muy citados ruidos de la selva. Sólo algunos grillos y chicharras, y de vez en cuando, el croar de alguna rana.

31 de marzo (viernes)

No salimos muy temprano de Chupadero a pesar de que habíamos intentado hacerlo. Realmente, no fue hasta las 7:30 o las 8:00 a.m., aunque parecía más tarde. A las 10:00 a.m. llegamos a los raudales de Santa Bárbara. Una infinidad de islas, peñascos escondidos y chorros hacen del pase por este lugar imposible a menos que sea acompañado de un baquiano de pase de raudal. Este es un individuo que tiene su casa allí y que se dedica, precisamente, a guiar las embarcaciones por el lugar. A pesar de lo mucho que se había recomendado y de las numerosas veces que él alega haber pasado el raudal, Saavedra no sirvió de mucho y fue sólo después de encallarnos cinco veces y de haber dado infinidad de vueltas y revueltas que llegamos al pueblecito de Santa Bárbara, a las 11:30 a.m., y conseguimos al baquiano que nos pasaría el resto del raudal sin problemas, aunque en el Chorro de San Francisco los dos motores de 22 caballos tuvieron que hacer un enorme esfuerzo para competir con el chorrentón de agua que corre por entre los peñones y a veces daba la impresión de que no iban a poder hacerlo. El baquiano se devolvió después del raudal pero nos dejó en un laberinto de canales e islas muy difícil de solucionar. Por fortuna, después de pasar la desembocadura del Río Ventuari vimos un bongo cargado de una familia piaroa, que se deslizaba rápidamente hacia nosotros. Tanto las tres mujeres como el hombre y los niños le daban al canalete con gran maestría. Al verlos dirigirse a nosotros detuvimos la lancha y Saavedra le preguntó al hombre ¿Qué pasa cuñao? Cuñao es el término en castellano que se relaciona con familiaridad y que casi todos los indios entienden. "Yo ser buen baquiano de raudal", dijo, medio arisco pero deseoso de obtener por su servicio un puesto seguro y rápido hasta su conuco. Como todavía quedaban muchos canales y piedras y además por serles de alguna utilidad que en ocasión futura pudieran tal vez retribuir, lo invitamos a subir con su familia. Amarraron su curiara junto a la nuestra que habíamos comprado por Bs 60 en Atabapo, pero dejaron a uno de los chicos para que cuidara de la curiara y de los corotos que contenía. El indio adulto se fue a proa para dirigir nuestros movimientos. Al pasar por mi lado pude notar que una de las mujeres estaba encinta y que todos estaban infestados de carate o mal de pinto, una enfermedad que les mancha la piel de varios colores como rosado, gris y blancuzco. A pesar de que es causada por un *Treponema* (parecido al de la sífilis) ellos consideran la condición atractiva

y se infectan los unos a los otros, incluso a los niños, a los que según me contaron, les hacen una pequeña herida y le rozan sangre de la madre o el padre. También oí decir que cuando le cobran mala voluntad a las personas, le echan unas gotas de sangre infectada al café de sus víctimas. Baumgardner dice que se transmite sexualmente pero yo dudo que esto sea así y también que se transmita por la vía oral. De los piaroas que he visto hasta hoy, como el 90% padece del mal de pinto en la cara o los brazos, y eso incluye a los niños. Entre los maquiritares no he notado la enfermedad.

Es admirable la habilidad conque el baquiano de raudal y luego el indio nos han dirigido entre los peñascos más traicioneros. Me imagino que se necesita una vasta experiencia para poder hacerlo. Nosostros jamás lo hubiéramos podido hacer solos.

Llevamos a la familia piaroa a su conuco y nos desmontamos un rato a ver si tenían algo que vender. Como siempre, Mr. Curran se nos adelantó y empezó a colectar en seguida. Cuando quisimos irnos tuvimos que hacerle varias llamadas porque según él, la flora de allí era tan variada, que de buena gana se hubiera quedado varias horas. Trajo consigo una planta de hojas compuestas y de flor peluda y de color rosado que, según él dice, es muy rara e interesante.

Gandía vió sus primeras matas de piña y Saavedra consiguió medio cachicamo (armadillo) a cambio de cuatro cajitas de fósforos. Por supuesto que el cachicamo, a pesar de la buena reputación de su carne, tiene una peste muy desagradable que nos estuvo molestando el resto del día. Algunos dicen que sólo el macho tiene la peste pero otros alegan que los dos sexos la tienen.

El "guá" que continuamente dice Saavedra me dicen que es típico de la gente de la región. Yo nunca lo oí en Caracas, pero sí lo oí entre algunos colombianos del área. Es algo así como el "voilá" del francés, pero es quizás más frecuente y de más versatilidad.

Después del conuco indio seguimos viajando sin otra anormalidad hasta llegar a una playeta, rodeada de agua, en la que decidimos de primera intención acampar, pero luego empezó a nublarse y a relampaguear y decidimos buscar un lugar más resguardado del viento y de una posible creciente. Nos fuimos al bosque, al otro lado del río, en donde limpiamos un área y colgamos allí los chinchorros. Reuter se fué a pescar y casi en seguida le picó un enorme pez gato de 3.5 pies de largo, color verdoso, cola roja y largos bigotes. En seguida picó otro, del que obtuve un pequeño pecesito vermiforme que se pegaba, al parecer a través de una ventosa, a la

superficie dorsal del pez mayor. Las plagas nos atormentaban continuamente hasta llegar la noche. Cuando la lancha se acercaba a la orilla y se paraba o iba despacio, los pequeños dípteros entraban al bote y nos acosaban sin cesar, pero cuando nos movíamos el viento se ocupaba de sacarlos. Cuando llegó la noche sentimos un gran alivio. Hasta la fecha no he visto ni sentido mosquitos por la noche. Los indios y los baquianos duermen sin mosquiteros, pero nosotros siempre los usamos, por evitar malas consecuencias.

La comida, que fue a la misma vez almuerzo, la tuvimos en la lancha antes de desembarcar y consistió de ñame, plátano y una lapa que habíamos comprado a un bongo que pasó cuando estábamos en el chorro Chupadero. La carne es blanca, tierna y sabrosa. Quizás pueda compararse a una mezcla de pavo, cerdo y conejo. El cachicamo no lo he probado todavía ni creo que podré hacerlo después de haberlo olido. Reuter mató una pava negra de moña blanca (*Penelope*) que espero probar si es que los indios no la despachan antes. También le han disparado a los guacamayos que cruzan el río a cada rato, volando en pares, y haciendo muchísimo ruido, pero sin éxito hasta ahora. Los guacamayos serían, por supuesto, para preservarse, pero dicen que el contenido del buche, que incluye principalmente frutas y nueces es como si uno comiera ensalada de frutas. Barnés, también le disparó a un "fly catcher"que se ve a menudo sobre el río y a una especie de gorrión que también vuela sobre el agua en enormes manadas, alimentándose posiblemente de los insectos que captura al vuelo. Los gorriones son, sin embargo, granívoros, así es que no se si éste es un gorrión. Todavía no se ha podido capturar ninguno.

Anoche todo el mundo se acostó temprano pero yo me quedé hablando con Mr. Curran y los baquianos en la falca. Ante la amenaza de lluvia, cubrimos la parte delantera del bote con una lona y pusimos las lámparas en el interior. Hablamos de muchas cosas, entre ellas, de las culebras de la región y de las numerosas piranhas, rayas y tembladores (anguilas eléctricas) que hay en esta parte del río. La presencia de las rayas es evidente en las excavaciones redondas que se notan en los arenales expuestos por la sequía. Las excavaciones las hacen las rayas en busca de las lombrices y otros invertebrados de los que se alimentan. Estos animales tienen un punzón venenoso en la base del rabo y si uno las pisa se lo clavan, produciendo un dolor intenso y prolongado. El punzón tiene espinitas menudas en dirección contraria, lo que hace casi imposible

removerla sin operar. Muchos pierden las extremidades o quedan lesionados para toda la vida. Saavedra me mostró una cicatriz circular y la ausencia de un pedazo de la yema de un dedo. Lo había mordido un caribe, el único animal, según él, del que había sido víctima.

Como a las 8:30 p.m. decidí irme arriba a escribir el diario. La falca estaba pegada a un enorme tronco de un árbol que tenía sus raíces en el borde superior del barranco y su copa, o lo que quedaba de ella, sumergida en el agua, lo que permitía un fácil acceso al lugar en donde teníamos el campamento. Ya estaba muy obscuro y yo llevaba en mi mano derecha una linterna para alumbrarme y la libreta del diario debajo del mismo brazo. En la otra llevaba la pistola, que cargaba porque pensaba salir a colectar después que escribiera un rato. Al brincar de la proa de la lancha al tronco caído perdí pie y caí con todos mis corotos al agua. Con la excitación de la caída no puedo decir qué hice ni qué dejé de hacer. Sólo se que bajé tres o cuatro pies bajo agua y que pensé muchísimo en las piranhas, las rayas y los tembladores de que habíamos hablado antes. Sin saber como ni por qué, porque no creo que pudiera nadar, aunque tal vez me impulsé hacia arriba con los pies, empecé a subir otra vez y al salir a la superficie le entregué la linterna, todavía prendida, a la primera mano que vi extendida desde el bote y me agarré a la soga que lo amarraba, la que cedió con mi peso y me hizo hundir de nuevo. Ya con más iluminación desde arriba pude llegarme hasta el borde de la lancha y subirme a ella. Noté con gran satisfacción que la pistola estaba todavía en mi mano pero la libreta del diario no la tenía. Hubiera zambullido en su busca a no ser porque al alumbrar hacia el agua, la vi flotando cerca de la orilla, y colgándome del tronco caído pude cogerla sin dificultad. Estaba empapada. Todo el trabajo escrito en tinta estaba arruinado. Al llegar arriba me puse a separar las páginas con pedacitos de palo. Tenía pocas esperanzas de que fueran otra vez legibles (más tarde, después de seca, noté que todavía quedaba un trazo legible y eso es lo que ha hecho posible que escribiera estas notas). La labor me hubiera tomado muchas horas a no ser por la ayuda espontánea del indio maquiritare Francisco, quien, en plena noche, me buscaba y cortaba los palitos que usé para separar las páginas.

Estos indios, según he podido notar, sólo duermen a intervalos durante la noche, y se pasan conversando, comiendo y dándose bromas durante casi todo el tiempo. Me relataba Baumgardner el otro día, que a él lo despertaban de vez en cuando en su casa, a las dos o las tres de la

madrugada, para pedirle cigarrillos. Ellos duermen cuando les da sueño, pero no tienen horas determinadas para dormir. Cuando quieren hacerlo, lo mismo lo hacen en un chinchorro que en el piso o en una laja del río.

Luego de exprimir y colgar mi ropa y de haber puesto la libreta sobre una lámpara para que el calor la secara, me fuí a dormir bajo una tremenda ventolera de gran velocidad. La lluvia no llegó a caer aunque hubo muchos truenos y relámpagos, y algunas lloviznas.

1 de abril (sábado)

A las cuatro de la mañana me desperté cuando Paulo Padamo llamaba a Saavedra para decirle que los paujíes (pavos de monte) estaban cantando. Se les había prometido a los indios prestarles las escopetas para que cazaran por la noche, pero por olvido la promesa no se cumplió y la llamada a Saavedra era, precisamente, para recordárselo. Los paujíes seguían "bramando" pero Saavedra estaba muy soñoliento y les dijo que lo dejaran para mañana.

Como queríamos hablar por radio, nos levantamos como a las cinco. Mi libreta y las otras cosas estaban todavía mojadas así es que llevé la ropa al bote para tenderla. Después de llevar los corotos al bote nos fuimos a una playeta del frente a instalar la antena. Sieblesz nos dió una gran noticia. Se había comunicado con Soltero en Puerto Rico y nos había hecho cita con él para después de la comunicación. Mi esposa y el nene están bien. Por desgracia, después de hablar con Sieblesz empezaron a llamarnos estaciones de Falcón y de Maracay (Venezuela) y tuvimos que atenderlas, lo que imposibilitó que sintonizáramos luego a Soltero a los 20 metros.

Antes de salir del campamento Reuter tiró el anzuelo con un pedazo de carne y sacó a los pocos minutos dos caribes de opérculo rojo, uno de los cuales conservo. Esto fue más o menos en el mismo sitio en que yo caí anoche, así es que no me explico como no me llevaron algún pedazo, aunque presumo que son diurnos o que fueron deslumbrados por la luz de la linterna. El caribe de opérculo rojo no es muy grande, pero es uno de los más feroces que existen y como atacan en hordas, pueden reducir a un animal al esqueleto en término de minutos.

Traté de medir la profundidad del sitio en que caí. Una vara de 20 pies no alcanzó fondo y cuando la tiré con fuerza hacia abajo, tampoco llegó al fondo, por lo que presumo que debe

haber tenido 25 pies o más.

Salimos bastante tarde de la playeta y después de pasar el Cerro Yapacana, que se yergue airoso a izquierda del Orinoco, llegamos a San Antonio a las 3:00 p.m. San Antonio es un lugar en donde en una época vivió un señor holandés de apellido Van den Haake, que murió hace alrededor de cuatro años. Este señor tenía una casa de adobe techada de paja, de la que todavía queda algo, y una siembra de café, cacao y frutas menores, además de una gran cosecha de mujeres indias. Qué lo indujo a moverse a un lugar tan recóndito y alejado de toda civilización es algo que no podemos explicarnos, pero sí sabemos que muchos delincuentes se refugian en la selva y se incorporan a ella, protegiéndose así de su apresamiento.

Temprano en la noche llegamos a una playeta (Puruname) en donde acampamos. Los muchachos piensan dormir en la arena pero yo creo que me quedaré en el bote con Mr. Curran. Ahora voy a preservar algunos ejemplares que he colectado.

Fig. 12 Saavedra (izquierda) e Ilde

A pesar de mis intenciones de acostarme a dormir después de preservar los animales, me uní a los muchachos en la playeta para conversar con Saavedra y con Ilde, un muchacho colombiano que se unió a nosotros, como ayudante de Saavedra, en Sanariapo (Fig. 12). En mi interés de averiguar todo lo posible con respecto a las culebras, les hice varias preguntas y obtuve de ellos varios relatos de fábulas, algunas de las cuales difieren poco de las que se oyen en Puerto Rico. Hay, por ejemplo, una culebra que se mama a las mujeres paridas y una coral que pica con el rabo. Esta es la culebra que mejor se defiende del guaraguao, ya que éste la agarra por la cabeza. También hay, según ellos, una culebra, la verdegallo, que azota a las mujeres encintas y otra que cuando está enroscada se parece al morrocoy (tortuga terrestre), razón por la cual se le llama la morrocoya.

También hay la creencia de que las culebras adormecen con el "vaho", y Saavedra asegura haber estado enfermo por varios días y que su mal había sido diagnosticado por un médico, después de haber estado manipulando una anaconda (culebra de río). También alegan que en

donde hay una cuaima (el "bushmaster," *Lachesis muta*) siempre hay un mosquero y que el mato (un "monitor" o lagarto de varios pies de largo) pelea con la cascabel y la mata, luego de lo cual come una planta de las orillas del río, la mata de mato, que lo protege del veneno de la culebra.

Después de todos estos cuentos matamos una raya y dos babas (*Cayman crocodilus*) cerca de la playeta.

2 de abril (domingo)

Temprano nos comunicamos con Sieblesz y dijimos algunas palabras de saludo a nuestros familiares en Puerto Rico. Sieblesz nos dijo que ellos nos estaban escuchando en la estación de Soltero pero luego resultó que Soltero había salido para otro pueblo y su estación no estaba en sintonía. Nos comunicamos, sin embargo, con Pizá en Ponce, tan perfectamente como si hubiéramos estado en Caracas. Pizá nos ofreció toda clase de ayuda y prometió tratar de ponerse en contacto con nuestros familiares. También nos comunicamos con Sambolín, otro radioaficionado de Ponce.

El resto del día lo pasamos navegando en la falca sin que enfrentáramos ningún tropiezo. Yo pasé la mañana preservando y poniéndole las etiquetas a los animales capturados y Reuter sacándole la piel a un cocodrilo. Durante el trayecto no almorzamos nada, como era costumbre. La tarde pasó sin novedad hasta llegar a una playeta donde acampamos. La playeta es parte de un islote, así es que no pude coleccionar nada. A la llegada a la isla volaron varias guacharacas de agua o chenchenas (hoatzín) y corocoros (ibises). Normalmente las guacharacas son muy mansas y permiten que uno se les acerque bastante lo que permite que uno perciba el mal olor que las distingue. Los pichones tienen garras en las alas y las usan para agarrarse a las ramas y para trepar. En el río, y particularmente en la parte llana de los caños que rodean la playa, vi un sinnúmero de caimanes pequeños, posiblemente el *Caiman crocodilus*. Por la noche sus ojos se ven como ascuas, y pude contar seis. También había un árbol con nidos del arrendajo negro. Estos pájaros anidan en colonias y sus nidos son colgantes. A pesar de que siempre hacen sus nidos en árboles en donde hay panales de avispas, me las arreglé para coleccionar uno, lo que no fue fácil ya que los fijan muy firmemente a las ramas.

3 de abril (lunes)

Por fin conseguimos comunicación con nuestras esposas en Puerto Rico. El Sr. Pizá, de Ponce, a quien debemos el placer de haber podido hablar con ellas, consiguió que la señora de Barnés, la de Reuter y la mía se reunieran en una de las casas y hablaran por teléfono con nosotros a través de su estación. Todos experimentamos una gran emoción al oír la voz de ellas, tan clara y sin estática de clase alguna. Esto nos dió nueva vida para proseguir con nuestro objetivo, y durante el resto del día nos sentimos como si hubiéramos acabado de salir de casa, gracias al bendito radio portatil (YV 5 AC portátil 9) que nos prestó el Sr. Sieblesz.

El viaje de hoy fue como en los últimos días; sin dificultad. En esta sección el río corre por un sólo canal, el número de islas es mucho menor, la profundidad mayor, y en consecuencia de eso, la navegación es más fácil. En el trayecto nos encontramos con una falca en la que venía un misionero evangélico, compañero de los que había conocido en Ayacucho y Atabapo. Tenía una larga barba roja. Venía acompañado de un indio maquiritare (Sergio) que le servía de motorista y de cuatro indios guaharibos (Yanomamö). Los indios se mostraron bastante indiferentes ante nuestra presencia, pero vinieron a la lancha nuestra cuando Barnés les ofreció cigarrillos. Uno de ellos se comió el cigarrillo que le dió Barnés. Había dos adultos, un muchacho de 15 ó 18 años y otro de 10 ó 12. Este último era el único que tenía pelo y el único que tenía un pedazo de tela amarrado a la cintura. Los otros estaban totalmente desnudos salvo por un cordón que le sujetaba el pene arriba dejando los testículos libres, y luego corría por entre las nalgas para sujetarse más abajo de la cintura. El pelo estaba recortado como a 1/4 de pulgada en el centro de la cabeza pero crecía libremente alrededor de esta área. No tenían pelo en la cara ni en el resto del cuerpo, pero no pude ver las axilas ni la región pubiana. El color de los individuos es pardo claro, los ojos rasgados y las facciones no son desagradables. El único adorno son unos palitos de como cuatro pulgadas que se insertan en el lóbulo de la oreja. Son bastante altos pero no se puede decir que sean fornidos. Durante casi todo el tiempo se mantuvieron en cuclillas, con las plantas de los pies pegadas totalmente al suelo, una posición que es bien corriente entre los indios.

Mr. Corner, que así era el nombre del misionero, nos dijo que hacía unas horas que había

salido de Tama Tama (un enclave indio algo más arriba) e iba a Atabapo para conseguir alguna gasolina y víveres ya que su esposa regresa próximamente y quiere estar preparado para recibirla. Ahora cuidan su casa tres indios maquiritare y como a nosotros nos hacen falta como porteadores, nos dijo que no los podíamos llevar, pero que si lo hacíamos le cerráramos la casa de la mejor manera para evitar cualquier desastre. Nos regaló varias toronjas y nos despedimos de él deseándonos buena suerte.

Desde temprano empezamos a ver el Cerro Duida, uno de los tepuyes (cerros de paredes verticales y tope más o menos aplanado que afloran en la región) hechos famosos por Conan Doyle en su novela El Mundo Perdido. Al llegar a la boca del Cunucunuma, el río que tomaríamos para llegar a nuestro destino, decidimos detenernos un rato para decidir sobre los pasos a dar. Según Paulo, el río está bastante seco y él no cree que pueda llegarse muy arriba en la falca, a menos que llueva y el río crezca más. Barnés decidió ir con los demás a Tama Tama, a dos horas Orinoco arriba, a buscar a los tres maquiritares y yo me quedé con tres indios para ver si podía coleccionar algo más arriba en el Cunucunuma. Nos quedamos con una pava de monte que los indios cocinaron en agua, sin echarle sal ni ningún otro condimento y que yo comí con casabe haciendo un pequeño esfuerzo. Ya yo había tendido mi chinchorro (hamaca) y mi mosquitero cuando los indios me dijeron que más arriba en el río podían cogerse sapos y ranas, así es que desmonté mi equipo y seguimos río arriba. A orillas del río capturé unos cuantos lagartos de color gris y puntos amarillos en los costados, y eso me estimuló a seguir río arriba. Nos detuvo el vuelo ruidoso de una pava de monte y un indio en seguida se fue a cazarla, pero no logró hacerlo y seguimos otra vez río arriba para detenernos nuevamente y por la misma razón. Uno de los indios le disparó sin herirla pero yo le disparé otro tiro y cayó redonda al suelo. Seis u ocho árboles más adelante un indio me enseñó en donde había dos monos araguatos. Es sorprendente la habilidad que tienen los indios para localizar los animales en las copas de los árboles. Yo me sentía a veces avergonzado de no ver un animal que ellos trataban de señalarme por todos los medios. En este caso, el indio me movió la escopeta en dirección de la víctima y me dijo que apretara el gatillo. El araguato cayó muerto a lo cinco minutos del tiro. Según me cuentan, estos monos se agarran fuertemente con el rabo y se ha dado el caso de que sobreviene el rigor mortis y el animal se queda fuera del alcance del cazador. Al quedar herido el mono

lanzó una serie de gritos guturales y vi como un mono de menor tamaño, una hembra tal vez, escapaba por los árboles sin importarle más su compañero.

Ante la amenaza de lluvia tuvimos que acampar a eso de las 6:00 ó 6:30 p.m. Como sólo cayeron unas lloviznas decidimos establecernos en una gran laja a orillas del río, comer y salir luego a coleccionar. Pude capturar varias ranas y oí un sinnúmero de voces anfibias que salían del bosque. Quise ir en busca de una de ellas, que me pareció muy rara pero los indios no quisieron acompañarme pues me dijeron que era producida por un sapo grande que hay más arriba, a orillas del río.

La comida fue opípara: pescado, mono y pava de monte. La pava la asaron en una vara y quedó bastante apetecible pero el pescado y el mono los hirvieron en agua sin condimento de clase alguna. Al mono le quitan el pelo raspándole la piel muy primitivamente y a mi me tocó un brazo, con mano y todo y con una semejanza a la mano de un bebé, que sólo el hambre me permitió mordisquear. Pero el pescado era peor. Intenté comerlo, blando y baboso, con casabe, pero no pude pasar más de un bocado y cuando lo recuerdo, todavía me dan ganas de vomitar. Me alejé un poco del grupo para no desagradar a los indios, que tan ufanos estaban de su comida sin condimento de clase alguna, y boté el pescado y la manita del mono al río.

Como a las 3 ó las 4 a.m. comenzó a llover reciamente. Al principio ésto me alegró porque el río crecería y la navegación se facilitaría, pero cuando la carpa que cubría mi hamaca (en esta ocasión de las del tipo que usa el ejército, con mosquitero incorporado y techo de lona) empezó a colarse y el viento empezó a volar el mosquitero mojado y a pegármelo a los costados, empecé a cambiar de parecer. Todo se ensopó desde la escopeta y la pistola hasta la frisa, el chinchorro y yo mismo. El frío era espantoso y la humedad altísima, todo ésto añadido a las posibilidades de que el río creciera de pronto y arrasara con nosotros. Lo único que se me ocurrió hacer fue levantar la carpa de vez en cuando, empujándola con el puño desde abajo, para desalojar el agua que se acumulaba y que amenazaba con tumbarme el mosquitero si continuaba aumentando de peso, y resignarme a ensoparme, pero ante la amenaza de que el río siguiera subiendo, le pedí a los indios que desmontaran el equipo y nos mudamos más arriba en el barranco del río. Sin embargo, ellos habían colgado sus chinchorros debajo de un reborde del barranco, y no se mojaron en absoluto.

4 de abril (martes)

Estando en la laja en que dormimos anoche se presentaron dos indios maquiritare y un muchachito. Eran los que los muchachos habían hablado en Tama Tama y que se habían venido en curiara adelantándose a Barnés y los demás, que se habían quedado a dormir en la boca del Cunucunuma, en el sitio en donde yo había acampado antes. Traían con ellos una anaconda de 6 a 8 pies, que luego preservé, una rana grande y de patas muy largas (*Hyla boans*) y varios paujíes y pavas que nos comimos después en un asopao. La anaconda estaba todavía viva y traté de conservarla así hasta que llegaran los demás, pero tenía que aguantarla todo el tiempo y decidí inyectarla con formalina. Como a las 10:00 a.m. llegó la falca y todos comentaron que se habían ensopado la noche anterior y criticaron muchísimo la selección que hizo Barnés de las hamacas con mosquitero que usa el ejército.

El resto del día pasó sin problemas. Pudimos llegar hasta un punto que se llama Casurúa, en donde hay un rancho con techo de paja y una siembra de yuca, plátanos, etc. Decidimos pasar la noche allí debido a que un pequeño raudal, expuesto más ahora por no haber llovido, nos cortaba el paso en el río. Por la noche, después del asopao, nos quedamos Barnés, Reuter y yo conversando con Saavedra e Ilde; Barnés contando sobre sus numerosas aventuras y Saavedra añadiendo las suyas. Después todos se fueron a dormir y yo me quedé arreglando la culebra. La hamaca está húmeda y apestosa y también la frisa, pero así he tenido que usarlas.

5 de abril (miércoles)

Hoy yo fuí el primero en levantarme y después Saavedra; a los demás tuvimos que llamarlos repetidamente, tal era la pesadez de su sueño. En seguida montamos el aparato de radio, no muy bien que digamos porque uno de los postes de la antena quedaba dentro del río. Nos comunicamos con Sieblesz y luego con Pizá, quien nos dijo que la estación WIPR quería transmitir nuestras conversaciones, ya sea directamente o por medio de grabaciones. Puso al micrófono al Sr. Buitrago, el gerente de la estación, quien dijo que trataría de hacer todos los arreglos para que la transmisión se pudiera hacer mañana.

Salimos de Casurúa cerca de las diez y después de aliviananos un poco dejando escondidos dos drones llenos de gasolina y uno vacío. El río había comenzado a crecer desde temprano y había hasta tumbado la antena de radio. A esa hora había crecido por lo menos ocho pulgadas. Tuvimos que pasar el raudal a cabo, es decir, halando la lancha con una soga, fijando la soga a un árbol y luego amarrando otra soga a otro árbol para llevar el bote más arriba mientras la primera evitaba que el bote fuera arrastrado por el agua. El proceso es lento y difícil. La fuerza del agua es enorme y continuamente uno se expone a perderlo todo.

Cerca de las once llegamos a Secadal, un sitio del río que es pedregoso y seco. Guiada por el impulso de los motores y de nosotros (excepto de Gandía, que no quiso tirarse al agua) llevamos la falca hasta la orilla, en donde el río formaba un canal más profundo, y halándola con mecate y empujándola avanzamos algo, pero llegó un momento en que era imposible movernos debido a la velocidad del agua y tuvimos que pedir a los indios que nos vinieran a buscar en curiara. Mientras tanto habíamos soltado el cabo (punta de soga) debido a que la falca iba viento en popa y no necesitaba de nuestra ayuda. Sin embargo, a los pocos minutos un motor dejó de pasar agua y al otro se le rompió el pasador así es que hubo que agarrar rápidamente el mecate (soga) y amarralo a un árbol de la orilla. La curiara que nos vino a buscar casi se nos venía encima con la velocidad del agua, así es que no tuve más remedio que montarme rápidamente, antes de que el agua se la llevara. Barnés vino después en otra curiara. Llegamos a la falca y después tuvimos que esperar un rato en lo que llegaban Maldonado y Reuter, a los que también hubo que ir a buscar en curiara. Maldonado se había quedado retrasado, sin poder dar un sólo paso, debido a que se le habían metido piedras en un zapato y si levantaba el otro pie se lo llevaba el agua. A un indio casi se lo lleva el torrente pero al fin pudo agarrarse a una piedra y llegar hasta una curiara.

Es verdaderamente sorprendente la manera como estos indios manejan el bongo (curiara grande) en sitios tan peligrosos y con la maestría que manejan el remo y el palo para llegar hasta el sito deseado.

A las cuatro de la tarde empezó a llover torrencialmente y así estuvo hasta las cinco que fue cuando pudimos desembarcar en un punto llamado Jacaré. Aquí habitan algunos indios maquiritares, uno de los cuales, al que le llaman Saldino, está casado con una guahariba

(Yanomamö). Las viviendas consisten de una choza rectangular de 15 ó 20 pies de largo, techada de palma y con los lados del mismo material. Una de ellas más larga que las otras dos, no tenía paredes a los lados y allí colgaban sus chinchorros (hamacas) dos o tres de las mujeres. No vi ninguna clase de mobiliario en las casas. En lo que respecta a ventilación, solamente había un espacio hueco en las paredes de algunas de las casas (Figs. 13, 14).

Fig. 13 Viviendas Maquiritare en Jacaré

Había cuatro o cinco niños y ninguna niña, aunque según me dijeron los indios, eso era pura casualidad. Nosotros nos establecimos en el rancho más largo y allí pusimos nuestras mesitas y sillas plegadizas, además de colgar los chinchorros. Los indios se pusieron a fumar unos tabacos hechos con la corteza fina de un árbol, rellena con hojas de tabaco curadas. Según Reuter, que los probó, tienen muy buen sabor, aunque en boca inexperta se apagan con facilidad.

Los indios maquiritare habitan las cabeceras de los ríos Caura, Ventuari, Cunucunuma y Podamo de la Guayana Venezolana. Son individuos de baja estatura, piernas cortas y pecho amplio y musculoso. Por el contrario de otros indios de la región, su color es bastante claro y el pelo en algunos de ellos es crespo, lo que parece indicar alguna influencia "blanca". Esto no se revela en los grupos más adentrados en la selva, en donde el color es más pardo, y otras características son reveladoras de su ascendencia caribe (Figs. 15-26).

Siempre tienen fuego encendido en sus churuatas (viviendas) y la búsqueda de leña es un quehacer continuo de las mujeres y las niñas. Esto hace que los viajes sean cada vez más lejanos, factor del que se aprovechan los miembros de otros grupos para robarse a las mujeres. Cuando se van de caza, una labor que es exclusivamente del varón, casi siempre se llevan un pedazo de leña encendida ya que prender fuego no es una tarea fácil. La noche la pasan conversando y comiendo

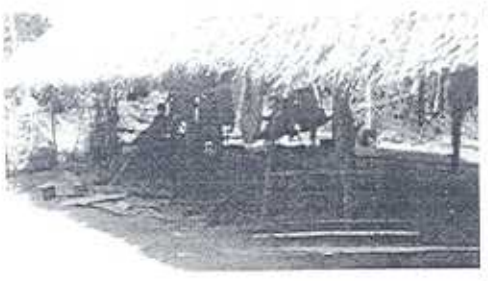


Fig. 14 Rancho en Jacaré

Fig. 15 El indio Maquiritare llamado Julián

Fig. 16 Indio Maquiritare preparando mañoco

Fig. 17 Indio Maquiritare en sabana de Culebra. El Pico Culebra del Duida en el fondo.

Fotos de Nesbitts

Fig. 18 El indio Maquiritare Lino, hijo de Julián

Fig. 19 India Maquiritare

Fig. 20 Indio Maquiritare con su arco listo para matar un venado

Fig. 21 Indio Maquiritare Cedeño

Fig. 22 Indios Velázquez y Aurelio con Saavedra, Barnés y Maldonado

Fig. 23 Indio Maquiritare preparando una curiara de juguete

Fig. 24 Indios Maquiritare paleando una curiara

Fig. 25 Indiecito Maquiritare

Fig. 26 Julián y Cedeño vistos de perfil

Fig. 27 Los indios Maquiritare Lino, Cedeño y Julián - Barnés detrás

alrededor del fuego. Las comidas, que pueden ser monos, pescados, paují (especie de pavo de monte), ranas, cachicamos, lapas, venados, tapires o algún otro animal de monte, son siempre asados después de envolverlos en una hoja como la del plátano. El mañoco, que es una harina gruesa y algo agria obtenida de la yuca brava luego de extraerle el suero, la usan continuamente y es tan importante para ellos como el arroz y las habichuelas para otras personas. También comen casabe, plátanos, caña de azúcar y una especie de berenjena que llaman túpira.

Para capturar los animales usan a veces unas lanzas que tienen en las puntas protuberancias dirigidas en dirección contraria a la de penetración o, cuando son animales arbóreos que no pueden lanzar, usan cerbatana, un tubo largo y hueco que no es otra cosa que el tallo de un bambú al que se le pone en un extremo una boquilla. Los dardos se hacen de raquis de hojas de palma y llevan en un extremo un algodoncito y en el otro el potente veneno curare, que paraliza al animal casi en seguida. Los indios son muy diestros moviéndose con la cerbatana (que tiene como 7 pies de largo) por el monte y luego apuntando y disparando los dardos, lo que hacen soplando corta, pero súbitamente, por la boquilla. Las cerbatanas más refinadas son las de los maquiritares, que son los únicos que tienen acceso al bambú de la cerbatana. Los piaroa usan el tallo de una palma fina y sus cerbatanas son más cortas y menos precisas. Los peces los capturan en trampas, lanzándolos desde la orilla o pescándolos con anzuelos, cuando han obtenido éstos de los expedicionarios.

Además de los animales mencionados, que forman el grueso de la dieta maquiritare, también comen los indios una lombriz de tierra gigante y gruesa que llaman cudu, arañas monas (o peludas), comejenes gigantes, larvas de avispa, orugas de mariposa, unas orugas de escarabajo que se consiguen en el interior de los troncos de palma y las nueces y frutas contenidas en los buches de cotorras y guacamayos. Con el comején preparan una sopa apestosa y de aspecto desagradable, y las arañas se las comen pata a pata, después de asadas envueltas en hojas. Otros insectos e invertebrados los ponen en las cenizas calientes y los comen luego como si fueran maní.

Principalmente con el propósito de obtener información sobre la incidencia de mordeduras de culebras se entrevistaron cinco indios. Los nombres son nombres "cristianos" dados por nosotros o por otras personas ya que ellos no revelan su nombre a nadie, y sólo se conocen entre sí como cuñao.

Ante la dificultad de hacerse uno entender, ya que muy pocos conocen la lengua castellana,

se usó un pequeño formulario en maquiritare, escrito por un servidor con la ayuda de un indio intérprete. La mayoría de los indios entrevistados provenía de rancherías a orillas del Cunucunuma, en donde la selva es espesa y la lluvia abundante durante los meses de "invierno" (época de lluvia).

La primera pregunta, indicada con un 1, trata sobre el lugar de nacimiento, la 2 con el nombre de la persona que le dió el nombre cristiano, la 3 con su primer contacto con el hombre blanco, la 4 con las posesiones, la 5 con la familia y la 6 con enfermedades y accidentes sufridos.

Aurelio Yanave (20-25 años)

1. Tama Tama
2. Van der Hacke
3. Van der Hacke
4. Curiara, machete, casa (mamá y yo), arco y flecha, una camisa, un pantalón, cuchillo, foco (linterna), chinchorro (hamaca), cobija (frisa).
5. Tiene 4 hermanos, Otilio el menor, Cecilio el mayor, Rosa, sin casar y Fulgencia, esposa de Paul Padamo. Padre: Juan Torón; madre Cecilia Chamanare.
6. Lo picó una hormiga 24 y sólo le dió dolor de cabeza.

Juancito Silva (30 a 35 años)

1. Tama Tama
2. Nogueras en Tama Tama
3. Nogueras
4. Pantalón, camisa, curiara, machete, foco, cuchillo, palangana (olla), plato, cuchara, flecha, arco, puya, cerbatana, espejo, anzuelo, fósforos.
5. Casado. Un hijo murió de fiebre, arrojando.
6. Paludismo, sarampión (sangre en los ojos), dolor de cabeza, no vómitos, no dolor de barriga. Lo picó una hormiga 24 y sólo le dió dolor de cabeza. Lo picó una araña mona (peluda) y la picada se puso negra y le dolió todo el lado izquierdo.

Héctor Gandía (alrededor de 25 años)

1. Huacamo, Cabeceras
2. Héctor Gandía (de nuestra expedición)
3. Antonio Correa, jefe de Van de Hacke
4. Cuentas (collar), camisa, pantalón, pulsera de cuentas y pulsera de mollero, curiara, machete, cuchillo, cerbatana, lanza, arco y flecha, palangana, chinchorro, cobija y fósforos.
5. Casado y con un hijo; era muchachito cuando peleó con guaharibos; tres hermanos varones.
6. Sarampión, paludismo, lo picó un cunoto en el pie; se tomó un remedio que le trajo otro indio; se murió y volvió a vivir poco a poco; le hizo más daño por ver mujer "preñá"; cuatro días enfermo (no recuerda nada, estaba muerto); le picó hormiga 24; le dolió pero no le dió fiebre.

José Antonio (30-35 años)

1. Cabeceras del Podamo (Ontrama)
2. Nogueras en Tama Tama
3. Idem
4. Curiara, machete, chinchorro, cobija, espejo, cuchillo, palangana (olla), ropa, cerbatana, arco y flecha, collares de cuentas.
5. Casado; cuatro machos
6. Sarampión, paludismo, lo mordió cunoto en pie y sólo se le hinchó; lo picó hormiga 24 y no le dió fiebre; le picó un escorpión y no le dió fiebre, sólo le dolió el estómago y el cuerpo.

Turín Barnés

1. Cabeceras del Ventuari
2. Turín Barnés
3. Capitán Cardona
4. ¿posesiones?
5. Cuatro hijos, dos machos y dos hembras.
6. Sarampión no; paludismo sí; lo mordió hormiga 24 sin síntomas; nada más.

Aproveché de una vez para averiguar sobre sus creencias y sus dioses y salió a la luz la siguiente historia de Wanadi y Cawishowa (o Cajushawa?)

"Había una mujer (wedi), llamada Cawishowa que era muy bonita y simpática y su hermosura brillaba como un espejo. La marimonda (mono araña) trató de tener contacto carnal con ella, pero ella tenía caribes (piranhas) en la vulva y éstos le comieron el pene al mono. Entonces lo intentó la lapa y luego el wachi (oso salvaje) con iguales resultados. Enterado de ésto Wanadi echó barbasco en la vulva para matar a los caribes y luego tuvo contacto feliz con Cawishowa, a la que hizo su esposa. Los maquiritares no son productos de la unión de Wanadi. Wanadi creó muñequitos pequeños (como santicos) y luego los sopló con humo de tabaco para hacerlos gente.

El sol y la luna son personas y esta última se chupa a los muertos. Las estrellas tienen cigarros encendidos y a eso se debe su luz.

6 de abril (jueves)

Como de costumbre nos levantamos temprano para comunicarnos con Sieblesz y Pizá. Gandía recibió la noticia de que su esposa iría a Ponce el próximo domingo para hablarle desde la estación de Pizá y, naturalmente, durante el resto del día se le vió muy contento, lo que dejó ver más tarde cuando se dispuso, por primera vez, a meterse al agua con nosotros. Gandía es, aparentemente, el menos adaptable a las condiciones difíciles que demanda una expedición de este tipo y las plagas, las dificultades del viaje en falca, el hambre y los otros inconvenientes le pegan a él más que a nadie. Pizá le había pedido a Barnés que le llevara un lorito y un titi y hoy le pidió a Gandía que se lo recordara a Turín (Barnés), porque según a él le habían dicho, pedirle algo a Turín era perder el tiempo. Turín cogió un lorito que tenían los indios y se lo puso a gritar al micrófono para que se diera cuenta de que ya le teníamos su lorito - lo que causó gran hilaridad entre todos.

Los muchachos indios habían salido a cazar y no llegaron hasta tarde en la mañana así es que aproveché para colectar mientras ellos llegaban. Cogí dos siguanas, un sapito y una serpiente coral, además de una salamandra acuática que, luego de tenerla en una red de insectos, se me

escapó trepando hasta los bordes. No hay informes de salamandras acuáticas en Sur América y la colección de este animal hubiera sido un verdadero acontecimiento. Fue una pérdida irreparable y por más que traté no pude conseguir ninguna otra. También conseguí unos pecesitos chatos, azulosos arriba, y otros plateados con una mancha negra en el pedúnculo del rabo. Ayer había cogido uno con manchas negro-azulosas al que los indios identificaron como Cabeza de Manteco Macho.

Los raudales nos dieron un enorme trabajo. Para el primero, llamado San Ramón, tuvimos que tirarnos todos al agua y pasamos por una serie de serios contratiempos ya que teníamos que amarrar la soga a los diferentes peñones raudal arriba y tirar de la falca poco a poco, primero de un lado, después del otro, hasta irla adelantando lentamente en el raudal. El segundo raudal, llamado San Ramoncito, no tiene nada de diminutivo y fue igual o peor que el anterior. Cruzar de un peñón a otro para agarrar el mecate es una aventura sumamente peligrosa ya que el chorro entre los dos pasa a una enorme velocidad. El indio se tira hacia arriba de manera que el torrente lo tire hacia el peñón al que quiere llegar, pero yo no conocía la técnica y me tiré directamente. A pesar de que nadaba con todo lo que podía, el agua me arrastraba cada vez más hacia abajo. Si el torrente me llega a llevar, el desenlace hubiera sido fatal, y mis compañeros gritándome y dándome ánimo desde la orilla me ponían cada vez peor. Me tiraban mecates y no los podía agarrar pero por fin pude agarrarme a una roca con las uñas y aunque el limo que la cubría, el chorro que le pasaba por encima y los tenis que tenía puestos dificultaban el ascenso, la tenacidad de vida puede más que todo eso y pude subir al peñón. En ningún otro momento de la expedición me sentí tan temeroso de perder la vida...

En otro momento traté de ayudar a deslizar un bongo sobre una laja que interrumpía su ascenso en el río y fuí arrastrado por el río, sufriendo infinidad de cortaduras y laceraciones. El mayor peligro de estas expediciones no está en las culebras venenosas, ni los mosquitos y otras plagas, ni en los indios o el cansancio agotador, está en los raudales que hay que atravesar. Sin embargo, raras son las expediciones que llaman la atención sobre sus peligros.

Maldonado, Gandía y Reuter eran más precavidos que yo y esperaban a que se tirara un mecate antes de cruzar agarrados de él, pero en el último raudal de hoy, el de Raspao, no hubo necesidad de que nos tiráramos al agua. Tuvimos que sacar todo el equipo de la falca y portearlo

a una laja en medio del raudal y luego de pasar la falca volverla a llenar al otro lado.

Acampamos esa tarde en el raudal de Báquiro, que parece ser peor que los anteriores. A pesar de que llegamos temprano no quisimos ascender el raudal ya que sabíamos que nos ocuparía cuatro o cinco horas. Por la noche estuvimos hablando un buen rato hasta que poco a poco todos se fueron a dormir, quedándonos solamente Maldonado, Curran y yo trabajando en nuestros respectivos quehaceres.

No pude dormir bien. La falca (en donde también dormía Curran e Ilde) se movía mucho con la rapidez del agua en el raudal próximo, y a media noche me despertó el ruido de un choque que se produjo al bajar el nivel del río cerca de dos pies y chocar la falca contra una roca. Siempre había la posibilidad de que el río creciera súbitamente y todo ésto, unido al sonido parecido al de un pito de policía que se producía a intervalos, y que según los indios provenía de una rana, me hizo pasar una noche de insomnio.

7 de abril (viernes)

Ante nosotros apareció obscurecido por la niebla el temible raudal de Báquiro, ante cuya amenazante fortaleza tuvimos que detenernos ayer. El sol trataba con grandes esfuerzos de hacerse visible sobre el raudal, pero sólo conseguía dar un brillo ridículo a la nebulosa. Los indios, siempre alertas y presurosos, ya habían caleteado parte del equipo al otro lado del raudal a aproximadamente cuatro o seis hectómetros de distancia. Era imposible pasar la falca llena y aun los expedicionarios tenían que irse a pie, dejando a los indios y los empleados la tarea de pasar la falca. Para lograr ésto los indios habían tenido que limpiar una pica a orillas del río porque de otra suerte hubiera sido imposible. A pesar de ésto, había bejucos y lianas que interrumpían nuestro paso y avispas y otros insectos que nos mortificaban. Como ibamos semidesnudos, en una ocasión desprendí inadvertidamente

Fig. 28 Casa de Paul Padamo en Rana (Rivero de espaldas)

un panal de avispas y me picaron como cinco. Llegué al próximo "puerto" todo hinchado (Véase recortes de periódico).

El pase del equipo y la falca nos tomó cerca de cinco horas y claro, como sabíamos ésto, habíamos decidido no hablar por radio hoy, aunque sabíamos que eso iba a preocupar a los que nos escuchaban.

Después de este raudal se presentó otro (Raudal de Mapuro) que aunque no tenía los peñones ni el desnivel del primero, era mucho mas largo y más llano, haciendo más difícil el arrastre de la falca. Yo no pude dar ninguna ayuda aquí debido a que en seguida que me tiré al agua fuí lastimado malamente en los tobillos por una piedra que rodaba y después de ésto todo lo que rodaba iba a parar a mi tobillo. En una ocasión estuvimos a punto de perder la falca debido a que el torrente la cogió de lado y la empujó con gran fuerza hacia abajo, haciendo que los muchachos soltaran la soga que la aguantaba. A no ser por la rapidez de uno de los indios, que se tiró torrente abajo y amarró la soga a uno de los árboles de la orilla, hasta aquí hubiera llegado la expedición.

A las dos de la tarde llegamos a Rana, donde vive Paul Padamo, capitán de los maquiritares del bajo Cunucunuma. La casa es redonda, hecha de adobe y techada de peniche (palma). A los seis o siete pies se levanta una cúpula de hoja de palma que termina en un vértice de paja (matojo) de 15 ó 20 pies de alto (Figs. 28, 29b). El interior es, naturalmente, redondo pero tiene cuatro compartimientos como se muestra en el dibujo (Fig. 29a). Los compartimientos están hechos de pedazos de madera que no llegan hasta arriba y en total ocupan como 1/4 del espacio total. A un lado de esta "casa" hay un rancho de paja donde hacen el casabe y el mañoco, la preparación de los cuales se ilustra en las figs.30-35.

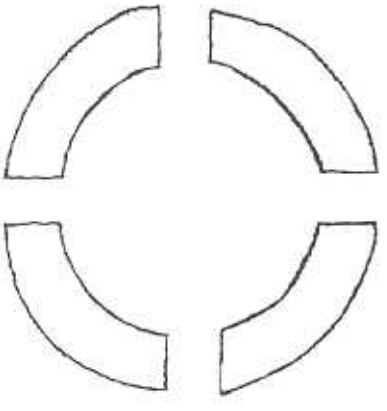


Fig. 29a Interior de la casa

Fig. 29b Casa de Paul Padamo en Rana

designación del gobierno. Los caseríos tienen sus jefes

propios pero el contacto con el gobierno es a través de los capitanes designados.

A un indio de nombre Francisco, a quien le habían dicho que un maquiritare cabecereño le había quitado la mujer, lo vimos dentro de la casa, en un silencioso "tete a tete" con su rival.

Acampamos en una playa cercana a la ranchería, frente al raudal de Yipirime.

8 de abril (sábado)

Como de costumbre, hablamos un rato con Sieblesz y luego pasamos el raudal de Yipirime, donde tuvimos que caletear por un corto tiempo por la piedra. El resto del viaje fue bastante dificultoso debido a la cantidad de rocas que teníamos que evadir. Al llegar a una serie de peñones que, por anteceder al peligroso Raudal de Picure le llaman "Los Dientes de Picure",la curiara que arrastrábamos se volcó al tomar la falca una curva rápida para evadir las piedras. Llevaba un sinnúmero de útiles de los indios, incluso sus chinchorros y alimentos (mañoco), además de una india gruesa, la esposa de Francisco, con sus cinco hijos, dos de ellos de meses. Al enterarnos de la suerte de la curiara, la cual seguíamos arrastrando bajo del agua, varios de los muchachos indios, y luego Ilde, Reuter y Barnés se tiraron al agua. Yo, todavía inútil por los golpes sufridos, no pude hacer nada. El indio cabecereño (Fig.35), a quien llamaremos Adonis por ser el más pintorreteado, y ser además el contendiente de Francisco en el asunto amoroso, se tiró también al agua y arrebató a uno de los chiquillos de los brazos de su supuesta amante y nadó a la orilla mientras que la madre sin emitir un sólo sonido, agarró fuertemente a su otro hijo hasta que Ilde se lo arrebató y lo llevó a la orilla. Barnés no pasó de la piedra que pegaba a la falca y Reuter, aunque con muy buena intención, por poco tiene que ser rescatado del torrente por los otros niños, de entre cuatro y catorce años, que nadaban como pecesitos. Después del accidente, el cual fue comentado por largo rato, Francisco fue a buscar a su rival y a su hijo, que estaban en medio del río. Según se me dijo, la infidelidad no se ve como un delito siempre y cuando se trate de un préstamo y no de un robo. De ser lo último habría una lucha a puños y el victorioso se quedaría con la mujer. A las costumbres mencionadas no se les debe dar demasiado crédito ya que son contadas por los mismos indios y a veces las relatan por cansarse de las preguntas y por salir del paso, o porque no las entienden.

Fig. 30 Sebucanes para exprimir la yuca y extraerles el jugo venenoso

Fig. 31 La harina húmeda de la yuca

Fig. 32 Niño maquiritare cargando tortas de casabe

Fig. 33 Harina humeda de yuca después de extraerle el jugo en el sebucán

Fig. 34 Preparación del casabe en el horno

Fig. 35 Casabe secándose al sol. Nótese el guayo sobre la harina de yuca

Fig. 36 Rivero y el cabecereño Barnés (Adonis)

A las 2:00 p.m. llegamos a Picure. Los raudales pasados son bebés en comparación de este terrible e imponente chorro que se desliza por entre los peñones colosales, produciendo un ruido estruendoso y coronando de espuma las aguas achocolatadas del río. Al lado opuesto de donde estábamos, el caudal cae desde una altura de cinco ó seis pies y sigue vertiente abajo hasta unirse con la rama del otro lado. Ante la imposibilidad de pasar el primer chorro decidimos transportar la falca por tierra usando una soga gruesa y unos motones que había traído Mr.Curran. Antes tuvimos que sacarle el equipo y la carpa con los palos y transportarlo al próximo puesto de remanso en el río. Toda la labor desde el caleteo hasta el arrastre de la falca en polines nos tomó alrededor de cuatro horas. Luego de ésto tuvimos que montar nuevamente el equipo, lo que nos tomó un par de horas más (Fig. 37).

Fig. 37 Pasando la falca por un raudal

Rendidos por el cansancio decidimos pasar la noche allí para emprender al otro día temprano la jornada al Monte Marahuaca, nuestro principal objetivo.

Por la noche tratamos de comunicarnos con alguna estación en Caracas o Puerto Rico, pero sin éxito.

9 de abril (domingo)

Hoy cuando me levanté ya Turín (Barnés) estaba hablando por radio y me enteré que mi esposa y la de Gandía, Reuter y Barnés estarían en la estación de Pizá esperando para hablar con nosotros. Tardaron un poco en llegar a casa de Pizá, pero luego tuvimos un soberbio comunicado que nos dió nuevos ánimos para la lucha. Estuvimos hasta las 10:30 a.m. hablando, así que salimos bastante tarde pero como se nos había dicho que el resto del viaje sería más fácil no nos

Fig. 38 La sabana de Culebra vista desde el Pico Culebra

Fig. 40 Rivero e indiecita Maquiritare en la sabana de Culebra

Fig. 39 Campamento en Culebra

Fig. 41 Rivero (en calzoncillo militar), Gandía y Maldonado en el campamento de Culebra

pesó habernos quedado hasta tan tarde. Pero por el contrario de lo que se nos dijo, el resto del viaje fue muy peligroso y en una ocasión estuvimos a punto de perder la falca y el equipo al rompérsele los pasadores a los motores y halarnos la corriente por un largo trecho a todos los que tratábamos de aguantarla por el mecate. Temprano en la tarde llegamos a Tapara, el lugar al final del Cunucunuma (de ahí en adelante el río no es navegable ni en curiara) y en seguida comenzamos a caletear el equipo hasta el poblado indígena de Culebra, el cual queda como a un kilómetro del río. El poblado consiste de unas cuantas casas y ranchos, al estilo de los anteriores, aunque no tan bien presentados como los de Rana. Están enclavados en una gran llanura o sabana, rodeada de montes por todas partes. (Figs. 38-41) Mañana la observaremos más minuciosamente

a ver si se puede usar como campo de aterrizaje para informárselo al Capitán Denois. Se facilitaría todo enormemente si pudiéramos lograr que un avión aterrizara allí.

Por la noche salí a coleccionar solo pero sólo vi algunos insectos, que le traje a Maldonado, un sapito precioso y un *Sphaerodactylus* de estrías amarillas en la cara. Al llegar, Francisco me tenía un cangrejo de agua dulce, el que también conservé.

10 de abril (lunes)

Como siempre, nos levantamos muy temprano para hablar con Sieblesz y con Pizá. Nos limitamos a describirles la sabana de Culebra para que se la describa a Denois y él determine si se puede aterrizar aquí. Un DC4 necesita alrededor de 1000 metros para aterrizar y según Barnés, que la midió, ésta sólo tiene 344 pasos. La sabana tiene la pata (base) del Duida al sur, los montes Marahuaca, Camahuaca, Paují, Curichaja e Iamadimana al oeste y el Cunucunuma al norte, aunque hay un trecho de selva bastante extenso entre río y sabana. Al noroeste está el Cerro Huachamacari, con sus laderas verticales y peladas. Este es el cerro en donde en una época vivió el dios de los maquiritares. Del tope de la vertiente sur se desprenden tres chorros de agua que dan al monte una "personalidad" única.

Hicimos compromiso con Sieblesz y con Pizá para las 12:30 p.m. Después de hablar con Sieblesz fuí con un indio a coleccionar a un bosque cercano. Por el camino me enteré que a Teodoro, uno de los indios, le había mordido una mapanare (*Bothrops*) en un pie, que el pie se le había hinchado y ennegrecido y que había sufrido todos los otros síntomas de envenenamiento hemolítico. Teodoro (que es un muchacho de 18 ó 20 años) no se murió, según el indio porque ingirió y se aplicó en la herida la corteza molida del árbol de culebra. He tratado de conseguir que me enseñen ese árbol pero sin éxito aunque, como ya he dicho, Baumgardner me regaló un pedazo de tronco de uno.

En el monte cogí dos siguanas de rayas amarillas, varios miriápodos y un gorrión para Barnés, pero tuve que volverme al poco tiempo porque habíamos quedado en separar el equipo que llevaríamos al Marahuaca. Encontré a Barnés escribiendo su diario, así es que me entretuve hablando con los indios hasta las 12:30 p.m., cuando nos comunicamos con Sieblesz, Pizá y

Soltero. Por primera vez tuvimos la oportunidad de hablar con Virgilio Biaggi, José L. García de Quevedo, Thelma, la esposa de Biaggi y Da. Sara Latoni, pero no los pudimos sintonizar bien por la interferencia extranjera.

Estando en comunicación con esta estación nos avisó Paul que a una de las mujeres indias la había picado un escorpión y que estaba muy mala. Como hacía una hora que ésto había ocurrido, no me molesté en hacerle la herida que normalmente se hace en la picada para extraerle el veneno. La mujer estaba muy afligida y adolorida, había vomitado varias veces y tenía un dolor intenso en la parte superior del estómago (cardias) y en el pie, que es donde había sido picada. Como yo era el único con algún adiestramiento en fisiología y anatomía, y estaba a cargo del baúl de medicinas y de instrumentos quirúrgicos, a mi me tocaban todos estos casos, y también me tocaba la responsabilidad en caso de que esta mujer se muriera. Pero como yo se que la mente tiene una gran influencia sobre las cuestiones corporales, le dí a la mujer dos aspirinas, le puse yodo en la picada y la hice oler un tubo de amoníaco. Al poco rato volvimos a verla Barnés y yo y estaba tan mal como antes, había vomitado otra vez, incluso la aspirina, y se quejaba bastante. Temimos que si moría nos echaran la culpa y nos picaran allí mismo. Esta vez le dí un poco de Alka Seltzer, lo primero que se me ocurrió, y que ella vaciló muchísimo en tomar y le puse Vicks en el lugar de la picada, en la frente y en el pecho, principalmente con el propósito de sugestionarla. Según nos dicen los indios, varias personas se han muerto luego de ser picadas por este escorpión.

Como a las dos de la tarde salí para el monte con Francisco, otro de los indios que resultó muy hábil en el trabajo, y con Gandía. A pesar de que buscamos cuanto tronco caído había y levantamos mucha hojarasca sólo pudimos capturar una siguana que Francisco cogió metiendo la mano por uno de los extremos de una cueva y luego removiendo la tierra hasta agarrarla, y una ranita que agarramos en la hoja de una palma. Vimos, sin embargo, un sinnúmero de cosas interesantes, entre ellas un chorro que baja desde la montaña coronando de plata todas las piedras conque el rápido torrente de sus aguas color topacio obscuro choca en su trayecto. También vimos varias melastomatáceas raras, algunas en flor, pero no las coleccioné porque no tenía una prensa para preservarlas, también infinidad de palmas raras y unas matas de piña silvestre, algunas de las cuales estaban en fruta. Aunque no tenían más de dos pulgadas de largo cortamos tres para

comerlas, a pesar de que el indio insistía en que no se comían. ¡Y tenía razón! Las frutas estaban repletas de semillas y era imposible comerlas. Pero, para satisfacción de Gandía vimos también matas de piña cultivadas por los indios, caña de azúcar de una variedad dulce y blanda, yuca, batata, yautía, barbasco, y una planta que produce un tinte, todas sembradas en el mismo conuco. También había una planta de hoja peluda que los nativos usan para el dolor de oído y otra de raíz apestosa que usan como remedio de alguna enfermedad, pero no pude entender para cuál. Es muy difícil pasar por el conuco ya que después que tumban los árboles los dejan tal y donde caen y las plantas no se siembran en ningún orden sino intercaladas muy irregularmente. El cultivo consiste solamente del atierre de las plantas que lo necesiten y la preparación del terreno se limita al quemado y desyerbo. Hay que entender que las hachas y machetes que tienen estos indios son las adquiridas de exploradores recientes, que por lo general no pasan de una o dos, que hasta no hace mucho tiempo no las tenían, y que las que tienen están a veces desgastadas por el uso y el amolado con piedras.

Cuando llegué al rancho encontré que los muchachos indios me habían traído un caracol, una rana, una siguana y un sapito de preciosos colores, amarillo brillante y negro, al que le llaman sapito minero (*Dendrobates leucomelas*).

Después de comer nos quedamos hablando un rato y luego nos comimos unos pedazos de pescado. Finalizada la comida, me dediqué a entrevistar a Paul, el capitán maquiritare:

- "¿Cuantos indios hay en las Cabeceras, Paul?"
- "Cuatro. Capitán es ese quetá aquí."
- "¿Y como se llama él?"
- "No se llama. No tiene nombre, sólo guañía (cuñao)."
- "¿Pero como se llaman unos y otros allá en las Cabeceras?"
- "Pues se llaman hermano, o papá o cuñao" (Entre los maquiritares es tabú decir el nombre).
- "Y quién nombró a ese (me refiero al Adonis a quien ya he hecho referencia) capitán?"
- "Nosotros mismos, cuando fuimos a Marahuaca."
- "Y el capitán Celestino de los del Río Negro?"
- "Igual"
- "Y cuál era el capitán antes de ti?"

- "Mi suegro, el papá de Aurelio..."
- "Y él te dejó a ti de capitán?"
- "No, a mi me nombró el gobieno. Yo tengo cartas que me mandó Dotol desde Ayacucho."
- "Ah, entonces a ti no te nombraron tus indios?"
- "Y dime, Paul, cuántas mujeres tienen ustedes?"
- "Una. Toditos tenemos una menos Cecilio y Santiño, que tienen dos"
- "Pero la mujer de Francisco se le fue con otro, ¿no es cierto?"
- "No, no es verdad ella hija mía "
- "Ah, que valiente es, no dió ni un grito cuando la curiara se trambucó, ah?"
- "Si, valiente "
- "Entonces, ¿las mujeres no se van con otros hombres?"
- "No."
- "¿Ni los hombres con ofras mujeres?."
- "Tampoco."
- "Pero la mujer de Francisco es tan vieja como tu mujer, ¿como es eso?"
- "Porque yo me casé otra vez. Ella hija primera mujer que anda por ahí."
- "Y ustedes ¿hacen fiesta cuando se casan?."
- "No, na más uno pide mujer al papá después que habla con ella"
- "¿Y nada de fiesta?"
- " No "
- " Dime Paul, por último, el palo de culebra, es buen remedio para la picada de culebra?"
- " Dicen que sí. El otro día murió mujer en cabeceras porque no había remedio."

Mientras yo dialogaba con Paul, Reuter y Maldonado se entretenían pintándole los labios y las cejas al cabecereño con un lápiz de labio. Creo que ellos darían hasta la vida por un lápiz de labio, pero a nosotros no se nos ocurrió traer más que uno o dos.

11 de abril (martes)

Desde ayer tenía pensado ascender el pico Culebra del Duida, pero la verdad es que no

amanecí con muchas ganas de hacerlo. Tenía esperanzas de comunicarme con mi esposa a las siete así que esperé la comunicación radial antes de decidirme. Sólo pudimos comunicarnos con Sieblesz y Pizá así que inmediatamente después de hablar por radio les ayudé a los muchachos a limpiar un predio para instalar una casa de campaña grande y salí con los indios Francisco y Joaquín, a eso de las nueve o las diez de la mañana. No puedo decir que el ascenso al monte sea extremadamente peligroso ya que he tenido que pasar por sitios peores en otras ocasiones, pero la trayectoria no es nada fácil y el ascenso es bastante dificultoso por los numerosos árboles caídos que hay en algunos puntos y por la inclinación del suelo, que es de 45° en otros.

Inmediatamente que uno sale de la sabana entra a la selva tropical, donde hay numerosas especies de palmas, helechos y un sinnúmero de malastomatáceas, algunas de ellas con una inflamación en la base de la hoja, que todavía no se si es natural o si es alguna agalla causada por un insecto. Los árboles de esta región son generalmente de 6 a 12 pulgadas de diámetro, aunque hay especímenes de mucho mayor tamaño, y normalmente el sitio está limpio por debajo, pero de trecho en trecho hay árboles caídos que se interponen en el camino. Las bromeliáceas son bastantes escasas y las orquídeas también, aunque de vez en cuando se ve alguna planta en flor. La capa gruesa de hojarasca que forma el piso alberga un número limitado de formas animales ya que mi búsqueda fué bastante infructuosa, especialmente en lo que respecta a reptiles, anfibios y miriápodos. Arañas vi algunas aunque no en la abundancia que en otros sitios.

A medida que uno va ascendiendo, el monte se va haciendo menos espeso y la hojarasca del suelo más menuda y encorvada hasta que se llega a un punto donde desaparece toda la vegetación alta para ceder el lugar a un helecho alto cuyas hojas secas forman un crujiente colchón bajo la planta. El avance en este punto y el próximo se hace muy lento debido a que la inclinación del suelo, las raíces superficiales de este helecho y la yerba circundante hacen muy difícil un agarre seguro. Tuve que quitarme las botas para subir y aún así tuve extrema dificultad. Al llegar más arriba hay que subir por una serie de peñones y luego atravesar un puente natural de piedra, bastante peligroso por lo precipitado del corte a ambos lados de él. En este sitio el indio Francisco, que se portó muy bien en toda la trayectoria, me quitó el morral que cargaba con una linterna, una cámara, un fotómetro, una lata de raciones K, una garra para escarbar en la tierra y en la hojarasca y una cajita de mostacillas, y se lo echó al hombro, además de mis botas, la

escopeta y su machete. Tuvimos entonces que atravesar un paredón de piedra, con un precipicio a las espaldas y agarrándonos de la mejor manera posible a las protuberancias de la piedra del frente. Desde un poco antes oíamos y veíamos caer un precioso chorro a la derecha nuestra y le tomé una fotografía desde el puente de piedra.

En ese lugar vi por primera vez, pegada a la piedra y formando un bonito césped, una plantita de hojas sésiles y finas, que forman corona, y con flores anaranjado-amarillo que le daba a la piedra goteante el contraste de verdura que le hacía falta. Parece ser una bromeliácea. De ahí en adelante la vegetación cambió por completo, los árboles eran más pequeños y sus troncos más inclinados y cubiertos por un grueso musgo de color blanco grisoso. Aún el piso estaba cubierto de una capa de musgo blanco que ocultaba de trecho en trecho la de hojarasca que tenía debajo. Predominaba especialmente el árbol de hoja pequeña y ovalada, había muchos helechos pequeños pegados a los árboles y orquídeas terrestres y arbóreas en abundancia. Cerca de los arroyos que serpenteaban por los peñones coronándolos de espuma blanca abundaban las plantas verdes y suculentas parecidas al rábano (*Dieffenbachia*) y a otras de ese grupo. Al terminar esta zona la vegetación consiste solamente de unas piñitas pequeñas, yerbas, una planta parecida a la enea con unas flores grandes amarillas y redondas, unas enormes bromelias terrestres y algunas orquídeas regadas, esto hasta el pico. En el piso bajo sólo pudimos oír unos guacamayos, paujies y monos, pero en lo alto abundan las aves pequeñas, hay muchos colibríes y una especie de golondrina grande con una cinta en el pecho que cruza el aire con un zumbido característico. Coleccioné allí un colibrí y un pájaro negro con dos manchas amarillas en el ala, parecido a la mariquita de Puerto Rico.

Fig. 42 Sabana de Culebra

No vi ningún reptil en el camino aunque los anfibios abundan aun en el pico, habiendo yo oído por lo menos dos especies. Llegamos a la cumbre a las 6:30 p.m., 9 horas de camino agotador, y disparamos dos tiros para hacer conocer la llegada. La vista era impresionante. En el valle de selva que exprime por un lado el Marahuaca, Camahuaca, Paují y otros, y por el otro el Duida y el Huachamacari, se destaca, con su

color verdoso claro la pequeña sabana donde habita la tribu de los indios maquiritares (Fig. 42). Las casas de paja de los indios son meras pecas en el inmenso mar de verdura de la gran selva orinoqueña. El viento a esa hora era bastante fuerte y había peligro de animales salvajes, lluvia y de frío así que, siguiendo el consejo de los indios, nos fuimos a dormir al lado sur, protegidos por un enorme peñasco que nos protegía bastante del viento pero muy poco de la lluvia que pudiera caer. El suelo en ese sitio era bastante inclinado y aunque acumulé la mayor cantidad de paja posible nunca pude hacerme una cama nivelada, aún cuando me levanté a arreglarla varias veces. El precipicio empezaba a no más de dos pies de nosotros y cuando me tiraba, de cara al cielo, los pies generalmente me colgaban en el aire. Demás está decir que pasé la noche en vela, sometido al frío más torturante, al temor de dormirme y las más frecuentes picadas de los mosquitos y las garrapatas.

12 de abril (miércoles)

Temprano nos levantamos para ir a la cúspide, a unos 20 a 25 pies de donde dormíamos. El frío a esa hora era intenso y un sinnúmero de avecillas cortaban la niebla con el filo suave de su vuelo. Al norte corría, por entre los cerros que constituyen el escudo de la Guayana, un enorme caudal de nubes blancas que levantaban de trecho en trecho sus crestas de algodón como si en la profundidad algún enorme peñón les cortara el paso. Sólo los picos más altos se levantaban soberanos ante la rapidez de la mota, mientras sus faldas eran lamidas por la ondina diluída de la niebla.

Al lado del Camahuaca salió el sol, que con sus rayos candentes empezó a impartir sablazos a las nubes, las que empezaron a retirarse lentamente. Poco a poco fue desapareciendo la niebla y poco a poco fue apareciendo en la bruma la sabana con sus pecas de paja y sus chaparros esparcidos.

Después de tomar varias fotografías empecé el descenso sin ninguna otra novedad, excepto por el momento cuando nos detuvimos para matar dos grullas. Joaquín, que fue el tirador en este caso, luego de matar una se puso a graznar para atraer al compañero, a quien mi amigo indio despachó en seguida.

Llegué al campamento de dos a tres de la tarde. Al pasar por el conuco indio comí con avidez dos o tres cañas de azúcar en compañía de los indios. Tenía los pies y las rodillas hinchados, así que me acosté un rato para ver si se me aliviaban. Me levanté como una hora más tarde y cuando puse los pies en el suelo me dí cuenta que casi no podía andar. Tenía las rodillas muy hinchadas y los pies muy adoloridos y llenos de heridas y cayos. Como también estaba sucio, fui con los muchachos, haciendo un gran esfuerzo, hasta el río y me dí un buen baño. Después del baño me sentí más aliviado y Maldonado entonces me despiojó, obteniendo de mi cuerpo seis garrapatas, varias pulgas y hasta un coleóptero. En la tardecita le hice varias suertes de baraja a los indios, los que quedaron muy maravillados con ellas, tildándome de brujo y de "dotol". Por la noche mientras escribía las notas de ayer, vino un indiecito a que le curara una herida en el pie. Le puse yodo y vió las estrellas. Creo que no era lo más apropiado para el caso pero era lo que tenía a la mano.

13 de abril (jueves)

El día de hoy ha pasado sin nada anormal, sólo que el nene de Paul de más o menos uno y medio a dos años está muy malo con un ataque asmático y Reuter me vino a avisar que se estaba muriendo porque dejaba los ojos en blanco y creía prudente que no se hiciera nada por temor a que se muriera y nos echaran la culpa a nosotros. Cuando lo vi me dí cuenta de la situación y le hice tomar un cuarto de pastilla de Anahist, además de untarle Vicks en la frente y en la nariz. Después de eso le he dado dos cuartos de pastilla más. Veremos a ver como amanece mañana.

En el trayecto hasta acá, a dos de los indios les dió catarro; enfermedad a la que ellos temen como a la muerte y yo se los corté en seguida con Anahist. La población de Culebra quedó infestada en pleno desde que nosotros llegamos, así es que a cada rato tengo a alguno al lado pidiéndome remedio. He tenido que sustituir el Anahist por aspirina y es extraño, que muchos de ellos han mejorado mucho con la droga. La india picada por escorpión está ya completamente restablecida.

Bob Reuter salió con Saavedra y varios indios para el próximo raudal de Tapara a llevar algunos corotos. Con toda probabilidad regresará mañana por la noche ya que tiene un gran

interés en hablar con su esposa el sábado cuando las esperamos en Ponce bien temprano.

Por la noche nos hemos entretenido mucho hablando sobre Puerto Rico. Ilde me trajo un sapito que cogió en las cercanías de la caseta.

14 de abril (viernes)

Por la mañana nos enteramos, a través de Sieblesz, que el avión que nos iba a suministrar abastos llegaría a Culebra a eso de las 12 ó 1:30 p.m. Nos mantuvimos en comunicación con él durante toda la mañana y luego de las doce. Como a la 1:20 p.m. se divisó el avión, precisamente cuando menos preparados estábamos para recibirlo. Barnés había salido con Maldonado detrás de un venado que se había visto en la sabana y Gandía y yo nos habíamos quedado hablando con Sieblesz. Cuando Barnés vió el avión lanzó al aire dos tiros destinados al venado. Inmediatamente se prendió una fogata y se "escribió" una Y con pedazos de tela a campo abierto. Así se nos había instruido que hiciéramos cuando estuviéramos listos para recibir los suministros, pero que en realidad lo que quiere decir la Y es que la pista está lista para recibir el avión.

El avión voló bajo sobre la sabana tres veces y una de ellas bajó el tren de aterrizaje, lo que nos hizo creer que nos había mal interpretado (lo que habíamos querido decir es que la pista estaba lista para ser examinada) e inmediatamente fuimos a cambiar la Y por una N (NO). El avión no hizo caso y aterrizó felizmente en un corto predio, escogido desde el aire por el piloto. La parada fue abrupta pero sin incidentes, aunque Barnés dice que el avión casi le lleva la cabeza y que tuvo que tirarse al suelo. Yo, aunque lo vi todo, estaba hablando con Sieblesz e informándole sobre lo que estaba sucediendo. Esperábamos que el Capitán Denois se tirara en paracaídas y diera su aprobación antes de que el avión aterrizara, así que cuando lo hizo nos cogió de sorpresa y nos llenó de emoción saber que, súbitamente, estábamos tan cerca de la civilización.

Fig. 43 Oficiales del avión que aterrizó en Culebra. El Capt. Denois en el centro, Rivero y Maldonado atrás.

La nave era piloteada por el Mayor Aldana, el copiloto era el alférez Araque y el mecánico y radiotelegrafista el Sr. Pabón. El piloto y copiloto demostraron una gran habilidad, destreza y coordinación en el aterrizaje. Casi en seguida los pusimos a hablar con Caracas, desde donde recibieron la más calurosa felicitación de Sieblesz y del Capitán Hermini, el Jefe del Servicio de Salvamento y Búsqueda del Ministerio de Comunicaciones (Fig. 43).

El Capitán Hermini, muy emocionado por la proeza de Aldana y Araque, nos ofreció gentilmente la cooperación incondicional de sus servicios para beneficio de la ciencia de nuestras patrias.

Reuter había ido a Tapara y regresó con la piel de un guacamayo y unos monos blancos. El resto del día lo pasamos hablando sobre el aterrizaje y elogiando el atrevimiento de los miembros de la Fuerza Aérea Venezolana. Nos acostamos tarde.

15 de abril (sábado)

Aparte de la conversación que sostuvimos con nuestras esposas temprano en la mañana, el día ha sido rutinario. Reuter tuvo una pelea con su esposa y aparentemente se volverá a Caracas en el avión de la Fuerza Aérea, y luego a Puerto Rico. Es una lástima porque, a pesar de no ser él biólogo y de no ser un miembro formal de la expedición, fue de muchísima ayuda en la solución de todos los problemas.

Hoy pelamos y echamos a cocinar uno de los monos blancos que trajo Reuter pero apestaba demasiado y lo tuvimos que botar.

Maldonado y yo estuvimos coleccionando en la pata del Duida, pero nos dimos una perdida de por lo menos dos horas.

16 de abril (domingo)

Gandía habló con su esposa desde la estación de Payne. A pesar de que Sieblesz nos dijo que Eneida (esposa de Rivero) y Carmiña (esposa de Barnés) estaban en la estación de Soltero, no pudimos hacer contacto con ellas.

El resto de día lo pasé poniéndole etiquetas a mis especímenes y preparándome para la partida. Pensábamos salir todos por la mañana pero nos avisó Sieblesz que uno de los ministerios va a mandar dos técnicos que se unirán a nosotros por avión el viernes así que probablemente Barnés y Gandía se queden y Maldonado y yo nos vayamos para ir abriendo las picas con la ayuda de los indios.

El avión salió a las 8:10 a.m. con Reuter y Mr. Curran y llegó allá a las 2:30 pm. A las 4:00 p.m. hablamos con Sieblesz y con Reuter quien nos dijo que estaba tomando muchas cosas frías. Sentimos mucho su partida, e igual él, y así nos lo expresamos mutuamente.

Por la noche llegó al campamento el Sr. Sixto Sequeda en compañía de algunos indios cabecereños (Fig. 44). Venía de cerca del Marahuaca y del territorio que nomádicamente habitan a veces los guaharibos. Según él, ya no quedan guaharibos por esa región debido al continuo ataque de los maquiritares. En cierta ocasión, hace como cinco años, los guaharibos atacaron a los maquiritares en las cabeceras, pero éstos estaban muy bien preparados y resistieron bastante; los guaharibos por fin vencieron ya que no había gran número de hombres en la ranchería en aquel momento, y se robaron todas las mujeres y los utensilios. Los maquiritares se pusieron de acuerdo de antemano con una de las mujeres robadas para que ésta indicara el sitio donde estaban los guaharibos y así fue. Los maquiritares se pintaron el pecho de blanco con barro para reconocerse entre sí y dieron una señal de un tiro al aire para que sus mujeres se echaran al suelo. De esa manera, acabaron a tiro y machete con todos los guaharibos.

Fig. 44 Ilde y Sixto Sequeda (comiéndose un pedazo de venado)

El Sr. Sequeda andaba en busca de oro y en el raudal de Dios perdió todos sus corotos al volcarse su embarcación. Siguió hasta llegar cerca de una laguna alrededor de la que gira un sinnúmero de supersticiones indias que no mencionaré hasta que me vengan de su fuente directa. Cuando estaba cerca de la laguna empezó una tormenta de rayos y truenos que lo hicieron virar para atrás. Esta laguna, me dice Saavedra, contiene grandes riquezas. Aparentemente los

españoles, que conocían de esto, le metieron miedo a los indios con ella para que nunca la tocaran. Desde entonces le tienen terror al sitio y rara vez se lo mencionan a los blancos, excepto a aquellos que más confianza les inspiran.

Ahora me acaba de decir uno de los indios que ya los cabecereños saben que nosotros vamos porque el Huachamacari tuvo tres días de bravura. En efecto, estando nosotros por el Cunucunuma bajo hubo varios días lluviosos y con truenos espantosos.

17 de abril (lunes)

Barnés se va a comunicar con Sieblesz esta noche para ver cuando vienen los técnicos venezolanos. Mientras tanto, nosotros saldremos esta tarde a la una o a las dos para Tapara, para ir llevando el equipo y a la vez transportarlo desde ese punto a la casa del indio Pedro cerca de las Cabeceras.

A las dos salimos Maldonado y yo con Saavedra y diez indios para Tapara. Maldonado y yo fuimos a pie por la selva en lo que las dos curiaras pasaban el largo raudal de Culebra. Anduvimos casi tres kilómetros y en el trayecto sólo coleccioné un sapito minero y otro sapito de vientre oscuro, el que en seguida que agarré botó un líquido fétido de la vejiga. Nos montamos en las curiaras y estuvimos viajando más o menos hasta las seis de la tarde, cuando nos detuvimos ante la amenaza de un terrible aguacero. Al montarnos en la curiara pude observar dos pecesitos, aparentemente tetras, de color completamente dorado, que no dudo harían un excelente pez de acuario. Dormimos en Batojiche, donde construimos una casita de lona rápidamente bajo los goterones de la lluvia que empezaba. Todos los amarres estaban hechos con bejucos, naturalmente, y los postes verticales que sostienen el cuadro superior no están enclavados muy profundamente sino a la ligera en el suelo y luego sostenidos en su sitio con la ayuda de dos palos oblicuos. La ligereza con que amarran estos palos y terminan la casa es verdaderamente sorprendente. Dormimos muy bien esa noche, sobre el resplandor constante de unos hongos luminosos que abundan en los troncos podridos y el brillo inconcebible de unos cucubanos que resplandecían iluminando la espesura.

18 de abril (martes)

Nos levantamos temprano con la idea de salir temprano, pero tuvimos que esperar un rato en lo que venía Aurelio, que había salido a cazar a las cuatro o las cinco. Teníamos una quebrada cerca y por primera vez en varios días, me lavé la boca y la cara. Anoche por primera vez también, dormimos sin mosquitero, ya que la lluvia y la humedad no nos permitieron sacar todo el corotero de mosquiteros que cargamos. A pesar de que hasta la fecha no he sentido mosquitos por la noche, anoche vi un sinnúmero de murciélagos revoloteando cerca y tuve ganas de poner el mosquitero, pero luego pensé que me gustaría experimentar la mordedura de un vampiro y no le dije nada a Maldonado. Habíamos dormido con la pistola y el revólver cerca para usarlo en cualquier emergencia ya que nos había dicho Sixto que un tigre los había seguido por un trecho cuando estaban por esta sección.

Salimos de Batojiche más o menos a las siete y seguimos directamente hasta el raudal de Dios, aunque de vez en cuando nos deteníamos en el trayecto a comer una sabrosa fruta amarilla llamada *tamarico*, que tiene cierto parecido con el mangostín. También comimos otra frutilla amarilla, larguita, parecida a una uva sin semillas llamada por los indios *uidade* cuya cáscara es un poco amarga, pero el sabor interno es bastante agradable, aunque la pulpa es muy escasa.

Los guamás abundan también por el camino y pude notar que algunas de las vainas que traían los indios provenían de una mimosácea mientras que otros eran, posiblemente, de una fabácea de flores blancas en racimo. El sabor de ambas vainas era aparentemente idéntico, aunque a una de ellas se le removía la felpa de la semilla con suma facilidad mientras que en la otra el terciopelo está muy adherido a la semilla.

Observamos también varias plantas de orquídeas en flor (*C. superba)* y una enredadera (Bignoniacea) con flores lila muy bonita.

En una de las ramas que se tendían sobre el agua pudimos ver ayer un animal dormido al que los indios tomaron por un mono y pretendieron cogerlo vivo, no dejándome disparar. En seguida yo me dí cuenta de que se trataba de un marsupial (rabo pelado) y traté de dispararle pero muy tarde. Ya los indios habían movido la rama fuertemente con la idea de tumbarlo al agua, pero no lo consiguieron y el animal despertó y se fue selva arriba.

Hoy vimos también una preciosa siguana o ameiva soleándose tranquilamente en un tronco. La cabeza parecía la de una ameiva corriente, pero era toda de un color verde bronceado y mucho más grande. Se fue también antes de que pudiera dispararle.

El río en toda esta sección da un sinnúmero de vueltas y varias veces después de uno haber dejado el cerro Huachamacari atrás, lo vuelve a ver al frente, con su cabezota pelada y sus faldas de esmeralda (Fig. 45).

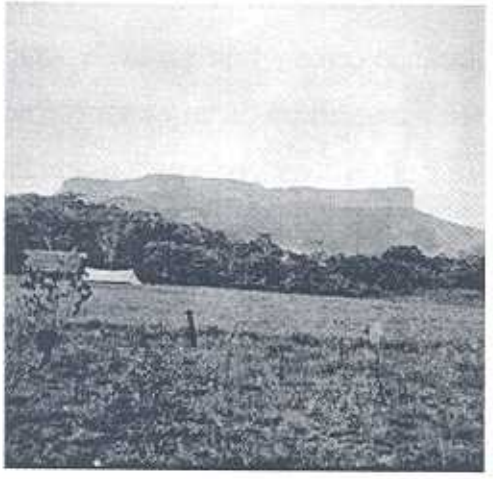


Fig. 45 Cerro Huachamacari visto desde la Sabana de Culebra

En el raudal de Dios tuvimos que hacer un caleteo de más o menos medio kilómetro y después Saavedra y cuatro indios siguieron en las curiaras y nosotros nos vinimos por tierra hasta el raudal de Mauricio donde los esperamos dándonos un buen baño en el río. En las pozas de la piedra había una planta rojiza muy bonita, cíchlidos pequeños y algunos characínidos de una línea lateral brillante.

En este raudal, en donde no se tuvo que caletear, nos montamos hasta Tapara, donde llegamos a las 4:30 o las 5:00 p.m.. Por el camino vimos más de cincuenta guacamayos, los que no pude retratar por nunca estar listo, pero tomé retratos del raudal de Dios, del Huachamacari y de otros puntos interesantes del río. No se me ocurrió tomar una foto de una piedra del río que dicen los indios que es una garganta de araguato petrificada, ni de otra que es según ellos una pieza de madera en la misma condición. Ambos peñones muestran una gran semejanza con las cosas que se comparan.

En Tapara, donde el río se estrecha al pasar entre dos montes haciéndose inaccesible aún para las curiaras, hicieron los indios una troja para nosotros y otra para ellos dormir.

Comimos una sabrosa sopa deshidratada con pechuga de paují y luego nos pusimos Maldonado y yo a trabajar, él con sus insectos y yo en el diario.

Cogí un sapito de barriga marrón con pintas, hoy por la noche.

19 de abril (miércoles)

Saavedra se fue temprano para Culebra y desde esa hora (4 ó 5 de la mañana) no he podido dormir. Durante la mañana, tanto Maldonado como yo intentamos coleccionar pero aunque él tuvo buena suerte, yo sólo cogí una siguana, y eso después de estar velándola por un buen rato. Por la noche me fuí con el cabecereño para Caño Negro, que queda bastante distanciado de Tapara y al que se llega por una trilla tan empinada y tortuosa, que no se como vamos a caletear nuestro equipo pesado hasta allá. Por el camino oímos unas aves que cacareaban como gallinas pero el cabecereño fue a cazarlas sin resultado. Mientras él estaba en eso vi un anfibio parecido a un coquí y al acercármele con la intención de agarrarlo me di cuenta de que se trataba de un pajarito de color castaño verdoso que emitía un sonido parecido al de un anfibio.

El Caño Negro le cae al Cunucunuma en un sitio muy caudaloso. La curiara hay que llevarla por la selva, subiendo montes y riscos y luego bajarla en Caño Negro, desde donde se podía llevar el equipo por agua hasta la próxima villa india. Esto debe ser cuestión de varios días.

A mi regreso de Caño Negro fuí con Maldonado a cazar murciélagos de los que cuelgan en los árboles a la orilla del río, y a buscar guamás. Al regreso pudimos notar que el cabecereño estaba bañándose desnudo, y por el contrario a otros indios maquiritares varones que habíamos visto, no se tapó con la mano la región genital. Los testículos están amarrados con un cordón sobre el pene y ambos están fijados con el cordón a la parte baja del vientre. El otro día cuando veníamos del raudal de San Mauricio, Maldonado y yo nos bañábamos en el río y algunos de los indios también, pero en todo momento mantuvieron la mano sobre la región púbica cuando había la posibilidad de que se les viera de frente. Cuando están fuera del agua, están por supuesto con sus guayucos (taparrabos) de tela roja, y es más frecuente ver a las mujeres desnudas (aunque generalmente tienen una faldita de cuentas colgando al frente) que a los hombres.

Esta tardecita al irse Maldonado a bañar al río notó que tenía tres niguas en un pie. José Antonio, el indio, se las sacó con un palito aguzado y un cuchillo, a pesar de que yo le dí una aguja para que lo hiciera.

La comida consistió de sopa deshidratada con pechuga de paují, la que, a propósito, tiene más o menos el tamaño de un pollo completo.

20 de abril (jueves)

Dormí muy bien pero tuve que levantarme temprano para despedir a los indios. Cada uno de ellos llevó una sola caja de raciones debido a que querían ir livianos para ir haciendo pica. Según el indio Aurelio, llegarían a la ranchería de Pedro a eso de las cinco y se devolverían al otro día para seguir cargando. Sólo el indio Juanito se quedó con nosotros para ayudarnos en cualquier necesidad. Maldonado se acostó otra vez y yo salí a ver si veía algo por el río. En efecto, casi enseguida ví a un ranita de cabeza verde media sumergida en el agua y, al parecer, adormecida por el frío. Después cogí debajo de las piedras unos animalitos casi microscópicos y parecidos a "chitons". No sé ni el phylum al que pertenecen. Más tarde cogí a una siguanita pequeña.

El resto de día ha sido muy monótono. Nos hemos pasado bañándonos y durmiendo. Creo que me he bañado tres veces y también he lavado la ropa. Sólo traje dos mudas y no quiero tenerlas ambas sucias después que nos alejemos del agua.

No sé si será por la inactividad o por los problemas que Eneida (mi esposa) tiene y que me ha contado por carta (traída por el avión), pero hoy me han hecho ella y el nene más falta que nunca y me paso reconstruyendo escenas pasadas o futuras. Almorzamos un amarillo hervido y ahora estamos preparando la comida. Más o menos desde las cinco empezó a llover intensamente y todavía no ha cesado.

Hoy tomé un retrato del Huachamacari (Fig. 45), otro del raudal de Tapara, y Maldonado cogió uno de mi en el agua. Coleccioné una especie de salamanquita.

21 de abril (viernes)

Hoy dormí como nunca y Maldonado parece que también porque nos levantamos bastante tarde. Buscamos en seguida las huellas de un animal grande que habíamos oído anoche, tal vez un tigre (jaguar) pero las goteras de las lloviznas que cayeron parece que las borraron. Me fuí luego a cazar una siguana y cogí tres de las de listas amarillas en la cabeza y una de las otras corrientes. Las primeras son muy mansas pero las otras no pueden ver a uno ni de lejos. Cuando estaba activo con las siguanas, Maldonado me llamó porque había visto un lagartijo muy bonito

sobre una piedra. Era parecido a los tuqueques de Ayacucho pero más raro y de movimientos más rápidos, pero de tres individuos que ví no pude agarrar ni uno. Este se escondió en seguida entre las piedras y tuve que rebuscar un poco para encontrarlo. Cuando lo vi estaba demasiado cerca y por temor a perderlo le disparé con mostacilla haciéndole un agujero en el vientre y otros cuantos en el cuerpo. Por suerte, al rato pude capturar otro que estaba bajando de un árbol y aunque le disparé a un tercero de mucho mayor tamaño y cabeza verdosa, no pude dar con él luego.

Nos bañamos dos veces en el río y tomé varias fotografías de Maldonado bañándose en Tapara, pero se me dañaron luego que abrí la cámara antes de enrollar la película.

Al anochecer fuí a un bosque cercano a ver si podía coger un anfibio que canta a esa hora pero, aunque en varias ocasiones estuve cerca de él, en ningún momento pude localizarlo. En ocasiones estuve una hora inmóvil, esperando a que cantara pero ni aún así pude conseguir que lo hiciera.

Esta noche le dí una lección de entomología a Maldonado. El estaba tratando de coger una mosca grande, verde, que había sido atraída por la luz y a pesar de que en varias ocasiones trató de poner un potecito con éter (en un algodoncito) sobre el insecto, nunca lo logró. Le pedí el pote y le dije en broma que le iba a enseñar cómo se cogía una mosca. Levanté el pote hacia arriba y cuando todavía estaba a dos o tres pies del insecto, éste voló, como atraído por succión y se metió en el potecito.

Acaban de llegar los indios que se fueron cargados ayer con la mala nueva de que no hay indios en la ranchería; todos están cazando fuera. Eso quiere decir que seremos muchos los que tendremos que cargar monte adentro.

El menú de hoy: avena de desayuno, ración C (habichuelas con salchichas) y chocolate de almuerzo y jamón con "lima beans" y melocotones de comida.

22 de abril (sábado)

Anoche me desperté una vez cuando un indio vino a pedirme un foco (linterna) porque el río estaba creciendo y temía que se llevara el campamento. A pesar de la amenaza y de la

constante lluvia que empezó desde temprano en la noche de ayer, he dormido como un lirón. Al levantarme vi el río bastante cerca del campamento; había subido como dos pies y toda la playita por donde caminábamos el día anterior estaba ahora cubierta por el agua. Después de lavarnos la cara y la boca (desde que estamos aquí lo estamos haciendo con bastante frecuencia) nos pusimos a preparar la avena que se va a servir en el desayuno. Al lado estaban dos de los indios que habían tenido que dormir en nuestra troja debido a que el aguacero arreció demasiado anoche. Ante la mirada hambrienta e inquisitiva de ellos, Maldonado les dió a probar un poco de avena cruda, dándoles a entender que era paja y mala, pero se engañó. En seguida uno de ellos dijo: "¡Quaquer, Quaquer!", dejando ver claramente que ya la había probado antes y aunque la que consumimos en ese momento era "Tres Minutos", para ellos todas eran "Quaker Oats". Igual sucede con otros utensilios como los machetes, los cuchillos y las escopetas. El machete, si no es Collins no es bueno y a los "nacionales" los rechazan y no los aceptan ni como regalos. La escopeta y el cuchillo deben ser Winchester. Yo cargo un buen cuchillo de caza marca Randall que costó $27.00 y a Saavedra le ha dado con decir que ese es el Winchester legítimo.

Los indios van a salir otra vez cargados para Caño Negro. Según me he enterado, el caño no se utilizará para nada en lo que respecta a transportación; la curiara es sólo para transportar el equipo de un lado a otro.

Maldonado se fue con los muchachos indios y regresaron como dos horas después. Mientras tanto, yo me quedé solo y aproveché para tirarle a algunas siguanas de rayas amarillas. También cogí una salamanquita, pero la estropée bastante en la cabeza. Vi una pequeña culebra verde colgando de un arbusto pero cuando me dí cuenta de que era una culebra y no una ramita, ya se había dejado caer y había desaparecido.

Capturé algunas mariposas de las que se acumulan en grandes cantidades a la orilla del agua a chupar algo que todavía no he podido averiguar qué es. Al principio creí que era orina, sal o azúcar, pero la deposición de las tres me ha probado que no es eso lo que las atrae. De las mariposas Morphos no he visto hoy ninguna aunque ayer vi más de seis.

Los muchachos indios han dado dos viajes hasta Caño Negro y ahora están descansando. Adonis, el cabecereño, se ha pasado tejiendo algo, me parece que es un collar, con las cápsulas de mostacillas que le he regalado.

La lluvia empezó hoy a eso de la 1:00 p.m. y todavía (5:00 p.m.) está goteando. Como a esa hora dormimos un buen sueño y nos levantamos para preparar la comida.

Cerca de las nueve o las diez sentí un avión que pasaba hacia Culebra, pero no lo he sentido más durante todo el día. Parece que se quedará hasta mañana, lo que quiere decir que Barnés y Gandía se quedarán hasta el lunes.

Dediqué la noche a entrevistar a los indios y a mejorar mi vocabulario maquiritare.

23 de abril (domingo)

El día de hoy ha sido bastante inactivo. Sólo ha habido una o dos horas de sol y los reptiles y los insectos se han quedado en sus casas. Los indios han caleteado tres veces hasta Caño Negro y después del último caleteo se han puesto a hacer catumares. El primero que vi haciéndose era del peciolo enormemente largo y recto de la hoja de una palma (amutre) pero ese parece que era temporero y ahora los hacen con un bejuco duro (muñate) que dividen longitudinalmente varias veces. El tejido resulta mucho más fino y el canasto mejor terminado. Los que empezaron la fabricación ayer ya casi los tienen terminados.

El almuerzo consistió de arroz blanco con paují que preparó Maldonado y que le quedó bastante duro. Un segundo intento resultó en una mogolla desagradable hasta en su aspecto, así es que yo comí algo del primero.

Al atardecer, mientras yo buscaba el sapito ventrílocuo que me tiene loco, vi un sinnúmero de hormigas 24 en una rama y llamé a Maldonado para que las cogiera. Al rato oí un grito tremendo de él. Lo habían picado en un tobillo y estaba alarmado porque se dice que esta hormiga, que según lo entiendo no es una hormiga sino una avispa sin alas, causa 24 horas de fiebre cuando pica. No se si sería porque el insecto tuvo que clavar su ponzoña a través de una media gorda, pero Maldonado sólo sintió algo así como la picada muy fuerte de una avispa y de ahí en adelante nada más.

Después de la picada y cansado ya de velar por el sapito ventrílocuo, le dije al indiecito al que le dimos el nombre de Maldonado que si me conseguía uno le iba a hacer un regalo, y como a la media hora se me presentó con uno. Le regalé un juego de cuchara, tenedor y cuchillo

plástico de los que traen las raciones K del ejército.

24 de abril (lunes)

Por la mañana Maldonado y yo estuvimos en Caño Negro, pendiente del caleteo de los indios. Maldonado se quedó en Caño Negro esperando a los otros indios que estaban cargando y yo me fuí a Tapara. Por el camino me detuve un buen rato en la selva, absorto en su grandeza y en su soledad. Nada se movía, nada trinaba y los enormes troncos forrados de musgos y de plantas trepadoras, las lianas colgantes y el piso de gruesa hojarasca, que sólo se rasgaba para dejar ver una tierra negra y fecunda, creaban en mi un sentimiento casi religioso. Algunas personas van a Europa a ver las catedrales de insignes arquitectos, pero no hay templo como la selva ni mejor altar que el que hace arrodillar a uno ante la magnificencia de la obra de Dios.

Llegué hasta un arroyo de cauce arenoso que parece haber dejado de recibir el lagrimeo constante de las cimas vecinas y me senté un rato en la arena, dejando que mi mente pastara en el campo sobrepoblado de mis pensamientos. Pensé en muchas cosas que se hilvanaban como en un tejido sin relacionarse: en la vida, en mi mujer, en mi hijo, en mi madre muerta, y aquí en medio del recogimiento espiritual que el lugar inspiraba, pedí a Dios o a quien fuera, que me permitiera verla entre el follaje. Dirigí la vista hacia arriba y un rayo tenue de luz se infiltraba por una rasgadura azul de la crispada techumbre verde... y nada más.

Estas "mansiones verdes" inspiran en mi algo que he sentido desde niño cuando visitaba el Yunque en Puerto Rico o cuando iba a un barranco que había en nuestra finca, con márgenes forrados de helechos arbóreos, de musgos y de marcantias. No es un sentido de amenaza, ni la impresión de ser arropado, como lo describen algunos, sino una sensación de lejanía, de inmensidad, de religiosidad y de intimidad -como si los árboles fueran mediums inertes y los ruidos sigilosos de la selva sus intérpretes.

Cuando me dí cuenta de mi condición humana, una paloma, inadvertida de mi presencia por mi inmovilidad, se había parado a no más de dos pies de mi. El susto que ella se llevó no fue menos que el mío al sentir el rápido aleteo y allí quedó rota, abruptamente, la cadena de mis pensamientos. Barnés llegó por la tarde con Mr. Kempton. Me trajo varias cartas de mi mujer

y un sinnúmero de noticias nuevas. Se había comunicado con Pepín Medina en el Colegio y también con los estudiantes universitarios a través del altoparlante del carillón.

La noche la dediqué a escribir a Virgilio Biaggi, a Calilo Ríos, a Wiewall, a García de Quevedo y a Rodríguez Arias. Todas las cartas las eché en un sobre y se las mandé a Eneida (mi esposa) para que las repartiera. Aproveché la visita de Mr. Kempton, que se devuelve mañana, para que me lleve las cartas.

Cuando escribía a Biaggi se apareció una culebrita coral que Maldonado anunció con voz temblorosa. La coral es sumamente venenosa pero ésta era pequeña, de no más de ocho pulgadas y la capturé y preservé sin grandes problemas.

Gandía está todavía en Culebra y vendrá el jueves después de recibir el avión en el que se irá Mr. Kempton. En él vendrán dos geólogos de Fomento (Venezuela) y Monsieur Lichy, un lepidopterólogo (especialista en mariposas) francés residente en Venezuela.

Me dice Barnés que hoy es lunes 24 y aunque eso no está de acuerdo con mi diario, tendré que alterarlo ya que él debe tener razón puesto que Mr. Kempton, que viene de la civilización, corrobora esa fecha.

Colecté un lagartijo y un *Sphaerodactylus*.

25 de abril (martes)

Desde que amaneció comenzamos el caleteo para Caño Negro y allá permanecimos hasta que terminó el caleteo. Barnés regresó a Tapara para acompañar a los indios en un segundo caleteo y cuando volvió al Caño lo cogió un aguacero que lo puso a secarse a la candela. Maldonado y yo tuvimos que reacomodar el equipo bajo una carpa y poner otra para guarecernos nosotros de la lluvia. Se nos presentó el problema de cruzar el caño con el equipo, pero en seguida el indio Velázquez lo resolvió construyendo un puente de árboles a través de los raudalitos del caño. Lo primero que hizo fue tumbar a golpes de hacha un enorme gigante que tronó con furia de tormenta y arrasó con todo lo que tenía cerca, al caer sobre las aguas negruzcas del caño. Otros cuantos troncos completaron el puente que, aunque de fácil paso para los indios, era bastante difícil y peligroso para los "blancos". Barnés le tomó una película a los muchachos indios

mientras cruzaban y preparó la caída de uno de ellos para que apareciera así en la película.

Hemos decidido ahora seguir una ruta directa al Monte Marahuaca en vez de hacerlo a través de la ranchería que hemos designado como Casa de Julián. Según Velázquez, este trecho lo podemos hacer en tres días y nos tomará dos más en llegar hasta una sabana que hay en la base del monte y a la que le hemos llamado Jaime Benítez. Gandía y los otros se nos unirían en la sabana. Nos llevaremos a todos los indios que hay aquí pero los devolveremos desde la sabana para que ayuden a Gandía en el caleteo.

26 de abril (miércoles)

Anoche no pude dormir bien. Se me olvidó poner una sudadera que uso en lugar de almohada, y el frío que entraba por el tejido de la hamaca casi me congelaba las orejas. Intenté poner parte de la frisa debajo de la cabeza pero un aleteo constante sobre mi nariz me hizo cambiar de opinión y me la puse sobre la cara. Como a las dos o las tres de la mañana el caño Negro creció bastante y se llevó con gran estruendo el puente que se había construido ayer.

Por la mañana esperamos dos caleteos más y salimos a las 10:00 a.m. para Casa de Julián (volvimos a seleccionar esta ruta). Cada uno de nosotros llevaba una escopeta, Maldonado y yo llevábamos un morralito al cinto y yo además llevaba un cuchillo y una pistola. Maldonado y Barnés llevaban cantina. Estimo que caminamos alrededor de quince kilómetros. El camino es muy empinado en algunos sitios y aunque hay una pica abierta en una buena parte del trayecto, hay que pasar ríos, caños y peñones, y troncos delgados y resbalosos. En algunas ocasiones creíamos que no dábamos más, pero la fuerza de voluntad y los deseos de llegar pronto nos hacían recobrar los ánimos. Más o menos a mitad del camino, donde había una troja fabricada por los indios, fuí a una quebradita y bebí agua en abundancia sin percatarme de que a menos de dos pasos de donde yo bebía había un mono muerto sumergido en el agua y a no más de dos o tres pies más arriba había un paují en alto grado de descomposición. Quizás esta noche o mañana pueda notar los efectos del agua mala.

A las dos o tres horas de haber salido de Tapara encontramos a Napoleón, un indio viejo que estaba con nosotros y que había ido a Casa Julián a avisarle de nuestro intento de subir el

Marahuaca, y a solicitar su cooperación. Nos informó que Julián decía que no iría si no se le pagaba antes pues el Musiú (se refería a Basset Maguire, un botánico que había visitado el área) no le había pagado bien. Nos informó Napoleón que había matado una culebra un poco más arriba y, en efecto, más adelante encontramos una culebra color "chartreuse" con las escamas bordeadas de negro, no venenosa y de alrededor de tres pies de largo. La abrí para extraerle el contenido estomacal y que no se pudriera ya que la lata en que cargo los especímenes no vendrá hasta mañana. En el interior encontré una enorme lombriz, de como un pie de largo, a la que los indios llaman cudu y es comestible. Puse el cudu en alcohol y a la culebra la inyecté con un poco de formalina en lo que puedo preservarla mejor. También colecté en el camino un sapito achocolatado y varios miriápodos.

Llegamos al conuco de Julián a las 4:30 p.m. y allí consumimos varias cañas y unas frutas de una solanácea cuya planta tiene cierto parecido con la berenjena. A la casa llegamos veinte minutos después. A las 6:00 p.m. llegó el cabecereño con parte de la carga, y como a las 6:30 p.m. el resto de los caleteros con Saavedra.

Comimos sopa deshidratada con chocolate. Sólo habíamos comido un poco de sopa de paují al amanecer y un pedazo de queso con jalea de las raciones K cuando ya estábamos por llegar a la casa.

27 de abril (jueves); altura 2000 pies

Pensé que hoy dormiría bien porque el cansancio agotador no era para pensar otra cosa, pero no pude pegar los ojos. El frío empezó desde antes de que llegáramos a Casa de Julián, pero se intensificó por la noche y al amanecer, hasta el extremo de que la protección de la frisa era nula. Los ladridos de la perrera (más de diez o doce) y el cacareo de las gallinas que eran a cada rato asustadas por algún rapaz nocturno, y luego una serie de mariposas grandes (o más bien alevillas) que se entretuvieron toda la noche en pasearse por mi cara, fueron también causas directas de mi insomio. Al principio creí que se trataba de murciélagos vampiros y me tapé la cabeza con al frisa, pero ante la insistencia atrevida del insecto prendí el "flashlight" y me dí cuenta de mi error. Eran tales los deseos que tenía de dormir que cuando agarré una le arranqué

las alas y la tiré con toda fuerza al suelo donde me imagino que sería pronta víctima de las hormigas. Pero no pasaron unos minutos sin que sintiera el revoloteo nuevamente y luego de despedazar las mariposas con igual sadismo, me arropé otra vez la cara , pero la molestia continuó durante toda la noche. No me explico cómo Maldonado no se despertaba porque cada vez que prendía el foco le veía varias mariposas revoloteando sobre la frisa que le cubría la cabeza. Me imagino que a las mariposas las atrae la sal del sudor o quizás la ropa húmeda que teníamos puesta ya que no las vimos antes, cuando teníamos los quinqués prendidos.

El ranchito que usamos para dormir es el que usan los indios para hacer mañoco y que no tiene más de 10 x 15 pies; así es que no teníamos mucho espacio para colgar un mosquitero. Barnés tiene un "jungle hammock" que trae mosquitero incorporado, pero hoy hemos tendido una carpa para poder dormir más cómodamente. A pesar de que a las 8:00 p.m. estaba pretendiendo dormirme, me despertó la conversación de Barnés con los indios. Estaban inconformes porque se les había dicho que nosotros traíamos pocos corotos para pagarles. Julián decía que él no iba al Marahuaca y Barnés trataba de convencerlo regalándole anzuelos y otras chucherías. Se convencieron al fin cuando se les prometió que el avión dejaría caer en la próxima sabana un barbacoa, dos escopetas de pistón (las de cartuchos son báculas para ellos), una ponchera, un tempe (especie de anafre) y otros objetos que deseaban. Aparentemente, los pantalones azules, los machetes, los cuchillos, los espejos, los anzuelos, las telas rojas, las palanganas (ollas), las tazas y las cucharas que les llevamos no los satisfacían. También querían pilas y focos, pero les dijimos que no había sido posible conseguirlos.

Fig. 46 La Casa de Julián

Julián (Fig. 15) es un hombre de unos 50 años, de perfil bastante perfilado y nariz aguileña aunque los pómulos son algo sobresalientes, lo mismo que las cejas, o por mejor decir, el lugar que ellas ocupan pues, como ya creo haber dicho, se las sacan con la resina de un árbol al que llaman caraña. No tiene la fortaleza física de otros de sus compañeros, pero parece ser muy trabajador ya que su casa está rodeada de conucos en donde siembra,

predominantemente, yuca brava, pero también caña de azúcar, túpiras (la solanácea antes descrita), barbasco, batatas, ñames y alguna que otra yautía. Su casa está hecha de la corteza de un árbol llamado quima (algodoncillo), en planchas de tres ó cuatro pies y que se parecen al "ply wood". El techo es de paja de palma y tiene una cumblera también de palma que se extiende más arriba del techo (Fig. 46). Las puertas están amarradas con bejucos, por el contrario de las de Rana, que tenían bisagras, pero recuérdese que Paul Padamo es el capitán y está relacionado con el gobierno. Aquí estamos adentrados en la selva y a una enorme distancia de la civilización. No hay ventanas, pero de trecho en trecho hay hendijas anchas, por donde se ve a las mujeres atisbando desde adentro.

Abundan en esta ranchería las gallinas con pollitos y todas las aves tienen unas casitas en forma de cono y cubiertas por la hoja de alguna músacea (¿plátano?) y en donde todas se acomodan a dormir por la noche. De esta manera quedan protegidas de los depredadores nocturnos (Fig. 47).

Fig. 47 Casitas para proteger las gallinas durante la noche (Foto Nesbitts)

Al llegar nosotros, los cuatro indios varones de la ranchería estaban en guayuco (taparrabos) y así se han mantenido todo el tiempo. Julián tiene bastante vello en la región púbica y axilar y también tiene pelos en las piernas y algunos regados en la barbilla. Igualmente Cedeño, uno de sus hijos, pero los demás no parecen tener nada.

Alrededor de la casa principal hay varios ranchos sin paredes y un poco alejada está la casa del indio Pedro.

Por la mañana me alejé algo del campamento y colecté algunos miriápodos, uno de ellos muy abundante debajo de las hojas. También conseguí, para Maldonado, una termita enorme de viciosas mandíbulas, debajo de la corteza blanda de un helecho en descomposición.

En el campamento pregunté a Saavedra que cuál era el sitio en donde estaban los sapitos que pitaban como policías y llamó a un indiecito para que me llevara. Una quebrada se desliza superficialmente sobre una enorme laja, a la que no ha podido socabar con su torrente. El chorro

corre por el mismo medio de la laja y a uno de los lados hay dos o tres rocas cuadradas, como si fueran de hormigón y puestas sobre la parte seca de la laja. Al levantar una saltaron cinco o seis sapitos, pero eran tan rápidos que nos confundieron y no pudimos capturar ninguno. En otras ocasiones tuvimos más suerte y pudimos coger cuatro pero tengo que admitir que nunca había visto a un sapo correr tan ligero; no eran saltos como lo hacen lo sapos convencionales, sino carrera vertiginosa, como si fueran ratones. Por el camino me cogió un aguacero y llegué ensopado pero, afortunadamente, había lavado la ropa que usé ayer y la había dejado secándose al fuego.

Comimos batatas, amarillos fritos con carne ahumada y frita de tapir. La carne es muy buena y tiene cierto parecido a la de cerdo y becerro juntas pero es más hilachosa y negra y también un poco más dura. Como los indios no tienen refrigeración, cuelgan los animales sobre una fogata y los ahuman, para así preservarlos por más tiempo. También comimos túpiras fritas.

Por la noche Julián le dijo a Maldonado que lo iba a llevar a un sitio donde podía coger muchos culele (termita muy grande; "sedi" para los indios) y lo llevó a orillas de la selva donde un sinnúmero de indios los recogían por miles para comerlos luego, asados o crudos. El sitio estaba totalmente inundado de los culeles alados (aparentemente las hembras) y cada vez salían más de sus cuevas. Les prometí comerlos mañana, pero asados.

También nos trajeron varios cudu (lombrices gigantes) para que las comiéramos. Les habían sacado las vísceras y sólo quedaba el "cuero". El sabor es parecido al de la tocineta.

Por la noche cogí dos ranitas. A la culebra le saqué de adentro cuatro huevos y la inyecté nuevamente a ver si resiste hasta mañana ya que no me trajeron la lata de formalina. El día se ha pasado nublado o lloviendo, y no he podido retratarla en colores.

28 de abril (viernes)

Hoy me levanté fotógrafo. Tempranito retraté las siguientes cosas con el mismo rollo con el que había tomado tres retratos anteriormente: flores color de rosa (varios), culebra (varios), Julián e indios (varios), caño de la laja y flores amarillas, lajas bajo las que viven los sapitos, campamento de Casa de Julián, y el conuco.

Después de tomar algunas fotografías fui al caño de la laja a ver si cogía más sapitos de los de ayer, pero no encontré ninguno bajo las piedras, aunque si cogí lo que me imagino sean sus larvas y un animalito que parece un anomuro (cobo) y algunos insectos acuáticos, coleópteros y chinches acuáticas (bdelostomátidos). Por la tarde regresé al campamento, pero volví casi en seguida al caño para coger algunos más de los ejemplares que parecen anomuros (cobos). Esta vez fuí con dos indiecitos provistos de cerbatana y pude cazar varias siguanas, una culebrita parecida a la coral que intentaba cruzar el caño y varios ejemplares botánicos.

Hoy ví por primera vez el Monte Marahuaca desde uno de los conucos de Julián, pero estaba un poco nublado y sólo se veían partes de la mole, aunque daba la impresión de estar bastante cerca.

La tarde se la pasó lloviendo, así que nos quedamos en el campamento. He dedicado la noche a arreglar y a poner etiquetas a los especímenes.

29 de abril (sábado); altura 2600 pies

Nos levantamos relativamente tarde y en seguida empezamos a preparar el equipo que vamos a llevar al Caño Chanane, ya que la ruta a seguirse será de Casa de Julián a Caño Chanane y de aquí a una sabana en la base del Marahuaca. Originalmente habíamos pensado ir de Casa de Julián a Casa de Martín, otra casa y conucos indios en medio de la selva, y de aquí al sitio en donde crece el bambú de la cerbatana y subir la montaña por ese mismo sitio. Velázquez y Julián creen que la nueva ruta es más cerca y que el Marahuaca es más accesible por ese lado. Maguire siguió la primera ruta pero su interés era solamente el de llegar hasta el lugar de la cerbatana.

Como a las 9:30 a.m recibimos comunicación de Gandía. Habían llegado a Tapara un poco tarde, primero porque las lluvias habían atrasado al avión, y segundo porque las crecidas del río los había retrasado a ellos. Él todavía no había llegado a Caño Negro pues allí se les había dejado abundante comida y, sin embargo, pide en su carta (traída por mensajero indio) que se les mande comida. Hoy, precisamente, les habíamos mandado un mensaje para que permanecieran en Tapara en lo que nosotros veíamos la sabana para ver si el avión podrá aterrizar en ella. Si ese fuera el caso, les mandaríamos a un indio expreso para que se volvieran a Culebra y tomaran el

avión desde Culebra hasta la sabana del Marahuaca, lo que les evitaría cientos de problemas y contratiempos.

Después de recibir el mensaje de ellos, les escribimos otra carta recalcándoles lo mismo pero insistiendo que nos enviaran el radio a la mayor brevedad posible para así avisarle al avión sobre los resultados de nuestra investigación.

Salimos a las 9:45 a.m de Casa de Julián y a las 2:00 p.m. llegamos a Caño Chanane. El camino es más llevadero que el de Tapara a Julián pero también había cuestas de considerable declive y una infinidad de arroyos y caños que tuvimos que cruzar con el agua a los muslos. También nos cogieron varios chaparrones, pero llegamos bastante frescos al punto final del día. Al ratito llegó Saavedra con seis indios más (con nosotros habían venido Julián y Maldonado) y en seguida nos pusimos a levantar carpa.

Por la noche, a pesar que se oía infinidad de anfibios y de otros animales, no pude salir porque tuve que secar la ropa y los zapatos (que estaban enchumbados) al fuego, para así poderlos usar mañana. La muda seca que tengo la quiero reservar para el Marahuaca.

Por la noche maté en el caño una salamandra de como seis pulgadas de largo, pero la corriente se la llevó antes de que pudiera agarrarla. Por el camino colecté dos lombrices de color gris claro, y varios hongos.

30 de abril (domingo); altura 3,600 pies

Hoy es el día que más temprano hemos salido (7:40 a.m). El camino es más llevadero que el de Tapara a Julián, pero menos que el de aquí a Caño Chanane. Hay varias cuestas muy precipitadas, pero una buena parte del trayecto es bastante llano, aunque siempre pasa por bosque espeso. De la mitad del camino en adelante el sitio no es conocido ni aún para los indios, los que tenían que subir a los árboles de vez en cuando para orientarse. La sabana había sido vista por uno de ellos desde un árbol en un bosque cercano, pero no recordaba bien el lugar y tenía que orientarse trepándose a los árboles, lo que hacía como los monos, metiendo entre el dedo gordo y el que sigue, los bejucos y árboles de poco diámetro. Abrir la pica y buscar la sabana nos tomó bastante tiempo. Cerca de las 2:30 p.m. llegamos a un lugar donde la vegetación es

completamente distinta. Los árboles son pequeños y están más separados; están cubiertos de musgos y con frecuencia se ven charcos y algún arroyo temporal de aguas muy llanas. Abundan los líquenes, las orquídeas y el musgo blanco que ya había visto en el Duida. Uno de los árboles tiene debajo del corcho una corteza roja y pegajosa que, según los indios, se usa para curtir cueros. Por el trayecto nos cayeron muchísimos aguaceros y al llegar a este punto nos cayó el último, para despejar de nuevo un rato después. En este punto Julián y otro indio se separaron del grupo para ir a buscar la sabana y se presentaron como a la hora para decir que "no está". "¿Pero donde está la sabana que tu viste?", le preguntó Barnés. "Pues se perdió. No hay sabana". Era como para perder la cabeza pero, afortunadamente, todos pudimos mantener la calma. Al ratito averiguamos con otro indio que había la sabana y que era como la de San Fernando así es que nos ilusionamos nuevamente, pero la desilusión fue completa cuando llegamos. Había un claro en el monte de "tundra", pero no tenía más de 60 pies de largo y la tierra era muy suelta y húmeda. Definitivamente, el avión no podrá aterrizar allí. El cielo estaba muy nublado y el Marahuaca sólo se veía a trazos, desafiante y majestuoso, con sus vertientes verticales y sus peñones macizos. No sabíamos que hacer. Todos estábamos disgustados y pesimistas y Barnés, que es un poco precipitado en sus actos, dijo que viraríamos para atrás para Culebra y desde allí, si nos daba tiempo, buscaríamos otra ruta más accesible. El día empezó a despejar y con los últimos retazos de nube se fue descubriendo el monte que todavía se ha mantenido inaccesible a todo intento humano de explorarlo. Como un enorme castillo feudal, mostraba a cada lado una torre de piedra sólida pero a mano derecha se veía una zona que parecía ser más accesible que las otras, aunque un precipicio enorme la separaba del suelo. Mañana veremos a ver que perspectivas hay para el ascenso.

Hemos decidido acampar aquí para esperar a Gandía y los demás. Mientras tanto, exploraremos a ver si hay un camino accesible hasta el monte y abriremos pica hasta el lugar donde crece el bambú de la cerbatana.

Julián me trajo hoy una "culebra que se come a otras culebras". Le tomé algunos retratos, y también al Marahuaca y al Huachamacari. Me imagino que la culebra de Julián es la llamada "macheta" debido a que tiene dos filos a cada lado del vientre. Los indios dicen que se llama cuchillo.

Me acosté a dormir temprano después de haber escrito el diario. Como a la hora de haberme acostado sentí que Turín (Barnés) me llamaba desde su hamaca. Le contesté y me dijo que era que creía que yo estaba roncando y que por eso me llamaba, pero que tal vez era Maldonado. Como media hora después, cuando todavía no me había dormido, me llamó otra vez y me dijo que le acompañara, que tenía que decirme algo. Nos separamos un poco del campamento y allí, con voz entrecortada no se si por la emoción, por el dolor intenso que sentía o por ver sus esperanzas frustradas, me dijo que hacía días que venía sintiendo un dolor raro en el lugar de la apéndice y que no nos había querido decir nada por no preocuparnos. Cuando venía para Tapara había tenido una vomitera que atribuyó a un maíz de lata que había comido, pero que luego había vomitado otras veces y lo había mantenido en secreto. El dolor no había cesado de molestarle, pero ahora se había intensificado hasta hacerse intolerable. Me quería consultar sobre cómo eran los dolores de apendicitis y si creía prudente que retornáramos a casa de Julián. Lo que me dijo me dejó casi sin habla. Conozco a Barnés muy bien. Es un hombre valiente y arrojado que no le teme a nada y que cuando se doblega es porque ya no le quedan alternativas. Por la tarde habíamos comentado sobre las posibilidades de subir al monte buscando las rutas que parecían más accesibles, y él se mostró muy entusiasmado, aunque en una ocasión habló de retornar a casa de Julián a buscar el resto de la expedición. Le sugerí que llamáramos a Ito (Maldonado) para conocer su opinión ya que me parecía haberle visto una herida de apendectomía en el vientre. Maldonado dijo que había sufrido un ataque pero que se operó en seguida y que no conocía mucho de los síntomas. Entre los tres decidimos que Barnés debería retornar mañana a casa de Julián y quizás podríamos contactar un médico para consultarle. Pero no pudimos esperar hasta mañana. Al ratito tuvimos que levantarnos porque Barnés ya no aguantaba más el dolor y salimos en plena noche para casa de Julián. Yo siempre había usado unas botas cortas para protegerme de la mordida de culebras pero en esta ocasión me puse unos tenis porque sabía que ésta iba a ser una carrera desenfrenada y había que ir lo mas liviano posible. Salimos a las 9:45 Saavedra, Barnés, varios indios y yo y le dejamos cuatro indios a Maldonado con instrucciones de que abriera la pica hasta la cerbatana y hasta el lugar que pareciera más accesible en el monte. Los indios que nos llevamos serían devueltos al otro día cargados. Nos llevamos un farol para alumbrarnos, el chinchorro, la frisa, una muda de ropa y dos lonas. La caminata fue tremenda

y extenuante. Ibamos como alma que lleva el diablo y con lluvia durante casi todo el trayecto. Tropezábamos, resbalábamos, nos caíamos, nos "desbarrancábamos", pero seguíamos sin descanso. Cada vez que a Turín le apretaba el dolor apretábamos más el paso. En una ocasión se recostó de un árbol y se retorció como si ya no pudiera aguantar más. Temí que no pudiéramos seguir adelante; una explosión de la apéndice en aquel momento hubiera sido mortal, y pensando en esto, seguimos adelante.

1 de mayo (lunes)

Durante todo el trayecto la luz se nos quería apagar pero resistió hasta que empezó a aclarar, aunque teníamos que bombearla a cada rato. Al llegar a uno de los últimos caños, Barnés se cambió las botas que tenía llenas de agua. Llegamos a las 7:15 a.m., maltrechos, heridos, machacados, después de una odisea de siete horas. Ya desde el caño Wadaki, que pasa por el lado de la casa de Julián, pudimos percatarnos de que Gandía no había arribado y que no podíamos contar ni con el radio ni con el equipo médico. Barnés quería, de todas maneras, que yo lo operara siguiendo las instrucciones de algún cirujano de Caracas o de donde lo consiguiéramos. Él decía que si no se operaba iba a morir si le explotaba la apéndice y si lo hacía por lo menos había una posibilidad de que se salvara. No había problemas con el equipo médico. Teníamos un baúl con todo tipo de instrumentos provisto por el "Army" y que incluía una pequeña caseta que podía esterilizarse. También había anestesias y monitores de presión. Como yo era el que más conocimientos tenía sobre anatomía, Barnés insistía en que fuera yo el que operara. Pero la responsabilidad era muy grande y a mi no me hacía gracia el asunto aunque él me decía que me exoneraría, por escrito, de toda culpa. ¿Y si fallaba la comunicación a mitad del camino? ¿Y si el paciente entraba en shock? ¿Y si se formaban coágulos? El me decía que no tenía miedo y yo sé que no lo tenía, pero yo sí. ¿Como me enfrentaría a su familia si le pasaba algo?

Con deseos de seguir hasta Tapara para encontrarnos con Gandía y el equipo, pero totalmente rendidos por el cansancio y el sueño nos dejamos caer al suelo y al momento quedamos como piedra. Yo me sentía febril y con ganas de vomitar y dolor de cabeza, pero al despertar varias horas después, ya estaba bastante restablecido y Turín se sentía mejor del dolor, así es que

decidimos esperar hasta mañana para ver que sucedía.

Por la noche, cuando ya estábamos acostados empezaron a llegar los indios con Gandía y la carga. Al poco rato llegó Ilde, quien nos informó que detrás venían los venezolanos de Fomento y el antropólogo Nesbitts. Monsieur Lichy había venido cazando mariposas y se había retrasado mucho, teniendo que detenerse para continuar durante la noche. A mi parecer, todos son un poco flojos para caminar por el monte. Saavedra e Ilde fueron a buscarlos con un farol y regresaron a las tres de la mañana con ellos. Turín se levantó para recibirlos pero aparentemente tenían mucho coraje por algo y casi no le contestaban sus preguntas. A pesar de que les habíamos dejado comida en Caño Negro, parece que no se dieron cuenta al principio, y creyeron que los habíamos abandonado. Nesbitts dijo que mañana hablaríamos. Ante tal actitud, yo ni siquiera abrí los ojos pero no sin pensar en la injusticia que se cometía contra este hombre que se estaba muriendo (o por lo menos así creíamos) y que a pesar de eso, se levantaba atento y jubiloso para recibir a sus huéspedes.

2 de mayo (martes)

Hoy nos hemos limitado a comer y a dormir. Ante la explicación de Barnés, los de Venezuela y Nesbitts (Figs. 48, 49) han cambiado de actitud y hemos tenido conversaciones muy agradables con ellos:

René Lichy (francés). Lepidopterólogo por afición y según se dice tiene una de las más importantes colecciones de mariposas en el mundo. Parque Sanabria #5 (Puente Guanábano), Caracas.

Marc de Civrieux (francés). Geólogo especialista en foraminíferos. Ave. Sn. Martin 352, Villa Emma, Frente a Maternidad, Caracas.

Alirio Bellizia (venezolano). Geólogo del Ministerio de Fomento, Tejada Rosario #92, Caracas.

Por la noche le puse una inyección de penicilina a Barnés. El sigue mejorando y un médico de Caracas le dijo que el dolor podría deberse a agotamiento físico y que debería esperar antes de tomar cualquier otra acción. ¡Un gran alivio!

Antes de acostarme me quedé hablando con De Civrieux y Nesbitts sobre temas etnológicos... No he colectado nada.

Fig. 48 Gandía (con mono) Lichy y Nesbitts con varios indios Maquiritare. (Foto Nesbitts)

Fig. 49 Rivero, Boris, Ilde, Sieblesz y Bellizia dándose un baño en el río

3 de mayo (miércoles)

Hoy hemos tenido un día muy soleado. Es una lástima que no haya traído la cámara. Los venezolanos se han pasado el día pasando película. Estuve colectando un rato y en un momento cogí un escinco, un lagartijo de los que había cogido en Tapara y una siguana de color castaño con listas en el rabo. El escinco es el tercero que veo y tuve que tirarle tres tiros de mostacillas para cogerlo. Como en la otra ocasión, se estaba soleando sobre un tronco y al dispararle desapareció, para aparecer nuevamente en el mismo sitio.

Ayer Saavedra se había ido con los indios a Tapara a buscar equipo y hoy regresaron, aunque Cedeño, uno con gran musculatura femoral, regresó ayer mismo. Uno de ellos me trajo una culebra de color verdoso, vientre amarillo verdoso y manchas negras. Ayer Lino (otro indio) me trajo otra macheta.

Por la noche Barnés llamó a los visitantes y les leyó la cartilla ya que continuaban rumorando sobre la comida y otros aspectos de organización. Después hablamos con Sieblesz y luego con Pizá, quien no nos dió mucho trabajo conseguir. Hacía varios días que no nos

comunicábamos y este contacto nos causó mucha alegría.

Gandía, quien llegó como a las dos con un monito y el resto de los caleteros, está muy flaco y decaído. A él es al que más le han pegado las inclemencias del viaje y piensa devolverse el día 15 junto con los venezolanos, quienes sólo estarán hasta entonces (menos Bellizia) y vendrá un avión a buscarlos a Culebra.

Por la noche cogí un sapito "policía" con la misma línea clara entre los ojos, vientre blanco y parte interior de los muslos rojizo.

4 de mayo (jueves)

Nos levantamos temprano, pero Turín se puso a hablar por radio con Pizá y su esposa y no pudimos salir hasta las ocho. Él se queda para "echar por delante" todo el equipo y para ver si no le sigue el dolor en el vientre. Hicimos un viaje bastante lento en Caño Chana ya que Lichy es cojo y no puede andar ligero. Nesbitts, a pesar de ser hombre joven y fuerte, se cansa también rápidamente y se le ve agotado y sin ánimos. En Caño Chana conseguí una salamanquita y un lagartijo diferente. Llegamos a las 2:30 p.m. y por la noche, después de comernos un mono, nos pusimos a consultar a los indios sobre varias cosas, especialmente a Cecilio, un indio simpático y tratable a quien habíamos visto antes acompañando a los indios guaharibos y al "musiú", en el Orinoco. Seguí aumentando mi vocabulario maquiritare.

5 de mayo (viernes)

Salimos de Caño Chana un poco tarde ya que Lichy siempre se tarda guardando sus trastos y velando porque los indios le lleven todo en orden. Los indios también se retardaron porque por la noche habían matado una lapa y una baba y se habían quedado cocinándolos. Toda la noche se la pasó lloviendo y aunque a las ocho, cuando salimos, sólo caían unas lloviznas, la tierra estaba muy húmeda, lo que hacía un poco difícil el paso. A mitad de camino nos cogió un tremendo aguacero y en la confusión perdimos la pica. Perdidos bajo la lluvia torrencial, decidimos esperar a los indios para que nos guiaran. Afortunadamente, yo no me desesperé

mucho y a pesar de que me sentía muy frío y muy mojado, me dediqué a la labor de buscar la pica. Por fin la encontré y pudimos seguir entonces hasta el campamento, aunque siempre bajo lluvia intensa. En el campamento prendimos una fogata para secar la ropa y para calentarnos y levantamos otra troja para el nuevo grupo. La lluvia cesó luego y los muchachos nuevos pudieron tomar varias fotografías del Marahuaca. Por la noche me senté hasta las 9:00 p.m. con Cecilio y Teodoro (otro indio) para corroborar la historia de Wanadi y Cawishowa y otra información relacionada con el envenenamiento causado por la mordida de culebra que ya me habían anticipado en Caño Chana.

A continuación la primera: El abuelo de Wanadi, un dios muy bueno y brujo, le pidió una vez que le sacara unas niguas que tenía en el pie y le advirtió que si lo hacía bien le conseguiría una bella mujer. Cuando terminó, el abuelo le dijo que fuera a pescar al río (Cunucunuma) en donde hay una piedra que los indios siempre pasan sin mirarla. Wanadi tiró el anzuelo y pescó un pez bello como un espejo. Desgraciadamente, el pez, que tenía manos, se soltaba del anzuelo cada vez que lo intentaba sacar. Un pajarito que había en la orilla sugirió a Wanadi que usara un anillo de cuentas como carnada, y cuando el pez, que no era otro que Cawishowa, metiera el dedo en el anillo, tirara rápidamente. Así lo hizo Wanadi pero el pez tiró con más fuerza y Wanadi cayó al río yendo a salir a Casurúa (Cunucunuma abajo). Lleno de ira cogió al pez y lo mató a garrotazos, pero luego se arrepintió de su arrebato. Un pájaro le dió un remedio para arreglarla y Wanadi la compuso con barro blanco y luego se casó con ella, haciendo grandes fiestas y ofreciéndosela sexualmente a todos los invitados. A la lapa, el washi y el marimonda, que fueron los primeros en tener unión carnal con ella, los caribes que tenía ocultos en la vulva le comieron el pene. Dándose cuenta de ésto, Wanadi echó barbasco en la vulva y pudo tener contacto carnal feliz con la Cawishowa. Sólo quedó vivo en la vulva un pez alargado llamado surucucú, que es lo que hace que la mujer sangre periódicamente. Wanadi salió a cazar paujíes una vez con su mujer y mató varios. Le pidió a la mujer que fuera a buscar la cacería "tumbada" pero ella salió y desapareció. Uno de los paujíes había cargado con ella para hacerla su esposa y la había llevado al Cerro Paují, en donde tenía su casa. Al verse Wanadi sin su esposa comenzó a lamentarse y por fin decidió hacer una de cera y sapitos mineros (unos sapitos amarillo-anaranjado con bandas y vientre negro), pero no le resultó porque se reía mucho (según explicó el indio la alegría se

asocia con la putería). Después cogió de mujer al pájaro carpintero pero tampoco resultó y mientras se lamentaba de ésto, otro pájaro le aconsejó vestirse con piel de perezoso, ponerse los dientes de oro de este animal e irse disfrazado a una fiesta que había en el Cerro Paují. Así lo hizo Wanadi y de esa manera pudo escaparse con Cawishowa, pero cuando estaba en el acto de huir, el loro empezó a gritarle. Wanadi le tiró en la boca un pedazo de peramán y de ahí que el loro tenga la lengua negra y dura. Wanadi dejó la mujer en un árbol y la mandó a buscar con la lagartija (casuoraja); por sus servicios le concedió la corbata negra que tiene en el cuello. Ahora viven los dos, Wanadi y Cawishowa, en el cielo, pero originalmente vivían en el Cerro Huachamacari.

Cuando a uno lo muerde una culebra dice "Yicah equellu" y una persona viene y le da, sin ofrecérsela, yucuta. Esto debe hacerlo de la manera más rápida posible porque de no hacerlo pronto, en el sueño (estopor o inconsistencia causados por la mordedura), el Sarvamo de Culebra (mujer que sólo se ve en sueños) le ofrece a uno yucuta y si esto ocurre primero, el individuo muere.

La mordedura de culebra es fatal si uno ve una mujer en regla o encinta.

Cuando uno sueña con culebra, una culebra lo está esperando debajo del chinchorro y lo pica cuando se levanta a orinar.

6 de mayo (sábado)

Temprano en la mañana los muchachos de Fomento le tomaron varias fotos al Marahuaca ya que amaneció descubierto y con buena luz. Después mandamos a la mayor parte de los indios donde Barnés y yo me fuí a abrir pica hacia el monte con el indio cabecereño (que ahora se llama Barnés) y con Cecilio. Tuvimos que pasar un caño bellísimo con aguas color topacio y luego otro sinnúmero de cañitos con aguas del mismo color. La pica que abrió Maldonado sigue por un par de horas por vegetación tipo tundra y desde ella se ve bastante bien el monte, aunque no lo suficientemente bien para que se noten los puntos o rutas accesibles, así es que me adentré más para verlo mejor. La vegetación se hace más alta y abundan los gruesos colchones de hojarasca y los pisos falsos y peligrosos. Me llamó mucho la atención una palma de hojas enormes pero

enteras, que forman láminas acanaladas, sólidas y de un color verde plateado (Fig. 50). De vez en cuando se levantan del suelo enormes peñascos de arenisca y alrededor de ellos hay grietas y huecos tapados traicioneramente por la hojarasca y que forman peligrosas trampas para el caminante muy apresurado. Como a los 3,700 pies cogí la primera culebra del día. Los indios la llaman widi (coral), pero no creo que lo sea, y dicen que pica con el rabo. Éste es extremadamente corto y el animal lo mueve de manera muy peculiar que hace creer a uno que se trata de la cabeza. La cogí de la manera que lo hacen los indios, hendiendo un palo en la punta y metiendo la cabeza en la hendedura. El animal se mordió viciosamente a sí misma y también al palo antes de que quedara prisionera con la hendedura apretándola por el cuello.

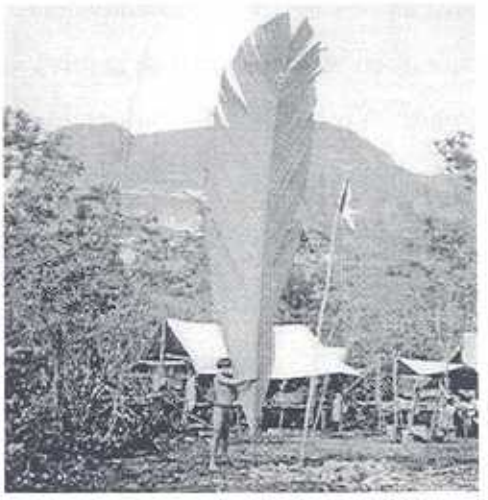


Fig. 50 Hoja de palma de temiche. El Marahuaca en el fondo. (Foto Nesbitts)

Maldonado y De Civrieux se nos unieron en este punto y yo decidí dejar la culebra colgada de un árbol y cogerla a la vuelta. A pesar de que nuestra intención era la de ver el monte de lejos para determinar su accesibilidad, nos encontramos de pronto con el murallón del macizo, que se levantaba verticalmente dejando ver en la piedra las arrugas marcadas por los siglos. El encuentro fue realmente impresionante y la inaccesibilidad del punto nos dejó medio aturdidos. Por allí era imposible ascender al monte. Decidimos caminar hacia la derecha y encontramos que después de un trecho el murallón desaparecía y la selva se infiltraba entre los peñones, pero el ascenso fue inútil porque al llegar a una parte más alta, el murallón reaparece tan vertical como antes, aunque ahora se notan en la piedra unos "ripple marks", que parecen ondinas petrificadas. Eran las tres de la tarde y decidimos retornar para llegar de día. Estaba lloviendo copiosamente y pasamos el lugar donde habíamos dejado la culebra sin acordarnos de ella. Yo creo que ya habíamos caminado como un hectómetro desde el lugar donde la dejamos pero yo no podía dejar un ejemplar tan valioso y decidí volver a buscarla. De Civrieux no quiso dejarme ir sólo y se fue conmigo. Los demás siguieron hacia el campamento. También se fue un indio con nosotros pero pronto el indio siguió

al frente y se nos desapareció. La lluvia nos azotaba fuertemente pero encontramos la culebra y yo me la eché al hombro colgada del palo, como los niños que se van de sus casas con una mochilita colgada de un palo. Al llegar a un punto en donde dos picas se interceptaban cogimos la que no era, y aunque nos dimos cuenta de que no hacíamos mas que subir, estábamos tan seguros de que llevábamos la ruta correcta que seguimos adelante. Por fin De Civrieux sacó una brújula y nos percatamos de que ibamos en franco sur, cuando deberíamos ir hacia el norte. De Civrieux es de temperamento nervioso y se afectó mucho cuando entendimos que estábamos perdidos en la inmensidad de la selva venezolana. Yo no soy tan afectable y me mantuve bastante sereno. Yo había leído que si uno sigue a los caños, eventualmente tiene que llegar a un río mayor, pero esta travesía puede tomar meses y aunque él tenía un revolver y yo una pistola, no teníamos mas de dos o tres tiros en cada arma. Esa travesía tenía que ser sin comida, sin ropa, sin hamacas y sin protección contra las inclemencias del tiempo. Esa perspectiva no parecía ser muy halagadora.

Sugerí que viráramos rápidamente hacia atrás antes de que nos cogiera la noche. La lluvia seguía azotándonos sin piedad, y los caños e hilos de agua tenían ahora un enorme caudal, muy difícil de pasar. En una ocasión perdimos la pica ya que seguía un cañito que ahora era un monstruoso torrente. Por fin, y luego de momentos desesperantes, especialmente para De Civrieux, dimos otra vez con la pica y continuamos bajando hasta llegar a la intersección en donde nos habíamos perdido antes. La falsa pica se acababa muy pronto, así es que seguimos la otra, pero ésta se dirigía al sur así es que viramos para la intersección después de haber caminado un buen rato. Tomamos la pica que nos pareció la correcta, que era la que habíamos tomado primero, ya que no había ninguna otra posibilidad. Después de caminar un rato nos convencimos de que íbamos bien, pero ya la noche se nos venía encima y ya empezaba a fallar nuestra vista. Afortunadamente las hojas viradas y cortadas (por los que hicieron la pica) de una planta parecida al rábano ornamental, que es blancuzca por debajo, y los tallos cortados que podíamos palpar, nos permitieron caminar por un trecho más. Súbitamente la noche cayó sobre nosotros y ya no nos veíamos uno al otro y ni siquiera las manos propias; sólo algún hongo luminoso, los destellos de algún cocuyo persistente y los ojos luminosos de algún animal nocturno. No podíamos sentarnos. En el suelo había tres o cuatro pulgadas de agua. Cesó de llover pero los árboles continuaban

gotereando y cada gotera que nos caía encima nos hacia estremecer de pies a cabeza. Los dientes nos rechinaban y los pies sumergidos estaban casi adormecidos por el frío. Cuando nos movíamos la ropa se nos pegaba y nos causaba una sensación muy desagradable. Por fin decidimos movernos a ver si encontrábamos un lugar no "sumergido", pero lo hicimos con extrema cautela porque el único sentido utilizable era el del tacto, y sabe Dios donde poníamos las manos. No teníamos suero antiofídico y nuestras armas, sin poder saber donde estaba el blanco, eran totalmente inútiles. Yo palpé un tronco caído y me senté en él pero De Civrieux no se atrevió a hacerlo hasta mucho más tarde, cuando el cansancio y el agotamiento lo obligaron y no le quedó más remedio. No nos hablábamos, sólo rumiábamos sobre nuestro "porvenir". Yo no había soltado la culebra y la mantenía siempre al hombro. En un momento me viré de lado y la culebra rozó levemente a De Civrieux, lo que hizo que diera un grito espantoso, como si lo estuvieran ahorcando. Como la culebra es fría yo creo que él pensó que un tigre (jaguar) lo estaba olfateando, pero al percatarse de lo que había pasado se excusó y dijo que no era nada. El silencio inter-individual se rompió luego, y me dí cuenta de que él estaba sumamente afectado. Se veía perdido irremediablemente y renegaba de haberse metido en esto. Yo trataba de consolarlo pero su inquietud y su desesperación me afectaban a mí negativamente.

Por fin me senté otra vez y ya resignado, recosté la cabeza sobre mis rodillas y dormité algo, a pesar de que el frío y la humedad me tenían los muslos en contínua actividad involuntaria. Estábamos esperanzados en que nos salieran a buscar, pero al mismo tiempo pensábamos que pudiéramos estar fuera de pica y que no nos pudieran encontrar jamás. Ya yo estaba decidido a tirarme en la hojarasca enchumbada, sin importarme nada, cuando oímos un tiro en la lejanía. Le contesté con dos tiros de mi pistola y luego sonó otro disparo más lejos que el primero. Esto nos hizo entrar en una total desesperación. Al parecer, no nos habían oído. Pasar la noche completa en ese lugar enchumbado, con las ropas ensopadas, sin linternas ni fósforos ni nada con que protegernos y con la amenaza de otro posible aguacero hubiera sido muy peligroso, si no fatal. Añádasele a mi causa un compañero histérico y el cuadro toma más realidad.

Pasaron como dos horas más y al fin oímos un tiro de escopeta y luego otros más cercanos. Al rato vimos una luz y a Ilde que venía con varios indios, un termo de café y cigarrillos. El frío nos tenía casi inmóviles pero el café hirviendo nos hizo mucho bien. Yo, que jamás había tomado

café, lo tomo desde entonces.

De los tiros de mi pistola sólo se había oído uno, pero al salir en nuestra búsqueda y llegar a Caño Caju encontraron que ahora era un estruendoso torrente y tuvieron que volverse para buscar café, balas y equipo para tumbar un árbol enorme que les sirviera de puente. Últimamente se habían guiado por nuestros gritos. Cuando llegamos al campamento nos cambiamos de ropa y nos calentamos al fuego, rodeados de otros que querían oír los pormenores de nuestra historia. Acá todos estaban haciendo mil conjeturas y Maldonado había acompañado a Ilde hasta Caño Caju, pero no se había atrevido a pasar por el puente de árbol. Eran como las tres de la mañana.

7 de mayo (domingo)

El resto de la noche (madrugada) se la pasó lloviendo. Si esa lluvia nos hubiera cogido perdidos la hubiéramos pasado bien mal. En la caseta de nosotros entró bastante agua y en seguida me levanté y me puse a abrir una zanjita para sacarla. De Civrieux se ha pasado el día sentado dentro de su "sleeping bag" y curándose las piernas, que tiene llenas de llagas y raspaduras. Yo, que andaba en tenis y no en botas como él, recibí muchos menos golpes. Quizás se arrepintió de haberme acompañado, pero sin su compañía mi perdida hubiera sido dos veces peor y tengo mucho que agradecerle por su desprendimiento y amabilidad.

Después del almuerzo escribí algo en el diario y luego me recosté un rato. Al rato llegó Turín de casa de Julián. Había hecho el viaje en un día y cargaba varias flores de una orquídea blanca del género *Sobralia*. Él dice que es una especie nueva ya que no se conocen flores blancas de ese género, pero la planta es sumamente abundante y hay zonas en donde el suelo está casi cubierto de estas plantas. Las teníamos hasta que desyerbar para hacer el campamento. Me trajo tres anfibios. Aparentemente tuvo un disgusto con Gandía y éste se devolvió con Sixto para Culebra. Me dice Turín que habló con mi mujer y mi hijo mayor y que cuando llegue el radio tendremos oportunidad de hablar otra vez.

Por la tarde tomé varias fotos de la *Sobralia* (Fig. 51) y de otras flores y luego me dejé pintar la cara por el cabecereño ("Barnés"), me puse un guayuco y me hice tomar varias fotos (Fig. 52). Turín me trajo un "sleeping bag" así es que esta noche dormiré por primera vez

protegido del frío.

Fig. 51 Sobralias blancas

Fig. 52 Rivero con la cara pintada por un indio

8 de mayo (lunes)

El día se ha mantenido soleado aunque una vez que otra se nubló y cayeron algunas lloviznas. Salí a colectar sin resultados positivos así es que tomé algunas fotos de los sapitos que me trajo Barnés. En la tarde colectamos algunas plantas y las pusimos a secar, pero de vez en cuando teníamos que recogerlas apresuradamente debido a la lluvia. Por la noche tratamos de hacer contacto con Pepín Medina, pero sin resultados. Al atardecer llegó el indio Velázquez de casa de Martín y dijo que había visto picas de Guajaribos (ellos doblan y quiebran los ganchitos, dejándolos pegados al tallo principal, y se guían por esa señal). Velázquez también había hecho contacto con guaharibos, los que se habían portado muy bravos al principio, pero luego de preguntarles si ellos habían sido los que mataron a sus papás y haberlo negado ellos (Velázquez y sus acompañantes) empezaron a tratar y cambiaron tres machetes por un rollo de cordón de chinchorro. La pica estaba abierta hasta el lugar en donde crece el bambú de la cerbatana así que decidimos salir mañana temprano a pesar de la información sobre los guaharibos.

Lichy y De Civrieux se fueron hoy para Culebra en compañía de Julián y otros dos indios. Piensan regresar para Caracas el día 15 si es que el avión tiene la oportunidad de aterrizar en Culebra.

9 de mayo (martes)

Salimos a las 8 de la mañana del Campamento base en la pata del Marahuaca siguiendo la ruta trazada ayer por Pedro, el viejito Martín y los dos fornidos cuñados del primero. Ilde salió para casa de Julián hoy mismo con la idea de echar por delante muchas de las cosas que se quedaron allá, especialmente leche y sal. También va a ver que le pasa a Sixto, ya que, como creo haber dicho ayer, dicen los indios que encontró tres botellas de brandy que trajeron los de Fomento y que inadvertidamente dejamos en casa de Julián, y se las tomó las tres en fiesta báquica con los indios. Sixto es un alcohólico empedernido y después de haber estado tanto tiempo por acá sin probar gota de alcohol, me imagino que vería esas botellas como ve el agua el caminante sediento del desierto. El camino que nosotros seguimos fue bastante bueno hasta el punto donde se bifurca para casa de Martín. De aquí en adelante, no sólo la lluvia, sino un continuo pasar de caños que nos llegaban a las nalgas (Caño Ecuaca) nos mantuvieron mojados por todo el trayecto. A los indios se les perdió la pica momentáneamente, hasta que por fin, después de un eterno subir y bajar de montes llegamos a la pica que había seguido el Dr. Basset Maguire para llegar a la cerbatana. La idea de nosotros era llegar a una cerbatana que crece más cerca que la de Maguire, según nos había propuesto Velázquez, pero al notar Saveedra que ibamos por el camino que había seguido éste, inquirimos a Velázquez sobre el particular. La pica seguía la de Maguire por un trecho, pero luego había que hacer pica nueva para llegar al sitio al que nosotros queríamos ir.

Al pasar otra porción del Caño Chana y subir una cuesta muy pronunciada, Nesbitts dijo que creía que no podía seguir y que creía que se iba a quedar a dormir allí. Ya Bellizia se había dado un golpe en la rodilla y estaba bastante retrasado, pero afortunadamente llegamos a un trecho llano y luego a una ranchería vieja, usada anteriormente por unos cabecereños que habían ido a buscar cerbatana, y allí acampamos. Sólo comimos una sopa deshidratada y chocolate con tres galletas. Habíamos traído tres potes de avena, seis potes pequeños de leche condensada, tres kilos de arroz, dos kilos de frijoles, cuatro potes de raciones, ocho paquetitos de galletas, doce sopas secas, dos kilos de azúcar y no trajimos ni sal ni café.

Por la noche, a pesar de que había un sinnúmero de anfibios pitando, la lluvia seguía intensa y no puede salir a coleccionar. Estuvimos un rato calentando la ropa al fuego pero era tal

el frío, que decidimos abandonar la labor y nos acostamos a dormir.

Los indios estuvieron un buen rato luego conversando alrededor del fuego y comiendo las larvas de una avispa que sacaban directamente de los panales que cargaban.

Coleccioné varios sapos de los espinosos y uno parecido a un *Leptodactylus* pequeño. Ví y no pude coger una culebrita parecida a la cuaima. Maldonado pisó una culebrita de siete pulgadas con cabeza triangular.

10 de mayo (miércoles, 4,050 pies)

El día amaneció muy soleado, así que aprovechamos y secamos la ropa a la candela lo mejor posible bien tempranito, para ver si podíamos llegar a la cerbatana al mediodía. Bellizia ha decidido quedarse en este lugar y Nesbitts dice que no cree poder dar un paso más, así que se quedará acompañándolo; descansarán un día y retornarán a la pata del cerro al otro día. Barnés les dió instrucciones para que de no estar nosotros allá el día 15, llamen a Sieblez por radio y le digan que nosotros estamos en la cerbatana y que no hemos tenido ningún percance. Como hemos pensado ir también a la cerbatana de Maguire, donde hay una grabación de Schomburgk en la piedra, también les dijimos que de no llegar en cuatro días nos deben mandar cuatro cajas de raciones. Le dejamos a Nesbitts y a Bellizia un pote de avena, dos de leche, un poco de azúcar, cinco sobres de sopa, tres potes de ración, un pote de mantequilla y un kilo de arroz, así que nos quedamos nosotros bastante limitados en lo que abastimentos se refiere. Nesbitts nos dió la bandera del "Explorers Club" para que la plantemos en el lugar donde crece la cerbatana.

Salimos a las 8:30 a.m. y estuvimos ascendiendo continuamente por una y media hora. En el vértice de la loma vimos, a través de un claro, las montañas de la frontera de Brasil y un lugar donde dice Velázquez que hay una ranchería guahariba. La ranchería no se ve pero tomé una foto del lugar donde él dice que está. Pasamos las cabeceras del Podamo (Caño Puruname) y acampamos a las 10:30 a.m. en un antiguo ranchito quemado, como los que abundan en todas las picas indias y que usan para dormir durante sus cacerías. Los indios nos hicieron en seguida un rancho más grande que cubrieron con los encerados pequeños (ya que le dejamos el grande a Nesbitts) y con hojas de una hermosa palma que crece en ese lugar. Velázquez se fue con un

indio grande y fuerte al que llamamos Jaime Benítez y con otros dos, Antonio y Rivero, a abrir las picas, Barnés se acostó y yo me fui a coleccionar con Maldonado. Coleccioné en seguida tres sapitos que tienen la mitad de abajo blanca (barriga verdosa y patas anteriores rojizas en su porción posterior), un sapito con cuernos en los ojos y otro verde claro con ojos amarillos o dorados, en la hoja de una de las palmas que traían para techar y que conservo vivo a ver si le puedo tomar un retrato mañana.

A las 4:30 p.m. empezó a llover y tuvimos que recluirnos todos en los cuarteles. Nos pusimos a comentar sobre la flojedad de Nesbitts y Bellizia y sobre las posibilidades de subir al cerro por este lugar. A las 5:30 llegó Velázquez sin haber podido llegar a la cerbatana. El aguacero los cogió por el camino y no pudieron adelantar la pica, que sólo el indio Antonio conoce.

Ahora estamos llenos de pesimismo, porque si no llegamos mañana a la cerbatana, tendremos que virar para atrás ya que la comida empieza a escasear notablemente. Velázquez nos dijo que eran sólo dos días y ya mañana tendremos tres. Aparentemente los indios tienen ciertas supersticiones relacionadas con la cerbatana y eso es lo que nos ha retrasado.

11 de mayo (jueves)

Salimos cerca de las 7 de la mañana en busca de la planta de la cerbatana. Toda la noche se la pasó lloviendo intensamente y hoy amaneció bastante claro aunque en seguida empezó a gotear otra vez. Estuvimos un gran rato caminando por terreno llano y pantanoso cubierto de la misma planta que me guió en mi perdida por el lado sureste del Marahuaca y donde abunda la palma Temiche a la que ya me he referido. Tuvimos que cruzar el Caño Marahuaca varias veces y luego lo seguimos hacia arriba hasta que se hizo un pequeño arroyo que se sumergía de trecho en trecho por entre los enormes peñascos que le cortaban el paso. El indio Antonio, que es en realidad el único que ha visto este grupo de cerbatana que está más cerca, siguió otra ruta a la izquierda del caño porque según él es en ese lado que se encuentra el grupo que él encontró hace años cuando iba en busca de báquiros. Nosotros seguimos la otra ruta, por creer Velázquez que era en ella que se encontraba. El trayecto es muy empinado y difícil por los numerosos huecos

y trampas de hojarasca que hay en él. A las 10:30 a.m. llegamos a un sitio desde donde el caño se desprende desde una altura de unos docientos pies y allí nuestras escondidas esperanzas de subir el cerro mientras buscamos la cerbatana, quedaron momentáneamente frustradas. Estábamos a 6.200 pies de altura y el frío era considerable, teniendo nosotros que estar ejercitándonos continuamente para no perder el calor del cuerpo. Velázquez y Saveedra se aventuraron a subir por el acantilado para arriba sujetándose de las bromelias y helechos que crecían en sus vertientes. Poco a poco fueron ascendiendo la piedra vertical, hasta que les oímos gritar "¡Eh, estamos arriba!". Más tarde oímos a Saveedra dando exclamaciones sobre la belleza de la vista que se ofrecía desde arriba, luego un tiro de revolver, quizás para advertir que seguía adelante y eso fue todo. Por un momento pensamos seguirles, pero ante las posibilidades de que encontraran otro acantilado más arriba, decidimos esperar. A las 12 m., desilusionados por no haber encontrado la cerbatana, ni creer posible la ascensión del monte por ese lugar decidimos dejar un papel a Saveedra y virar para el campamento antes de que nos cayera un amenazante aguacero encima. Nos encontramos ante un terrible dilema. Aparentemente los indios nos han engañado.

12 de mayo (viernes)

Muy temprano por la mañana (5:30 a.m.) salimos al lugar único en donde crece el bambú que los indios usan en la "construcción" de la cerbatana, el *Arundinaria schomburgkia*. El indio Antonio, que es quien acompañó al botánico Basset Maguire al lugar, no sabe español, así que tuvimos que valernos de Velázquez como intérprete y le preguntamos a qué distancia quedaba el lugar del campamento. Velázquez nos contestó que más o menos a la distancia desde donde él y Saavedra se habían separado de nosotros ayer, es decir, en la pata del frontón sureste del Marahuaca. No conformes con su respuesta y queriéndonos hacer entender mejor, le preguntamos otra vez de diferente manera y nos contestó que cerca, o sea una distancia equivalente a la que hay desde el campamento Temiche en el Caño Marahuaca hasta el punto, en la vertiente del cerro, en donde él nos había esperado en la jornada de ayer. Como esto equivalía a una distancia mucho más corta que la anterior nos sentimos más conformes y nos dispusimos a salir y en seguida nos desviamos del camino que seguimos ayer aunque siempre tuvimos que pasar un trecho de terrenos

pantanosos y llanos donde había numerosos arroyos que se ocupaban de inundar los terrenos circunvecinos. Otra vez empezamos a subir y de nuevo el camino se hizo accidentado y difícil. Las vertientes se inclinaban más y más a medida que subíamos pero el interés de ver la famosa planta nos alentaba a seguir adelante, a pesar del cansancio, la fatiga y los golpes que continuamente recibíamos en las piernas y los brazos. Cuando creíamos que estábamos cerca le preguntábamos a Antonio, "¿amonche da?" y nos contestaba "Amoooonche", como si quisiera onomatopéyicamente, alargar la distancia con una prolongación exagerada de la sílaba. Por fin, a las 10:00 a.m., cinco horas después de haber salido, y a una elevación de 5600 pies apareció la primera planta, sin que Antonio nos indicara de manera alguna que ya se avecinaba. La planta estaba "prendida" de un enorme peñón y le servía de sostén y de alimento una gruesa capa de hojarasca y materia orgánica. Las cañas salían de la base y se inclinaban ligeramente hacia los lados como el agua de un surtidor, aunque no tan simétricamente. Los primeros entrenudos, de cinco a seis pies de largo, son seguidos por otros más cortos, y de entre los nudos salen, verticalmente, unas hojas delgadas y largas, como son típicas de los bambúes. No conformes con ver una sola mata seguimos subiendo hasta ver otras y luego una serie de plantas que bordeaban un pequeño hilo de agua que se desprendía desde lo alto de un peñón colosal. Allí vimos plantas cuyos primeros entrenudos tenían de 18 a 20 pies de largo y cuyas cañas completas llegaban a 40 pies. Para los indios no hay nada imposible y ante una orden de Barnés, uno de ellos se trepó como un mono por el barranco y cortó algunos bambúes, tumbando de su pedestal a la diosa egregía de esbeltas cañas, al tesoro legendario y oculto de los indios maquiritare. Tomamos fotografías de las cañas de las plantas y de un indio con una bandera del Explorers Club (Figs. 53a, 53b) y del "cabezón" del Marahuaca, que por un momento se descubrió, como para ver qué estaba pasando. El día se había mantenido nublado pero se despejó un rato y tuvimos una gran oportunidad para tomar retratos. La tapa de mi cámara se había hinchado con la humedad y tuve una gran dificultad para quitarla y entrar otro rollo. Cuando lo

Fig. 53a Indio mostrando la bandera del "Explorers Club" en el lugar donde crece la planta de la cerbatana

hice, ya la luz se había ido. Cargamos a los indios con un sinnúmero de plántulas, cerbatanas largas y pequeñas y especímenes botánicos, y comenzamos el descenso, cansados y golpeados pero contentos por haber satisfecho uno de los principales objetivos del viaje. Eran las 11:30 a.m.

Fig. 53b Maldonado (izquierda) y Barnés en el lugar en que crece el bambú de la cerbatana, con bambues en la mano y la bandera del Explorers Club

Habíamos dado órdenes a Velázquez para que se fuera con otros tres indios hasta el campamento anterior al de Temiche (donde crece la palma temiche, de enormes hojas, Fig. 50), ya que estábamos seguros de que podríamos llegar hasta él sin tener que pernoctar en Temiche. Les habíamos dejado nuestros chinchorros, cobijas (frisas) y alimentos para que los fueran calentando, y nos fuimos confiados en que esto se haría sin problemas. El día se mantuvo soleado hasta que llegamos a Temiche así es que seguimos a ver si podíamos llegar al próximo campamento secos, y llegamos. Todos estábamos deseosos de que llegara ese momento no sólo por descansar los pies, ya que estábamos rendidos, sino por comer un buen plato de "palo a pique" (arroz con frijoles) cuyos ingredientes venían atrás con los indios. Velázquez los había dejado, aparentemente porque estaba sobrecargado. Pero al llegar, la tarde se tornó gris para nosotros no por la falta de sol sino por el ánimo y la desesperanza. Las carpas no estaban puestas y el campamento estaba desierto. Pensamos que los indios habían salido a cazar ya que oímos un tiro cuando veníamos pero luego nos convencimos de que eso no era posible ya que no estaban los catumares. También pensamos en la posibilidad de que los guaharibos los hubieran corrido o que tal vez se hubieran picureado (de que nos hubieran abandonado) pero luego de repasar toda la evidencia nos convencimos de que ésto también era ilógico. La comida venía atrás y no podíamos contar con ella.

Sólo nos quedaba una alternativa, seguir hasta el campamento base en la falda del Marahuaca. Venir desde allá hasta el punto en que nos encontrábamos nos había tomado ocho horas y veníamos abriendo pica en muchas secciones. Ahora eran las 2:30 p.m.. ¡Sería posible

que pudiéramos hacerlo en cuatro horas! Teníamos un "spot light" que habíamos dejado en Temiche y por lo menos teníamos con que alumbrarnos si nos cogía la noche. La lluvia nos cogió casi en seguida y se unió a todas nuestras penurias cuando menos la necesitábamos. Por el frente nos quedaba una de las cuestas más largas y temibles del trayecto y tenerla que subir empapados y casi sin resistencia nos hacía ver el futuro bien negro. Barnés, que es impaciente y llega a veces a conclusiones prematuras, empezó a maldecir al indio Velázquez y a toda su parentela y concluyó que definitivamente se habían picureado, lo que, si era cierto, ennegrecía todavía más nuestro futuro. Sin indios jamás lograríamos salir de allí. Yo, que soy más pausado, pensé que el entendimiento limitado del castellano era el que había hecho que Velázquez siguiera otra ruta. Pero los dos estábamos equivocados. Bastante arriba en la terrible cuesta apareció Velázquez con sus indios y nos dijo que los animales del bosque habían tenido una fiesta, que él había visto el lugar en donde ésto había ocurrido y que nunca se debía pernoctar cerca del lugar en donde ellos celebran sus fiestas, so pena de ser una víctima en la orgía. ¿Quién podía con esto? Pensé que Barnés, que pronto pierde la cabeza, lo echaría todo a perder, pero afortunadamente, la lluvia, que caía a torrentes, parece que lo enfrió bastante y sólo le dirigió algunas frases hirientes de las cuales él seguramente no entendió ni la mitad. De primera intención decidimos pernoctar allí mismo ya que éramos de opinión unánime de que no podíamos dar un paso más; pero dos de los indios ya se habían ido adelante y tuvimos que hacer un último esfuerzo. Al decirle Barnés a Maldonado que hiciera un último esfuerzo, éste contestó, "el último esfuerzo lo hice ya hace rato", pero esperanzados en que encontraríamos a los indios arranchados en la terminación de la cuesta, seguimos ascendiendo, aunque con cada paso incrustábamos en la hojarasca los últimos vestigios de energía que nos quedaban. Velázquez se fue adelante y Barnés y yo no les fuimos detrás, tratando de evitar cualquier otro mal entendido, pero llegó el momento en que Barnés, que todavía no estaba del todo bien de su dolor, ya no pudo más, y me dijo "síguelo tu, que se picurea". Seguir a aquel indio por el bosque en las condiciones en que yo me encontraba era tarea de grandes proporciones. Llegó un momento en que no podía respirar, se me taparon los oídos, y me dieron ganas de vomitar pero no pude hacerlo porque hacía días que no tenía nada en el estómago. Cuando estaba totalmente desfallecido y creía que iba a caer inconsciente, Velázquez me gritó de arriba que pronto empezaríamos a bajar e hice un último esfuerzo por llegar hasta él.

Al rato llegamos a un pequeño ranchito (cuatro palos con hojas de cobija) que los indios habían levantado al lado del Caño Curami. Dormimos allí, es decir, lo intentamos, porque el ranchito se colaba como si no tuviera techo, y todo, incluyendo la frisa, el chinchorro y los sacos, se ensoparon. Al llegar, en seguida mandamos a buscar a los otros indios, que ya venían de camino huyéndole también a la fiesta de los animales, pero se habían comido todo el arroz con frijoles y sólo quedaban dos sobres de sopa seca y dos potes de melocotones. Como no teníamos otra comida, nos comimos la sopa, bien diluída para que diera para todos, y dejamos los melocotnes para mañana. No teníamos otra comida y el consumo de energía era feroz.

13 de mayo (sábado)

Nos levantamos alrededor de las 5:00 a.m. bajo un continuo gotereo de los árboles y un tentador croar de ranas en el caño cercano. Intentamos secar la ropa al fuego pero estaba tan ensopada que decidimos ponérnosla como estaba y salimos pronto rumbo al campamento. El camino lo encontramos más largo que nunca. No nos llovió por el camino, pero los 27 caños que tuvimos que cruzar con el agua hasta la cintura nos mantuvo mojados todo el tiempo. Llegamos al campamento a la 1:15 p.m. y en seguida nos pusimos a buscar qué comer. Nos tomamos sendas tazas de café negro y prendimos una fogata para secar todas las cosas. Como a las 6:30 p.m. ya Maldonado y Barnés se habían acostado pero como yo sé que cuando uno está muy cansado no puede dormir, me quedé preservando mis ejemplares y escribiendo el diario hasta las 11 de la noche. Ilde me había cogido una culebra lora que recibí con gran júbilo. Como a las 10:00 p.m. Barnés y Maldonado se levantaron porque no podían dormir y entre los tres nos tomamos una sopa de carne.

14 de mayo (domingo)

Anoche hablamos por radio para dar la noticia del encuentro con el bambú de la cerbatana e hicimos cita para las 8:00 a.m. de hoy. Pizá iba a tratar de conseguir a nuestras esposas pero todo ha sido muy apresurado, y con el problema del Día de las Madres, ellas no han podido ir a

Ponce. Pizá sugirió que tratáramos mañana pero mañana tendremos que estar todo el día en comunicación con el avión que vendría a abastecernos de alimentos, etc., y no podrá ser. Se tratará el martes. El día amaneció soleado y bellísimo como nunca, así es que aproveché para tomar fotografías del Marahuaca, del campamento y de la bandera del Explorers Club (Figs. 54-58). También fuimos al caño a lavar y aprovechamos para secar lo que teníamos mojado o húmedo, que era casi todo. Por la tarde me puse a escribir el diario y Turín mandó a varios indios a cazarle pájaros para la colección. Como a las cuatro, cuando ya iba a empezar la lluvia, llegaron los indios con 18 ó 20 pájaros de todos los colores, bellísimos y espectaculares y también con una especie de telaraña llena de unos gusanos de color claro con rayas y puntos castaños, que piensan freír para la comida de esta noche. Tome varios retratos de los pájaros (Fig. 57) y de los gusanos en su tela (Fig. 58).

Por noche hablamos por un instante con Sieblesz, quien dice que el avión no ha sido confirmado y que no hay seguridad de que pueda venir mañana.

15 de mayo (lunes)

Amaneció bastante nublado pero casi en seguida empezó a despejarse un poco y el Marahuaca se mantuvo descubierto la mayor parte del tiempo. Hubiera sido un día bueno para el abastecimiento aéreo pero Sieblesz nos aseguró en una segunda comunicación a las 9:00 a.m. que el avión no podría venir y que el abastecimiento se haría, de ser posible, mañana. Lo lamentamos porque quizás mañana no amanezca como hoy y también porque teníamos cita con nuestras esposas y la suspendimos para poder mantener comunicación con el avión. Ahora no tenemos ni la soga ni la cabra, pero Pizá nos hizo cita para mañana y aunque tengamos que hablar con el avión separaremos un rato para hablar con ellas.

El día se despejó bastante por la tarde e Ilde regresó de Casa de Julián con los indios caleteando raciones K. Me trajo un lagartijo y un sapito con el vientre amarillo.

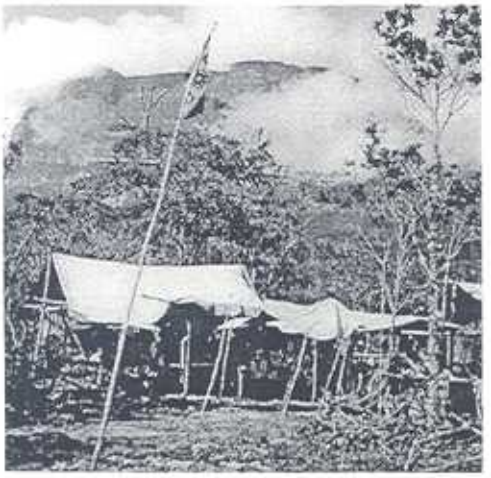


Fig. 54 Cerro Marahuaca desde el campamento en la base del cerro (Foto Nesbitts)

Fig. 56 Rivero, Barnés, Nesbitts, Maldonado y Saavedra hablando por radio desde el Campamento Marahuaca

Fig. 55 Rivero y Maldonado con la bandera del Explorers Club. Marahuaca en el fondo

Fig. 57 Captura de pájaros de un día. Los gallitos de la serranía (o de la roca) son los ejemplares marcados con una flecha

Fig. 58 Indiecito Maldonadito con telaraña de gusanos

16 de mayo (martes)

La naturaleza ha sido muy benévola. Anoche no llovió nada y el día amaneció muy soleado, como no lo habíamos visto desde hace tiempo excepto anteayer. Temprano nos comunicamos con Sieblesz quien nos informó que el avión ya estaba confirmado y que saldría de un momento a otro para acá. El piloto sería el Capt. Cobas y el copiloto el teniente Arangue (?). Nos sugirió tratar de mantener comunicación con el avión pero también nos dijo que tendríamos tiempo demás para hablar con nuestros familiares ya que el avión tomaría como tres horas en llegar hasta Culebra y no sería hasta entonces que podría hacer contacto con nosotros a través del aparato portátil que tenía. Casi en seguida nos comunicamos con Pizá y yo me llevé una grata sorpresa cuando me dijeron que mi padre y mi hermano Freddy estaban allí. También estaba la mamá de Maldonado pues las esposas venían por otra vía en el carro de Bob Reuter y llegaron más tarde. Después de hablar un buen rato con todos, nos despedimos a ver si podíamos sintonizar el avión, pero no fue posible. Tampoco pudimos dar con la estación portátil de Sieblesz y ante esta dificultad nos pusimos a preparar una plataforma alta, que fuera visible al avión (Fig. 59) y a preparar montones de hojorasca para prender fogatas cuando se avecinara. También preparamos las cámaras, pero la espera fue larga y no fue hasta las 4:00 p.m. que divisamos el avión, cuando ya la bóveda celeste empezaba a ponerse gris y el Marahuaca se cubría de negrísimos nubarrones. Estábamos muy alegres, no sólo por la comunicación radial de la mañana sino porque esto era algo así como la llegada de los reyes. El avión no podía aterrizar pero nos dejaría caer los paquetes en paracaídas. En seguida que divisamos el avión disparamos dos cohetes y rápido nos localizaron, aunque la agitación de los indios dificultaba todos los preparativos. Los paracaídas fueron soltados bastante lejos y varios de ellos no se abrieron pero los indios prontamente recuperaron cinco y los otros se dejaron para

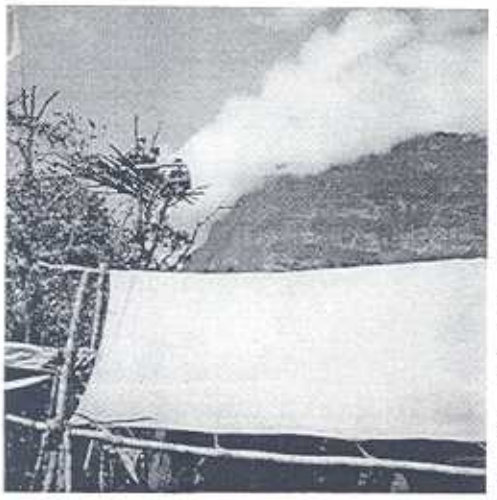


Fig. 59 Plataforma en la base del Marahuaca para hacernos visibles al avión

mañana ya que era algo tarde. El avión dió varias vueltas sobre el ennubarrado Marahuaca, manteniéndonos a todos en suspenso y luego se retiró, posiblemente a Culebra. La noche la pasamos absortos leyendo toda la correspondencia recibida. Me trajeron una mapanare (*Bothrops*) que había intentado morder a un indio dos veces.

Hoy uno de los indios cabecereños me enseñó un antídoto contra el veneno de culebra. Es un alga que crece, según ellos, en las piedras sumergidas de las cabeceras del Cunucunuma en época de verano. Le llaman mañado y el poquito seco que me trajo es de color verde claro y tiene fibras gruesas y cortas. Le encargué que me consiguiera más pero no se si será posible ya que estamos en invierno (época de lluvia) y sólo se consigue en verano.

17 de mayo (miércoles)

Tratamos de conseguir a Sieblesz sin resultado. Parece que su aparato portátil no tiene suficiente fuerza para llegar hasta nosotros. Yo me quedé luego en el receptor y pude comunicarme con Pepín Medina, quien en seguida llamó a mi mujer para que pudiera hablar conmigo, pero no pudimos hablar por el "fading" y suspendimos la comunicación hasta las 8:00 p.m. Durante el resto del día no hicimos gran cosa, excepto Barnés, que se pasó disecando los pájaros que le traían los indios. Entre ellos hay uno de cabeza colorada y como unas orejitas largas de igual color que según Barnés se llama "red crested manaquin" y es el tercer ejemplar que se colecciona en el mundo (Fig. 57). Más o menos a las 6:00 p.m. conectamos son Sieblesz quien nos informó sobre las operaciones del avión que hizo los suministros. Según ellos, la parte del Marahuaca que parece más accesible es al suroeste, pero que para llegar a ella hay que pasar un sinnúmero de acantilados de río que dificultan grandemente ese acceso.

Hoy se encontró el octavo paracaídas, que contenía cigarrillos, etc.; el noveno, con dulces y medicinas no ha podido encontrarse.

Ilde me trajo unos sapitos que cogió debajo de unas piedras en un montecito cercano. No pudimos hacer conección con Pepín Medina.

18 de mayo (jueves)

Hoy, como de costumbre, nos levantamos para hablar con Sieblesz ya que ayer no nos pudo informar sobre todos los pormenores del acontecimiento debido a la mucha interferencia que hubo en la última parte de la comunicación. Luego tratamos de hacer contacto con Pepín Medina y con Pizá pero parece que no estaban pendientes de nosotros ya que desde anteayer les dijimos que íbamos a salir temprano para el Marahuaca. Después de desayunarnos, y esta vez no fue con avena como siempre, sino con arroz con leche, Bellizia, Maldonado y yo nos fuimos con dos indios a un montecito que queda como a tres kilómetros de la punta noroeste del Marahuaca. El montecito tiene como 5,000 metros y es muy pendiente. Por el contrario del Marahuaca y otros montes del Escudo de la Guayana, el Turuma Chica (ese es su nombre), es de forma redondeada y está hecho de un agregado granítico que se exterioriza de vez en cuando en la cima y en la punta. Desde una enorme laja dorsal que constituye la cumbre se domina hasta su extremo la cara norte del Marahuaca, además del Huachamacari, el Llaví, la Sierra Parima y otro sinnúmero de sierras y lomas que, por su forma redondeada, parecen ser de naturaleza granítica y no de arenisca. Estimo que habrá cerca de 100 millas hasta la punta más lejana del Marahuaca ya que se nota en la lejanía de un color gris brumoso y la distancia compara favorablemente con la de otras cumbres conocidas que se ven desde lo alto.

Fig. 60 Turuma Chica

Desde la cumbre tomé fotografías de varias partes del Marahuaca, del Huachamacari, las sierras de Brasil, la gran laja granítica, con Maldonado e Ilde arriba de ella (y de mi subiéndola, la que tomó Maldonado, Figs. 60, 61).

Fig. 61 Rivero ascendiendo el Turuma Chica

Colecté en la laja una siguana y cinco sapitos parecidos a los que cogí en casa de Julián (Fig. 46),

pero mucho más grandes. Había un grupo bastante grande (como de 14) debajo de una laja que descansaba sobre el peñón y al levantarla notamos que también había una colonia de abejitas pequeñas pero inofensivas (aunque se enredan en el pelo), y nos dimos un buen atracón de miel.

En el trayecto colecté un sinnúmero de hongos basidiomicetos pero no creo que pueda conservarlos debido a que se rompen con gran facilidad y habría que mantenerlos separados para indicar el color, sitio de colección, etc.

Al regreso Turín nos informó que alguien estaba rompiendo las cajas de raciones y que faltaban raciones y los melocotones de todas ellas. Sospechamos de Saavedra.

Por la noche estuve colectando con Maldonado cerca de la quebrada. Conseguí tres sapitos pequeños y una culebra bejuca que estaba sobre una hoja.

19 de mayo (viernes)

Tempranito en la mañana salí a coleccionar y llegué hasta el borde externo de la región "tundra" en donde estamos establecidos. Estuve un buen rato sentado bajo el bosque semialto observando a ver si alguna culebra o siguana salía a solearse ya que de trecho en trecho se infiltraba un rayo de sol por entre los espacios intercalados del techo del bosque. Un pájaro que voló sobre mi cabeza fue la única señal de vida, así es que me devolví al campamento. Menos mal que al rato de haber llegado capturé una siguana de rayas amarillas y luego Ilde me trajo una culebra tigre de siete pies y una pulgada de largo (Fig. 61). Él había salido a buscar el paracaídas que faltaba luego que se dijo que se darían 40 bolos (bolívares) al que lo encontrara y no sólo trajo el paracaídas que faltaba (con higos, dátiles, chocolates, etc.) sino también la culebra y varios pájaros para Turín.

Fig. 61 Rivero con culebra de 7 pies

Saavedra llegó por la tarde con el informe de que el Marahuaca era tan inaccesible por el lado oeste como por el de la

cerbatana, incluso el lado por donde desciende el Caño Negro. Esto es muy desalentador debido a que, desde el cerrito que subimos ayer nos convencimos de que el este (lado de la cerbatana) no permite el acceso por ningún punto. Después de esta noticia estábamos decididos a volvernos a Culebra el lunes y embestir el monte por el sureste, una operación que nos tomaría un mínimo de 10 días.

Saavedra me trajo tres sapitos con espinas laterales (*Bufo typhonius*) de los que yo ya había cogido varios, y uno pequeño y verdoso que cogió bastante alto en el cerro.

Estamos esperando al Dr. Baumgardner, que se vino por su cuenta desde Puerto Ayacucho. Sieblesz nos dijo que al llegar ellos a Culebra ya él había pasado por allí en compañía del padre Bonvequio (?). Le esperábamos hoy pero parece haberse quedado más tiempo en alguno de los puntos del trayecto.

Antes del anochecer cogí un sapito que suena "trut, trut, trut" y tiene los muslos y la parte posterior del abdomen rojizos y el dorso abigarrado.

Por la noche salí con Maldonado hasta el río y coleccioné cuatro ranitas. Una de ellas estaba en las hojas de las palmitas que crecen en las piedras del raudal, y es de color rojizo por debajo.

20 de mayo (sábado)

Tempranito por la mañana salí con Maldonado a coleccionar en el mismo sitio en donde estuve ayer por la mañana, pero, como ayer, no encontré nada. Al regreso me puse a preparar etiquetas para las aves de Turín y luego salí a cazar por los alrededores del campamento pero aunque había bastante sol, sólo pude obtener un par de siguanas.

A Turín le trajeron un gallito de la roca vivo y lo mantuvimos así, aunque dudamos que viva debido a que tiene una munición debajo del ojo y otra cerca de la rabadilla. Se trata de un macho, de color anaranjado uniforme y con una cresta de plumas que ya apenas levanta. Cuando yo era estudiante una de mis grandes ambiciones era la de ver algún día un gallito de la roca en libertad y observar las famosas danzas que los machos ejecutan en el piso del bosque para atraer a las hembras. La primera observación de esta peculiar conducta la hizo un ornitólogo, creo que

de apellido Allen, y la lectura de su libro me fascinó de tal manera que a veces soñaba con la posibilidad de que algún día yo pudiera observar este acontecimiento.

Saavedra mandó hacer un catumare de paja para el gallito ya que uno que teníamos está ocupado por unos pichones de grulla que trajeron el otro día.

Bellizia e Ilde fueron en excursión geológica al Caño Caju y al regreso me trajeron una ranita parecida a la que cogí anoche aunque de color dorsal más bien atigrado. Me dicen que también vieron varias salamandras así es que por la tarde, en seguida después que almorzamos, me fui para el caño, pero no vi ni salamandras ni sapos. Por la noche iba a volver al caño con Maldonado pero empezó a llover copiosamente y tuvimos que suspender el viaje.

21 de mayo (domingo)

Como el día amaneció muy soleado todo el mundo está retratando. Nueve caleteros salieron con Ilde para casa de Julián y al poco rato uno de los muchachos indios, Danta (tapir), regresó para traernos una culebra bejuca bastante larga que aproveché para tomarle varias fotos. También le tomé una al "cock of the rock", que se murió hoy, y a una hoja de palma temiche de seis metros de largo (Fig. 49) que mandamos a buscar para llevarla, como espécimen botánico, (doblada, por supuesto), a Basset Maguire. Barnés dice que es la hoja más grande que se conoce.

Por la noche fui otra vez con Maldonado al Caño Caju (el caño cercano a la base del Marahuaca; el otro se llama Cievoca), al sitio en donde colecté el sapito rojizo de ayer pero a pesar de que lo revisé de arriba a abajo no pude obtener nada ni en ese caño ni en otro más pequeño que le cae. Al regreso encontramos al Dr. Baumgardner y a otro señor yugoslavo, Boris Rutman, que viene como fotógrafo del gobierno. Informa Baumgardner que también venía con ellos Sixto, un personaje legendario que se alega es un fugitivo de la justicia, pero que se conoce la selva mejor que nadie, y el padre Bonvequio, pero que Ilde los encontró por el camino y les aconsejó virar ya que nosotros volveríamos pronto. Aparentemente Ilde le dijo a Sixto que nosotros conocíamos de sus fechorías porque no se hizo rogar. El Padre, que estaba rendido, se volvió con los caleteros que traía, pero Baumgardner y Boris, que estaban empeñados en ver el Marahuaca, llegaron hasta nosotros. Al enterarnos del asunto, Barnés en seguida escribió a Ilde

diciéndole que las cosas debían seguir como se le había ordenado, es decir, que todos los hombres disponibles debían venir lo más pronto posible para hacer el caleteo a Casa de Julián, y que Sixto también debería venir a cargo de sus hombres. Le estábamos poniendo una carnada a ver si se presenta porque tenemos el temor de que se pueda ir llevándose no solamente los bastimentos, que según se nos ha informado ya tiene escondidos, sino también la falca, los motores y hasta sabe Dios que más. El encuentro con personajes de este tipo no es raro en la selva. Son fugitivos que se establecen con los indios y viven con ellos y como ellos, pero a veces se unen a grupos como el nuestro para ganar algún dinero o para robarles.

Por la noche Barnés decidió que saliéramos mañana temprano con Saavedra a ver si podíamos interceptar a Sixto antes de que hiciera una de las suyas. Según Baumgardner, no sólo se había tomado ya todo el brandy que traían, sino también el alcohol que trajeron los de Fomento y el que yo traje para usarlo en la preservación de ejemplares.

Por la noche salí a colectar hasta una casita techada de temiche que los indios habían construído para que pernoctaran unas mujeres que habían venido de las cabeceras a ver el avión el día 16, y que los indios usarán hoy para dormir ya que Baumgardner trajo un indio piaroa infectado de carate (mal de pinto) y no quieren dormir cerca de él. No colecté nada pero Maldonado y yo tuvimos un buen "tete a tete" con Velázquez y los otros indios. Según ellos el mejor sitio para subir al Marahuaca es por el suroeste, un poco después de donde crece la cerbatana. Dice Velázquez que se sabe de un antiguo camino que usaban antes los cabecereños para atrevesar el monte y llegar hasta el sitio donde vive él. Es lamentable que ya hayamos mandado parte de la caleta para Casa de Julián porque de no ser así, hubiéramos podido hacer un segundo intento.

Al atardecer llegó Velázquez con Maldonadito (un indiecito de 10 ó 12 años a quien le dimos ese nombre). A este último lo habíamos enviado con un recado para Ilde y parece que lo pudo alcanzar en el trayecto y devolverse con Velázquez, quien sólo llegó hasta los conucos de Julián. Es admirable ver como estos indios pueden hacer una ruta que normalmente toma dos días en alrededor de cinco horas. Velázquez trajo un mono capuchino que tiene dos enormes mechones negros en la cabeza, y el piaroa (que se llama Ranchi) lo peló con una maestría difícil de igualar. Dejamos la piel colgada, para mañana tratarla con sal y limpiar el cráneo. La carne la

consumimos en la casa.

22 de mayo (lunes)

Barnés se levantó con la idea de salir bien temprano para Casa de Julián pero al poco tiempo de levantarnos cayó sobre nosotros una densa niebla que luego degeneró en lluvia, lo que nos retardó un poco, pero al fin y al cabo tuvo que salir mojándose ya que no había indicios de que fuera a escampar. Con él se fueron Baumgardner y Boris, además de varios caleteros y Saavedra. Casi toda la mañana la pasé colectando plantas de orquídeas para llevar. Ya tengo 30 plantas, entre ellas una de labio color orquídea. Por la tarde las envolví en hojas para hacer más fácil su transportación.

Maldonado y yo salamos la piel de mono, pero la cabeza, aunque la hervimos en cenizas y le removimos casi toda la carne, todavía tiene adentro el cerebro y los ojos.

Por la tarde el día se mantuvo despejado y con bastante sol. En el Marahuaca se ven muchísimos chorros y también se ve muy clara la "faz"de Wanadi, la que según los indios está grabada entre los dos muros laterales del frontón de piedra. En realidad no se ven facciones de ninguna clase, pero el espacio hundido entre los dos frontones podría dar la idea, especialmente si hay un poco de imaginación, de que hay una cara (Fig. 62). Baumgardner dice que Marahuaca quiere decir mata de yuca y que originalmente eso es lo que era el monte hasta que Wanadi lo cortó, dejando sólo el tronco, que es lo que ahora se revela. Huachamacari quiere decir, por el contrario, "la casa de los dioses" ya que en ese cerro fue en el que habitaban los dioses Wanadi y Caju.

Fig. 62 Marahuaca

En la tarde llegaron los caleteros que se fueron con Ilde. Maldonado tiene una infección en un dedo y se pasó el día con fiebre alta y con un dolor intenso en las glándulas linfáticas axilares. Por la noche le puse una inyección de penicilina, sulfa en el dedo y le dí un cortal con

café para que le bajara la fiebre.

Tememos que también pueda tener paludismo. El Dr. Baumgardner encontró un caso en Casa de Julián y varios otros por el Río Cunucunuma, así es que por si acaso, le dimos también una pastilla de Aralén. Ya hemos tenido dos casos de fiebre entre los indios acá arriba y según Maldonado, el zancudo es más abundante en esta zona.

Por la noche, mientras todos hablábamos cerca de mi chinchorro se acercó un animalito que Maldonado tomó por ratón, pero que luego nos dimos cuenta de que era un rabo pelado, un marsupial pequeño que habita estas regiones. El animalito se subió a un arbusto cercano y allí le disparé con mi pistola ya que cualquier animal de esta región pudiera ser nuevo para la ciencia. Parece que no le hice nada y entonces bajó, nos pasó por el frente con toda calma, se trepó a una de las casetas y se puso a mirarme frente a frente con una cara tan inocente y tan mansa, que no tuve valor para hacer otra cosa que agarrarlo por el rabo, pero tenía la mano mojada y pudo escurrírseme, perdiéndose luego en la obscuridad de una arboleda próxima.

23 de mayo (martes)

Otra vez la naturaleza nos obsequió con un día soleado. Los caleteros se fueron temprano, aprovechando el día, y Maldonado y yo salimos a colectar. Del almuerzo se ocupó Nesbitts quien hizo un buen asopao de arroz blanco con "beef stew", el que adornó con dos pedacitos de jamón de lata y dos galletas. Le quedó muy bueno y creo que es el primer arroz que no se ahuma, desde que estamos aquí.

Después del almuerzo Nesbitts se acostó, y Bellizia, Maldonado y yo nos pusimos a hablar de política internacional, revelando el primero su aversión por los Estados Unidos y por sus habitantes. Después me acosté a dormir y Bellizia y Maldonado se fueron a tirar al blanco con un revolver y un rifle. Por la tarde llegaron los caleteros de ayer y me trajeron una culebrita verde pero con la cabeza destrozada. Aurelio me dice que me cogió un lagarto venenoso y que se lo dió a Barnés para que me lo guardara. Estoy muy deseoso de verlo porque, aparte del Gila Monster de México y los Estados Unidos, no se conoce ningún otro lagarto venenoso. Lo más probable es que éste no lo sea.

Dos de los tres indios que mandamos a buscar cerbatanas llegaron hoy con dos catumares de plántulas y un grupo de carrizos. Hemos decidido que Bellizia y Nesbitts se vayan mañana con todos los caleteros, pero que cuatro de ellos regresen a Caño Chana. Nosotros nos iríamos con cuatro de los indios que regresen de Casa de Julián y los cuatro que vengan de Chana ya que necesitaremos ocho para salir de aquí. A los tres que hay cerca de las cabeceras los mandaremos a buscar para que sean caleteros del mañoco que hay acá y también para que suspendan la producción de casabe ya que ellos se fueron para allá con el fin de "ordenar"una cantidad suficiente para nutrir a los indios durante la subida al Marahuaca por el sur.

24 de mayo (miércoles)

Baumgardner y Boris no trajeron cobijas (frisas) así es que tuvimos que darles las que usábamos para envolver el equipo de radio. Inadvertidamente se las llevaron antes de ayer y ahora nos damos cuenta de que para poder proteger el equipo durante su caleteo, Maldonado y yo vamos a tener que desprendernos de una de las nuestras. Bellizia y Nesbitts se fueron temprano, cerca de las 6:00 a.m., y con ellos todos los caleteros disponibles. Según acordamos ayer, los indios Velázquez, Barnés, Joaquín y Juan Carlos, volvieron alrededor de las 12:00 p.m. después de haber dejado en Caño Chana el equipo que llevaron. Un poco más tarde llegaron los indios Gandía y Danta, y por ellos nos enteramos de que los otros caleteros que habían venido de Casa de Julián (tres) habían virado con la carga que los otros le habían dejado en Caño Chana. Como había ocurrido un sinnúmero de veces, Velázquez interpretó mal nuestras palabras y le dijo a los caleteros que se devolvieran. Esto nos deja con sólo seis caleteros ya que los de las cabeceras no han llegado.

Hubiera sido imposible salir mañana con sólo seis caleteros, pero se nos ocurrió enviar otra caleta a Caño Chana. De esta manera nos reduciamos la carga de mañana y tal vez pudiéramos salir con seis.

Por la tarde dormí un buen rato y parece que me hacía falta porque hacía tiempo que no dormía tan profundamente. Me levanté cuando empezaban a caer unas lloviznas para entrar la piel de mono que estaba al sol afuera, pero ya Maldonado se me había adelantado. Como a las 6:00

p.m. subí a la plataforma que habíamos preparado para que el avión nos viera y tomé unas vistas del Huachamacari a la puesta del sol. Me quedé arriba un buen rato, contemplando absorto la belleza rojo-anémica del pasaje. El Huachamacari parecía arder en la fogata de los suspiros agónicos del sol (Fig. 63), pero arrancaba de las nubes retazos con los que se tapaba parte de su faz. A su lado izquierdo reptaba el Curichaja, largo y pegado al suelo, y al otro lado una pequeña serranía de lomas ígneas. En lontananza se veía el Cerro Yaví, solitario y expuesto sólo a trazos, a discreción de las nubes que pasaran. Me hizo bajar rápidamente el clamor de anfibios cantores. Parece que la ranita que he cogido en otras ocasiones solamente canta a las horas crepusculares, ya que en las oportunidades que he salido a colectar de noche casi nunca lo he oído. Cuando salí a cogerlos ya era casi de noche y la mayoría había dejado de cantar. Sólo pude coger una.

Fig. 63 El Huachamacari

Bastante tarde llegaron los caleteros de Caño Chana y en seguida nos pusimos a preparar las caletas para ver si podemos salir bien temprano mañana.

25 de mayo (jueves)

Nos levantamos como a las 5:30 a.m., pero en lo que preparábamos el desayuno, recogíamos y doblábamos las carpas y el equipo individual y distribuiamos la caleta, nos dieron las 8:30. El camino está muy pantanoso, especialmente en la primera parte, y como había que hacer bastante fuerza para levantar los pies, la travesía nos tomó más tiempo de lo que de otra suerte nos hubiera tomado. Lo encontramos, sin embargo, mucho más corto que antes. Los indios habían abierto una pica nueva por una ladera más llevadera y habían acortado el trecho considerablemente. Encontramos que el equipo que habíamos mandado ayer a Chana estaba depositado en el camino, lo que es indicativo de que los indios no tuvieron tiempo para llegar hasta el caño. Menos mal que un poco más adelante nos encontramos con los indios Francisco

y Rivero, que habían venido para ayudar en la caleta. Si los cabecereños no llegan hoy, dudo que se pueda llevar el equipo completo hasta Casa de Julián.

Llegamos a Casa de Julián como a la una y encontramos que ya Barnés se había ido para Tapara. Como siempre, encontró que le habíamos puesto muy poca caleta a los indios y se fue pensando en que podríamos llegar hasta Tapara de un sólo golpe. Barnés pretende que se le pongan dos baules a cada indio y hay algunos que se cargan así voluntariamente, quizás por echárselas ante los demás. Aunque la caleta va a la espalda, (Fig. 64), ellos se ponen una banda (hollejo) en la frente para sostenerla, y cuando la caleta es muy pesada se les ve el cuello trinco y las piernas firmes, como si casi no pudieran con el peso. La carga de los indios ha sido motivo de leve fricción. Barnés es el líder de la expedición pero yo soy el segundo en mando, y mientras yo esté a cargo, no puedo moralmente echarle una carga doble a los indios.

Fig. 64 Indios Maquiritares caleteando los catumares

Nesbitts y Bellizia puede que se vayan mañana para Tapara. Por la noche pensé salir a colectar pero empezó a llover y así se mantuvo toda la noche.

26 de mayo (viernes)

Como a las 5:30 a.m. me levanté al oir la voz del indio Lino llamando a Ilde. Le pedía que cuál era la caleta que él iba a cargar para irse en seguida, aunque todavía estaba lloviznando. Este muchacho Lino tiene una actitud completamente distinta a la de los demás indios. A pesar de ser muy complaciente, es altanero y no se doblega ante el blanco. Las caletas siempre las hace más rápido que los demás y al terminarlas se independiza hasta la próxima. En esta ocasión salió cerca de las 6:00 a.m. y regresó a las 4:00 p.m. con los caleteros que se habían ido ayer con Barnés.

La mañana y parte de la tarde la pasé contando y arreglando mis ejemplares y, aunque me levanté del depósito de gasolina donde estaba sentado sumamente cansado, me sentí feliz de haber

completado un trabajo atrasado.

A pesar de que estaba lloviznando, por la noche salí con un muchacho indio a colectar cerca del caño y casi en seguida cogí un "palito"que sobresalía en el agua; era un lacértido (que al principio tomé por salamandra) de la misma especie que capturé en Temiche. Al parecer, éste es un reptil acuático, como lo prueba el hecho de que los indios, que lo llaman mascañi, así lo consideran, y también porque todos los ejemplares los he cogido en el agua o muy cerca de ella.

Casi todos los "puentes"de troncos habían sido sumergidos por las aguas crecientes, así es que no tuve otra alternativa que cruzar por el único que quedaba, el que llega a la laja del chorro después que uno pasa por uno de los conucos de la Casa de Julián. En el camino cogí una ranita verdosa que me atrajo por su sonido de "cra cra cra"y luego cogí otra de la misma especie, pero lo que más me llamó la atención fue un anfibio amarillo que abunda en las hojas de una planta que crece en una pequeña quebradita cerca del caño. Creí que se trataba de alguna especie de chicharra parecida a la que oíamos incesantemente en Ayacucho pero en seguida el indiecito me sacó de dudas agarrando una que todavía tenía el saco bucal inflado, lo que le daba al animalito el aspecto de un animal de goma. Después cogí tres más pero uno de ellos se me escapó así es que sólo preservé tres. No he oído esta ranita en ningún otro lugar, por lo que me imagino que tiene un habitat restringido. En la laja cogimos dos mascañi más, uno de ellos macho, que se distingue por tener el vientre azuloso y por tener unas manchas rojas en la cara. A la venida nos cogió un aguacero de padre y muy señor mío, el caño que teníamos que pasar había crecido como dos pies, y el tronco-puente, que sólo tiene como ocho pulgadas, estaba sumamente resbaloso. En dos ocasiones estuve a punto de perder pie.

Llegamos ensopados pero en seguida me cambié de camisa y me puse a poner las etiquetas a los animales coleccionados y a inyectar a los que lo necesitaban.

Hemos decidido mandar dos caletas hasta la mitad del camino mañana, y nosotros irnos con los caleteros en el segundo. Así podría coleccionar anfibios en el trayecto, en un sitio que parece ser muy productivo. Me picó una hormiga 24.

27 de mayo (sábado)

Cerca de las seis salió la primera caleta para el ranchito que está a mitad de camino. El día se mantuvo nublado hasta más o menos el mediodía, frustrándome los planes de colectar reptiles. Sólo pude coger dos siguanas. Como a las 3:00 p.m. salimos nosotros con dos de los caleteros e Ilde. Velázquez se quedó para venirse con los otros tan pronto llegaran. En su primera parte, el camino está totalmente inundado y en ocasiones tuvimos que pasar por sitios donde el agua nos daba más arriba de la cintura. Eso explica por qué algunos caleteros tardaban tanto. Parece que han tenido que dar alguna vuelta muy grande para llegar porque seguramente el agua estaba mucho más alta en la mañanita. Llegamos anocheciendo al ranchito y pernoctamos allí para salir mañana temprano otra vez con dos caletas hasta Tapara. Los indios Joaquín, Barnés y Rivero, que traían nuestra magalla, no aparecieron hasta bastante entrada la noche, así es que tuvimos que mandarles una linterna para que pudieran terminar el camino.

Pensé que el sitio sería ideal para los anfibios pero sufrí un gran desengaño porque sólo oí tres especies que ya había colectado antes, y sólo pude capturar una.

Dormí profundamente, aunque me desperté en una ocasión cuando oí a Maldonado y a Ilde vomitando fuera de la casita. Parece que algo les había hecho daño.

28 de mayo (domingo)

Aunque Velázquez todavía no ha llegado de Casa de Julián, decidimos irnos para acompañar a los caleteros y evitar que ocurrieran malos entendidos, como en otras ocasiones, o que encontraran otra "fiesta de animales". Ilde se quedó para echar por delante a los que vinieran y recibir y cargar a los que le devolviéramos.

Desde la salida me fui adelante, como casi siempre hacía. Venía de prisa porque tenía interés en que Bellizia y Nesbitts mandaran a los indios que tuvieran allí. Pensaba pasar el Caño Negro a nado y seguir adelante, pero tenía que tener mucho cuidado en los acantilados de piedra y con otros lugares precipitados porque tenía conocimiento, por carta de Barnés, que era en esa porción que Baumgarter, al regreso, se había caído y se había roto tres costillas. En el Caño

Negro y la parte del Cunucunuma en donde ambas arterias se embisten, se formaba un rebalse de demasiada extensión para mi limitado poder de natación. El sitio en donde antes habíamos puesto nuestra caseta estaba ahora totalmente sumergido y sólo se veían las puntas de los palos que le habían servido de sostén. No tuve, pues, otra alternativa que esperar a que llegaran los indios para que fueran a buscar la curiara que habíamos dejado al otro lado del río pero, mientras tanto, me dí una buena bañada con agua y jabón, la primera que me daba desde que salí de Tapara hace más de un mes (aunque casi siempre estaba ensopado). Como a la media hora llegó Maldonado y el indio Barnés y luego que este último pasó la curiara, seguimos hasta Tapara sin esperar a que los otros indios llegaran.

El Cunucunuma había cambiado de aspecto en Tapara. La bonita playa que había servido de asiento a nuestro campamento había desaparecido y ahora las hamacas de Nesbitts y Bellizia estaban en un claro que habían hecho en el bosque. Bellizia me dió una carta de Barnés en la que me dice que su sobrinito, que padecía de cancer, murió el jueves y que por cosiguiente va a tener que cambiar de planes, pero no dice nada sobre cuales serán los nuevos. Dice también que el avión volverá el martes y que Baumgardner y Boris se irán en él, dejándole la falca al Padre Bonvequio.

Sixto, que llegó ayer de Culebra, dice que el río está sumamente crecido y peligroso, y que cuando iban estuvieron a punto de perder la falca de Baumgardner en el peligroso Raudal del Dios Wanadi. A la vuelta ayer se les cayó el motor del Padre en el mismo raudal y todavía no lo han recuperado.

Como los caleteros no han querido volver para atrás hoy, los devolveremos mañana temprano para ver si están aquí a las diez y podemos salir para Culebra. El río está bajando rápidamente, y si sigue así el trayecto hasta Culebra será mucho más fácil.

29 de mayo (lunes)

A las 4:30 a.m. ya yo estaba en pie con Sixto para enviar los caleteros al ranchito y traer la caleta que faltaba. Mientras llegaban fuimos acomodando todo el equipo en dos de las curiaras y cerca de las 9:00 a.m. estuvimos listos para salir. Maldonado se quedará con Bellizia para irse

en otra curiara cuando lleguen los caleteros. Las piedras que Bellizia colecciona no han llegado y él no quiere dejarlas atrás. El río ha bajado mucho pero a pesar de eso nos vimos en trance cuando la curiara se viró de lado en uno de los raudales y estuvo a punto de volcarse. Nesbitts, que venía en la otra curiara, fue más precavido y pasó los primeros raudales por tierra. Al llegar al raudal de Dios tuvimos, por supuesto, que caletear el equipo y nos quedamos allí hasta las once, para esperar a los otros. A esa hora salimos todos en la falca de Baumgardner, que nos estaba esperando en la parte de abajo del raudal. Nos tardamos como una hora y media en llegar a Culebra. Ahora ibamos río abajo y el tiempo es mucho menor que cuando se va río arriba. No tuvimos dificultad con los raudales aunque fuimos jamaqueados por el torrente como si la falca fuera una cáscara de nuez. Llegamos a Culebra lloviznando bastante fuerte, pero aún así la sabana nos pareció un oasis. Todos nos recibimos y nos saludamos con gran beneplácito y conocí por primera vez al Padre Bonvequio; un hombre de unos 70 años, de larga barba y de hablar profundo y resonante. Baumgardner, siempre entusiasta, me había coleccionado un reptil y dijo de otros muchos que había visto por el camino.

Por la noche hubo un altercado bastante desagradable y que pudiera tener malas consecuencias si continua desarrollándose como va. Nesbitts, quien desde que llegó no ha hecho otra cosa que dormir y jugar al poker, ha visto lo industrioso que es Baumgardner (quien también es antropólogo, aunque aficionado) y las grandes colecciones de material indígena que ha obtenido, y pretende que él exponga todo el material para él escoger todo lo que le interese. Al tener Baumgardner conocimiento de ésto a través de Barnés, se ofreció gustoso y dijo que todo lo que él había obtenido estaba a la disposición y cedió varios objetos a Nesbitts. Éste no quedó, sin embargo, satisfecho y quiso exigir a Baumgardner que desplegara todo lo coleccionado para él hacer un escogido, a lo que Baumgardner cortesmente se negó. Después de un rato Barnés me dijo que si sabía de los arcos y las flechas guaharibas que habíamos comprado en Tama Tama y de las películas en colores que se habían desaparecido. Baumgdner, quien tiene la costumbre de intervenir en todas las conversaciones, sean o no de sus incumbencia, dijo en seguida que él había visto a Sixto vender unas flechas guaharibas a De Curvieux y Lichy. A esto saltó en seguida Bellizia y dijo que De Curvieux y Lichy eran incapaces de coger nada a nadie y que sí acaso las habían obtenido había sido por venta. Añadió además que él era venenzolano y que los

extranjeros deberían tener más cortesía con los que, por derecho propio, tenían prioridad para conseguir cualquier cosa. Dijo además que él había hecho una colección de útiles indígenas y que al que intentara quitársela le pegaría un tiro. Barnés estaba por otro lado maldiciendo a los que cogieron las flechas y no oyó a Bellizia, lo que fue agraciado. Al rato se levantó Baumgardner emocionado y le dijo a Barnés que él a las buenas entregaba hasta la camisa pero que en la forma en que se lo habían pedido no conseguirían nada. El tiene una colección guahariba y la regalaría con gusto a la Universidad de Puerto Rico si habíamos perdido la nuestra. Barnés, muy irónicamente, le dijo que sólo llevaríamos lo que nosotros coleccionaramos ya que tienen mucho más valor para nosotros. Menos mal que la discusión no pasó de aquí. Lo cierto es que Baumgardner vino por sus propios medios y aunque se incorporó a nosotros, lo que obtuvo fue de su propio pecunio y en consecuencia de su vastísima experiencia en sus relaciones con los indios. Nesbitts era el antropólogo oficial de la expedición, pero eso no le daba derecho sobre lo que obtuviera Baumgardner personalmente.

30 de mayo (martes)

Teníamos la idea de que el avión vendría hoy pero recibimos una comunicación de Sieblesz en el sentido de que si sólo una persona (Baumgadner) iba a volverse, el avión no se justificaba y pospondrían el viaje indefinidamente. A las tres, sin embargo, volvimos a comunicarnos, y entonces se nos dijo que el avión vendría siempre, si no hoy, mañana, ya que tenían otros trabajos que hacer hoy. Pizá nos informó que la esposa de Barnés y la mía vendrían mañana a su estación para comunicarse con nosotros y estamos muy contentos con ese anuncio. Mientras hablamos por radio se presentaron tres indias ofreciéndonos una bebida de bienvenida (yaraque) que hacen con pulpa de yuca y de maíz fermentada. Cada una de ellas le da a uno una dita (de higüera) que hace por lo menos dos vasos de 8 onzas y, como siempre he oído decir que rechazar estas ofertas es muy ofensivo, me tomé mi dita sin chistar, y en seguida me ofrecieron más. Después me enteré que hacen estas bebidas fermentadas masticando la yuca (o el plátano) y escupiéndola en una canoa que les sirve de recipiente...

Lavé toda mi ropa hoy. Por la noche salí a colectar con el indiecito Maldonadito y traje

seis o siete sapitos verdes que capturé en la boca de un caño que desemboca en el Cunucunuma. Regresé en seguida y me acosté.

31 de mayo (miércoles)

Por la mañana hablé con mi esposa y Turín con la suya pero no nos dijimos casi nada ya que pensamos que si nos ibamos a ir tan pronto lo mejor era dejar todos los cuentos para cuando nos viéramos personalmente. Por algún motivo, no registré cuando Turín me dijo que nos volveríamos ya a Puerto Rico. El padecimiento que tuvo en el campamento del Marahuaca le pegó duro, y desde entonces ya no era la misma persona emprendedora, incansable y valiente. Creo que usó lo del sobrinito que murió como excusa para justificar el retorno. Yo me sentía totalmente desilusionado, y de buena gana hubiera seguido hasta encontrar la subida al Marahuaca, pero él era el jefe de la expedición y había que hacer lo que él dijera.

Después del desayuno tuvimos una gran disputa sobre el anti-semitismo, demostrando todos, excepto Maldonado y yo, que lo eran totalmente. Después de la discusión, que se terminó cuando le trajeron unos pájaros a Barnés, él se puso a arreglarlos junto a otros que Ilde y yo habíamos cogido antes. Así pasamos casi toda la tarde aunque estuvimos un rato tratando de lograr que los indios se pusieran el guayuco para retratarlos. No se los quisieron poner, quizás porque no simpatizan con alguno de nosotros, y no me extrañaría que fuera con Boris, que se acuesta con cuanta india tiene a su alcance. Tomé, sin embargo, retratos de un horno de hacer casabe, casabe en proceso de ser preparado, del sebucán, un embudo para exprimir la yuca, tortas de casabe sobre una casa, etc (Figs. 30-35). Mientras arreglaba los ejemplares, el cabecereño Barnés me trajo un lagarto que me aseguró es el lagarto venenoso (acaegridini?), y me dijo (a través de un intérprete) que una mujer, su abuela, había muerto cuando fue mordida por este lagarto. Todos los indios, inclusivo

Fig. 66 Ilde descuartizando un venado

el piaroa de Baumgardner, aseguran que el animal es venenoso. Le he rebuscado los dientes pero no he encontrado nada que indique que es venenoso. He ofrecido dinero al que me traiga uno vivo y si lo hacen, haré pruebas para determinar si es realmente venenoso.

Hoy uno de los indios cazadores trajo un venado, varios paujíes y un coatí vivo que pienso retener para mí. Ilde preparó el venado para la cena (Fig. 66). Por la noche salí a colectar y estuve un buen rato caminando por la selva sin encontrar nada. Por fin retorné, como a las 9:30 p.m., bajo la amenaza de un fuerte aguacero.

2 de junio (jueves)[1*]

Anoche llovió copiosamente casi toda la noche. Deben haber caído como cuatro pulgadas de agua pero por la mañana amaneció bastante despejado. Hablamos temprano con Sieblesz y en seguida empezamos a prepararnos para recibir el avión, que se presentó como a las diez y media. Lo capitaneaba el Capt. Betancourt y venían en él además de Sieblesz y los demás miembros de la tripulación, varios representantes de la prensa venenzolana. Llegaron, naturalmente, tomando retratos del paisaje y del grupo pero sólo estuvieron hasta la una debido a que al tiempo empezó a tornarse feo y querían aprovechar para despegar antes de que se pusiera peor. En el avión se fue el doctor Baumgardner con Ranchi pero Sieblesz se quedó y nos acompañará el resto del viaje a Puerto Ayacucho y a Caracas. El coatí que había conseguido ayer se empeñó Sieblesz en llevárselo, o mejor dicho, en mandárselo a su esposa en el avión, y se lo dieron sin mi conocimiento. Hoy mandé a Francisco en cacería de dos días a ver si me consigue otro.

Sieblesz nos trajo una buena cantidad de chinas y en seguida me despaché 10 ó 12 con la avidez del que tiene una deficiencia de vitamina C - lo que no es de extrañarse por estos lares remotos. También me trajo varias cartas de Eneida (mi esposa) y una de mi amigo Calilo Ríos. Venía también una carta de Bob Reuter y otra de Virgilio Biaggi dirigidas a todo el grupo. En la de Biaggi se nos informa sobre varias intrigas de la Universidad y sobre los comentarios por haber dado nosotros el nombre de Jaime Benítez al campamento en la base del Marahuaca.

[1*] Falta el diario del 1ro de junio. No se sabe si se alteraron las fechas o si se extraviaron las notas.

Por la tarde estuvimos hablando extensamente con Sieblesz y después fuimos Bellizia, él y yo, a darnos un baño al río. A la vuelta encontramos a Sixto muy conversador y es que se había bebido todo el "spiritus vinus" que tenía el Padre Bonvequio en algún sitio.

Por la noche estaba lloviznando a momentos, así es que nos quedamos hablando en mesa redonda. Nos informó Sieblesz que en Maracay se había frustrado un intento revolucionario.

3 de junio (viernes)

Después de hablar por radio y hacer los preparativos pertinentes salimos para el Monte Duida, primero Maldonado, Bellizia, Boris y yo, y un poco más tarde Barnés y los indios. Otra vez nos perdimos momentáneamente y tuvimos que esperar a que llegaran los indios para guiarnos. Hicimos campamento en una quebrada a los 4,700 pies. Es la misma quebrada de aguas topacio que desde abajo se ve desprenderse desde lo alto. Se veía magnífica con sus tonos translucentes y nos tentó de tal manera su belleza que no pudimos menos que hacer campamento a sus orillas, exponiéndonos a que nos inundara con sus aguas si llovía. Y así fue. Casi en seguida que anocheció yo salí a colectar por los alrededores sin conseguir gran cosa y después nos fuimos Maldonado y yo más arriba para hacerle señas a Sieblesz, abajo en Culebra. No bien nos habían contestado las señales comenzó a lloviznar y tuvimos que regresar apresuradamente al campamento. Desde entonces siguió lloviendo continuamente hasta el amanacer y la amenaza de ser arrasados por el torrente nos mantuvo en vela casi toda la noche. Los indios, que habían colgado sus chinchorros a la interperie, tuvieron que guarecerse en el limitado espacio que ocupábamos ya que la concavidad en la piedra de cuya protección dependían no les sirvió de mucho bajo el fuerte aguacero. Sus conversaciones continuas y la fogata y el humo que mantienen durante la noche para calentarse también contribuyeron a mantenernos en vela, y además tosiendo y con los ojos irritados.

4 de junio (sábado)

Ayer me fue bastante bien con la colección. A la subida cogí dos culebras y algunos

anfibios así es que decidí subir otra vez al Pico Culebra del Duida a ver si caía algo. Pero nada. La subida, que es de las más difíciles por los "pisos falsos", fue totalmente en balde. No oí cantar ni un sólo sapo, muy por el contrario de la primera vez que subí. Solo cogí dos pequeñas ranitas que me imagino son inmaduras, y un sinnúmero de especies de orquídeas que se las pienso llevar a José Ramos. Cuando regresé había bastante sol y pude tomar varias fotos de la quebrada. Barnés me informó que Baumgardner nos había cogido al subir uno de los drones de gasolina que habíamos dejado a la orilla del río y que el Padre se lo había venido a decir ayer, cuando era imposible que nos mandaran gasolina por avión. Esto quiere decir que no tendremos suficiente gasolina para regresar y que si el Padre se nos va antes, quién sabe si también nos lleva el resto y nos deja sin la gasolina necesaria para bajar los raudales que nos faltan en el Cunucuma. Sólo pensar en esa posibilidad nos hizo empacar y descender al campamento base lo más pronto que pudimos. Bellizia y Maldonado, que habían salido a coleccionar, se quedaron arriba, y les dejamos dicho con Sixto que sí querían, que se devolvieran mañana. Cuando llegamos, el Padre estaba todavía allí. ¡Que Dios nos perdone! Son tantos los desengaños que hemos sufrido que pensamos que se implantaría la ley de la selva, aun por parte de un legítimo representante de la Iglesia.

Por la noche colecté un sinnúmero de sapitos de los amarillos que antes cogí en Casa de Julián. Cuando estaba en eso noté que el Cunucunma me cortaba el paso. Creo que ha crecido como 25 pies y no está a más de 3 ó 4 metros de la sabana de Culebra.

En la quebrada del Duida pude observar algunos mascañi de los que ya he visto en varios otros sitios. Maldonado dice que también vió un cangrejo allá arriba.

5 de junio (domingo)

Por la mañana no hubo nada particular. Sieblesz habló con su señora pero no pudimos hacer contacto con Pizá. También hablamos con una expedición de geólogos venenzolanos que anda por Urimán en busca de la fuente de unos recién encontrados diamantes.

Durante el resto de la mañana me la pasé arreglando mi equipo ya que pensamos salir mañana para aprovechar el río crecido. Por la tarde fui en la curiara con Sixto para continuar una

colección de maderas que ya había comenzado. Sólo obtuve 8 ó 10 trozos y no valió la pena el esfuerzo porque, aunque bajamos el río con facilidad y rápidamente, la subida fue larga y penosa. Teníamos que movernos bien cercanos de la orilla y empujándonos, agarrándonos de las ramas y a veces metiéndonos entre ellas. En una ocasión la vara con que nos propulsábamos clavándola en el fondo se nos rompió y el río nos arrastró hacia atrás con gran fuerza, pero al fin pudimos asirnos de una rama.

Por la noche salí a colectar con Maldonado y cogí tres de las ranitas que ya antes había cogido en Casa de Julián.

6 de junio (lunes)

Por la noche parece que nadie durmiera en la casa de paja en donde todos menos yo, cuelgan sus chinchorros. Yo fui el que empezó la broma tratando de asustar a Maldonado antes de acostarme, pero como a las 2:00 a.m. se sintieron dos disparos de rifle y las voces de Saavedra y Barnés que gritaban "el tigre, el tigre"(tigre es como le llaman en Venenzuela y otros países de Sur América al jaguar). Parece que era un pretexto para que se comieran un dulce de ciruelas que habían preparado desde anoche y yo, que estoy durmiendo en catre en la caseta de campaña, ni siquiera me molesté en levantarme, desconociendo cuáles eran los motivos reales de la "alarma". Como a las cinco de la mañana oí otro tiroteo, pero lo oí entre sueños y no le hice mucho caso.

A las 6:00 a.m. estábamos en pie a pesar de la mala noche de algunos, y en seguida empezamos a preparar los corotos y a caletearlos hasta el puerto. Anoche no llovió nada y el río había bajado bastante. Quisimos aprovechar antes de que siguiera bajando y expusiera los raudales, pero por más que lo intentamos no pudimos salir antes de las 2:00 p.m., cuando ya había bajado alrededor de cuatro pies. En menos de una hora llegamos al Raudal de Picure sin serios percances, aunque en una ocasión chocamos contra una piedra y estuvimos a punto de desfondarnos. En Picure todos tuvimos que caletear ya que sólo llevábamos cuatro indios adultos y un muchachito. El lado derecho del raudal es más fácil de pasar y el terrible escalón que había ahí se ha convertido en una mera ola de uno o dos pies de alto. Como ahora es bajando y no se puede usar el motor (el bote se maneja con un remo). Saavedra prefirió irse por el otro lado y

cruzó sin gran dificultad aunque en una ocasión casi roza una piedra. Un choque a esa velocidad quiere decir desastre o quizás muerte, así es que tuvo mucha suerte.

Por la noche comimos sopa de grulla con espagueti, pero nos quedamos muertos de hambre y más tarde en la noche nos completamos con raciones K.

Dormimos en la parte abajo de Picure para mañana montar el equipo caleteado, ponerle la "capota" a la falca, y salir lo más temprano posible.

7 de junio (martes)

Anoche no dormí bien, no se si por las pulgas, que son abundantísimas en el ranchito de Picure o por las tazas de café negro que tomé antes de acostarme. A las cuatro de la mañana ya estaba en pie, tratando de colectar lo poco que pudiera obtener en esta playa arenosa. Cerca de las siete ya habíamos montado todo el equipo en la falca y salimos sin desayunarnos para aprovechar las aguas que le quedaban al río. Al llegar a Rana encontramos que Paul estaba todavía allí y también estaban algunos de los indios que nos habían acompañado al Marahuaca. Compré a Aurelio un pichón de piapoco (tucán), que está comiendo muy bien y creo que sobrevivirá el viaje. Como hora y media después llegamos a Jacaré, después de haber pasado sin problemas los ahora casi escondidos raudales de Yipirime, Mapuco, San Ramón, etc. Parece inverosímil que quede tan poco de aquellos temibles escalones que tanto nos hicieron padecer en el viaje de venida. En Jacaré nos detuvimos un rato para terminar de poner el techo a la falca y para comprar las chucherías que les quedaron a los indios de ese lugar. Boris compró uno de los "instrumentos" que usan para hilar algodón. Saavedra compró dos canastas para nosotros y yo conseguí una canasta a cambio de un palo de hilo. Este es el único utensilio indígena que he obtenido para mí y creo que será el último, porque la competencia por estas cosas es tal que los disgustos y los celos casi siempre acompañan o suceden a las compras. Todos los indios, excepto Teodoro, se quedaron en Jacaré así es que aproveché para pagarle a Aurelio el piapoco que le compré en Rana. Le dí una camisa azul gruesa de las que habíamos llevado para los indios y que yo había tenido que usar durante momentos de emergencia. El muchacho quedó más que satisfecho.

Como a las 3:00 p.m. salimos de Jacaré y seguimos sin parar hasta Playa Alta, como a dos horas de la desembocadura del Cunucunuma al Orinoco. Esperábamos encontrar allí alguna gasolina ya que la que nos cogió prestada el Padre iba a devolverla supuestamente a través de un señor Alencar en ese lugar. No había ninguna gasolina pero ya eran las seis de la tarde y como allí había un ranchito de paja, decidimos pernoctar en ese lugar. Turín, Maldonado y yo dormimos en la falca; los demás en la casita, en donde fueron víctimas de toda clase de alimañas.

8 de junio (miércoles)

No bien despertamos, salimos como alma que lleva el diablo Cunucunuma abajo y sin detenernos en la boca seguimos por el Orinoco hasta llegar a San Antonio en donde nos detuvimos un rato para comer algunas frutas y tomar fotografías. Sieblesz y Nesbitts aprovecharon para pescar y cogieron 14 enormes pavones en no más de 5 ó 10 minutos. No tenían mas que tirar el anzuelo y recogerlo inmediatemante. Jamás había visto tal abundancia de peces (o peces hambrientos). Sólo en dos ocasiones no trajeron un pavón pegado al anzuelo.

Demás está decir que después del almuerzo hubo un post-almuerzo de pescado frito, que a todos nos pareció sabrosísimo, por la variación que introducía a la mogolla de arroz crudo o mañoco con raciones a lo que hemos estado sometidos la mayor parte del tiempo.

El trayecto del Cunucunuma bajo y del Orinoco han sido bastante monótonos. Turín tiene la fiebre de la prisa y esto imposibilita la colección, no solamente de los elementos faunísticos sino también de las plantas que de vez en cuando se destacan de la monotonía verde de la cinta de la orilla. En el Cunucunuma sólo había visto garzones, garzas blancas y martín pescadores con pechos color ladrillo. En el Orinoco, que está rebalsado hasta "el tope", había una repetición de lo mismo pero con la diferencia de que aquí el cielo cobra más importancia, como si el río hubiera abierto una brecha en la selva para que el expedicionario se sintiera más libre y con más derecho. No conforme ya en su lecho original, el río se ha adentrado ocho y diez metros en la selva (mucho más en algunos lugares), pero ahora presenta un aspecto más quieto, más conforme, como el conquistador después de la conquista. En algunos lugares la vegetación más baja de la orilla ha tomado un color rojizo, en otros, algún roble perfora el techo de la selva y explota su belleza

rosada, pero, por lo general, el verde es el que impera, y hasta el cielo y el agua se ven a veces descoloridos. Acampamos en una isla cerca de Perro de Agua, pero mucho más bonita. El piso está cubierto de un césped y de trecho en trecho sobresalen unas piedras negruzcas y puntiagudas que parecen lápidas. El aspecto de cementerio se acentuó cuando noté, a mi mano derecha, una cruz con la siguiente inscripción al relieve "1 de enero de 1915". Sabrá Dios si el desdichado fue víctima de un flechazo indio, del hambre o de alguna enfermedad mortal. Nosotros, los que viajamos hoy por el Orinoco no podemos comprender lo que esa travesía significaba hace 20 ó 25 años cuando los medios eran más limitados, los peligros más acentuados, los indios más hostiles y los caimanes floreaban en las orillas sin temor a que un caprichoso les desollara la piel.

La noche la pasamos friendo y comiendo pescado y Boris aprovechó para tomar fotografías del grupo. Después nos acostamos, llenos quizás por primera vez desde hace mucho tiempo. Todos los que hemos estado durante el curso total de la expedición parecemos esqueletos, peludos y barbudos pero alicaídos por no haber podido completar nuestra misión.

9 de junio (jueves)

El cielo estaba muy nublado cuando salimos, temprano en la mañana, de Perro de Agua. Pronto se despejó, sin embargo, y tuvimos un día bastante soleado hasta llegar a San Fernando de Atabapo, la antigua "capital" del Territorio Amazonas, un pueblecito que sólo tiene calles de tierra, y que presumo no tiene más de 100 habitantes. Llegamos a eso de las 3:00 p.m. Al pasar los raudales de Sta. Bárbara, que ya no tienen nada de raudales, entramos a la Hacienda de Alencar a ver que habían hecho con la gasolina del Padre. Él no estaba pero su señora nos informó que tres tambores de gasolina se habían enviado a Playa Alta con cierto individuo (no recuerdo el nombre) y que si no estaban allí, es porque él había cargado con ellos. La ley de la selva nos hacía otra vez una mala jugada, y como no teníamos otra alternativa seguimos con la gasolina que nos quedaba, más dos latones que nos vendió ayer una lancha que pasaba hacia San Carlos del Río Negro.

La casita que originalmente nos había alojado en Atabapo estaba ocupada, pero conseguimos un rancho desocupado en el que la mayoría colgó sus chinchorros. Bellizia,

Maldonado y yo nos quedamos en la falca; yo siempre con mi catre, que no suelto desde que llegamos a nuestra "capital" de Culebra.

Esta noche salí a colectar por los alrededores y traje una buena colección de ranas, la mayor parte colectada en unos pozos u hoyos llenos de agua que hay detrás del pueblo.

10 de junio (viernes)

Desde ayer estoy insistiendo con Ilde para que salga a ver si me consigue un monito pero siempre pone algún pretexto. Anoche le pregunté a los muchachos del pueblo si sabían quien tenía un mono y me dieron el nombre de una señora que tiene un caparro ("wooly monkey") y en seguida fui a la casa con Ilde. La señora tiene el mono en una isla vecina y quedó en vendérmelo en Bs. 30 (como $7.50), precio que consideré barato considerando que a Saavedra le quitaron Bs 60 por una viudita. La señora quedó en mandar a buscar el mono y yo en pagarle cuando lo recibiera, pero por alguna razón el mono no llegó y entonces yo quedé en irlo a buscar en la falca por la noche.

Por la tarde habíamos estado en el pueblito de Anabén en Colombia (el Orinoco es aquí la frontera colombo-venenzolana) y había capturado varios ejemplares interesantes de siguanas y había oído muchos anfibios cantando, así es que Maldonado y yo decidimos volver por la tarde a ver como resultaba la colección. La tarde la pasamos viajando en la falca, Nesbitts y Sieblesz pescando desde la borda. Después nos fuimos a bañar a una laja cercana en donde "el baño es sabroso y los caribes mañosos". El agua era completamente transparente y se veían varias especies de peces de los que corrientemente se venden a los acuaristas, y también varios caribes o piranhas, creo que de las que llaman capaburros, que son más grandes, pero menos peligrosas que las otras. Por algún motivo, una de las piranhas que se paseaban sin problemas frente a nosotros se le ocurrió darme un charrascazo en un costado, pero tengo la impresión de que lo hizo por curiosidad mas bien que por hambre puesto que no continuó el ataque, ni ella ni las otras dos o tres que había en el lugar. Teníamos el agua al nivel del pecho y salvo por ese incidente, el baño fue "sabroso, y los caribes muy mañosos". Sorprendentemente, en Atabapo hay un médico; un italiano flaco, muy mayor y con una temblequera que, según se me dijo, es causada por el

alcohol que consume a diario, y el me curó la herida, que no fue grave aunque requirió varios puntos, todos ejecutados a temblor de mano.

Los individuos que uno encuentra internados por esos sitios recónditos y selváticos pueden ser la mar de interesantes. A veces son personas que están perseguidos política o judicialmente en sus países de origen y se hacen pasar por médicos sin serlo, pero ante la escasez de médicos reales que quieran exilarse en esos lugares, los aceptan sin hacer investigaciones muy rigurosas sobre sus calificaciones.

El caso de Sixto Sequeda es de otro tipo. Sixto era, definitivamente, un prófugo de la justicia venenzolana (o por lo menos así se nos dijo) pero prácticamente se hizo un indio, conocía mejor que nadie sobre el manejo de estas personas y entendía la selva al dedillo, no su extensión, que es imposible, sino los problemas y las dificultades que pueden surgir en ese ambiente remoto y hostil. Era un hombre agradable y servicial y su defecto principal era que si no le ponían coto, se bebía hasta el Orinoco, pero él vivía de la selva, como todos los fugitivos de estas regiones, y una de las maneras de hacerlo era vendiendo objetos indígenas y cosechando y vendiendo lo que la selva le produjera. Cuando tenía la oportunidad de unirse a un grupo expedicionario lo hacía, o por un sueldo, o por la comida y lo que pudiera obtener de la relación...y así vivía.

Por la noche todos quisieron ir a Colombia (excepto Turín, que se quedó en casa desde la mañana) así es que salimos para allá como a las ocho de la noche luego de haber obtenido los permisos necesarios en la Guardia Nacional para evitar cualquier contratiempo. En el cruce del Atabapo y el Guaviare, que son ríos que entran al Orinoco en esta región, tuvimos algunos contratiempos ya que chocamos dos veces con islitas ocultas por la densa obscuridad, y todo el mundo, incluso Maldonado e Ilde, se opuso a que fuéramos a buscar el mono en la boca de los ríos. Quedé convencido de que deberíamos dejar el mono para mañana.

La colección en Colombia no fue tan buena como esperaba pero siempre cogí algunos ejemplares buenos, especialmente una enorme rana del género *Leptoctactylus* parecido al que cogí en Jacaré. Salimos de Anabén a las doce de la media noche, pero sabiendo que ésa sería mi última oportunidad en Atabapo, salí otra vez al mismo lugar en que estuve anoche y cogí varios ejemplares más, entre ellos dos enormes y preciosas ranas del género *Phyllomedusa* que hacen como una trompeta. Me acosté a las 2:00 a.m.

Me olvidé relatar que ayer, cuando estuve en Anabén, un individuo vino a venderme un puñado de "esmeraldas" por $30.00. Había piedras de todos los tamaños y dudo que hubiera habido menos de diez. Colombia es famosa por sus esmeraldas y siempre vagan rumores sobre personas que se las roban en las minas y luego las venden a precios irrisorios. Pero yo no se distinguir entre una esmeralda y un pedazo de cristal verde, y el dinero de que uno dispone en esas regiones no es abundante, así es que decidí no comprarlas. Siempre me ha pesado no haberlo hecho. Quizás se justificaba perder los $30.00.

11 de junio (sábado)

Salimos bastante tarde de San Fernando porque hubo que traer el equipo de los que durmieron fuera y también hubo que esperar a que le cambiaran la batería al camión de la policía, que era el que nos haría el favor de traernos el equipo a la falca. Nos despedimos del doctor italiano y de los evangelistas misioneros que tan bien se portaron con nosotros y quienes fueron los primeros en permitirnos probar una bebida fría (té) a nuestro regreso, y zarpamos a eso de las once de la mañana. En la isla en la boca del río no encontramos a ninguna persona y tampoco al mono, así es que tuvimos que seguir adelante. Menos mal que Saavedra se había comprometido a devolverme el dinero después de cobrárselo a la señora en caso de que sucediera algo así (pero nunca lo hizo).

En el camino nos detuvimos dos veces a pescar, pero sin mucho éxito.

Pernoctamos esa noche en San José donde la señora a cargo de la finquita, que es propiedad de José Inés, el dueño de una tienda en San Fernando, nos obsequió con un sabroso asopao de gallina. La casa y sus alrededores están muy bien barridos y limpios y tienen una hermosa plantación de sarrapia ("tunca beans") que no creo debe tener rival por estos lares.

Dormimos en el ranchito destinado a las vacas, y aunque nos advirtieron que no dejáramos la ropa al alcance de ellas ya que, debido a la deficiencia de sal, nada les apetece más que una camisa sudada, Boris se despreocupó y al otro día amaneció sin pantalones.

En San Fernando habíamos conseguido un barril y varias latas de gasolina, y aunque los expedicionarios frescos (recién llegados) hubieran querido que ascendiéramos el Río Vichada,

territorio de los indios guahibo (no guaharibos), no creo que lo haremos porque los otros estamos totalmente agotados. Creo, sin embargo, que visitaremos una ranchería guahiba que hay en el trayecto. Cuando veníamos de Ayacucho frecuentemente se acercaban guahibos a la falca a ofrecer cosas en venta, a veces hasta mujeres y niñas. Estos indios, que se dice que en una época los colombianos los mataban como reses, están en frecuente contacto con el blanco y los locales alegan que no hay indio peor que el que está "civilizado". Se alega que la gonorrea está muy generalizada entre ellos...

12 de junio (domingo)

En San José me regalaron un acure (aguití) muy manso. En la falca lo alimenté con cereal de las raciones, del que come con avidez, pero lo más que le gusta es el café con leche, el que toma agarrando la taza con sus dos "manitas".

Paramos en el camino un par de veces para que Sieblesz pescara, pero como la pesca es muy escasa en esos lugares, nunca nos detuvimos por mucho tiempo. Cerca del Raudal del Venado paramos en una laja llamada Morganito en donde colecté algunos tuqueques (lagartos) y siguanas, y luego en la Isla Ratón, la más grande de las islas en el cauce del río. En esta isla conseguí por Bs. 20 un par de loros mansos que tenía la maestra de la escuela.

Llegamos a Sanariapo bastante temprano pero como no habíamos solicitado un camión a Ayacucho, decidimos esperar a ver si llegaba alguno, para si no, salir a buscarlo a pie por la noche. Ese tiempo lo aproveché colectando. Al ratito de estar en Sanariapo llegó el Padre Bonvequio. El muchachito que le servía de monaguillo tenía un par de zorros guache y en seguida se los compré por Bs. 20. El Padre había solicitado un camión desde San Fernando y Barnés y yo aprovechamos para irnos con él, yo, por cierto, con mis animales. El resto del día lo pasamos hablando con la gente del hotel y por la noche salí a colectar con la esperanza de ver si podía coger el famoso sapo venenoso que había mordido a Justina Manrique, pero por desgracia me encontré con Sixto Sequeda borracho y me tuvo tres o cuatro horas caminando detrás del animal sin encontrar uno sólo. Me extrañó ver, sin embargo, que Sixto se mueve en Ayacucho sin problemas. Si es realmente un fugitivo, ¿cómo es que puede codearse con las autoridades de

Ayacucho sin ser arrestado?

13 de junio (lunes)

Pensé ir temprano al río a ver si conseguía algunas orquídeas pero estuvo lloviznando casi toda la mañana y no pude salir por un buen rato. La orquídea *Catleya violacea* es bastante abundante en esta área, pero casi siempre está bien alto en árboles de poco follaje, y alcanzarlas es materia de indios... o de monos. Luego fuí con Sixto a buscar dos loros y un perico que me quería regalar y al regresar, ya Maldonado y los demás habían regresado de un viaje de pesca sin haber obtenido nada. Ya Turín y yo nos habíamos recortado y afeitado (a Barnés no le conocí cuando lo ví sin barba) y nos encontraron sumamente raros. Por la tardecita salí con Baumgardner a colectar y nos quedamos hasta bastante tarde y capturamos varios anfibios muy interesantes (más tarde le dí, a una de las ranas de las ranitas coleccionadas, el nombre de *Hyla baumgardneri*). Maldonado y los demás se quedaron afeitándose.

14 de junio (martes)

Por la mañana estuve poniendo etiquetas a los especímenes y por la noche salimos Maldonado, Baumgardner y yo para las cercanías de Sanariapo. Estuvimos en un caño en donde las Cattleyas y la Flor de Nácar eran extremadamente abundantes y coleccionamos docenas de ellas. También estuvimos en un caserío piaroa y por la noche fuimos a colectar en una charca a la orilla del camino que va a Sanariapo. Cogí un sinnúmero de ranitas y también una culebra mapanare, una especie muy venenosa que me tiró a morder, pero sólo me agarró el pantalón, lo que me dió la oportunidad de dispararle. Pensando que estaba muerta la puse en un saquito y me la llevé al hotel. Cuando llegué, metí la mano en el saco sin la menor precaución y cuando la saqué para inyectarla con formol noté con horror que salió caminando como si nada le hubiera pasado. Es un milagro que yo esté relatando este incidente.

15 de junio (miércoles)

En la mañana arreglamos el equipo ya que Turín ha decidido irse mañana para Caracas puesto que el avión de Comunicaciones no puede venir antes del martes. Nosotros (Turín se quedó en la casa de la Forestal, donde está el equipo) andamos en un carro que nos prestó el Gobierno y al regresar se nos olvidó coger a Nesbitts. Cuando llegó al hotel insultó a Maldonado diciéndole negro indecente y Maldonado le tiró dos golpes, que él no contestó. Nesbitts se reveló tal y como era. En seguida yo los separé, evitando peores consecuencias. Por la noche estuve viendo unas diapositivas en casa de Baumgardner.

16 de junio (jueves)

Hoy estuvimos nuevamente en la villa piaroa y llevamos unas cuantas cosas para canjear. Conseguimos varios utensilios indígenas y tengo en trato una cerbatana piaroa. El piaroa usa una palma para preparar las cerbatanas, y no el bambú más refinado de los maquiritares. Los indios me habían coleccionado unos cuantos catumares de orquídeas. Regresamos temprano en la noche pero siempre me dió tiempo para coger algunos anfibios y al llegar fuí a colectar a una laja detrás del hotel y cogí otros ejemplares más.

17 de junio (viernes)

Temprano en la mañana fuimos a la Forestal porque hay una persona que quiere comprar la cocina de nuestro equipo. No encontramos al individuo pero aprovechamos para comprar algunas cajas de cartón que necesitábamos para empacar las orquídeas. Luego fuimos a llevar unos cartuchos a Baumgardner y mientras estábamos allí llegó un señor con el famoso sapo venenoso, uno de los cuales mordió a Justina Manrique. El sapo, que es grisoso con marcas verdosas, es muy cabezón, agresivo y muerde todo lo que se le mueva al frente, pero no es venenoso. Se trata del *Ceratophrys calcarata*, que tiene una boca enorme y se alimenta preferentemente de otros sapos, inclusive los de su propia especie, pero no tiene glándulas de

veneno ni dientes para inyectarlo.

Fui a ver a Justina Manrique y me dijo que a ella la había mordido el sapo en una pierna (me enseñó dos marcas que parecían picadas de mosquito) mientras buscaba una gallina de noche. El tejido alrededor de la herida se le había ennegrecido, le habían dado mareos y había sentido todos los síntomas típicos del envenenamiento por mordida de culebra. Al preguntarle yo si ella sabía que ese sapo era venenoso, me contestó que ella nunca lo había visto antes pero que había oído hablar de un "sapo con cachos" que era venenoso. Para satisfacer la inquietud de Justina le pedí un pollo prestado con la condición de que lo pagaría si le pasaba algo, e hice que el sapo lo mordiera. Nada había ocurrido por la tarde. Por la noche me hice morder del sapo en un dedo, pero los dientes ni siquiera eran de suficiente largo para atravesar mi piel. La mordida es, sin embargo, muy tenaz, y el sapo se quedó un rato colgado de mi dedo.

La señora de San Fernando me mandó aviso de que ya no me vende el mono y que le diga a Saavedra que me devuelva el dinero. Es una lástima porque uno de los zorritos se murió y creo que el otro va en camino.

18 de junio (sábado)

El 17 de junio dejé de escribir diario, quizás porque ya sólo faltaba retornar a la civilización...

Epílogo

La expedición volvió a Puerto Rico a fines de junio. La prensa, tanto de Puerto Rico como de Venezuela, se mantuvo atenta a la expedición (aunque tergiversando a su antojo nombres y acontecimientos y concediendo doctorados a todos los que entonces no lo teníamos).

La mitad de los ejemplares botánicos que trajimos los entregamos al Jardín Botánico de Caracas y la otra mitad, según entiendo, al Dr. Basset Maguire, del Jardín Botánico de Nueva York. Maguire y sus colaboradores han escrito extensas monografías- más de 700 páginas, sobre la flora guayanesa y supongo que nuestras colecciones fueron incluidas en ese esfuerzo. Creo que la hoja de la palma de temiche, (Fig. 50) que tanto trabajo dió envolver y transportar, y algunas plántulas del bambú de la cerbatana, fueron obsequiadas al Jardín Botánico de Nueva York.

La colección de anfibios y reptiles sirvió de base para mi tesis doctoral en la Universidad de Harvard y para un sinnúmero de artículos científicos. Los ejemplares están hoy depositados en el Recinto Universitario de Mayagüez. Los peces se entregaron al Departamento de Peces del Museo de Zoología Comparada de Harvard (y no se supo más del ellos) y los insectos le sirvieron a Maldonado para muchos de sus artículos científicos.

Las semillas de túpiras, piñas, etc. que obtuvo Gandía se llevaron a la Estación Experimental de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras y no he sabido más del paradero de ellas.

Muchos de los objetos indígenas están todavía en mi oficina: cerbatanas, arcos, flechas, hamacas, bambúes de cerbatanas, etc. sin que ninguna institución se haya interesado en ellos.

Cuarenta cotorras que trajimos las mató Cuarentena Federal, a pesar de todos los esfuerzos que hicimos por evitarlo. El picure (agutí) y el piapoco los tuve por mucho tiempo y murieron, presumo que de viejos. La colección de orquídeas, que seguramente incluía especies únicas y raras, las dejé a cargo de un hermano mientras yo estudiaba y cuando regresé me enteré que las había cambiado por un cabro...

Barnés tomó miles de pies de película de 16mm. Mientras las mostraba a un grupo de amigos en un muelle de La Parguera no se dió cuenta de que en lugar de enrollarse en el carretel de abajo, la película iba cayendo al mar. Se perdieron muchos pies antes de que se percataran de

lo que estaba sucediendo. Yo también tomé varios rollos de película Super 8 pero después de proyectarlas a varios grupos y prestarlas a otros, noté que faltaban segmentos y que otras porciones estaban mutiladas. Aparte de eso, ya los proyectores de 16mm y los Super 8 han pasado de moda.

Todos los expedicionarios (excepto De Civrieux, quien padece de Alzheimer) han muerto ya. Barnés y Maldonado fueron los últimos. Durante una de mis visitas a Caracas traté de ver a Baumgardner, el que, según me dijeron, estaba muy enfermo, pero no pude lograrlo. Sin embargo, honré su nombre y su colaboración dando a un anfibio el nombre de *Hyla baumgardnei*. También di el nombre de *Hyla siebleszi* a una especie para honrar la memoria de Dn. Gerardo Sieblesz quien, a través de sus equipos de radio y su desprendida ayuda, nos hizo la vida en la selva mucho más tolerable.

El Territorio Amazonas ya ha ascendido de categoría y es uno de los 22 estados de la República de Venenzuela, con una población de 65,000 habitantes. Puerto Ayacucho, su capital, que dudo que tuviera más de 400 ó 500 habitantes, ya es accesible por tierra y se ha convertido en una gran ciudad.

Quedé prendado de Venenzuela y en el año 1968 fuí invitado por el Dr. Gilberto Rodríguez, del Instituto Venenzolano de Investigaciones Científicas (IVIC), a continuar mis estudios sobre la fauna herpetológica de la región y a formar parte del "staff"de la Institución. Durante mi estada de dos años realicé numerosas expediciones al interior, con la ayuda de dos fieles y competentísimos ayudantes y compañeros: Andres Eloy Esteves y Juan Pulido. Durante una de ellas, entre enero y marzo del 98 visité otra vez la región del Cunucunuma y el Alto Orinoco, ascendiendo el río mucho más allá de lo que lo hicimos en el 1950 y conviviendo con los guaharibos a los que tanto habíamos temido antes. Un relato sobre esa convivencia quizás esté justificado en este Epílogo...

Esta vez aterrizamos en Esmeralda, omitiendo a Puerto Ayacucho, Sanariapo, y San Fernando de Atabapo. Como se recordará, Esmeralda había sido arrasado por los indios en varias ocasiones y en 1950 era un lugar tabú, pero ahora estaba ocupado por una villa maquiritare y por una misión católica a cargo del Padre Sánchez, un sacerdote de tamaño diminuto pero enorme en su devoción y en su espíritu de sacrificio. Sus cuarteles eran un rancho rústico pero tenía una

planta eléctrica y tela metálica hasta el nivel de 6 u 8 pies de alto. Sorprendentemente, los jejenes que hacen la vida insoportable durante las horas más calientes del día (y no a las horas crepusculares como en otros lugares), no vuelan más arriba de esa altura.

Establecimos cuarteles en Esmeralda pero descendimos el río y subimos otra vez el Cunucunuma hasta llegar a Culebra, y lo ascendimos hasta la misión católica de Mavaca, y más allá hasta el caño Iguapo. Íbamos Juan Pulido y yo sólos, sin armas de ninguna clase excepto por un cuchillo de caza, pero contamos con la ayuda local de Juan Eduardo y Mario Nogueras y durante el ascenso al Duida, con la de los brasileños Manuel y Jorge du Santo. Alquilamos a uno de éstos una escopeta para proveernos de alguna cacería.

Para sorpresa nuestra, nos topamos con varias villas piaroas a la orilla del río y pernoctamos en una de ellas en una ocasión. Esa noche los indios tenían un asado de mono marimonda (araña) para la cena. Al mono le habían sacado las entrañas y lo habían crucificado en un palo, con los brazos extendidos, las patas estiradas y la cruz montada sobre una pila de madera encendida. Nunca le remueven el pelo, de eso se encarga el fuego, pero el olor a pelo quemado y la criatura crucificada no estimulaba mucho el apetito. Sin embargo, el mono es una de las fuentes principales de carne y los que visitan estas regiones tienen que acostumbrarse a comerlo.

Durante la estada en Esmeralda ascendí el Duida por el lado sureste hasta una altura de 3000 pies. Antes de llegar a "la pata" del monte había que atravesar una larga extensión de sabana y los jejenes casi acaban con nosotros. El sudor lava los repelentes rápidamente y todas las partes expuestas, especialmente las orejas, se hacen vulnerables y cuando había que desnudarse para bañarse, los jejenes atacaban sin piedad y de arriba a abajo, lo que limitaba las visitas al río a las horas crepusculares, cuando otros peligros eran mayores pero los jejenes dejaban a uno tranquilo. Cuando se mueven los pies en el fondo uno debe ocuparse de arrastralos poco a poco para espantar a las rayas y evitar un pinchazo venenoso y sumamente doloroso, de la espina que tienen en la base del rabo.

Cuando vimos un asomo de selva apresuramos la marcha para llegar hasta ella - en la selva no hay jejenes - y cuando llegamos, una charca de seis o siete pies de hondo y aguas absolutamente cristalinas nos recibió a la entrada. Sudados, agotados por el cansancio y

enrojecidos por las picadas de los jejenes, nos desnudamos en seguida para darnos un buen baño pero cuando ya estabamos a punto de hacerlo notamos en el fondo, extendida cuan larga era, una anaconda de 18 ó 20 pies de largo. Súbitamente se nos quitaron las ganas de bañarnos y nos limitamos a tirarnos agua por encima, aunque la culebra se mantuvo en todo momento inmóvil y daba la impresión de que ni siquiera se había percatado de nosotros.

Ya antes nos habíamos topado con una colmena de pegotes, unas abejas pequeñas que no pican pero se enredan en el pelo, incluso en el del pecho, y son muy difíciles de remover.

El día 14 de febrero, subiendo el Duida, nos cogió un tremendo aguacero, con los rayos y truenos más espantosos que jamás he oído o visto. Los indios se atemorizaron e insistían en devolverse porque los dioses del monte estaban, supuestamente, coléricos, y no querían que lo ascendiéramos. Tuvimos que usar todos los métodos de persuasión posibles, incluso la de ofrecerles más regalos, para lograr que se quedaran, pero de ahí en adelante se mantuvieron siempre inquietos.

A pesar del aguacero todos los caños estaban secos y no teníamos agua. Decidimos continuar caminando hasta encontrarla pero a las nueve de la noche y después de cruzar 11 caños secos nos rendimos, sin agua ni para tomar ni para preparar la comida.

Nos levantamos temprano al día siguiente y encontramos un peñón que tenía algunas concavidades llanas que contenían agua y larvas de mosquito. Tomamos de ésta, no quedaba más remedio, pero Pulido se fue caño arriba y al rato llegó diciendo que había encontrado un gotereo como medio hectómetro más arriba. Preparamos avena, "Cool-aid" y café y comimos unas salchichas. Esa fue toda la comida hasta ese momento.

El lugar donde estábamos no parece haber sido visitado por hombre alguno, ni siquiera por los indios en sus cacerías. Allí colecté varias especies nuevas para la ciencia, incluso una pequeña ranita de ojos rojos, y tuve la oportunidad de ver creciendo naturalmente, a orillas de las quebradas, al anturio blanco (*Spathiphyllum*), de alto valor comercial. Los animales de este lugar no le temían a uno. En una ocasión yo estaba escribiendo unas notas y se presentó un gallito de la serranía ("cock of the rock") y se paró a curiosear en una rama, a no más de 10 pies de separación. Brincaba de rama en rama, movía la cabeza de un lado a otro, como para observar mejor y graznaba con un sonido muy poco propio para un animal tan bello. Evidentemente, era

la primera vez que se enfrentaba a un ser humano.

Ese mismo día tuvimos un percance con marimondas (monos araña). Al vernos empezaron a agitar las ramas, aparentamente para atemorizarnos, y en un momento se acercaron bastante, especialmente un macho enorme que se movía por el el suelo como si fuera un emperador, chillando amenazante mientras me miraba fijamente. Un chiquitín se acecó a mi y yo, tiernamente, intenté pasarle la mano, pero para que fue aquello; el muy mal agradecido empezó a chillar a todo lo que daba y el emperador, sin confesarse con nadie, vino corriendo y me mordió en la pierna, retirándose después en actitud beligerante, como diciéndo "y atrévete otra vez".

Comimos espaguetis y café. Los pegotes, las moscas y los mosquitos nos atormentaban sin cesar, metiéndose por los oídos y cayendo continuamente en la comida.

Al regresar a Esmeralda observamos una gran cantidad de pájaros: arrendajos, tucanes, pericos, guacamayos, cotorras e infinidad de aves acuáticas. Intenté subir a un árbol donde había nidos de arredajos pero estos pájaros que son amarillos y negros y tienen un pico ancho en la base, siempre cuelgan sus nidos en árboles espinosos y cerca de panales de avispas, y antes de que llegara a tocar un nido ya me habían picado dos avispas. También vimos por el camino un sinnúmero de *Cattleya violacea*, una orquídea de color intenso que se usa mucho en cruces para intensificar la coloración del híbrido.

Al llegar a Esmeralda nos encontramos a un grupo de antropólogos visitantes encabezados por el Dr. Neel, el director del Departamento de Genética de la Universidad de Michigan, y por Charles Brewer, un dentista aficionado al alpinismo y a toda clase de aventuras. El grupo de Neel se empeñó en dormir afuera y por la noche tuvimos que levantarnos a darle albergue porque cayó un "palo de agua" que los caló hasta los huesos. Al otro día el grupo nos obsequió en el desayuno con arroz con dulce.

Todos los indios tienen piojos y ellos se los sacan unos a los otros y se los comen (Pág. 164, E-1 a, b) pero yo no pensé que me fueran a dar a mi hasta que el picor no me dejaba dormir y me rascaba desesperadamente la cabeza toda la noche. Parece que se guarecían en la soga y en el tejido de la hamaca, así que sumergí éstos por dos horas en el río (esa noche tuve que dormir en la hamaca mojada) y yo me raspé con jabón Neko, un jabón a base de mercurio que nunca pensé que me matara los piojos, pero lo hizo después de una sola lavada.

En Esmeralda conseguí dos ranas muy peculiares: una *Pipa*, que es una especie acuática que parece un "pancake" quemado, aplastada, negruzca, con cabeza triangular y que lleva los huevos en oquedades en la espalda, y una rana gladiadora, una especie que hace unos cercaditos de fango en aguas llanas, y en esos cercaditos o piscinas privadas pone los huevos, en donde quedan protegidos de los predadores acuáticos. Lo de gladiadoras es porque tienen una espinita en la parte interior de la mano y cuando los machos pelean se pinchan con esas espinitas.

Estando en Esmeralda llegó en curiara el Sr. Colopomus (?) con otra persona. Él estaba en Mavaca, la otra misión católica más arriba en el río, y había cogido una fiebre que lo tenía sumamente preocupado. Un avión venía a buscarlo a las 12:00 m, pero no llegó hasta las 2:00 p.m. y durante ese intervalo el hombre se paseaba de lado a lado, se tomaba la temperatura constantemente y tenía una cara de amargura que no podía despejar ni aún con las palabras de consuelo que todos le endilgábamos. Estoy seguro que él creía que había cogido alguna enfermedad de la selva, de esas para las que no se conoce remedio, y que morirá irremediablemente, especialmente si el avión no llegaba pronto. Yo también había cogido una infección en la garganta que no me dejaba tragar, y las caminatas extenuantes y los aguaceros no me ayudaban a mejorar. Me dijeron que en el avión que vendría a buscar al enfermo vendría también un médico y aproveché para que me examinara. Me recomendó que saliera lo más pronto posible de allí, que en esos lugares se cogían enfermedades desconocidas y que en Caracas estaría mejor protegido, pero yo no quería dejar mi misión sin cumplir y decidí quedarme y asumir todos los riesgos. Ya hacía días que venía tomando Coricidín y en unos días más noté una notable mejoría.

Por segunda vez intenté ascender el Marahuaca y envié al indio Francisco en misión de ocho días para que bordeara el monte hasta encontrar una subida. Volvió a los once días con la noticia de que era "muy parao" y que no había subida. Tengo la impresión de que no hizo lo que se le pidió y que se dedicó a visitar a sus amigos...

El dos de marzo nos fuimos Orinoco abajo y el cinco ascendimos el Cunucunuma, el río cuyos raudales tanto habían dado que hacer en la expedición del 50. Como ahora íbamos más livianos, en curiara, pasamos los raudales sin percances, aunque en los "imposibles" siempre teníamos que pasar la curiara por tierra. Casurúa había desaparecido pero un poco más arriba en

el río hay una población maquiritare nueva, Acanoiña, con una iglesita protestante, escuela y un indio llamado Octavio, que daba los buenos días y hablaba en perfecto español y, para sorpresa nuestra, también en inglés (por influencia de los evangelistas americanos). El día nueve llegamos a Tapara y a Culebra y allí encontramos que el indiecito Maldonado, que tenía diez o doce años en el 50 y que lamía los platos antes de lavarlos, era ahora el capitán y además de vestir con ropa de "racional", tenía un reloj pulsera y un pequeño radio de baterías. Casi todos los indios del 50 habían muerto (dudo que su longevidad promedio sea mayor de 40 años), el que llevaba mi nombre estrangulado por un guaharibo. Francisco, el que me acompañó al Duida estaba vivo, y lo recluté para que me acompañara durante el resto del viaje.

Cuando regresamos nos detuvimos en una villa maquiritare algo más arriba del raudal de Mapaco, y les compramos una pata de lapa (paca), pero cuando la probé me dí cuenta de que estaba más blanda que lo normal y que tenía un leve amarguito. Me dijeron que ellos no la consumen hasta que se ha ablandado, que equivale a decir que ha empezado a podrirse, pero como a buen hambre no hay pan duro, la comimos así y la verdad es que después de asada no sabía tan mal.

No teníamos problemas con la comida. Por la noche nos íbamos al río a un lugar donde hubiera una laja sumergida superficialmente y como casi simpre había peces grandes durmiendo sobre la piedra, los alumbrabamos y de un machetazo los partíamos en dos.

El día 19 de marzo salimos río arriba hacia Mavaca y llegamos el 20, quedándonos allí hasta el 23. La misión de Mavaca es más grande que la de Esmeralda, aunque también se trata de un rancho de madera rústica con habitaciones en donde se albergan los curas y algunos indios guaharibos - los temibles indios guaharibos que tanto habíamos evadido en 1950 y que ahora se llaman Yanomamö, Yanomami o Yanoamas, según lo entienda el entrevistador o el autor que escriba sobre ellos. Napoleón Chagnón, a quien tuve el placer de conocer en el restaurante del Instituto de Investigaciones Científicas de Venezuela, ha convivido con estos indios por más de año y medio con miras a escribir su tesis doctoral, y explicó que ellos se llaman a sí mismos Yanomamö y no guaharibos o guaicas como les han llamado otros. Chagnon describe a los Yanomamö como "agresivos, brutales, crueles y traicioneros" pero los de Mavaca estaban bastante "amansados". Sin embargo, también visitamos las tribus de los Monouteri (que están

detrás de la Misión), y las más alejadas tribus de los Dayasiteri, Maracateri y Colositeri, y no tuvimos problemas serios con ellos aunque en una ocasión se nos dijo que los Dayasiteri se habían pintado la cara de negro y se estaban preparando para atacarnos.

También pasamos otros dos sustos cuando un indio se empeñó en que le prestara el cuchillo de caza que tenía. Al principio me negué pero cuando me hizo conocer por señas que me lo devolvería en seguida se lo cedí y él lo levantó bien alto y lo bajó súbitamente hasta la cintura de Pulido, como si lo fuera a picar en dos, pero lo detuvo como a una pulgada de su cuerpo, y luego él y los otros indios que estaban se rieron a carcajadas, pero Pulido se quedó lívido y yo me enfrié de pies a cabeza.

En otra ocasión un indio me robó unos zapatos y yo, siguiendo instrucciones de Pulido, quien me aseguró que uno no puede "quedarse dado" fuí hasta su "casa" y le piqué su hamaca en pedacitos. ¡Para que fue aquello! Cuando volvió empezó a vociferar, a amenazar y a enseñarnos el trasero, que es lo que ellos hacen cuando quieren que uno se largue, pero aunque hizo varios intentos de llegar hasta nosotros, nunca completó su amenaza, y el capitán de ellos en todo momento me apoyó diciéndome (por señas) que yo había hecho lo que tenía que hacer.

Los ranchos comunales o shabonos de los Yanomamö son completamente distintos a los de los Maquiritares o de los Piaroa. (Figs.E-2, e-h) Consisten de una estructura de un agua, la parte del frente de alrededor de 10 pies de alto, la de atrás de cinco o seis, y una plaza central que está rodeada por el shabono y que sirve para celebrar en ella fiestas y ceremonias y para los conversados que tienen, siempre en cuclillas y con las plantas firmes en el suelo y exagerados movimientos de los brazos, cada vez que vienen de cacería o de alguna otra aventura. Me sospecho que la razón por la que se amarran el pene (por el prepucio) contra el vientre es para evitar que roce contra el piso durante estas conversaciones.

El techo de los shabonos es de paja y detrás de la parte posterior, es decir, alrededor del círculo que forma la estructura, se construye una cerca de alrededor de 10 pies de alto, que sirve para proteger de los invasores y posiblemente de animales predadores no trepadores. El techo pronto se llena de cucarachas, arañas, ciempiés y escorpiones y cualquier movimiento hace que caiga una lluvia de sabandijas. Por esta razón, al cabo de uno o dos años toda la estructura se quema y se construye una nueva. Cada familia construye y ocupa una porción del shabono de más

o menos 9 ó 10 pies cuadrados y ahí cuelgan sus hamacas y mantienen su fuego prendido. Prender fuego no es una tarea fácil y cuando se van de cacería, casi siempre se llevan un leño encendido.

La mayoría de los Yanomamö son monógamos, pero algunos pueden tener dos o tres mujeres. A veces se cansan de una de ellas y se la "regalan"a un hermano o a un amigo, pero a veces son ellas las que abandonan el marido, si éste prueba no ser un buen cazador y proveedor de carne.

Por lo general los Yanomamö van al "baño" cuando empieza a amanecer, y ésta es la ocasión que aprovechan las mujeres para tener "affairs"extra maritales. El inodoro es un área en donde hay troncos caídos que puedan servir para ponerse en cuclillas sobre el tronco, y palitos que puedan usarse como papel sanitario. Los Yanomamö sueltan gases en cualquier sitio y sin inmutarse. Sólo cuando uno les llama la atención se ríen a carcajadas del asunto.

Cuando nos acercábamos a los shabonos, Pulido insistía en que hiciéramos ruido para que ellos supieran que veníamos. Cuando no hacíamos ruido suficiente nos encontrábamos al entrar a la villa con un número de indios apuntándonos con sus flechas y teníamos que esforzarnos, sin movernos, para demostrar que veníamos en paz y con abundantes regalos (todo esto por señas y alguna que otra palabra clave que habíamos aprendido). Cuando estábamos a unos cuantos cientos de metros del shabono ya se percibía el olor (¡o peste!) característico y se oían los graznidos de los pericos y cotorras que los indiecitos casi siempre tienen como mascotas, y los ladridos de perros malnutridos que son los primeros en anunciar los visitantes.

Durante nuestra estada con los Yanomamö pudimos observar tres acontecimientos importantes: las peleas a garrotazos, las peleas a golpes de pecho y los entierros. Las peleas a garrotazos ocurren frecuentemente cuando uno le roba la mujer a otro, pero los dos individuos no participan simultáneamente en la contienda, sino que uno se planta y el otro le da en la cabeza con un garrote algo más grueso que un palo de billar aunque bastante más largo. El que recibió el golpe le toca después golpear y así sucesivamente hasta que uno de los dos cae exhausto. La cabeza de muchos hombres muestra la cicatrices de una o más contiendas y ellos se rapan y las muestran orgullosos porque de esa manera anuncian a los demás su fiereza.

En las contiendas de golpes de pecho uno le da al otro en el pecho con toda su fuerza, a

veces más de una vez si así él lo pide, pero luego le toca al otro dar en cuyo caso tiene derecho a un número igual de golpes. A veces vomitan sangre y a veces caen rendidos mientras son vitoreados o abucheados por los partidarios de uno o el otro de los contendientes. Estas contiendas ocurren casi siempre entre miembros de diferentes shabonos y se suscitan en consecuencia de problemas con la comida o por acusaciones de un tipo u otro.

A los muertos se les pone sobre una pira de troncos y ramas, se cubren con otra camada de madera y se prende en fuego la pira. Las cenizas se ciernen para separar los huesos y éstos se muelen luego en un mortero, mientras todos los miembros de la familia lloran desconsolados (el autor tiene una grabación de estos llantos). Las cenizas se ponen en higüeras (totumos) y se sellan con cera. La que queda en el mortero se mezcla con sopa de plátanos y se consume el mismo día. La ceniza de las higüeras se guarda y se consume con sopa de plátano en una ceremonia especial que se efectúa varios meses después. Los miembros de otras tribus muestran su amistad (cuando la hay) participando de esta ceremonia y comiendo las cenizas de los muertos importantes.

La Misión de Mavaca que, como ya se dijo, es más grande que la de Esmeralda, está dirigida por el Padre Berno, mientras que la de Ocamo, algo más abajo en el río, la dirige el Padre Cocco. Al otro lado del Orinoco casi al frente de la Misión de Mavaca, vive un misionero evangélico (creo que el nombre es Barker) con su esposa y dos niños, bajo las condiciones más primitivas que se puede uno imginar. Prácticamente no tenían nada y los niños andaban descalzos y con unos ropones sueltos y sin forma. Sorprendentemente, los misioneros de ambas religiones se llevaban relativamente bien y se ayudaban mutuamente, pero los protestantes eran, por lo general, los más arriesgados, los más sacrificados y los primeros en adentrarse en la selva.

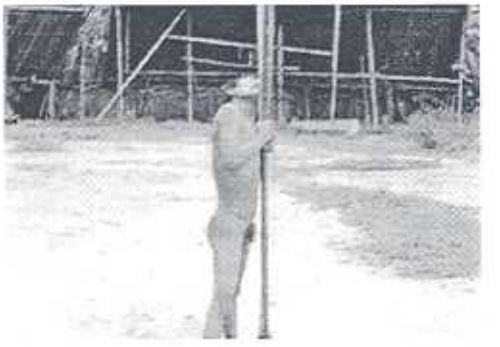
El Padre Cocco, un italiano de larga barba, era bastante conocido porque él fue el que proprocionó la mayor parte de las fotografías que aparecen en el libro de Ettore Biocca, Los Yanoamas - El Ultimo Paraíso. Este libro trata sobre la historia de Helena Valero una mujer de padre español y madre brasileña que cuando niña fue raptada por los Yanomamö y que vivió con ellos por cerca de 20 años "compartiendo su destino, sus pasiones elementales y su lucha diaria contra los hombres y la naturaleza hostil, enmarcada en un trágico ambiente de violencia". El libro, de más de 300 páginas, es prácticamente, un relato biográfico de la historia de esta joven. Más recientemente, una joven y diminuta antropóloga, Florinda Donner, se deshizo de todos los

a

b

c

d



e

f

Figs. E-1 Los Yanomamös. **(a** y **b)** Jóvenes indias sacándose los piojos y comiéndoselos. **(c)** Indias frente a un racimo de pejibaye (fruta de palma). **(d-f)** Indios Yanomamös con pintura de guerra y en posición ceremonial (**e**, **f**)

símbolos de la civilización, incluso de su libreta de notas, y vivió con los Yanomamö, incorporándose a su estructura social y participando de todas sus actividades, incluso las sexuales. Ella relata sus experiencias en el libro Shabono, escrito en 1984 (y según entiendo, ha escrito otro más recientemente).

Otra costumbre interesante de los Yanomamö es la de pasarse ebene, una droga alucinógena que extraen de la parte interna de la corteza de un árbol, de la boca de una persona, muchas veces un niño, a la nariz de otra. La droga pulverizada se pone en la punta de un corto tubo de bambú de más o menos media pulgada de grueso y se sopla fuertemente a la nariz del que la recibe. A esta persona se le enturbian los ojos, se tambalea, a veces vomita y bota un moco verde y copioso por la nariz. Los que reciben y soplan la droga están en cuclillas, con los pies planos en el suelo y, según Pulido, quien tuvo la osadía, de probar una soplada (generalmente se dan dos por orificio nasal), es como si le dieran a uno un marronazo, pero hace que uno vea visiones en colores y, según los indios, los pone en contacto con los "hekura", los pequeños demonios que pueden reclutarse cuando se quiere hacer algún tipo de daño al enemigo.

Los Yanomamö no usan medicamentos y dependen de los brujos (shamanes) para la curación de enfermedades. Esto lo hacen mediante masajes que dirigen el espíritu del mal hasta alguna de las extremidades y cuando está ahí lo halan hacia afuera o lo chupan, para tirarlo o vomitarlo luego en un lugar distante.

El noreshi es una especie de alma (también representada por algún animal) que cuando se sale del cuerpo puede causar enfermedad. Esto ocurre más corrientemente en los niños ya que en ellos el noreshi no se ha fijado todavía y lo pueden perder fácilmente cuando lloran. Si esto ocurriera, hay que barrer el noreshi hasta concentrarlo en un punto para luego hacerlo llegar hasta el enfermo.

Casi todos los Yanomamö, incluso las mujeres y algunos niños, tienen debajo del labio inferior una mascadura de tabaco ablandada con agua y cenizas, y cuando a una persona le falta tabaco, lo pide a otra, la que se saca de la boca un pedazo del suyo y lo pasa al compañero. Cuando yo me enfrenté por primera vez a los Yanomamö, se me acercaban y me halaban los pelos del pecho (aparentemente, para ver si eran legítimos o puestos allí - ellos no tienen pelo en el pecho), y como continuamente se limpian el mucus nasal verde con la mano, yo les señalaba que

a

e

b

f

c

g

d

h

Figs. E-2 **(a)** Indiecita Yanomamö. **(b-d)** Indios Yanomamös, algunos con sus adornos y pinturas. **(e-h)** Aspectos e interior del shabono.

no quería que lo hicieran porque tenían las manos sucias. Entoces se escupían la mano con saliva "atabacada", se las restregaban, y entonces me decían que podían tocarme porque ya tenían las manos limpias...

La transformación que hubo en los maquiritares entre 1950 y 1968 - tan sólo 18 años - fue tan substancial, que no es nada de improbable que en 30 años, los cambios que han ocurrido en los Yanomamö hayan sido doblemente más dramáticos y que El Último Paraíso de Biocca sea ya una cosa del pasado.

Definición de términos indígenas o locales usados en el texto

1.	Araguato	Mono aullador que tiene una laringe de buen tamaño para aumentar el volumen de su voz.
2.	Baba	Caimán pequeño.
3.	Bártulos	Enseres.
4.	Bastimentos	Provisiones.
5.	Bongo	Curiara grande y generalmente arreglada en la parte posterior para cargar un motor fuera de borda.
6.	Cabeceras	("headwaters") - El lugar en donde nace un río.
7.	Cachicamo	Armadillo. Mamífero cavador provisto de grandes garras y un caparazón duro dividido centralmente en bandas.
8.	Caleta	Carga.
9.	Caletear	Cargar.
10.	Caletero	Individuo que carga.
11.	Caparro	"Wooly monkey" Mono de buen tamaño, peludo y fácilmente amansable. Muy apetecido como alimento por los indios.
12.	Carate	Mal de pinto. Enfermedad cutánea causada por un *Treponema* y que se caracteriza por causar manchas de varios colores en la piel.
13.	Caribe	Piranha. Pez muy feroz que ataca en manadas y que puede descuartizar una presa en materia de minutos.
14.	Catumare	Banasta hecha de bejucos o fibras que se carga a la espalda y que tiene una banda sostenedora que se pasa por la frente.
15.	Churuata	Casa de los indios maquiritare.
16.	Conuco	Sembradío.
17.	Corotos	Utensilios, cosas.
18.	Cuaima o Cuaima concha de piña	La culebra venenosa más grande de América. También llamada cascabela muda. *Lachesis muta.*

19. Curiara ("Dugout") Embarcación larga, estrecha, hecha de un tronco de árbol al que se le ha removido el interior dejando un caparazón duro, rígido y puntiagudo en los extremos.

20. Danto o danta Tapir. Mamífero parecido a un cerdo grande pero con una trompa más larga y una crin corta sobre el cuello.

21. Falca Embarcación grande, ancha y fuerte preparada para motores fuera de borda y generalmente, con un techo de paja.

22. Guayuco Taparrabo.

23. Lapa Mamífero roedor parecido a un güimo o conejillo de Indias pero con el cuerpo más grande, las patas más largas y la coloración castaño uniforme con motas blancas. Constituye uno de los más sabrosos manjares de la selva. Paca.

24. Mañoco Harina gruesa y algo agria de la yuca.

25. Mapanare Culebra de cabeza triangular y veneno muy poderoso.

26. Marimonda Mono araña. Mono de extremidades muy largas y rabo prensil.

27. Paují Ave de monte parecida a un pavo y en algunas especies dotada de una cresta de plumas que puede levantarse.

28. Peramán Resina negra de un árbol, formada en bloques y usada como pegamento y para otro fines.

29. Pica Sendero, brecha. Abrir pica es abrir un sendero en el bosque.

30. Picure Agutí. Mamífero roedor parecido a la lapa, pero de color uniforme.

31. Picuriarse Huirse.

32. Sebucán Embudo alargado, hecho de paja, que se exprime para sacar el jugo a la yuca brava que se ha vertido en él.

33. Temblador Anguila eléctrica.

34. Troja Albergue rústico.

35. Trocha Sendero.

VOCABULARIO MAQUIRITARE

agarrar ..... ajucha
agua ..... tuná
amigo ..... guijiuma, aschato
anaconda (culebra) ..... auatamadi
andar ..... wutena
araguato (mono) ..... arahuata
araña ..... jaracorajauai
árbol ..... yi
arroyo ..... tuná quequeca
axila ..... ida tadi
ayúdame ..... quijuateque

baile ..... wenewanek
banco ..... até
banda (bajo rodilla) ..... idá muti
banda (en mollero) ..... ya michi
báquiro (cerdito salvaje) ... uducuodi, jaquida
barba ..... ade tamujote
barbasco ..... adadi
barbasquear ..... quinta
barriga ..... wenne
bejuca (culebra) ..... tecui
bigote ..... adijidi
boa ..... casiqueimen
bonita ..... achicha
borracho ..... quadaqui
bosque ..... chuta
brujo ..... juwai
bueno ..... ajicha, achicha

cabeza (mi) ..... juja
cabeza (tu) ..... ajuja
cachicamo (armadillo) ..... cajao
caimán ..... caiñana
caimán negro ..... iadibe
caimán (otro) ..... tadadimen
calor ..... taanina
candela o ceniza ..... wato
caña de azúcar ..... ashi-sharu
casa ..... ejte
cascabel (culebra) ..... sedidischimen
catumare ..... tudi
caucho ..... anate
ceja ..... imisha jote
cerbatana ..... curata
cerca (cercano) ..... amonche da
chicharra ..... cacótaro
chivacúa ..... caraicumu
ciempiés ..... mejeje
cigarrillo ..... cawai
cinco ..... jatorea

cocuyo ..... cocuyu
coger (yo) ..... quajelle
coger (tu) ..... ajeche
colibrí ..... tucui
comer ..... cuacinchequé
coral de agua (culebra) ..... quillú
coral (culebra) ..... widi
corazón ..... adi wani
correr ..... wenji
corteza ..... dijija
cuántos ..... awasa
cuatro ..... aquechia
culebra ..... equellu
curare ..... cumaroa

danto (tapir) ..... wachedi
dedo (tu) ..... adamed
dedo (mi) ..... jamed-dadad,
..... adamudiadad
defecar ..... wekata sowa
..... jashé
día ..... anoto
días ..... anoto
diente ..... adedi
dios malo ..... eaju
dios bueno ..... cawishowa
doce años ..... amojád wedú
doler ..... seneva
dormir ..... iniquisowa
dos años ..... toni wedú

escarabajo cornudo ..... quaradajama
escopeta ..... aracusa
escorpión ..... irinete
estornudar ..... washeta sowa
estrella ..... sedicha

fiebre ..... wediqui
flecha ..... chimade
flor ..... quichiteh, quinidije

gallina ..... wamedi
gallineta ..... juan-na
gallito de roca o de la serranía (ave)
..... cawanare
garrapata ..... cadirnaca
gorrión vientre amarillo (aves) .. juadichedu
guaral ..... wadade

hermano ..... yacono
hermano mayor ..... lucha
hilo ..... acudimiti
hola (más íntimo) ..... guainia
hola ..... maidi
hombre blanco ..... taquenajto
hombre ..... langua
humo ..... widinsha

iguana ..... casihoraja

jaguar ..... mado
jefe ..... cajichana
jején ..... pecuna
juego ..... watowideñi

labio ..... adehir
lagartijo venenoso ..... acaerudini
lagartijo ..... macachana
lagarto venenoso ..... dodo
lagarto ..... casuaraja
laja ..... tasú
lapa (roedor) ..... oroma mimo
lejos ..... amonche
lengua ..... anutdu
lengua (tu) ..... nuru
lombriz gigante ..... cudu
luna ..... nuna
luz ..... iñejud

llorar ..... guano sowa
llovió ..... canojonina
lluvia ..... conojo

macheta (culebra) ..... oroma
mano (mi) ..... adamed
mapanare ..... cunoto
marimonda (mono araña) ..... waridhiri o
..... wadichidi
mariposa ..... matuto
macho ..... jouje
medicina ..... ají
mirar ..... inica
mono blanco ..... yarácaro
morder, picar ..... yicah
mujer ..... wedi
muela ..... di cowade

nariz ..... adenade
noche ..... cuchiacho
nube ..... cadutu

ombligo ..... ajonidi
oreja ..... ajanad
orinar ..... sotefe sowa
..... jashé
orquídea ..... tucuijesille

pantalón ..... cashuna
pantera ..... jidijidima
papel ..... jajeda
párpado ..... ejmija
paují ..... jauri
pechos ..... manate
..... amanatidi
peciolo (de hojas) ..... jiodidi
pedir ..... woquidinica,
..... guacachadiji-nica
pelo ..... ajuja
pene ..... asache
perro ..... zuina
pescado ..... nacuacano
pestaña ..... yini jote
picar ..... yicah
pie ..... judi
piña ..... anadeque
plata ..... sudata
primos (hijos hna. madre) ..... yaconó
primos (hijos hna. padre) ..... yita nadi
pueblo ..... jata

rabo-pelao (mamífero marsupial) .. dawadi
ratón ..... acique
reír ..... wase wasowa o
..... monta ser cújama
reírse ..... nasena
rifle ..... wachad mimo
río ..... tuna
río Orinoco ..... Idinoco

sabana ..... uoi
saliva ..... ijta-curu
sapo ..... cawau
sardinita ..... cuchami
seis ..... tomojoto
sí ..... eh
silla ..... até
sol ..... shi
soga ..... ia toti
soñar ..... aquedu wenique
Sphaerodatylus (reptil) ..... aracashi
sudar ..... wedancuea

tabaco ..... cawai
taza ..... jadiji

tetilla ..... manalide
tía (hna. padre) ..... wañini
tía (hna. madre) ..... mamá
tierra ..... nono
tío (hno. madre) ..... yaóca
tío (hno. padre) ..... jaja
trae ..... inica
tres ..... aduan
tu ..... amada
tucán ..... chajoco

uña ..... adi miti

valentón (pez) ..... mucudi
venado ..... cawadi
venado chiquito ..... cawa iwi
venas (animal) ..... cae dishe
venas (de hojas) ..... lamone
víbora de palmas ..... dodo mimo
vomitar ..... wena tete sowa
vulva ..... wena

yema o retoño ..... achicha du
..... enudu

zamuro (ave carroñera) ..... curumo
zapato ..... shajato

VOCABULARIO GUAICA O GUAHARIBO (YANOMAMÖ)

agarrar ..... ajajplequia
agua ..... man
amigo ..... ipapuyui
anaconda (culebra) ..... guaincullá
araguato (mono) ..... iró
árbol ..... idije

beber ..... ipaguaguei

cascabel (culebra) ..... orú
comer ..... cancán
culebra ..... ourú

fruta ..... jemojimó

guacamayo ..... ará

hermano ..... aí
hombre ..... wanó

iguana ..... leja

lagartija ..... guaraima
laja ..... mamá

mamá ..... nape
morder ..... ipaguaguei
mujer ..... sueva

papá ..... japé
paují (ave) ..... paruri
pelo ..... jetanóo
pereza (mamífero) ..... ahimú
perro ..... tina
pie ..... nata
pueblo ..... yaji chaponó

río ..... man

FRASES MAQUIRITARES

1. ¿Para dónde vas? . . . . . ¿Ascha mutana?
2. Voy a pescar . . . . . Wo tañó
3. Voy a cazar . . . . . Yi seni tañojo
4. ¿Dónde están tus amigos? . . . . . ¿Ascha nasha ujumadi?
5. Voy para arriba (en el río) . . Ujunda utaj
6. Tu llegaste . . . . . maidia
7. ¿Cómo estás? . . . . . ¿Aquene mana?
8. ¿Estás bueno? . . . . . ¿Caraiji mana?
9. ¿Cuantos años tienes? . . . . . ¿Arvase wedu mana? (cañar)
10. ¿Cuándo vendrá la gente? . . . . . ¿Ascha na caneanto?
11. Estoy cansado . . . . . Quinche
12. Me mordió una culebra . . yicah esquellu
13. Lo mordió una culebra . . . . nicah equellu
14. ¿Te mordió una sóla vez? . . . . . (la culebra) . . . . . ¿Toni de ma adi cani?
15. ¿Eres casado? . . . . . ¿Tuijato ameda?
16. ¿Cuántos hijos varones tienes? . . . . . ¿Awasa daniva comancho?
17. ¿Cuántos hijos tienes? . . . . . ¿Awasa ana comancho?
18. ¿Dónde naciste? . . . . . ¿Cusha adinuni?
19. ¿Cuántas hijas tienes? . . . . . ¿Awasa wedi ñamona?
20. Ve a buscar agua . . . . . Tuná anisha
21. Yo quiero irme contigo (con mujer) . . . . . Adina we innicuye ajiquitoque
22. Yo quiero beber yucuta . . . . . Awóquede waná undéyede
23. Tu eres bonita . . . . Ashisha mane amede
24. ¿Cómo te llamas? . . . . . Anaxsete amada
25. Yo me quiero casar con ella . . . . . Cadi jaché dite wadiyede
26. Me quiero acostar contigo (tener contacto) . . . . . Adina wiye (i larga y suave)
27. Tu tienes marido? . . . . . Teño cato amede
28. ¿Dónde se fue tu marido? (¿dónde está?) . . . . . Aschono cuntama
29. ¿Tienes miedo? . . . . . ¿Sede mana?
30. ¿No tienes marido? . . ¿Teño quede mana?
31. No tengo marido . . . . . Teño queda (e)
32. ¿Dónde vives? . . . . . ¿Ascha comana?
33. ¿Qué comiste? . . . . . ¿Aña cumene?
34. Tengo sueño ya, mañana escribimos otra vez. . . . . Jina made came na, iniqiusowa di.
35. Voy a trabajar . . . . . Yetarua cojó tañó
36. Yo soy fuerte . . . . . Jaruje to iwe
37. Tú eres alto . . . . . Aruje to amedo
38. El es bajito . . . . . Nonó jo ché
39. Ella es gruesa . . . . . Tajulla to
40. Nosotros somos valientes . . . . . Tede cuáde ñá
41. Ellos son cobardes . . . . Jadúje dáñe cano
42. Quiero irme de aquí . . . . . Ñano tenojo iten-no
43. Yo sé nadar mucho . . . Yo aneque jemudi
44. Ese es un trabajo fuerte . . . . . Tarabojo eiune adeje kijine
45. La tierra es negra . . . . . Nono quru mató
46. El cielo es azul . . . . . Cajú shi na to
47. Los árboles son verdes . . . . . Tají dye sacudajoto
48. Los pájaros hacen su nido en los árboles .

. . . . . Tonoro teni nijinca tiniduca

49. Tú estás enamorado de la muchacha . . . . . Adeweshitana wedi aque amede

50. Ella cose su ropa . . Awomo eshó cánana

51. Las mariposas tienen muchos colores . . . . . Matuto tajede dato

52. El corre mucho . . . . . Tame ne itedi (i casi no se pronuncia)

53. El correrá mucho cuando sea grande . . . . . Araije tuitche jeica tedaijai itedo

54. El corrió mucho cuando era joven . . . . . Shicá turt che taméne itedi

55. Juan se casó ayer . . . . . Juan coñade cum jiutae

56. Pedro se casará mañana . . . . . Pedro jenama nyi ta

57. Roberto se casa hoy . . . . . Roberto edua nyi tae, ide ano tawa

58. Vuelvo de San Fernando el mes que viene . . . . . San Fernando wuta ye jidje nuna nejanuna neja cadawa wea

59. Acabo de venir de Casurua . San do wuta ye jidije nuna

60. Julián viene esta semana . . . Ecluá Juliano nedua ida semana awa

61. Hace dos días que no me baño . . Aca noto ejí da we di

62. Me duele la barriga . . . . Ewí ni ñe nuña, chicana jedá wana

63. La picada me hizo vomitar . . . Wena lai yaque jedui (arrojar)

64. ¿Qué te causó la enfermedad? . Ané cama aquene majana

65. Ve a tumbar un árbol . . . . Weña ca tañojo

66. Me voy para Sn. Fdo. el mes que viene. Ya dije . . . . . tawa nuna neja ca dawa San Fdo. wuta

67. Me duele la muela . . . . . Dede nie nuna

68. Me duele mucho . . . . . Iné quede jouje

69. Tener relaciones sexuales . . . . . Wañini maní cuana

70. Vamos a subir el cerro . . Juijor canucata

71. El mono capuchino tiene pichoncito (hijo) . . . . . Wishá tinidi acaque

72. Vamos a matar marimonda (mono araña) . . . . . Wadí shidí cuwatade

73. Dame cuentas (para collar) . . Womó dije yayak

74. ¿Estamos cerca del Marahuaca? . . . . . Amonchidanae Maraguaca?

75. No quiero subir arriba del Marahuaca . . . . . Tiquiñe jiododo Maraguaca dique tetesida

76. Yo quiero subir al Marahuaca . . . . Elevú Maraguaca diqué waneú serva

77. ¿Cuántos días de aquí a las Cabeceras? . . . . . Awasa anoto yu duiña

78. ¿Dormiste bien? . . . . . ¿Aschica aniqui?

79. ¿Tú también? . . . . . ¿Ama dena?

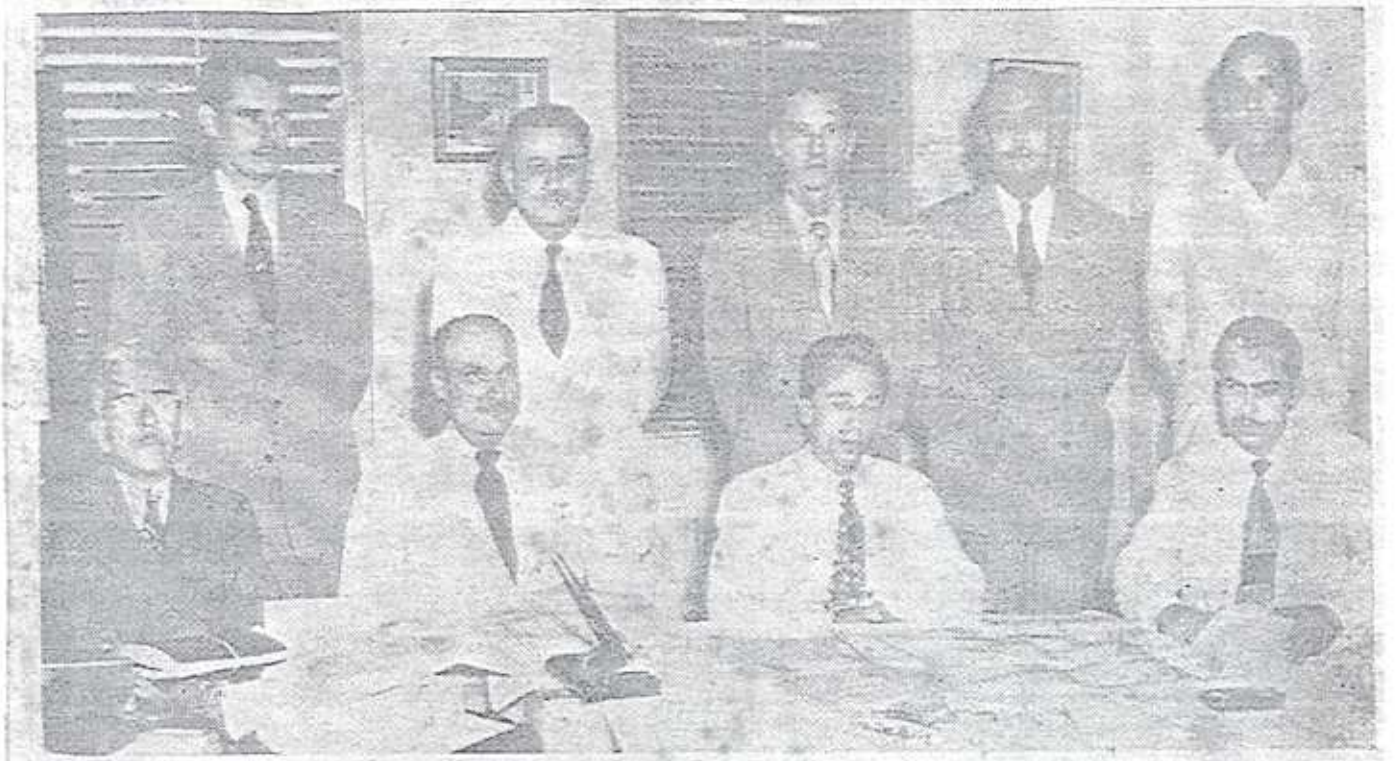
80. Yo dormí mal . . . . . Cone aniqui i ne

81. Hay muchos zancudos . . . . . Maquejue na jicah winicho jouje

Recortes de periódicos puertorriqueños y venezolanos relacionados con la Expedición de 1950

(Desafortunadamente el nombre de los periódicos y la fecha de publicación no fueron, en la mayor parte de los casos, registrados)

Saldrán en una Expedición al Amazonas el Día 19 de Enero



Grupo de expedicionarios puertorriqueños que saldrán el 19 de enero rumbo a las regiones del Amazonas. Sentados, de izquierda a derecha: Picó; Arturo González Más; doctor William Gelpí y José E. Huyke. De pie, en el mismo orden: Virgilio Biaggi, hijo; doctor Rafael A. José I. Otero, Ventura Barnés, hijo; Juan A. Rivero y Ricardo Alegría. (Fotografía de EL MUNDO).

Ayer se Discutieron los Detalles Del Viaje en Oficina de Dr. Picó

El Grupo Levantará Campamento en un Punto Conocido por Esmeralda para de Allí Tratar De Subir al Monte Marahuaco, a 2,800 Pies

El grupo de puertorriqueños que forman la expedición que explorará la región del Amazonas, en el Brasil, saldrá de la Isla el día 19 del próximo mes de enero.

En la tarde de ayer se reunieron los edicionarios en la oficina del doctor Rafael Picó en la Junta de Planes, para discutir todos los pormenores y detalles relacionados con el viaje.

Itinerario Tentativo

El itinerario tentativo, acordado por los expedicionarios es el siguiente: Salida de San Juan, rumbo a Caracas, Venezuela; de esta ciudad se dirigirán a San Fernando de Atabapo, en el Alto Orinoco para de ahí remontar el río hasta un punto conocido por Esmeralda.

Una vez en este sitio se levantará un campamento, base desde el cual partirán para tratar de alcanzar la cumbre del Cerro Marahuaco, a 2,800 pies sobre el nivel del mar, siendo este el objetivo final de la expedición.

La cumbre de este cerro jamás ha sido explorada por el hombre, desconociéndose por completo su zoología, vegetación y antropología.

Propósitos de la Expedición

Son los propósitos de este grupo de expedicionarios puertorriqueños estudiar durante seis meses la cumbre de este cerro, especialmente su vegetación, topografía, antropología y zoología.

Se cree que en la cumbre del mismo habiten tribus de indígenas que nunca han bajado a la llanura y, asimismo, los expedicionarios esperan encontrar una vegetación completamente desconocida para el hombre.

Uno de los expedicionarios, el doctor William Gelpí, hará estudios sobre la medicina primitiva que practican las tribus de estas regiones.

Tratarán de traer a Puerto Rico aquellas plantas de positiva utilidad que pudieran ser desarrolladas en la Isla para beneficio de nuestra flora y vegetación.

Componentes de la Expedición

Componen esta expedición a regiones inexploradas del Amazonas, los señores Ventura Barnés, quien dirigirá el grupo; doctor Rafael Picó; Ricardo Alegría; José I. Otero; Arturo González Más; Virgilio Biaggi; Juan A. Rivero; doctor William Gelpí y José P. Huyke.

Todos los expedicionarios, con excepción del doctor Picó, permanecerán estudiando dicha zona por espacio de seis meses.

El doctor Picó, por impedírselo sus ocupaciones al frente de la Junta de Planes, solamente estará un mes con los expedicionarios.

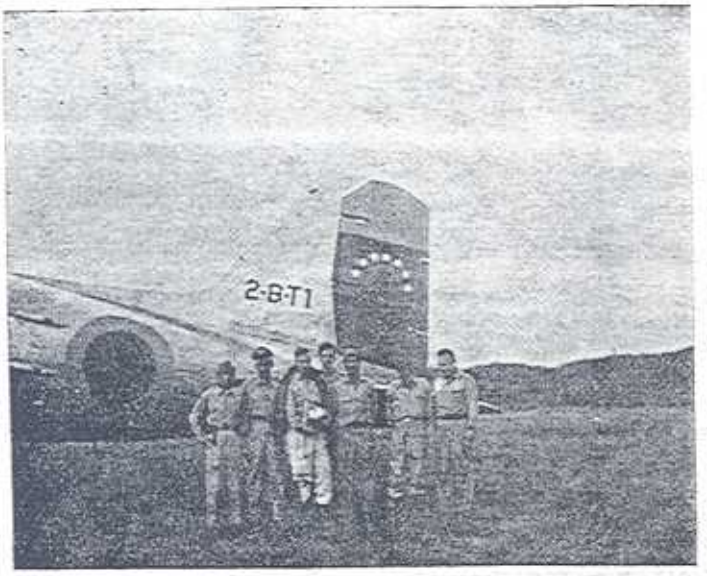
Calculan los expedicionarios estar de regreso en Puerto Rico, a mediados del mes de junio del próximo año.

Comunicaciones. Organo de Divulgación (Venezuela). Año 4, No. 41-42, abril-mayo 1950

EL SERVICIO DE BUSQUEDA Y SALVAMENTO DEL MINISTERIO D

COMUNICACIONES AYUDA A LA CIENCIA

Por el Capitán ETIENNE DENOIS



En el campamento de la expedición. De izquierda a derecha: co-piloto alférez Hugo Armando Araque; radiotelegrafista Diógenes Sánchez Pavón; Capitán Etienne Denois; doctor Ribeiro, doctor Ventura Barnes, mayor Angel Aldana y doctor Gandía.

El 8 de marzo del corriente año llegó a Venezuela una misión científica enviada por la Universidad de Puerto Rico y compuesta por los doctores Ventura Barnes, Ribero, Walter Reuter, Gandía y Maldonado, con el objeto de explorar regiones hasta ahora desconocidas de la zona del Orinoco y de efectuar una ascensión al cerro Marahuaca. Luego se incorporaron a la misión el doctor Nessbitt, Jefe del Instituto de Investigaciones Articas y Tropicales de Alabama, y el doctor Currán, del Ministerio de Agricultura de Venezuela, Sección de Ingeniería Forestal, y los Geólogos venezolanos Civrieux y Bellizzia, del Ministerio de Fomento, así como el Profesor —del Ministerio de Educación Nacional.

Desde su llegada a Caracas, el doctor Barnes solicitó la ayuda del Ministerio de Comunicaciones para solucionar dos de los problemas más importantes para el éxito de la expedición. Era muy difícil, por no decir imposible, el transporte de los víveres y del material científico y el establecimiento de un contacto permanente durante todo el período de la expedición que había sido calculado en cuatro meses.

Los expedicionarios llevaban el material más moderno y únicamente los víveres estrictamente necesarios, pero esto, sinembargo, constituía un peso excesivo para las piraguas y para los hombres que iban hacer utilizados para llevar la carga. No obstante su escaso volumen, este material tenía un valor de más de 20.000 dólares.

El Ministerio de Comunicaciones accedió inmediatamente a prestar la colaboración pedida y la División de Seguridad Aérea ordenó al Servicio de Búsqueda y Salvamento la organización de todo lo necesario para obtener un resultado eficaz.

El equipo de radio que traía consigo la expedición pesaba demasiado, por lo cual el Servicio de Búsqueda y Salvamento hubo de proporcionarle uno provisto de un pequeño motor de gasolina. El suministro de víveres fué planeado mediante el lanzamiento de paquetes en paracaidas.

El día 23 de marzo me trasladé a Puerto Ayacucho en compañía de los doctores Barnes y Gandía, para reunirnos con los demás miembros de la expedición que ya estaban listos. Los otros técnicos debían incorporarse a los ya nombrados más tarde, después de cubierta la primera parte del viaje. Había sido prevista la construcción de una pequeña pista de aterrizaje en las proximidades del río Cununcunuma, ubicado en el trayecto de la última etapa de la expedición y la cual debería servir para el aterrizaje del avión que llevaría a los técnicos venezolanos.

El 24 de marzo la expedición se embarcó en un bongo adquirido en Puerto Ayacucho y provisto de dos poderosos motores de sesenta caballos. Y así comenzaba su aventura.

Durante todo el tiempo que duró el viaje de subida por el Orinoco, y más tarde el recorrido por el río Cununcunuma, el Servicio de Búsqueda y Salvamento estuvo cada mañana en perfecto contacto con la expedición. Estas emisiones eran captadas por la Universidad de Puerto Rico, por la de Bostón y por la de Sevilla y, además, por diversas organizaciones científicas, realizándose así la hazaña de permitir a los expedicionarios hablar con sus familiares desde un remoto rincón del Alto Orinoco. Esta labor, cuyo éxito absoluto ha sido debido a la organización venezolana de radioaficionados, supervisada por el Ministerio de Comunicaciones, llevó muy lejos el renombre de las telecomunicaciones nacionales. Merece destacarse el hecho de que el excelente aparato transmisor, así como el receptor, de la expedición, fueron fabricados enteramente por el señor Gerardo Cibles, radioaficionado cuya competencia en la materia es innegable.

Después de remontar los raudales del Cununcunuma, en medio de grandes trabajos y penalidades, la misión llegó a la ranchería de los indios Maquiritares situado en el sitio denominado La Culebra. Todo este penoso viaje era seguido desde Caracas gracias a la emisión diaria realizada a las 5 y media de la mañana. El día 7 de abril los expedicionarios no respondieron a la llamada de la radio, lo cual fué motivo de gran alarma entre los que en Caracas mantenían el contacto.

Cada vez que los exploradores llegaban a un raudal tenían que saltar a tierra y transportar a mo de indios las piraguas y provisiones, lo cual había cau grandes pérdidas. Habiendo dido descansar algunos días La Culebra, estaban pidiend envío inmediato de un mat que tenían depositado en el M Phelps, y hacían un llamami a los técnicos venezolanos que se les reunieran de una Habían dicho por radio que d te de la ranchería de los Maq tares había una pequeña sa que parecía propicia para un rrizaje una vez que fuera gida la pista de emergencia.

Cumpliendo órdenes del M terio de Comunicaciones, el día 14 de abril en un Dot de las Fuerzas Aéreas Nacion piloteado por el Mayor Ange dana, con el propósito de eje un salto en paracaidas para probar las posibilidades de at zaje.

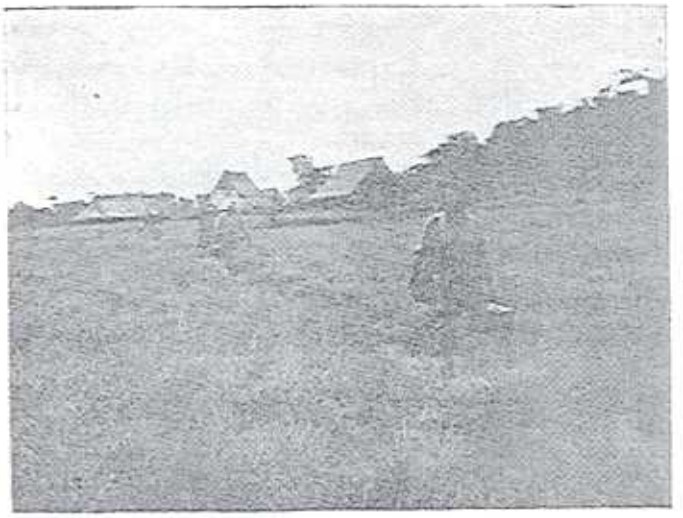
Llevábamos listo a bordo 600 kilos de víveres y de mat ya puestos en cajas especial provistos de paracaidas de c para el caso de que fuera im ble tomar tierra.

Gracias a la maestría del yor Angel Aldana el salto n necesario y se aterrizó por fi bre un terreno de apenas 40(tros de largo. La entusiasta gida de los expedicionarios f recompensa del piloto por st zaña. Inmediatamente funcio transmisor de radio y la n de la llegada del avión se p gó, por lo cual el Mayor r directamente las frases de tud y las felicitaciones del G no de Puerto Rico.

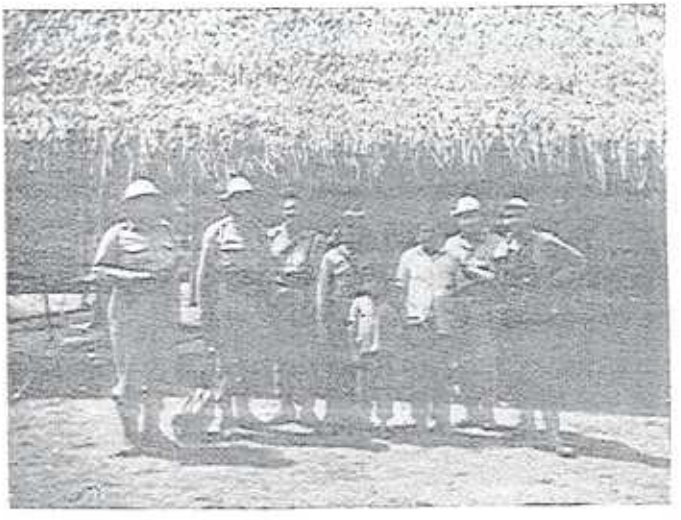
El día 16 de abril el avió gresó a Caracas después de sido arreglada una pista de rrizaje de 750 metros de la balizada según las reglas int cionales de la OACI.

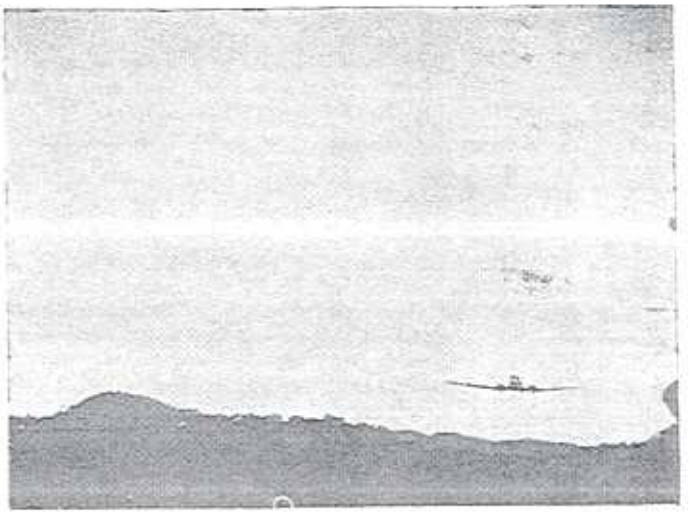
El contacto por radio cor la semana siguiente, y el abril el avión del Minister Comunicaciones despegaba d Carlota" piloteado diestra por el Jefe de la División guridad Aérea, Capitán court, y llevando los técni los diversos Ministerios int dos, así como el doctor N

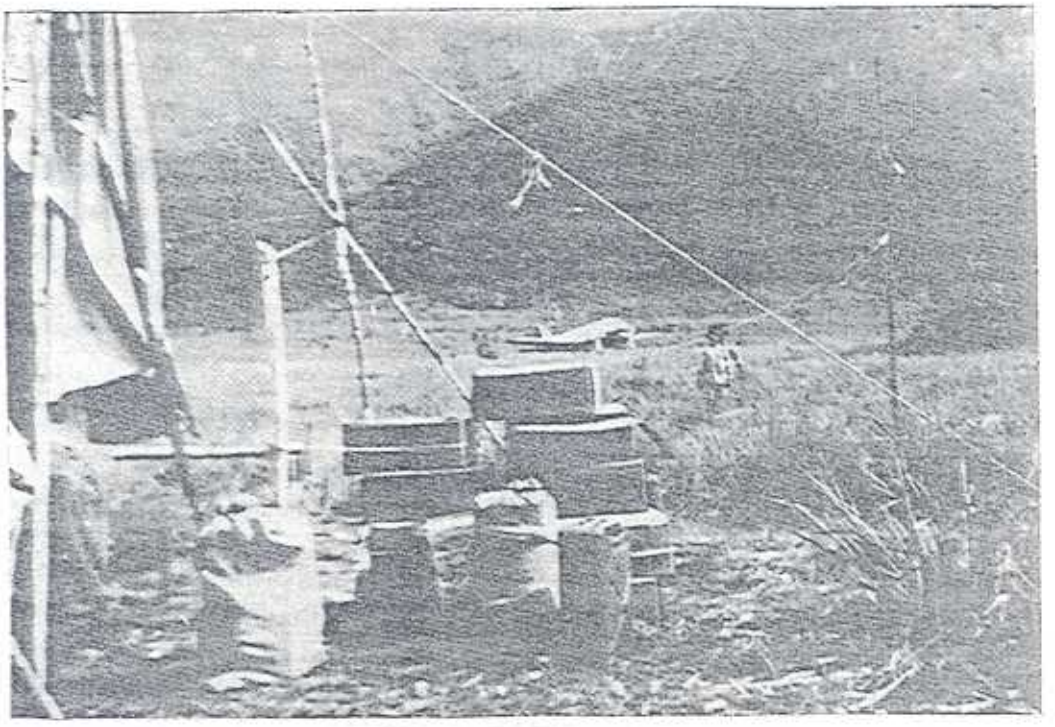
NUEVE HOMBRES EN BUSCA DE LO DESCONOCIDO



Nueve hombres de ciencia, procedentes de varias instituciones universitarias y técnicas, acaban de realizar una verdadera hazaña internándose en una vasta y hasta ahora inexplorada región de la Guayana Venezolana, en busca de datos nuevos para las Ciencias Naturales y la Economía. Muchos y serios peligros tuvieron que afrontar, pero al fin se hallan al cabo de su jornada, sanos y salvos y provistos de valiosas anotaciones y muestras. En esta página recogemos varios aspectos gráficos de esta aventura científica que contribuyen a ilustrar la relación que de ella hace el Capitán Etienne Denois.







Este "close-up" del campamento expedicionario muestra un ángulo de la tienda de campaña, las cajas de provisiones llevadas por el avión de la Fuerza Aérea, y este mismo aparato, al fondo.

llegado de Nueva York la víspera. Iban además Mr. Kempton, agregado agrícola de la Embajada de los Estados Unidos de América en Caracas y uno de los más interesados por éste aspecto sobre las posibilidades de la rica región que se estaba explorando.

Después de una impecable navegación aterrizamos en La Culebra con toda la maestría que es característica del Capitán Betancourt. Aquello pareció una maniobra efectuada en un aeropuerto internacional.

Dos horas después el avión del Ministerio regresaba directamente a Caracas dejándome en La Culebra para arreglar con la misión las operaciones aéreas futuras, pues el trabajo del Servicio de Búsqueda y Salvamento no había terminado aún.

El doctor Barnes había regresado antes, acompañado por los doctores Maldonado y Ribeiro hasta Río Negro. El resto de la expedición no debería partir sino cuando las piraguas regresaran. Pasé allí algunos días muy agradables en la mejor atmósfera de camaradería con los miembros venezolanos de la expedición. Los Geólogos Bellizzia y Civrieux me dieron preciosas indicaciones sobre la naturaleza del terreno cuyo suelo era rocoso y por lo cual parecía propicio para el aterrizaje en todo tiempo. Así fué que se descubrió una nueva vía de comunicaciones rápidas en el corazón del Amazonas.

El 26 de abril las piraguas regresaron y la misión se embarcó en ellas en La Culebra, no sin algunas dificultades ya que ese mismo día habían comenzado las lluvias. Yo quedé en compañía de Mr. Kempton el cual debía regresar conmigo a Caracas.

El día 27 el tiempo estaba muy malo, el techo aéreo bajo, las nubes razando los árboles de cuarenta metros que rodeaban la pista y no había ni esperanza de ver llegar al Capitán Betancourt. Por los escasos claros en la vertical de la pista se veían espesas masas de nubes cúmulus en todas direcciones. Pero he aquí mi sorpresa cuando, a las 10 de la mañana, se oyó el ruido de los motores del Douglas del Ministerio por sobre nuestras cabezas. Era imposible divisarlo.

De raro en raro, al producirse un claro entre la niebla que envolvía al Duida y a los mismos árboles de la pista podíamos distinguir el aparato.

Yo arreglaba las señales de rigor con el corazón oprimido por el temor y deseando intimamente que el Capitán Betancourt renunciara a aterrizar. Pero pensar así era no conocer al piloto. La gigantesca y brillante ave de acero salía ya de la cortina de lluvia y de la bruma y se posaba solemnemente sobre la pequeña pista. Dos horas después despegábamos y regresábamos a Caracas llegando a esta ciudad en un solo vuelo.

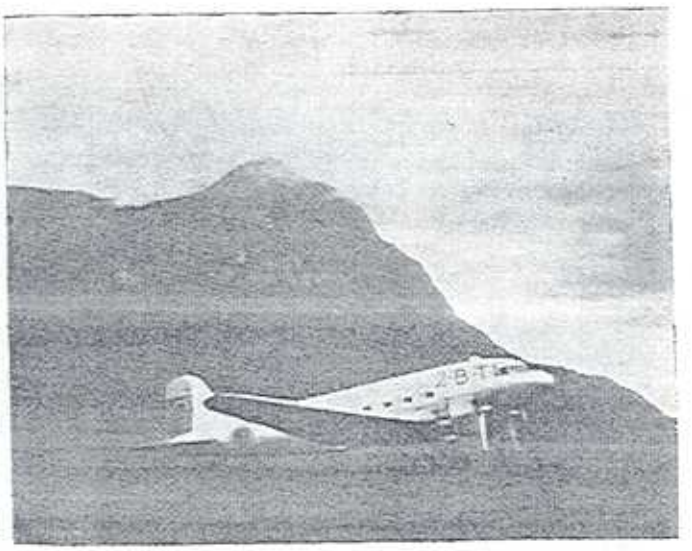
La expedición, por su parte, había seguido su camino y estaba en este momento sobre las faldas del Marahuaca, montaña cuya ascensión iba a intentar.

El Servicio de Búsqueda y Salvamento fué movilizado nuevamente y yo regresé al Amazonas en un Douglas de la Fuerza Aérea piloteado por los tenientes Cova y Araque y equipado especialmente con el material de paracaídas del Servicio de Búsqueda y Salvamento. Uno de los miembros más destacados de la red de radioaficionados viajaba también en esta ocasión para intentar un contacto con la misión durante el vuelo.

El avión aterrizó en La Culebra donde tomó a su bordo los científicos venezolanos cuya misión había terminado. Tuvo que esperar hasta las 5 de la tarde porque las condiciones atmosféricas sobre el Marahuaca eran muy difíciles. Aprovechando uno de los pocos y fugaces claros que se producían entre las nubes, el avión alzó el vuelo y se lanzó a la difícil búsqueda del campamento sobre los flancos escarpados del Marahuaca. Esta enorme formación rocosa, la más importante del Amazonas, se presentaba llena de secretos y peligros para el aviador. Había sido imposible ponerse en contacto por radio con la expedición. Las continuas tempestades y las nubes negras que cubrían la montaña dificultaban la comunicación y el reconocimiento aéreo. Durante una hora el avión voló en estas gargantas profundas y poco a poco la tripulación perdía la esperanza de localizar el campamento. Por fin, al favor de un claro, fué divisada una minúscula mancha sobre la densa vegetación que cubre el flanco de la montaña. En ese momento se vió elevarse del suelo un cohete luminoso. Aquella era la señal dada por la expedición.

Inmediatamente se dispuso el lanzamiento de las provisiones por medio de los paracaídas de carga. El avión tuvo que pasar seis veces a fin de poder localizar bien el diminuto campamento. A pesar de las malas condi-

(Pasa a la Pág. 12).



El avión "2-R-T", de la Fuerza Aérea Nacional, al pie del cerro Duida.

EL SERVICIO DE BUSQUEDA Y SALVAMENTO DEL...

(Viene de la pág. 3)

ciones atmosféricas y del peligro que constituía esta maniobra aérea efectuada casi a ras del suelo, fueron lanzadas nueve cajas de víveres y de material por medio de los paracaídas. La noche se echaba encima aumentando considerablemente los peligros. Ni un momento cesaron los remolinos que sacudían el avión y lo hacían descender violentamente como es característico en todas las regiones montañosas.

Yo estaba inquieto, en la incertidumbre en que me encontraba por no poder observar los puntos de caída y de hacer alguna corrección. Pero más tarde el doctor Barnés, jefe de la expedición, anunció por radio que todos los paracaídas habían llegado bien.

Ya entrada la noche el avión regresó a Puerto Ayacucho, donde pasó la noche. Al día siguiente aterrizó en la Carlota antes de restituirse a su base de Maracay.

Los resultados recompensaron largamente el paciente trabajo realizado por el Servicio de Búsqueda y Salvamento de Venezuela, cuya importancia aumenta cada día con los progresos y el desarrollo de la aviación en el mundo.

Primeras Fotografías de la Expedición de la U.P.R. en Tierras de Venezuela

Estas son las primeras fotografías de los miembros de la expedición de la Universidad de Puerto Rico en tierras de Venezuela. Las mismas son una cortesía del capitán Denois, jefe del Servicio de Búsqueda y Salvamentos Aéreos del Ministerio de Comunicaciones de Venezuela. Arriba, a la izquierda, vemos al jefe de la expedición, señor Ventura Barnés, en cuclillas, frente al trasmisor de radio, cuando trataba de comunicarse con Puerto Rico desde el aeropuerto de Puerto Ayacucho. Lo observan el profesor del Colegio de Agricultura, Juan E. Rivero, y el capitán Denois. Al centro, el cacique de los indios Maquiritares, Paul Pódano; a la derecha, el capitán Denois, quien descenderá en paracaídas el próximo lunes sobre el campamento de Culebra, para llevar provisiones a los expedicionarios, y estudiar las posibilidades de utilizar una vieja pista de aterrizaje. Abajo, en primer término, vemos de izquierda a derecha, a los miembros de la expedición, señores Barnés, Rivero, Gandía, Roberto Reuter y Maldonado. A la derecha, bongos en Sanariapo, sitio de embarque de la expedición universitaria puertorriqueña. (Fotos cortesía del capitán Denois.)

Exploradores Puertorriqueños Hacen Gestión a Través Muñoz

Gobernador Envía Cable al Embajador Venezuela. Adelantan los Planes Para la Pista de Aterrizaje

PONCE, abril 12 (Por Miguel Rivera, Corresponsal) — El director de la Expedición de Científicos puertorriqueños en Venezuela, señor Ventura Barnés, solicitó hoy por radio del licenciado Pedro A. Pizá que le pidiera al Gobernador Muñoz Marín que enviara un cable al Presidente de la Junta Militar del Gobierno venezolano, para que solicite del embajador americano en aquel país que les enviara, con el primer abastecimiento aéreo de víveres, los dos rifles que dejaron en dicha embajada se quejaron de la lentitud con que la embajada americana venía atendiendo el asunto y agregaron que los rifles los piden a solicitud de los indios maquiritare que le sirven de guía, ya que le temen a una emboscada de la tribu guansjibo.

El gobernador exipidó ayer el cable solicitado.

Barnés dijo también que no habían tenido dificultades con los alimentos, ya que los han racionado debido a la abundancia de pesca y caza en la región de Culebras. Añadió que la manivela de la máquina fotográfica se había roto y que el venezolano Gilberto Sibles les enviará otra con el primer abastecimiento de alimentos, el cual esperan recibir antes del viernes.

El señor Reutor le pidió al licenciado Pizá que le transmitiera un mensaje a su esposa en Mayagüez y dijo que el día de ayer lo habían dedicado a preparar el viaje hacia la región de Marihuaca.

Un grupo de venezolanos del Departamento de Fomento del Gobierno de Venezuela se unirá a la expedición cuando esté lista la pista de aterrizaje en la meseta de Culebras, cuyos planes adelantan.

Por otro lado, un grupo de indios está haciendo brechas de Culebras a Tapuca, donde se instalará un subcampamento; el viaje a esa región tomará tres días a la expedición. De ahí seguirán hacia la falda del monte Marahuaca, que se levanta a 8.600 pies sobre el nivel del mar. Correos indios llevan mensajes a la avanzada que abre la brecha.

La expedición solicitó también un mensaje del Gobernador a la embajada en Venezuela, para que se le permita al señor Gerardo Sibles retrasmitir los mensajes del señor Barnés por la emisora YB-6-AR, pero esto no podrá lograrse porque Sibles carece del equipo necesario.

Si la máquina fotográfica está disponible, la expedición tomará fotos para EL MUNDO, del salto en paracaídas del señor Denois en los próximos días, quien investigará la topografía de la meseta de Culebras. La descripción de la maniobra, será reseñada por EL MUNDO, de acuerdo con los datos que nos ofrecerá el señor Barnés.

Posponen el Abasto Aéreo Para Expedicionarios en Venezuela

Se Recibió Cable de Muñoz Pidiendo Permitan A Boricuas Usar Sus Rifles. — Dieta Selvática

PONCE, abril 13. (Por Miguel Rivera, corresponsal) — El cable enviado por el Gobernador de Puerto Rico, señor Luis Muñoz Marín, se recibió ayer miércoles a medio día en la Embajada de Estados Unidos en Venezuela, según informó el señor Gerardo Sibles, dueño de una emisora de aficionados en Caracas.

El objeto del cable es pedir se le dé autorización a la excursión al Amazonas, para usar sus rifles. El señor Sibles se comunicó ayer con la estación KP4ES, del señor Pizá en Ponce. Según informa el jefe de la expedición, doctor Ventura Barnés, hijo, los rifles que se iban a utilizar hubo que dejarlos en la Embajada, debido a que se necesitaba un permiso del gobierno para poderlos llevar.

Mañana se esperaba el primer abastecimiento aéreo para la expedición, pero debido al trámite del uso de los rifles, ha sido pospuesto hasta el próximo lunes.

Explora Cerro Dulda

Johnny Rivero, de la expedición, informó que visitó el Cerro Dulda, que tiene 5,000 pies de elevación sobre el nivel del mar. Le acompañaron dos indios, habiendo salido el martes a las diez de la mañana y llegando a la cúspide del cerro a las siete de la noche del mismo día. Salió del cerro a las siete de la mañana y llegó a la base de Culebra a las tres de la tarde.

Explicó Rivero que estuvo nueve horas escalando el cerro, regresando con plantas y pájaros raros. Según manifestó, abundan en aquel lugar los guacamayos. No tomó la temperatura de la meseta, por no

(Continúa en la página 14, Col. 8)

Posponen el Abasto . . .

(Continuación de la página 1)

llevar termómetro, pero en cambio se tomaron valiosas fotografías, aunque tuvo una rara experiencia, consistente en que se cubrió de garrapatas y piojos a granel.

El venezolano Domingo Saavedra, que a nombre del Gobierno de Venezuela va en la expedición, expresó para los lectores de EL MUNDO que conoce al dedillo a los indios guaharajibos.

Saavedra tuvo encuentros con los aludidos indios en cuatro ocasiones distintas. Estos indios, en dichas ocasiones, le quitaron la ropa, le escupieron el rostro, le doblaron la nariz y le hicieron ingerir tabaco masticado por ellos. Pero no pusieron en peligro su vida.

En cambio, los indios maquiritares le tienen un pánico cerval a los guaharajibos, y temen introducirse en el territorio de éstos si no se les provee de escopetas y rifles.

Comen Salcocho de Mono

Barnés reitera que el Gobierno venezolano ha ayudado mucho a la expedición, y que en vista de eso le ofreció los beneficios de la misma para el futuro económico de la nación.

Expresó el doctor Barnés a EL MUNDO que tienen abundancia de comida, pero que la misma consiste de carnes de mono y de caimán. El mono lo comen de modos diversos, asado, salcochado, etc. Ayer el menú consistió, entre otras cosas, de mono salcochado.

Un grupo de periodistas venezolanos entrevistó ayer a los expedicionarios, por medio de la estación del señor Sibles. También hablaron con el señor Barnés, a través de la estación del señor Pizá, desde Ponce, la señorita Denis Barnés, hermana del jefe de la expedición, don Pedro Fullana y la señora Leticia Delpín.

Informó el señor Barnés que además de los cinco boricuas que van en la expedición, hay tres venezolanos, que son Hugo Corán, del Ministerio de Agricultura, Domingo Saavedra e Ildefonso Villegas. Van además 21 indios maquiritares, con su jefe Paulo Podamo, y a éstos se unirán 14 más.

Estos días han sido dedicados por los expedicionarios a la organización del viaje al Cerro Marahuaca. Permanecen en Culebra, donde radica el campamento, y desde donde partirán al cerro mencionado. Los indios maquiritares están abriendo las brechas desde Caño Negro hasta el Marahuaca.

Expedición Al Orinoco Come Carne de Mono

CARACAS, abril 13. (PU)— Carne de mono comieron los miembros de la expedición científica puertorriqueña que intenta subir al Cerro Marahuaca, en el Territorio Federal del Amazonas. La noticia fue recibida en Caracas en mensajes transmitidos por la expedición y captados acá por radio-aficionados.

La expedición está dirigida por Ventura Barnés y la integran además los doctores Rudolf Reuter Gandía, Maldonado Rivero y un representante del Ministerio de Agricultura. La expedición se encuentra actualmente en el Cerro La Culebra, esperando provisiones las cuales serán llevadas por el paracaidista francés capitán Etinne Xenois, al servicio del Ministerio de Agricultura.

La expedición informó que perdió las provisiones cuando se volcó una canoa en un paso de los rápidos del Alto Orinoco. Los expedicionarios tienen aún esperanzas de llegar a la cima del Cerro Marahuaca, de unos 9,600 pies de altura, el cual no ha sido pisado aún por planta humana.

Llevaron Ayer Abasto Aéreo A Expedición

Avión Salió de Caracas Por la Mañana.— Indios Regresan a La Culebra

PONCE, abril 14. (Por Miguel Rivera) —La expedición puertorriqueña que va camino del Marahuaca en la selva venezolana esperaba recibir el primer abastecimiento aéreo a la 1:00 P. M. ayer. El abastecimiento consistiría de comestibles, equipo y correspondencia y habría de constar de 25 paquetes.

Se informó que el avión portador del abastecimiento partió a las 9:15 A. M. ayer desde el aeropuerto La Carlota, en Caracas, haciendo escala en San Fernando a las 11:00 A. M., desde donde habría de seguir viaje hacia el área en que se encuentra la expedición.

La expedición ha estado recibiendo instrucciones de estaciones de radioaficionados en relación con el primer abastecimiento que se les envía, consistiendo una de estas instrucciones en el hecho de que sólo deben preparar una sola fogata que permita observar la dirección del viento.

El capitán Denois, de las Fuerzas Aéreas venezolanas, tenía el propósito de lanzarse en paracaídas para examinar la pista de aterrizaje construída en La Culebra y darle su aprobación, de ser sus condiciones satisfactorias.

Llevan Equipo

Información recibida de los expedicionarios, indica que ya han regresado a La Culebra dos grupos de indios que llevaron parte del equipo hasta Papuca; de aquí irán directamente al Marahuaca. Otro grupo de indios salió el último jueves, para llevar el resto del equipo. El que recibirían ayer por la vía aérea los expedicionarios, sería despachado en la mañana de hoy rumbo a Papuca.

La expedición, de acuerdo con los últimos informes recibidos, ya es dueña de una extensa y variada colección de aves, reptiles y plantas de diversa índole, esperándose que salga lo antes posible hacia el lugar de su objetivo final.

Barnés Habla a Hermanas

Don Francisco Girón, de la firma Valdejully & Segarra, de esta ciudad, habló con Ventura Barnés usando la estación KP4ES, del licenciado Pedro Pizá, ofreciéndole el envío de ropa a los indios a través de la Embajada Americana en Caracas.

Barnés habló con sus hermanas Belén y Denis, residentes en Ponce. Una de éstas le encargó cierta yerba indígena, cuyo uso se considera eficaz en el tratamiento del asma

(Continúa en la pág. 14 col. 5)

Llevaron Ayer . . .

(Continuación de la página 1)

bronquial. Barnés le había hablado de esta yerba a su hermana, prometiéndole conseguirla en las andanzas de la expedición por aquellas tierras.

Ayer se esperaba la llegada a Ponce de algunos familiares de los expedicionarios residentes en Mayagüez y San Germán, los cuales se proponían comunicarse con éstos a través de la estación del licenciado Pizá.

Siguen Comiendo Monos

Los expedicionarios, según informaron, siguen consumiendo carne de mono, utilizando la del mono conocido como "marmota", cuyo peso es de 35 a 40 libras. Utilizan además, la del mono "chipulo", que es más pequeño y carece de rabo.

Aún no ha sido resuelto el asunto del permiso para el uso de los rifles por los miembros de la expedición, de acuerdo con la última información recibida de éstos.

CARACAS, abril 14. (PU) — La expedición científica puertorriqueña informó por radio que decidió atravesar la zona de los indios guaharibos en vez de pasar a través de las serranías para alcanzar la cumbre del cerro Mataguaca, en la región del sur de Venezuela.

La expedición, que encabeza Ventura Barnés, estudiará la fauna y la flora de dicho cerro virgen.

Dijo Barnés que el guía aconsejó arriesgarse a pasar por el territorio de los guaharibos, quienes son indios altos, belicosos, de porte atlético, tipo mongólico, cabello cortado a rape y el mechón les cae sobre una oreja. Otros miembros de la expedición son Héctor Gandía, Juan Rivero, Jenaro Maldonado, Roberto Reuter y Hugo Carrión. Está patrocinada por la Universidad de Puerto Rico y las Naciones Unidas.

Familiares Hablan Con Expedicionarios en el Alto Orinoco

Los familiares y amigos de los miembros de la expedición que se encuentra en las selvas del Alto Orinoco fueron a Ponce para comunicarse con ellos a través de la estación de aficionados KP4ES, propiedad del licenciado Pedro Pizá. De izquierda a derecha, primera fila: señora Eneida B. de Rivero, esposa de Johnny Rivero; señora Cielo D. Reuter, esposa de Bob Reuter; señora María Capriles de Maldonado (con el micrófono en las manos), madre del señor Maldonado; Turín Barnés, hijo; señora Carmiña P. de Barnés, esposa del cabecilla de la expedición, señor Ventura Barnés; y la hija de éstos, Carmencita Barnés. En la segunda fila aparecen el señor Tomás Rivera y la señora Altagracia Serra de Pizá, esposa del licenciado Pedro Pizá. (Foto EL MUNDO, por Víctor Madera.)

CARACAS, abril 17. (PU)—Hoy llegaron los doctores Héctor Gandía y Roberto Reuter, miembros de la expedición puertorriqueña que trata de escalar el cerro Marahuaca en el sur de Venezuela.

Los expedicionarios regresaron con más de 400 muestras de la fauna y la flora de esa región y ocho mil pies de película. El regreso lo hicieron a bordo del avión de las fuerzas aéreas venezolanas que aterrizó en la pista improvisada en el Cerro de La Culebra, con provisiones a bordo, a no menos de cuatro días de viaje de la meta de la expedición.

Los doctores Gandía y Reuter declararon que el resto de la expedición seguirá el viaje pronto.

Un Antropólogo y Tres Técnicos Se Unirán a Expedición Boricua

Descubren Variedades de Piñas y Cazan Culebra "Lora". Corresponsal Rivera Les Lee EL MUNDO

PONCE. (Por Miguel Rivera) — Un antropólogo del Ejército norteamericano y tres técnicos del Gobierno de Venezuela se unirán a los expedicionarios puertorriqueños que exploran la Ilea Amazónica, según informaron los expedicionarios ayer en comunicación radiofónica que sostuvieron con este corresponsal.

El coronel Nespitt, del Ejército de Estados Unidos, y tres técnicos venezolanos que no fueron identificados se unirán a la expedición de la Universidad de Puerto Rico. Los planes originales al efecto disponían que aquéllos llegaran a la región de La Culebra, donde están acampados los expedicionarios, el próximo jueves, pero a última hora se alteraron los planes y los expertos mencionados esperan salir el próximo viernes, si para esa fecha el coronel Nespitt ya se ha unido a ellos.

Por otra parte, se informó que los expedicionarios han descubierto tres variedades de piñas que hasta ahora eran desconocidas, así como semillas de leguminosas y de árboles de sombra, útiles para la protección de cafetales; plantas medicinales e información sobre el uso que dan los indios a las mismas.

Cazan Culebra Lora

Asimismo, informaron haber cazado, para enriquecer la colección zoológica, una culebra conocida allí por "Lora", iguanas y templadoras. (Los expedicionarios no explicaron qué clase de animal es éste.)

Indicaron que la culebra mide 65 pulgadas (casi cinco pies y medio) de largo y está dotada de una cabeza excepcionalmente grande.

De la misma manera, explicaron que han tomado los datos necesarios para corregir los mapas existentes de la región, pues todos los conocidos son erróneos. Al efecto, relataron que el primer avión que aterrizó en La Culebra se hubiese perdido de no haber ellos suministrado información sobre las características, distancia, etcétera, del área a un aficionado de radio, quien se tomó el trabajo de preparar un mapa a base de dicha información para orientar al aviador.

Se Enteran de Noticias

Informaron, además, los expedicionarios que ayer esperaban llegar a Tapara los señores Rivero y Maldonado.

El señor Ventura Barnés, jefe de la expedición manifestó ayer estar muy complacido por el servicio que está prestando EL MUNDO a los expedicionarios. Este corresponsal lee por radio diariamente, para beneficio de los exploradores, las noticias más importantes del día publicadas por EL MUNDO.

Técnicos Se Unen A Expedición Hoy

PONCE, abril 18 (Por Miguel Rivera, corresponsal) — El señor Bob Reuther, quien acompañó a la expedición universitaria que dirige el señor Ventura Barnes a la región amazónic era esperado ayer en la Isla.

El segundo avión con abastecimientos, aterrizará en La Culebra, región donde se hallan los expedicionarios, hoy jueves, y suministrará a la expedición equipo, medicina y correspondencia.

Hoy jueves también se unirán a la expedición dos técnicos del Departamento de Comercio de Venezuela y uno del Departamento de Educación Nacional. Los dos primeros son geólogos. Asimismo se unirá al grupo el señor Gerardo Sibles, dueño de una estación de radio de aficionados.

El lúnes salieron hacia el sitio de Tapara, los expedicionarios Rivera y Maldonado, acompañados por el venezolano Domingo Saavedra y varios indios maquiritares. Los señores Barnés y García se quedaron en Culebra, para salir el jueves.

De martes a miércoles de la próxima semana saldrán para el Monte Marahuaca los expedicionarios. Llevarán sus rifles, ya que fueron autorizados para ello por el gobierno venezolano.

El señor Barnés se comunicó con una estación de radio de aficionados de Italia.

Exploradores Esperan Otro Aeroplano Hoy

PONCE. — (Por Miguel Rivera, corresponsal) — El avión que llevará abastecimientos y el grupo de técnicos que se unirá a los expedicionarios, es esperado por éstos mañana viernes.

Informó el señor Barnés que las colecciones de fauna y flora están siendo duplicadas, para dejarlas al gobierno de Venezuela.

Ayer unieron a la colección un ave muy rara. Es de tipo canario, color negro brillante, alas rojas incandescentes y blancas, mide 4½ pulgadas de largo.

Han coleccionado además semillas de frutas muy raras, y de plantas igualmente raras.

Todo el equipo ya se encuentra en Capuca, con Rivero y Maldonado, quienes llegaron ayer. Allí han establecido un pequeño campamento a orillas del río. Viven en casetas de campaña.

Gandía y Barnés permanecieron esperando en Culebra a los que se van a unir a la expedición.

Barnés desea hacer llegar a través de EL MUNDO un mensaje de felicitación a su hijito, residente con su familia en Mayagüez, por ser mañana día de su cumpleaños.

Antes de emprender la aventura que significaba hollar las sierras desconocidas de la Gran Sabana, en misión científica que patrocinan las Naciones Unidas y la Universidad de Puerto Rico, el doctor Ventura Barnés, que dirige la expedición, y el doctor Juan A. Rivero, especialista en reptiles —uno de los integrantes— se dejaron retratar en Puerto Ayacucho, a las puertas de un destino que todavía está por decidirse entre las inmensas soledades de Guayana. — (Información en página 22.)

ACELERAN LA PARTIDA AL CERRO MARAHUACA

PONCE, 21 de abril. (Por Miguel Rivera, corresponsal). — Mañana llegará el segundo avión con abastecimientos al campamento de la Culebra, donde se han establecido los exploradores puertorriqueños que escalarán el Monte Marahuaca, en la región amazónica.

También llegará mañana un grupo de venezolanos con dos geólogos, y el señor Nespitt del Ejército de Estados Unidos, a los que acompañará el señor Kelton, de la Embajada Norteamericana en Venezuela.

El doctor Ventura Barnés saldrá el lunes para Tapararaba y de allí se dirigirá al Caño Negro, acompañado del venezolano Saavedra y dos indios maquiritares y el resto de los expedicionarios permanecerá en la Culebra. De Caño Negro pasará la expedición al Cerro Marahuaca.

Gandó

Debido a nuevas informaciones, hemos decidido tomar otra ruta hacia el Marañuca. Mi ruta será desde este punto directamente a la pata del Marañuca según lo demuestra el [illegible] que acompañamos. Siguiendo esta ruta ahorraremos bastante tiempo de [illegible] [illegible] en verdad que atravesaremos más terrenos quebrados, pero vale la pena hacerlo. No le dejen nada a la indiera para que no vayan a picuarear. Informale todo a Sgto. e Hijo. Sigo de aquí en adelante debe tomar las riendas de la ruta. Ya que es el único que conoce parte del camino. Vayan nuestras huellas, demarcaremos esa [illegible] bastante visible y marcaremos frecuentemente nuestro paso con tiritas de [illegible] y cortes en los árboles. Estoy seguro Sgto. no perderá el camino.

Tres llevamos toda la indiera con caletero completo de comestibles y equipo personal en lo posible. El resto de [illegible] lo encontrará aquí. Con los indios que tienes sal en seguida no perdan tiempo, ya que tienen 2 indios además de Sgto. e Hijo. Lo que no puedan llevarse lo dejan en esta troja bien protegido con las carpas medianas y bastante lejos del río donde no lo alcance una crecida. Dale preferencia al radio y al aceite médico. No olviden las armas [illegible] la [illegible], pero no

[illegible] de [illegible] [illegible] pendientes de [illegible]. Te enviaré los indios que me llevo tan pronto sea posible, pues que los [illegible] a mitad de camino, de manera que estos continúen hasta [illegible] negro (Azul) y retornen cargados. Pedales dejen [illegible] largas y [illegible] antes de los terrenos. Si lo creyeran necesario [illegible] de no volver, [illegible] bien, pero apuren el paso.

No hemos podido conseguir más indios de las caleteras, éstos no han llegado aún pero ya están avisados. Solo nos llevamos [illegible], cargados como [illegible], encargados a nosotros, no han [illegible] más remedio. Cree de que lleguen los de las caleteras [illegible] los [illegible] por delante.

Hemos tenido que volvernos hasta [illegible] [illegible] el punto.

Recuerda que tiene que haber una cuadra aquí para el regreso, y como es [illegible] en Paul, a Sgto. e Hijo con la indiera que pasen [illegible] pequeña de las que [illegible]. Pueden que [illegible] que esto es [illegible] considerando el camino, que estoy seguro será fácil después que le metan el hecho, pues y hay que hacer el resto.

Recomendaciones

1- No dejar que los indios vayan armados, [illegible] [illegible]
2- [illegible] de necesidad urgente no olviden los [illegible]
3- No hagan disparos durante travesía.
4- Confiar las direcciones a Sgto. Segundo.
5- Apretar el paso.
6- [illegible] en el campamento "[illegible]"
7- Cuidar el radio como a fiera una nueva que [illegible] mucho, pero bien cuidado.
8- No menciones guaraníes a indios caleteros, pero por el tanto debido a Sgto. e Hijo. Over

Ruta a Seguirse

Te recomiendo no pisar el radio por el [illegible] no estar la cuadra aquí, pero [illegible] [illegible] bien pasa. No [illegible] falle el punto [illegible] el radio sobre el mismo.

De mi esta decente que [illegible] [illegible] y el de los compañeros que vienen contigo.

Mas [illegible] tuyo,

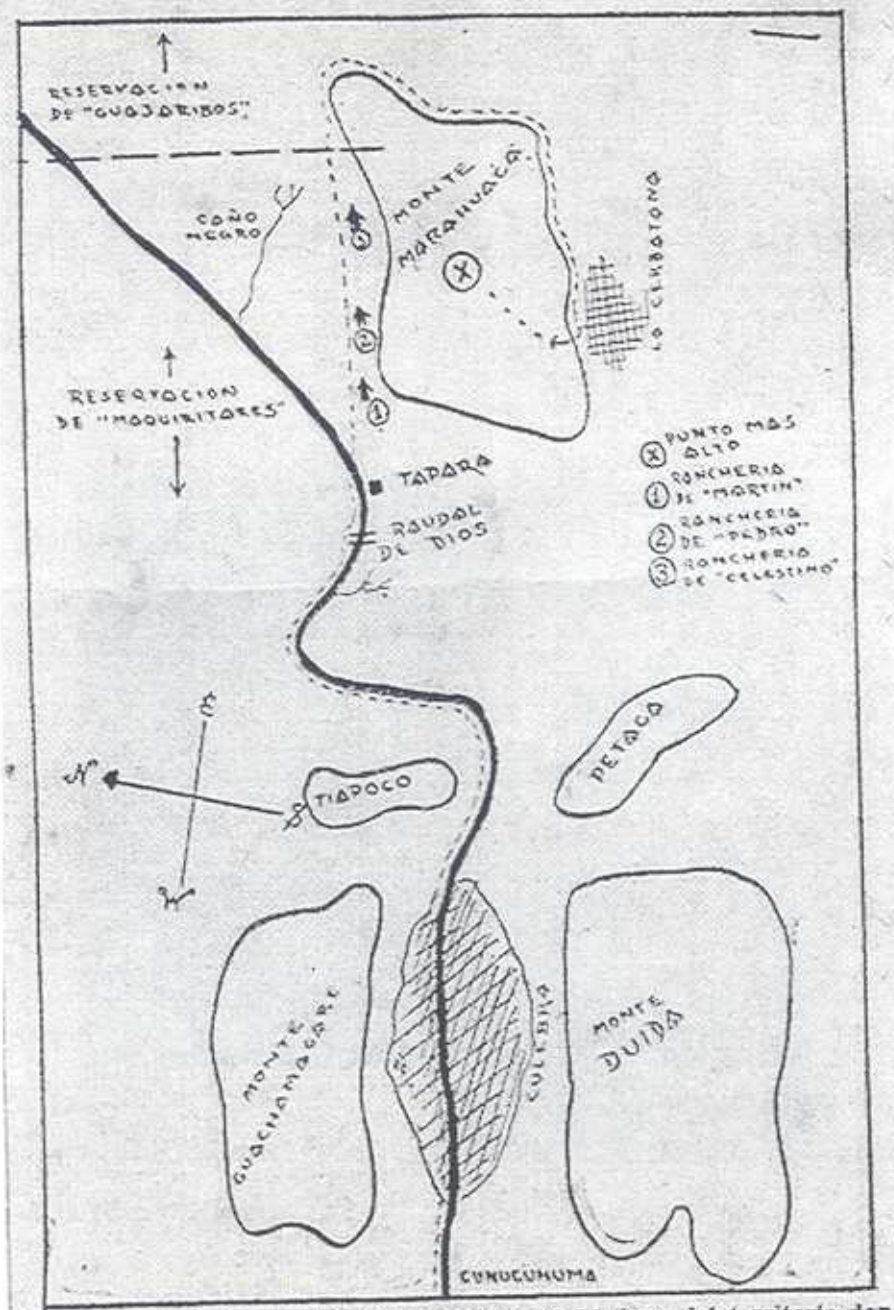
[illegible]

Turín

[illegible] salud, nosotros [illegible] [illegible] y ADELANTE EL PASO

[illegible]

Boricuas Atraviesan Zona Guarajibos



Croquis preparado por el fotógrafo Víctor M. Madera, del territorio donde se encuentra la expedición Universitaria al Alto Orinoco. La línea cortada a lo largo del río Cunucunuma, es la trayectoria que sigue la expedición. De Culebra a Tapara irán en botes, pasando por el Raudal de Dios. De Tapara al Monte Marahuaca, van por la selva, cruzando por el territorio donde residen los indios gujaribos, en la frontera del Caño Negro.

CARACAS, Venezuela, abril 25. — (PU) — La expedición puertorriqueña trata de alcanzar el Pico de Marahuaca en la Guayana Venezolna, después de finalizada la primera etapa de su viaje en la región de los Indios Guanahibos, al llegar al lugar llamado Tapapa.

La expedición, que trata de obtener ejemplares de la fauna y la flora de dicho pico, donde no ha pisado el hombre todavía, se encuentra actualmente atravesando la zona de los peligrosos indios guanahibos, quienes han demostrado constantemente belicosidad hacia los blancos.

Expedición Orinoco Esquiva A Salvajes

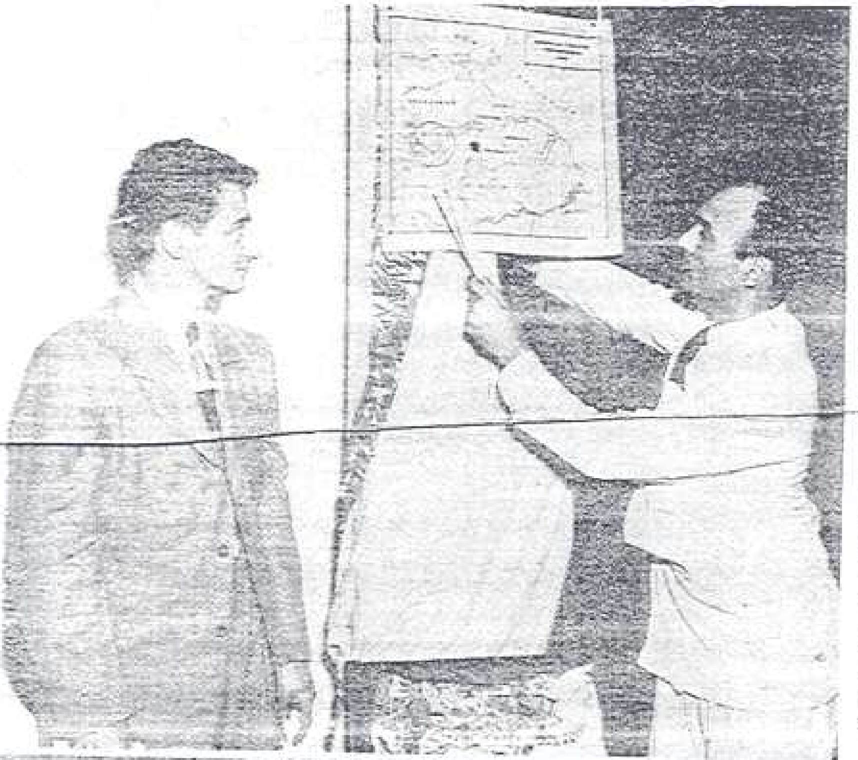
La expedición puertorriqueña al Alto Orinoco, en la América del Sur, que dirige el profesor Ventura Barnes, bajo los auspicios de la Universidad, ha establecido su base de operaciones en un punto conocido por Raudal Culebra, después de haber ascendido por el Orinoco. Así lo informó el doctor Barnés al presidente de la Junta de Planificación, Rafael Picó.

El doctor Picó se comunicó por teléfono con la expedición desde su oficina, por medio de la estación de radio de Pedro Pizá.

Desde el Campamento Culebra la expedición partirá hacia el este y tendrá que atravesar el Monte Wataba Sirú antes de llegar al Cerro Marahuaca. El Wataba Sirú alcanza más de 6,000 pies de altura. Esta ruta es preferible a la seleccionada originalmente, ya que todo el territorio al este del Monte Duida y al sur del Marahuaca está infestado por indios Guaharibos, reconocidos por su fiereza. La expedición espera hacer contacto con los Guaharibos cuando se acerquen al Monte Marahuaca, pero confían en que no tendrán muchos tropiezos con ellos.

La expedición está llena de ánimo e informa que confía llegar hasta la misma cúspide del Marahuaca, que se estima en más de 8,000 pies de altura. Dice Barnes, "Si no llegamos a la cima del Marahuaca es porque nadie puede escalarla". Todos los expedicionarios están gozando de perfecta salud.

Expedición UPR Explora Región Desconocida del Amazonas Plantará Insignias Universidad en Cumbre Monte Marajuaca



En la madrugada del 6 de marzo salió de Puerto Rico la expedición que auspicia la Universidad de Puerto Rico y que dirige el señor Ventura Barnés, con el fin de explorar la región del Monte Marajuaca, en el alto Amazonas, la cual no ha sido aún hollada por la planta del hombre.

Diariamente los expedicionarios se comunican con aficionados de radio en Puerto Rico, habiendo muchos de ellos sostenido conversaciones con sus familiares.

En comunicación reciente dirigida al Rector de la UPR, señor Jaime Benítez, el jefe de la expedición explica las primeras andanzas expedicionarias y afirman que "esperamos tener la oportunidad de plantar allá arriba las insignias de la UPR".

Los propósitos de la expedición, que estará cuatro meses y medio en el Alto Orinoco, son coleccionar especímenes de la fauna y la flora de dicha región de [illegible] muy poco introducir en Puerto Rico plantas de utilidad económica, medicinal y ornamental; estudiar la vida de los indígenas de la región, que según se sabe guardan parecido con los indígenas naturales de Puerto Rico; estudiar la geografía y geología de dicha región y estudiar las enfermedades tropicales, [illegible] miembros de las Fuerzas Armadas del Ejército que van en la expedición.

Con toda posibilidad la expedición [illegible] ejemplares de la fauna y la flora para el Museo de la UPR y el herbario de la Estación Experimental. Se han hecho arreglos con el Instituto Smithsonian de Washington y el Jardín Botánico de Nueva York para la identificación de los especímenes.

Brasil y otros países suramericanos, al igual que la UNESCO, han sido los auspiciadores de la idea de que se organizara una expedición de este tipo para hacer la exploración de la región mencionada, que se considera tierra desconocida. El señor Ventura Barnés es veterano en esta clase de expediciones, ya que ha realizado algunas en distintas regiones suramericanas.

El monte Marajuaca, a [illegible] pies sobre el nivel del mar, está habitado por indígenas. Su flora, su fauna y la vida de estos indígenas son desconocidas, por lo que se estima que la empresa es bastante peligrosa. [illegible]

La expedición estaba señalada para el año próximo pasado, pero fue suspendida por diversas razones, una de ellas el período de lluvias prolongado que es típico en algunos meses del año en dicha región.

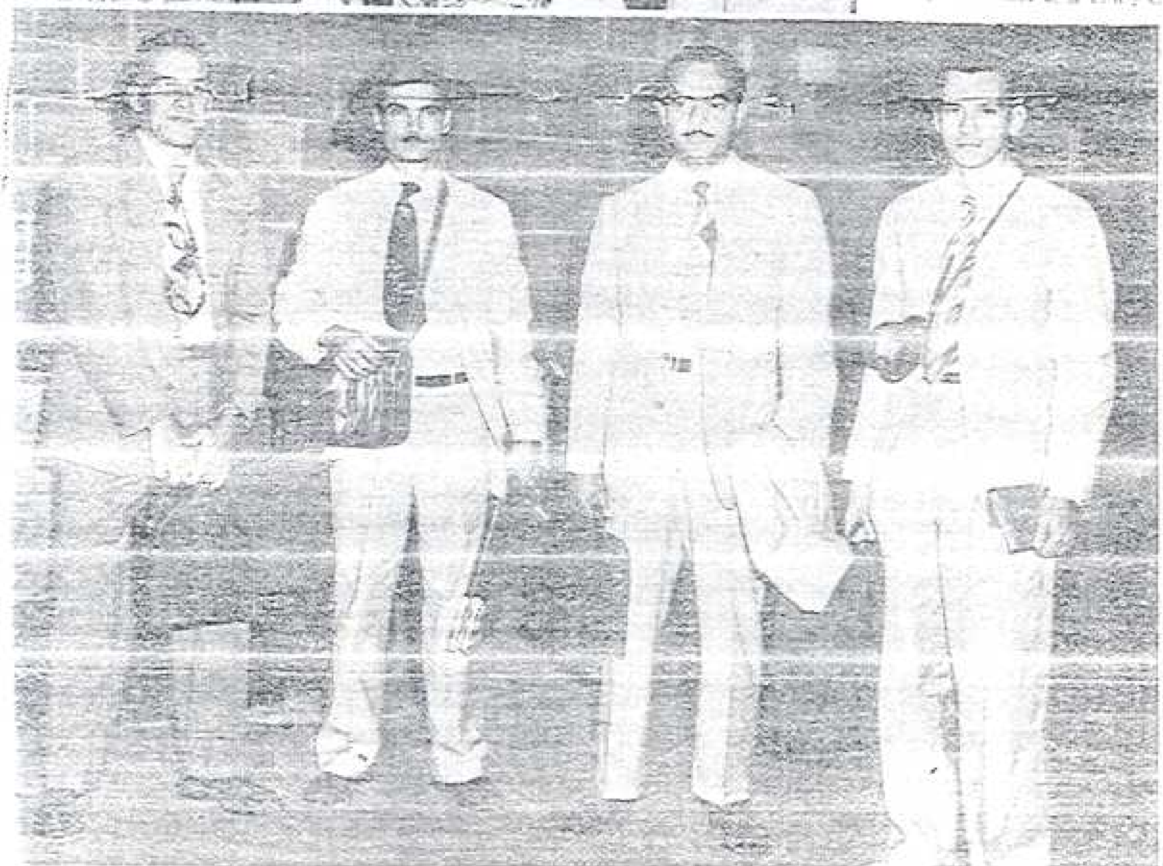
La carta de Barnés al rector Benítez tiene el sabor de una de las páginas de La Vorágine, y evidencia el arte y la ternura del explorador puertorriqueño ya avezado en estas correrías por las selvas sudamericanas.

Aunque Barnés ha tratado con diversas tribus de las selvas hispanoamericanas, esta vez va más [illegible] para evitar un encuentro con los Guaharibos, que según dice, son "siempre hostiles al extranjero, sea indio, blanco o irracional". Para las otras tribus, entre [illegible] encuentran los Maquiritares, llevan los expedicionarios un [illegible] de las tiendas "cinco y diez", entre ellos objetos en cuentas, espejos, cuentas de diversos colores, cuchillos, [illegible] de diversos [illegible] rojas.

El Ministro de Comunicaciones de Venezuela expidió licencia a los exploradores para el uso del radio portátil que llevan, y según indica el señor Barnés "esta es la primera vez que se le concede permiso a unos extranjeros para comunicarse [illegible] Venezuela".

El Gobernador del Territorio Amazonas, coronel Nucete Paoli, ha cooperado con los expedicionarios. Este funcionario esperó a la expedición en el aeropuerto y puso a su disposición un automóvil y autorización [illegible] Caracas por la radio portátil. Diariamente la expedición se comunica con Puerto Rico. Las letras de su estación son YV6AH.

Pase a la Página 5



En la foto de arriba vemos al jefe de la expedición, señor Ventura Barnés, mientras explica al Rector Jaime Benítez de la UPR la trayectoria del viaje al Alto Orinoco. En la otra foto vemos a los científicos universitarios Héctor Gandía, Ventura Barnés, Genaro Maldonado y Juan B. Rivera, antes de partir rumbo a Caracas, desde donde salieron a explorar una región del Amazonas jamás visitada por el hombre civilizado.

UNIVERSIDAD
Órgano Oficial de la Universidad de Puerto Rico

Oficinas: Editorial Universitaria, Río Piedras, Puerto Rico.
Aparece una vez al mes.
Precio de subscripción: un dólar al año.
Entered as second class matter, Nov. 13, 1948 at the Post Office, Río Piedras, P. R.

Expedición UPR Explora

Viene de la página 2

transmitirán en 10.20 y 40 metros a las 6:30 de la mañana y al mediodía, hora de Venezuela.

En su carta al rector Benítez, informa el señor Barnés que la expedición se encuentra ya a orillas del Orinoco, en Puerto Ayacucho, capital del inmenso Territorio Amazonas, en la parte meridional de Venezuela. La expedición salió de Caracas el último jueves, en uno de los aviones de la Aeropostal Venezolana.

Expresa el señor Barnés que "volamos por sobre las montañas de los Andes del Norte, bajando luego y volando bajo por sobre los llanos que comprenden ilimitadas sabanas que van a hacer horizontes en la lejanía. Volando desde bastante altura tuvimos la oportunidad de admirar el bonito panorama que ofrece el llano por lo general desprovisto de vegetación alta.

"Seguimos la ruta del sur de los llanos bajando en Calabozo, San Fernando de Apure, Puerto Páez y por último Puerto Ayacucho. Ya cerca de este último punto apareció de pronto la larga silueta del Orinoco. Desde lo alto del río ofrece un aspecto soberbio; tal parece ser el desahogo de un continente por donde correr todas las aguas de su inmenso hoila buscando siempre un nivel más bajo, arrastrando cuanto encuentra a su paso. El caudal del río es bastante bajo por motivo del prolongado "verano", inmensas afloraciones de granito y hematita se ven formando asociaciones en ambas márgenes en las proximidades de Puerto Ayacucho.

El señor Barnés se encontró en el sitio de su arribo con los señores Rivero, Maldonado y el doctor Curran, que previamente habían sido enviados por él. El doctor Curran representa al Ministerio de Agricultura como técnico de árboles maderables.

La expedición arribó a Puerto Ayacucho a las dos de la tarde. El viaje se hizo en ocho horas. En épocas anteriores al avión, el viaje tomaba meses y las expediciones se hacían difíciles.

Transcribimos el itinerario del viaje, según explicador por el señor Barnés: "Ya tenemos todo listo para iniciar la parte más interesante del viaje, remontar el Orinoco. Saldremos desde Sanariapo en falca grande con capacidad suficiente para transportar el personal y todo el equipo y bastimento. Esperamos arribar a San Fernando de Atabapo en dos jornadas completas. Olvidaba mencionar que no fué posible llegar a Atabapo en avión por encontrarse la pista de aterrizaje en pésimas condiciones, debido a las inundaciones del Orinoco, en la última época de agua.

"De Atabapo haremos en otra jornada larga la travesía remontando el Orinoco hasta los raudales de Santa Bárbara, en la boca del Río Ventuario. Desde este punto continuaremos la navegación hasta llegar a Temblador y de Temblador a Tama-Tama, en otras dos jornadas.

"La última etapa por el Orinoco será hasta la boca del Conucunuma, por donde entonces remontaremos hasta llegar a los raudales de Picure, Culebra y el Raudal de Dios. Hasta este punto Cunucunuma arriba, lo cual se cubrirá en cinco jornadas, es hasta donde podremos llegar en falca y piragua. Aquí iniciaremos la última etapa del viaje para llegar al ya legendario Cerro Marahuaca. Haremos contacto con los indios Maquiritares en este punto, la tribu que manda el cacique Paulo Podamo, a quien ya conozco y quien nos espera en la desembocadura del Cunucunuma para servirnos de baquiano, de paso a los raudales que siempre ofrecen peligro a quien no los conoce. Desde la ranchería de Paulo Podamo, entonces con los Maquiritares como caleteros, empezará a atravesar la selva espesa hasta alcanzar el Marahuaca. Cuánto tiempo nos tomará esta travesía es difícil precisarlo con exactitud, pero haremos lo posible por aprovechar las últimas semanas de sequía que nos separen de la entrada de lluvias.

"Recogiendo informaciones hemos sabido que el alto Cunucunuma aún se encuentra prácticamente desconocido; sólo los Maquiritares y Guaraibos habitan la región. Los nucheros, sarrapieros y otros colectores de látex siempre rehuyen remontar el Cunucunuma por considerarlo muy "cuidadoso" y de difícil acceso. Esperamos llegar a la cumbre del Marahuaca y tener la oportunidad de plantar allá arriba las insignias de la UPR y a la vez arrancarle al cerro sus muchos secretos naturales que han permanecido ajenos a la ciencia por tantos siglos. También hemos sabido que los indios Guaraibos se encuentran recogidos sobre el mediano y alto Podamo, de manera que esperamos evitar el contacto con esta tribu siempre hostil al extranjero, sea indio, blanco o racional".

Esperan Subir El Marahuaca Semana Del 15

Grupo Deja Expedición Para el Día 15 de Mayo. Barnés Recibe Bandera

PONCE, mayo 4. (Por Miguel Rivera)—Durante la mañana de hoy estuve conversando con el doctor Ventura Barnés, quien junto a sus compañeros de expedición se encuentra en la base del Marahuaca, sitio éste que han bautizado con el nombre de Jaime Benítez, en honor al Rector de la Universidad de Puerto Rico.

Reveló el señor Barnés que la expedición logró pasar por el territorio de los indios guanajibos, sin ser vistos por ellos.

Explica que un indio maquiritare, conocido por Julián, les enseñó una brecha que no conocían, para llegar al Marahuaca, economizándose cuatro días de camino.

La base de Marahuaca fué inspeccionada por el doctor Barnes, junto con el señor Rivero. Hoy se espera que la expedición salga de nuevo hacia la base del Marahuaca y se establezca en la misma, hasta que se decidan subir el monte.

Levantado Perpendicularmente

Interrogado sobre la posibilidad de subir la montaña, hasta ahora infranqueada por hombre alguno, el doctor Barnés dijo que parece imposible subir el Marahuaca, ya que éste se levanta perpendicularmente y su altura es de alrededor de seis a ocho mil pies.

Dijo sin embargo, que espera ascender el Marahuaca, de martes a miércoles.

El día 15 de mayo regresarán el señor Héctor Gandía y los técnicos del Gobierno de Venezuela y de Estados Unidos. En la expedición se quedarán solamente el señor Barnés, el señor Rivero y el señor Maldonado.

El doctor Barnés informó que recibió la bandera número 142 del Club de Exploradores de Nueva York.

Dijo que si las condiciones del tiempo mejoran, ya que ahora hay mucha neblina, habrán de recibir nuevos abastecimientos aéreos.

En el día de hoy, el doctor Barnés habló con su señora esposa por teléfono, utilizando el sistema de radio aficionado, del señor Pedro Pizá.

Tuvieron Choque Con Una Balsa India, Pero Sin Consecuencias

Varios Indios Hablan en "Español Difícil", A Corresponsal El Mundo.— Llegan a Zona Culebra

PONCE, marzo 9 (Por Miguel Rivera, corresponsal)— La expedición puertorriqueña al Alto Orinoco, en Venezuela, chocó con una balsa de indios mientras ascendían por uno de los ramales del río, cayendo al agua mujeres, niños e indios, sin consecuencias graves. Los expedicionarios se lanzaron al río, y ayudaron a los indios, aunque los niños de siete años "nadan como peces", según me dijo por radio el señor Ventura Barnés, jefe de la expedición.

Durante más de cuatro horas estuve hoy comunicándome por radio con la expedición, a través de la emisora KP4-8E, del licenciado Pedro Pizá.

El viernes, la expedición no se comunicó con Puerto Rico debido al exceso de trabajo, según explicaron ayer. El sábado la embarcación que usan no pudo navegar a la llanura del río teniendo que transportar el equipo— que pesa más de 11.000 kilos— en hombros.

En la conversación sostenida con nosotros, el señor Rivero dijo que se habían olvidado de los cocodrilos y los peces caribe que se bañan en los ríos, y toman agua sin cloro u otros elementos químicos.

Genaro Maldonado dijo que la embarcación parece navegar en escaleras, debido a las condiciones de los ríos y las cascadas que encuentran frecuentemente.

Al licenciado Bauzá, el señor Reuther le invitó a que se les uniera ya que "aquí hay abundante pesca caza". El venezolano Domingo Saavedra, saludó a Puerto Rico, y varios indios nos decían en un español difícil de entender, que tenían "mucho trabajo".

Hoy domingo volvimos a comunicarnos con la expedición por la emisora amateur del licenciado Pizá, y anunciaron que habían llegado a una piesta conocida por Culebra después de subir los dos últimos raudales— uno de los cuales es muy estrecho y contiene abundante piedra. Tuvieron que descargar el equipo otra vez, transportándolo en tablas, amarrado a sogas y poleas. Para llegar a esta zona tardaron tres horas y media; el último raudal se llama Picude y han cruzado ya los 18 que conducen al Alto Orinoco.

Los expedicionarios dijeron que estarán diez días en Culebra, que es la meseta anterior a su destino, e indicaron que el señor Denois, de la Guardia de Salvamento del Gobierno Venezolano, se lanzará allí en paracaídas para explorar el terreno y ver la posibilidad de improvisar un campo de aterrizaje.

Del cocinero venezolano que los acompaña, dice Barnés que condimenta muy bien los alimentos y que "el asopao de mono y la cola de cocodrilo, que comimos por primera vez, es un plato exquisito".

A las cuatro de la mañana de hoy, Gandía había instalado y preparado la antena a 35 pies de la tierra, para la transmisión de radio con Puerto Rico.

Barnés informó que había tropezado con un avispero que picó a Johnny Rivero y a Gandía; dice que las avispas son más grandes que las de Puerto Rico y se conocen con el nombre de "cachicameras negras".

Hablan a Europa

Durante la trasmisión de hoy, algunos expedicionarios hablaron con sus esposas, entre ellas las señoras Blanca de Gandía, Cielo Domenech de Reuther, Carmita Pagán de Barnés, Eneida Bordoña de Rivero, que vinieron a Ponce de San Juan, Mayagüez y otros pueblos.

Los expedicionarios dijeron también que habían tenido poco tiempo para tomar películas pero que enviarán pronto algunas fotografías para EL MUNDO.

Por otra parte, informó que están bien y que "valdría la pena volver". Cree improbable la construcción de un campo de aterrizaje en Culebra.

A Caracas en Junio

La esposa de Reuther va a esperarlo a Caracas, adonde se supone llegará dentro de 20 o 25 días, ya que se propone regresar en la primera embarcación de indios disponible.

Barnés dijo que los indios guanaibos no les han creado problema y que la expedición espera estar de regreso en Caracas el primero de junio.

El jefe indio que los acompaña se reunía ayer con sus familiares en su tribu, donde iban a celebrar un baile. Hablamos con cerca de diez indios y nuestra entrevista con los expedicionarios se prolongó desde las 6:45 hasta las 10:15 de la mañana.

La investigación que ellos realizan ahora, tomará cerca de 20 días.

Se Comunican Con Expedicionarios en Selva Del Orinoco

Nuestro corresponsal en Ponce, señor Miguel Rivera, ha logrado comunicarse a través de la estación de aficionados del licenciado Pedro J. Pizá, con el señor Ventura Barnés y sus compañeros de expedición que se encuentran en la región del Alto Orinoco, en viaje hacia el Monte Marahuaca. La expedición se encontraba hace dos días en las cercanías del río Cunucunuma. En la foto aparecen de izquierda a derecha: el señor Rafael Santiago, de la estación de aficionados KP4FJ; el licenciado Pizá, y nuestro compañero Miguel Rivera. (Foto EL MUNDO)

Boricuas Escalan el Marahuaca; Logran Objetivo de Expedición

PONCE 14 de mayo — (Por: Miguel Rivera, corresponsal). — La expedición de científicos puertorriqueños que exploran el Monte Marahuaca, en Venezuela, ascendieron a 7100 pies y volvieron atrás, por las malas condiciones del tiempo y la escasez de alimentos. Así lo informó el jefe de la expedición, señor Ventura Barnés anteayer en trasmisión captada por la emisora de aficionados del licenciado Pedro Pirá, KP-4 E. S.

Agregó que el objetivo principal que les llevó a esa región inexplorada, se logró al conseguir la planta conocida por cerbatana, especie de bambú que usan los indios y que mide 60 pies. La región donde crece con mayor abundancia la planta, está a 6200 pies sobre el nivel del mar en el Cerro Marahuaca. La distancia del bambú entre nudos, es de 25 a 30 pies y Barnés dijo que la Estación Experimental de la Universidad tiene los datos científicos de la planta.

No Tienen Problema

Los expedicionarios esperan volver a ascender el Monte esta sema-

(Continúa en la página 16, Col. 4)

Boricua Escalan . . .

(Continuación de la página 1.)

na, cuando reciban los abastecimientos que les lanzarán desde el aire. Estuvieron muy cerca de las rancherías de los indios guanajibos, pero no tuvieron problema alguno con ellos.

Por otro lado, el señor Gandía regresará a Puerto Rico. Espera salir hoy lunes de la meseta de Culebras hacia Caracas y posiblemente llegue a la Isla el miércoles. Los expedicionarios han estado en el Marahuaca desde el día 9 hasta el 13.

Expedición Hará Hoy Ultimo Esfuerzo en Monte Marahuaca

De Fracasar en su Intento de Llegar a su Cúspide, Emprenderá Viaje de Regreso a Base de Culebra

PONCE, mayo 16. (Por Miguel Rivera, Corresponsal)— La expedición de científicos puertorriqueños en Venezuela, hará hoy un último intento por llegar a la cúspide del Monte Marahuaca, según informó por la emisora de aficionados del licenciado Pedro Pirá el Director de la expedición, Ventura Barnés. El monte se eleva a 8.000 pies sobre el nivel del mar.

Al señor Barnés lo acompañan Johnny Rivero, Genaro Maldonado, el venezolano Domingo Saavedra quien les sirve de guía; doctor Pellicier, técnico del Ministerio de Fomento venezolano y el doctor Paul Nesppitt, antropólogo y Coronel del Ejército de Estados Unidos.

En las horas de la tarde de ayer esperaban recibir alimentos, correspondencia y otros artículos desde el aire. Barnés dijo que una vez recibieran los alimentos, harán otro intento por subir hasta el tope del Monte Marahuaca y que si lo logran, enclavarán los pabellones del Gobierno de Puerto Rico, Estados Unidos, Venezuela, la bandera de la Universidad y la del Club de Exploradores de Nueva York. Pero si no logran escalarlo, retornarán a la base de Culebra dentro de los próximos ocho o diez días permaneciendo allí cerca de una semana para luego volver de regreso a Caracas en barcazas, por los ríos Orinoco y Cunucunuma. Esperan regresar a Puerto Rico alrededor del 21 de junio.

Buscan Mejor Sitio

El señor Barnés explicó que se han movido prácticamente alrededor de toda la base del Monte buscando el mejor lugar para ascenderlo. Agregó que la expedición es el tercer grupo de hombres blancos que llega a la región de Serbatana donde crece la planta del mismo nombre, descubierta en 1838.

Por otro lado, el señor Héctor Gandía salió de la base de Culebra rumbo a Caracas y espera llegar a Puerto Rico de jueves a viernes. Varios de los expedicionarios hablaron ayer por radio con sus familiares.

Tapara: 25 de mayo 1950(6:30 a.m.)

Johnny o Belizzia:

Todo bien por aca como de costumbre.Llegamos pronto en la mañana a eso de las 10:00 a.m.Primera vez que no tenemos lluvia cuando viajamos y el dia fue bonito,cosa rara en esta epoca lluviosa. Saavedra y yo pasamos toda la carga que habia al otro lado de Caño Negro.Cuando estabamos terminando aparecio el Doctor Baumgartner aun resoplando como una marsopa. Me dijo se habia dado una mala caida y que se rompio dos costillas.

Les enviamos los indios enseguida pues ayer no pudieron regresar porque el viaje les pego bastante fuerte,todos llegaron con sus cargas completas. Tardaran un poco porque todos estan caleteando el equipo y carga que hay en Caño Negro de manera que ustedes no tengan que perder tiempo en eso. Nos quedamos aqui con Yarakuana,Aurelio,para marineros hasta Culebra.Tengo que seguir hasta Culebra pues la gente que nos visita insiste en seguir bajando corrido,y ahora mas con el Dr.Baumgartner en las condiciones que esta.El fotogr. Ritman(Boris)se perdio en el camino y por ultimo lo encontro Yarakuna,afortunadamente para el y para nosotros.

Los esperare en Culebra donde tendremos ~~todo~~ todo preprado.El Cunucunuma ha crecido mucho,anoche subio como ocho pies mas y se nos metio al campamento,de madrugada todos estabamos en pie por si acaso.Apuren la gente,metanle carga completa para terminar de una vez. No olviden darle preferencia a las plantas vivas y a la hoja de Temiche.Las curiaras y la falca estaran aqui mañana temprano a cargo de Saavedra para que ustedes esten listos para llegar enseguida a Culebra.Nosllevamos todo incluyendo la comida,considerando que ustedes traen todo con ustedes incluyendo las raciones. Insistan con Ilde que debe confeccionar una caja especial con comida para el viaje,debe incluir tambien un reverbero,platos,copas,cucharas,y ollas para cafe y demás.Esta caja debe estar bajo su vigilancia,de no hacerlo asi pasaran malos ratos y haganlo responsable de esto antes de salir de alla, a el hay que estarle encima en cuanto a esto.El reverbero debe tener gasolina,no olviden cafe y azucar y sopas de sobres.Creo esto es todo por ahora y les deseo buena suerte a todos y buen viaje,nos veremos en Culebra. Me llevo tambien las curiaras para evitar tambien que los indios hagan una de las suyas,no creo ya en nadie cuando vamos de regreso,sin curiara aqui no tendran otra alternativa que hechar el resto y mañana estara aqui Saavedra con todo.

Regresa del Viaje A Hilea Amazónica

Don Héctor Gandía, quien regresó d este viaje a la zona del Marahuaca.

Héctor Gandía Trajo Semillas Plantas Raras

Explica Sus Experiencias En Zona del Marahuaca. Harán Prueba Aquí

Por Luis Hernández Aquino
Redactor de EL MUNDO

El señor Héctor Gandía, agrónomo de la Estación Experimental Agrícola de la Universidad de Puerto Rico, regresó el pasado miércoles de su Hilea Amazónica con el primer cargamento de plantas y semillas procedente de aquella región recientemente explorada.

El señor Gandía figuró en la expedición a la mencionada región, donde está localizado el monte Marahuaca. La expedición fué auspiciada por la Universidad de Puerto Rico y el Gobierno venezolano y su propósito era obtener especímenes nuevos para los museos, así como también semillas y plantas que pudieran tener desarrollo comercial aquí.

Participaron en ella, por parte de la Universidad de Puerto Rico, el profesor Johnny Rivero, encargado de coleccionar mamíferos y reptiles; el señor Buenaventura Barnés, jefe de la expedición, encargado de la obtención de pájaros para el museo del Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas, y el señor Maldonado, entomólogo a cargo de la colección de insectos. Participaron además representantes del Gobierno venezolano y científicos norteamericanos.

Expresó el señor Gandía que su

(Continúa en la Pág. 14—Col. 3)

Regresa del Viaje . . .

(Continuación de la página 1)

regreso, luego de dos meses de permanencia en la Hilea Amazónica se debió a que urgía traer el material pronto. El jefe de la expedición, señor Barnés, permanece con el otro grupo de exploradores en el Marahuaca, donde realiza la labor de exploración y obtención de animales e insectos.

Plantas Raras

En el cargamento de plantas y semillas traídas por el señor Gandía figuran algunas muy raras y otras, que aunque se producen en Puerto Rico son variedades interesantes. Entre las plantas raras, traídas por curiosidad científica figura el barbasco, que utilizan los indios maquiritares para la pesca. Los indígenas saben cuándo los peces comen de la fruta del barbasco. Se le suministran y éstos quedan entorpecidos, por lo cual es fácil cogerlos.

Otra planta rara es el tupiro, que produce una berenjena amarilla, de sabor dulce de forma redonda. Interesó al señor Gandía también una variedad de tabaco que fuman los indios. Este tabaco se parece al de tripa, y al enrollarlo los indios en la corteza de un árbol para fumarlo, quedaron asombrados los expedicionarios al notar que tenía mejor gusto que los cigarrillos norteamericanos que utilizaban ellos.

Pero hablando de rarezas ninguna como la de las chinas que obtuvieron cerca de un río que desemboca en Brasil. Estas chinas, de las que se trajeron semillas, se producen en mayo, son verdes por fuera, pero mondan fácilmente y no tienen más de diez semillas. Estas chinas en Puerto Rico se cosecharían en los meses en que no se cosecha la china común del país.

Según datos obtenidos por el señor Gandía esta variedad de la china se produce en una región cercana a aquella donde tuvo su origen la china llevada a California, donde la industria se ha desarrollado en forma muy vasta.

Otra planta rara traída por el señor Gandía es una mata de plátano que produce una bellota en vez del plátano. Esta planta es más ornamental, pero los indígenas se comen la bellota que produce.

Además fueron traídas por el señor Gandía semillas de maíz; cacao cunucunumero, que es una variedad silvestre; passiflor, planta ornamental que produce una fruta que sirve para refresco; guayabas que tienen la rareza de que casi no se distinguen en el árbol, por su forma y tamaño; lirios ornamentales; peperomias o yerba linda, también ornamental; jengibre ornamental; ñames que se producen en los conucos de los indios y cuatro clases de orquídeas pequeñas, que según el señor Gandía no tienen valor comercial.

Sobre los Indios

Interesó a la expedición la vida de los indios de la región, especialmente los maquiritares. Estos viven de la pesca y la caza, aunque cultivan también sus conucos y con preferencia producen la yuca. Habitan en rancherías y solamente tienen como animal doméstico al perro. No conocen la vaca, el cerdo y el puerco, y en cuanto a las gallinas poseen muy pocas. Sin embargo tienen un pavo silvestre bastante grande, conocido por paují.

Las familias de los maquiritares son de muy pocos hijos, pero éstos crecen fuertes y se desarrollan muy bien, siendo grandes nadadores y remadores hábiles. En la sociedad de los maquiritares la mujer es la que hace la mayor parte del trabajo, puesto que el hombre se dedica a la caza y la pesca.

Los exploradores pudieron notar que a estos indios no les gustaban los objetos de pasta que se les ofrecían. En cambio recibían gran placer con los fósforos, las agujas, tijeras, anzuelos y cordeles de pesca con que eran obsequiados. Un grupo de indios quedó maravillado al ver en un ejemplar de la Revista Nacional de Geografía, láminas en que aparecían leones, tigres y otros animales salvajes, que nunca han visto en su vida.

Constituye el terror de los indios maquiritares una especie de tigre salvaje que abunda mucho en la región; los indios guajaribos, sus enemigos mortales, y las culebras, sean estas venenosas o no.

Los expedicionarios vinieron en contacto con los guajaribos solamente una vez, en ocasión en que iban algunos en una canoa. Y en cuanto a los indios piarous, de tamaño pequeño, que son los que producen el curare, tampoco los vieron. El curare es la materia venenosa que a pesar de que produce la muerte, ha sido efectiva medicinalmente. Estos indios utilizan el curare en la punta de sus flechas para matar a sus enemigos. Tiene la virtud el curare de paralizar los movimientos del organismo. Los indios piarous producen tres clases de curare, uno puro que utilizan ellos, otro para las demás tribus y uno tercero para los extranjeros.

Narró el señor Gandía unas cuantas experiencias personales en la selva amazónica, una de ellas la de haber comido gusano de tierra, sin saberlo, que encontró muy sabroso, y haber bebido yaraque, que es una cerveza de yuca, la cual utilizan los indios durante todo el día. Esta cerveza aunque no tiene gran contenido alcohólico, emborracha.

Finalmente expresó el agrónomo Gandía que el jefe de la expedición continúa con el grupo escalando el cerro Marahuaca. Para darle la vuelta a este cerro en aeroplano, los expedicionarios invirtieron una hora con cinco minutos. Cuando Gandía salió de allí, el señor Barnés había subido a 3,000 pies del cerro, pero aún el tope quedaba lejano e inaccesible.

Señor Barnés Tuvo una Caída Por Barranco

La Expedición No Logró Escalar Cima del Monte Marahuaca.— Regresan

PONCE, mayo 28. — (Por Miguel Rivera). — El director de la expedición de científicos puertorriqueños que exploran el monte de Marahuaca, en Venezuela, señor Ventura Barnes, y su guía Domingo Seaveda, cayeron por un barranco de cuarenta pies y sufrieron heridas leves, mientras hacían el último infructuoso intento de escalar la cúspide del monte.

Ascendieron hasta 7150 pies sobre el nivel del mar, y la lluvia, la enfermedad de cuatro de los siete indios que los acompañaban y una enorme roca los hizo desistir de su empeño. A este punto sólo llegaron los boricuas.

Por la emisora de aficionados del licenciado Pedro Pizá, Barnés explicó ayer que bordearon el monte por los cuatro puntos cardinales pero era imposible escalarlo hasta la cumbre. No obstante, los expedicionarios que esperan regresar a Puerto Rico a mediados de junio y se encontraban ayer domingo en la meseta de Culebra, están sumamente satisfechos de los resultados de la exploración porque traen a la Isla 300 especímenes de aves, 17 de las cuales son desconocidas hoy, según informaron. Encontraron, además, una planta que consideran tiene la hoja más grande del mundo y las plantas selvatanas, de gran valor botánico, serán enviadas en avión desde Culebra hasta Caracas y de allí a Puerto Rico, a la Estación Experimental, con el propósito de que lleguen vivas.

Barnés dijo que habían observado en el Marahuaca un salto de agua de cerca de 2.000 pies y que, aunque asistaron campamentos de indios maquiritares, nunca se toparon con ellos. Mientras se encontraban en el monte, carecieron de alimentos, según se informó, debido a la dificultad de transportarlos o recibirlos por avión.

Barnés llegó a la meseta de Culebra el viernes con cuatro indios y el guía venezolano Domingo Seaveda. Esperaba que ayer domingo se le reunieran Johnny Rivero, Genaro Maldonado, Paul Nespitt y Pellicier. El grupo espera regresar en barcazas hacia el puerto de Ayacucho el martes o el miércoles, por la misma ruta que emprendieron, para recoger las colecciones de plantas y animales que dejaron en el trayecto.

El Presidente de la Junta de Planes, doctor Rafael Picó, habló extensamente ayer con los expedicionarios, recibiendo información de las últimas observaciones de la expedición.

La Expedición Sale Miércoles Hacia la Isla

Ventura Barnés Informa Trae Palma Desconocida Y Planta Para el Asma

PONCE, mayo 28. — (Por Miguel Rivera). — El miércoles parte de regreso a Puerto Rico la expedición de la Universidad de Puerto Rico que exploró regiones invioladas por la planta humana en el monte Marahuaca, a 7,150 pies sobre el nivel del mar. Así lo informó ayer por radio a este corresponsal, el señor Ventura Barnés, hijo, director de la expedición.

El señor Barnés dijo que esperaban ayer en la base de La Culebra el resto de la expedición, integrado por Johnny Rivero, Genaro Maldonado, Paul Nestitt y un técnico del Ministerio de Fomento Venezolano de apellido Pellicier.

Enviarán Plantas

También informó que hoy aterrizará en La Culebra un avión con suministros para los expedicionarios. En dicho avión, que luego partirá hacia Caracas y de aquí a Puerto Rico, adonde llegará el jueves, enviarán los especímenes y variedades de plantas coleccionados, incluso varias plantas de cerbatana, una clase de bambú utilizado por los indios como instrumento de guerra y caza.

Barnés sugirió que una de las plantas de cerbatana enviadas a Puerto Rico sea destinada a la Estación Experimental de Mayagüez, para su estudio y reproducción.

Palma Desconocida

Asimismo, informó que la expedición traerá a Puerto Rico una palma desconocida, cuyas hojas miden de 27 a 33 pies de largo, que se cree sea la planta de hojas más grandes existente. De la misma manera, dijo que entre la gran cantidad de especímenes botánicos coleccionados figura una planta, cuyo nom-

(Continúa en la página 16, Col. 8)

LA EXPEDICION . . .

(Continuación de la página 1)

bre indio es waka-waka, que es eficaz para curar el asma.

La expedición saldrá el miércoles por la vía fluvial hacia Puerto Ayacucho, donde embarcará en avión con destino a Puerto Rico.

Grupo Boricua Regresa de Venezuela

El señor Ventura Barnés, hijo, (izquierda), jefe de la expedición a la Hilea Amazónica y sus compañeros de expedición, los profesores Gerardo Maldonado (centro) y Juan A. Rivero, posan para EL MUNDO a su regreso de Venezuela. (Fotografía de EL MUNDO).

Expedición Maraluaca Vuelve Con Plantas y Animales Raros

Fueron Primeros Hombres Blancos en Penetrar En Región.— El Dr. Barnés Dice Trae Películas

Por RURICO E. RIVERA
Redactor de EL MUNDO

Con un gran cargamento que representa una gran conquista para la ciencia, regresaron el sábado a la Isla procedentes de Venezuela, donde habían explorado la región del Marahuaca, los miembros restantes de la expedición boricua, señores Ventura Barnés, Jenaro Maldonado y Juan A. Rivero.

Al aeropuerto de Isla Grande fueron a recibirles sus familiares. Los expedicionarios borincuas se mostraban bien de salud, y muy contentos de estar nuevamente pisando suelo patrio.

Mientras los funcionarios de Aduanas hacían la inspección de rigor de la interesante colección de especímenes raros traídos por los borincuas, hicimos contacto con los expedicionarios y les interrogamos en torno a su viaje y los logros obtenidos.

Completo Exito

El doctor Ventura Barnés, expresó que la expedición "fué un completo éxito." Todos los objetivos," agregó, se lograron. Hemos traído una gran colección de la fauna y flora de la región del Marahuaca. Es la primera vez que el hombre blanco pisa esta región."

Expresó que solamente se pudo subir hasta una altura de 7,150 pies, que constituyen cinco terrazas de la montaña Marahuaca, a pesar de que se intentaba escalar el monte en su totalidad.

"La última terraza escalada por nosotros, dijo, "es sumamente pe

(Continuación en la Pág. 14 Col. 1)

Grupo Boricua . . .

(Continuación de la página 1.)

dregoza en alrededor de 300 pies, amén de estar completamente desprovista de vegetación. También, por falta de medios para escalar la montaña no pudimos subir más alto, aunque no había razón para ello por no haber interés científico, por lo ya expresado."

Contribución a la Ciencia

El doctor Barnés, que al igual que sus compañeros mostraba la huella que el sol y las andanzas por la selva dejaron en su rostro, expresó con orgullo a otra pregunta nuestra, que el resultado de su expedición ha permitido hacer una gran contribución a la ciencia.

"Hemos traído 20 formas de aves desconocidas para la ciencia, dijo. Estas aves, por ser desconocidas, no tienen nombre aún. También hemos traído plantas e insectos de infinidad de clases. Entre las plantas más interesantes e importantes que hemos traído se encuentra una cuyas hojas son las más grandes de planta alguna en el mundo.

"Esta planta, —dijo el doctor Barnés— "es la que se llama Arundinaria Schomburkii. Schomburkii la descubrió en el 1832, y nosotros somos el tercer grupo de hombres blancos . . veria. Esta planta es la que utiliza el indio para la defensa y se conoce como cerbatana.

Otras Especies

Entre las especies de aves y animales que trajeron los boricuas de las selvas venezolanas, están las siguientes: un roedor picure, varios pájaros, entre ellos un turpial, un arendajos, algunas tanagras.

También traen consigo más de 30 especies diferentes de culebras, entre venenosas y no venenosas. Entre las venenosas están las de cascabel y mapanares. Esta última, el mapanares es más peligrosa que las otras porque tiende a atacar al hombre aunque éste no le ataque ni le haga daño. Hay entre el cargamento varios anfibios, entre los que se cuentan ranas y sapos. Algunos de ellos, son especies interesantes y completamente nuevas.

Trajeron varios miles de insectos, entre los que se distinguen por su belleza y colorido, numerosas mariposas. Específicamente, para el Museo de la Universidad, se trajo una colección de material indígena de seis tribus. Aquí se incluyen las cerbatanas, que es un tubo que usan los indios paar lanzar dardos envenenados con el curare.

También hay arcos y flechas, vestimentas de rituales sagrados entre la que se encuentra una máscara que en las tribus de los Piaroa, si una mujer la ve, la matan. Hay también guayos de piedra en madera pegados con resina; trampas de peces, y platillos para inhalar yopo, un polvo de una planta que intoxica al que la inhala, hasta endrogarle.

Tomaron Películas Expedición

El doctor Barnes y el científico Jenaro Maldonado expresaron que traen consigo varias películas tomadas por ellos del desarrollo de la expedición.

El señor Maldonado explicó que en estas películas, hechas en colores, se muestran el paso de los raudales en los ríos, vistas del cerro Marahuaca, indios en guayuco, o sea, con escasa o ninguna vestimenta, y diferentes actividades indígenas.

La expedición no fué todo color de rosa, según el doctor Barnés. Llegó un momento que por falta de provisiones tuvieron que meterle el diente a una serie de especímenes de la selva venezolana que, a juzgar por la forma en que lo cuentan, no les fueron muy mal que digamos.

Entre las carnes que probaron estaban las del mono, la danta (tapir- que es un animal de la familia de los elefantes; lapa, peces caribes (los famosos caribes que comen seres humanos) cudú (nombre indígena para un enorme lombriz de tierra que puede tener hasta dos pies de largo; aves paivi, que parecen una pava por su tamaño y huevos de tortuga.

Encuentros Con Indios

El doctor Barnés y sus acompañantes relataron que sus encuentros con los indios de la región del Marahuaca fueron sumamente pacíficos.

Llegaron a entrevistarse con los indios guaparibes, los más peligrosos de la región, tribu temida aún por los nativos.

Sección de Impresos
Universidad de Puerto Rico
Recinto Universitario de Mayagüez

Otros Libros del Mismo Autor:

- Salientia of Venezuela
- Anfibios y Reptiles de Puerto Rico (1ra edición)
- Anfibios y Reptiles en Nuestro Folklore
- El Coquí Dorado de Puerto Rico y otras Ranas de Hábitos Reproductivos Peculiares
- Principios de Evolución Orgánica
- Los Coquíes de Puerto Rico
- Los Helechos Platicerios o Cuernos de Alce
- Los Machos, Las Hembras y Los Intersexos
- Biología del Sexo
- Las Llamadas del Sexo
- Anfibios y Reptiles de Puerto Rico (2da edición)